

SEGUNDA PARTE

## **NUESTRA TRIPLE META**

**Piedad - Instituciones - Combates**

---

INTRODUCCIÓN

**El Padre d'Alzon íntimo**



## NUESTRA META

### ADVENIMIENTO DEL REINO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

mediante la Piedad, las Instituciones, los Combates

---

#### LA PIEDAD

*MEDIANTE LA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO*  
y cuantas obras con él se relacionan  
*MEDIANTE EL AMOR A LA SANTÍSIMA VIRGEN,*  
*MADRE DE NUESTRO SEÑOR*

---

#### LAS INSTITUCIONES

##### *NUESTRA ORDEN*

Las Congregaciones de las  
*RELIGIOSAS, HERMANITAS Y OBLATAS*

Las Órdenes Terceras de hombres y mujeres,  
los Alumnados, los Colegios, nuestra Universidad,  
las Corporaciones de obreros, las Obras populares

---

#### LOS COMBATES

*LUCHA CONTRA LA REVOLUCIÓN*  
mediante la predicación, la enseñanza, la prensa

*GUERRA A LAS SOCIEDADES SECRETAS*  
mediante la Orden Tercera y las Sociedades de toda clase

*TRABAJO CONTRA EL CISMA*  
mediante las misiones y la reforma del clero oriental (1874)



## INTRODUCCIÓN

---

### **El Padre d'Alzon Hombre de Doctrina y de Piedad**

*El Padre d'Alzon tenía un alma de cristal. Cuando era joven, en marcha hacia el altar, se confiaba fácilmente al corazón de sus amigos; como fundador del Instituto comunicaba con sencillez sus más íntimos pensamientos a la Fundadora de las Religiosas de la Asunción cuya dirección espiritual asumía; a menudo impulsaba hacia la santidad mientras ponía al descubierto este o aquel secreto de su vida interior.*

*Hemos seleccionado, como introducción a la Segunda Parte de los Escritos Espirituales del Padre d'Alzon, algunas de estas confidencias, a las que hemos añadido las notas íntimas que se nos han conservado.*

*Estos textos, presentados en orden cronológico, los hemos agrupado de la manera siguiente:*

- I. En camino hacia el altar: 1829-1835.*
- II. Los comienzos de la Asunción: 1844-1850.*
- III. Los años de sufrimientos: 1851-1858.*
- IV. Los años fecundos: 1858-1880.*

---

## I. EN CAMINO HACIA EL ALTAR: 1829-1835

### LA AMISTAD

*Junio de 1829*

Meditación

*Amicus fidelis protectio fortis, qui autem invenit eum invenit thesaurum (Eclesiástico 6, 14)*

**En la fuente de la amistad** Si fuera absolutamente necesario desnaturalizar, mediante un tinte repugnante de materialismo, lo que en este bajo mundo es para el hombre la fuente, si no de las emociones más violentas, sí al menos de los sentimientos más puros y desde luego más duraderos, diría, siguiendo el pensamiento de Montesquieu, que la naturaleza, adaptando las costumbres a los climas, pareciera haber colocado entre la misántropa Inglaterra y el África asqueante de voluptuosidad, algo más noble y más generoso, en la región que las separa, y que la amistad nació en el país de los francos.

Sin duda, también yo soy un franco y tengo un amigo. Mas, sin inquietarme por saber si la causa de mis placeres proviene del clima en que vivo o de la sangre que corre por mis venas, digo cómo late mi corazón, y no trato de disecharlo penosamente para saber qué es lo que le hace latir. Me temo que un trabajo tan infructuoso, sólo ocuparía un poco más mi inteligencia, pero disminuiría, si no extinguía totalmente, este fuego que me hace feliz. No, no es al hombre a quien hay que preguntar, a propósito de este principio de su existencia y de su perfección, sobre este amor que, considerado entre dos amigos, ins-taura una sociedad inefable de la que la sola inteligencia

no puede dar cuenta. Este principio no está en él, y si de él participa, se da bien cuenta de que emana de otra parte.

Quien quisiera descubrir la causa primera de un río, desperdiciaría miserablemente sus sudores horadando las entrañas de la tierra para llegar a los primeros hilillos de agua, que, reunidos, terminan por cubrir inmensos espacios. No está ahí el auténtico medio de buscar. Existe otro, y más seguro, y que ante todo no echará a perder todo el fruto del trabajo, llegado a término. Que mire por encima de sí mismo y vea a las nubes llevar a las montañas el alimento de sus almacenes. ¿De dónde vienen esas nubes? De un mar sin fondo, donde todo entra, de donde todo sale, a donde todo va a engolfarse: la fuente ignorada, llegada a su término por vías subterráneas, como el río, orgulloso de llevar los bajeles de los pueblos comerciantes.

**Dios mismo  
en su infinito  
amor**

Así sucede con la amistad. No es a la tierra a quien hay que preguntar de dónde mana un sentimiento tan divino. También aquí hay que mirar a lo alto y ver cómo todo nos lleva a un vasto océano, causa primera de todos los seres y de sus afectos; hay que notar cómo, cuanto más nos acercamos, al aproximarnos más al amor infinito, nos acercamos también a la felicidad y cómo la felicidad suprema consiste en perderse en la inmensidad de sus profundidades.

Y para llegar allá ¿qué hay que hacer? Sólo una cosa, *porque una sola cosa es necesaria* [Lucas 10, 42]: creer y luego amar, conocer mediante la fe, y luego amar según nos lo enseña el mandamiento nuevo. Un mandamiento nuevo era, en efecto, el que mandaba al hombre amar a su semejante. Luego que el hijo del primer padre hubo matado a su hermano, todo lazo había sido roto y para re-

construirlo se necesitaba todo el poder de la palabra de un Dios, y de un Dios cuyo amor iba a llevarle a la muerte.

**Las enseñanzas del divino Maestro**

Escuchemos cómo Jesús, el Salvador, tras reparar y dilatar nuestra inteligencia, quiso asimismo reparar y agrandar nuestro corazón. Fue en aquella última Cena, que había deseado con gran anhelo comer con sus discípulos, *cuando, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* [Juan 13, 1]; fue mientras el discípulo a quien tanto amaba descansaba sobre su pecho. Entre las últimas advertencias, les dirigió estas palabras: *Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les dije a los judíos, que adonde yo voy, vosotros no podéis venir... Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros* [Juan 13, 33-35].

He ahí la amistad en toda su perfección: hay que amar como amaba Jesús. Incluso en el amor, quiere ser nuestro modelo: *como yo os he amado*. Y ¿cómo nos ha amado? *“Hasta la muerte, dice el Apóstol, y una muerte de cruz”* [Filipenses 2, 8].

Así, también en Jesús se purifica el amor, o mejor dicho, brota de él. Antes de él, el amor, la amistad, no era sino un lazo natural de un hombre con su semejante. Por otra parte, no había elevación alguna en una sociedad cuyo lazo de unión no era la divinidad. Un hombre, luego otro hombre, nada más. Hoy ya no es así. Son dos seres inteligentes, dotados de capacidad de conocer y de amar, quienes, para hablar como los poetas serbios, se casan en Dios.

**Oración de amistad**    ¿Cómo es eso?, se preguntará el hombre que no ama o que ama mal. Que escuche aún, que escuche este discurso en que tras haber hecho de la amistad un deber, el Hijo del hombre, dirigiéndose a su Padre exclama: *Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros* [Juan 17, 11].

Y más adelante: *No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos* [Juan 17, 20-26].

Tales fueron las últimas palabras de Jesús en la Cena, tras las cuales está escrito que salió y fue al huerto de Getsemaní, porque sabía que había llegado su hora.

**La señal de los discípulos de Cristo**    Y en primer lugar, ¿no nos asombra que el amor sea presentado aquí como la única prueba de su misión divina? *En esto conocerán todos que sois discípulos míos*; y luego, dirigiéndose a su Padre:

*“Que sean uno en ti, para que el mundo crea que tú me has enviado”* [Juan 13, 35 y 17, 21].

He ahí, pues, a un tiempo la prueba más fehaciente de la misión del Hijo del hombre y el prodigio más asombroso que haya realizado, ya que no pide a su Padre ninguna otra prueba que testifique que él le ha enviado. Y, en efecto, ¿puede concebirse algo más maravilloso para los hombres que esta sociedad en que Dios es el principio, el alimento y el término? El amor brota de Dios, por él subsiste y en él llega a plenitud. El amor a los demás, aquí, no parece sino como otro lazo más que nos relaciona con Dios. Pareciera que nuestro amor a Dios aumenta con el amor a todos aquellos a quienes amamos. El sacrificio de nosotros mismos que hacemos para consumirnos en la unidad, nos hace crecer mediante aquellos a quienes nos unimos así, estando ellos mismos unidos a Dios, ya que le pertenecemos también mediante aquellos a quienes amamos y que también le pertenecen.

Tales son las auténticas bases de esta amistad tan celebrada, que necesitamos todos, aunque pocos se den cuenta.

Y es que la mayor parte de las veces, sólo se la busca en el hombre; es que los corazones no saben gravitar alrededor del centro eterno del amor infinito; es que no saben que para amar hay que creer en la palabra de Dios. Que estas pobres almas, todas enfermas, escuchen pues esta palabra, la única que puede curarlas calentándolas; sólo ahí aprenderán a amar, y a amar con amor sin remordimientos...

---

24 de enero de 1830

A Luglien d'Esgrigny

**Llamada de Dios a un mayor servicio** Te doy miedo en sotana. ¿Quieres que te diga todas mis cavilaciones, antes de detenerme en esa idea que tanto te repugna?

En primer lugar, hasta la edad de diez a doce años, esta idea me ha complacido singularmente. Luego la abandoné durante algún tiempo, y la carrera que más me sonreía fue la carrera militar. Renuncié a ella, sin embargo, por algunas reflexiones de mis padres. Pero, a partir más o menos de esa época, decidí consagrarme a la defensa de la religión, y esta idea se desarrolló en mí de una manera sorprendente. Desde ese momento, te lo confieso, sentí hacia los cargos públicos una extrema repugnancia. Quería entrar en una carrera, pero hubiera sido por poco tiempo. Hubiera sido para tener la oportunidad de ponerme más al corriente de la marcha de la administración.

Por lo tanto, no veía más que un campo de batalla digno de mí, la tribuna, y creí mi deber prepararme para ello mediante estudios exigentes. Sin embargo, por la misma razón que me llevaba al desprecio de los puestos públicos, y porque me creía en un Estado sin derecho y, por consiguiente, sin poder legítimo, pensaba que allí donde Dios no manda, yo me sentía hecho para aspirar a la soberanía. Ahora bien, esta soberanía, a mi ver, sólo reside en la Cámara electiva, y nada más que en la Cámara electiva...

Pero...pronto me di cuenta de que la soberanía no residía ni en el Palacio de Borbón (Cámara Baja) ni en el de las Tullerías (Senado), y que, en una sociedad tan enferma, no se podía ejercer cierta influencia más que separándose totalmente de ella y ejerciendo sobre ella todo el peso de los derechos que no le pertenece dar. Desde entonces, mi entusiasmo por la representación parlamentaria cesó completamente y no vi en el gobierno francés

más que una máquina de cr pita cuyos engranajes era inútil, incluso peligroso reparar.

Al plantear mi plan de vida, llegué, por otras consideraciones, a tomar la decisión de que, si algún día tomaba estado, sería no antes de los treinta y cinco años, mientras contemplaba con gozo, a lo lejos, la posibilidad de consagrarme a Dios. Poco a poco los deseos de tomar estado fueron cayendo y no qued  ante mí sino el sacerdocio, para el que no tenía nada que sacrificar, pues ya no tenía casi ataduras con el mundo.  Sabes lo que me asust  entonces? La falta de entusiasmo, la frialdad con la que contemplaba los sacrificios correspondientes y la posibilidad de los frutos que podría recoger. Esta facilidad con la que creía poder romper los lazos me asustaba; pero lo que me asustaba más aún, era la ausencia absoluta de entusiasmo. Pero este entusiasmo llegó al fin, y ya no ha tenido que temer sino el peso de la carga que deseaba llevar. Ha llegado y ha ido en aumento cada vez que me he acercado a la Mesa Santa. Se ha apoderado de mí, me ha preservado de varios descarríos y me ha hecho desear vivamente el momento de mi libertad; porque uno se libera verdaderamente a medida que entra en un orden más perfecto.

Ahora, mi único deseo es hacer la voluntad de Dios. No estoy en modo alguno apurado, aunque deseo entrar lo más pronto posible a su servicio; pero estoy tranquilo y me pongo en sus manos.

Todo lo que acabo de decirte, debe probarte que he reflexionado, y que no he querido sino perfeccionar los medios de cumplir la tarea que me había impuesto, que esta evolución sucesiva en mis ideas no deja entrever retroceso alguno y que por lo tanto no hay razón para pensar que me dejo llevar por una ilusión.

---

8 de noviembre de 1830

A Henri Gouraud

**El estudio de la  
Sagrada Escritura**

Un estudio que me encanta, que fortifica espíritu y corazón, que impulsa a amar a Dios, que fuerza a echarse en sus brazos, a no ver más que a él, es el estudio de la Sagrada Escritura. Todos los días dedico hora y media a meditar sea el Evangelio de San Juan sea las Epístolas de San Pablo. Al principio debo forzarme. Me cuesta fijar mi espíritu. Me canso incluso, antes de poder captar las primeras ideas correctamente. Pero cuando penetro bien en mi tema, cuando me parece que descubro, que siento un poco mejor la verdad, no sé cómo expresarte qué exceso de gozo inunda todas las facultades de mi alma. ¡Cómo se ama entonces a Dios! Ya no como a un amigo, como a un rey, como a un padre; sino como a Dios. Imposible sentir por otro lo que uno siente por él.

Esta tarde, sin ir más lejos, meditaba estas palabras de San Pablo: *Nobis autem revelavit Deus per spiritum suum; spiritus enim omnia scrutatur; etiam profunda Dei* [1 Corintios 2, 10]. ¿Qué es el espíritu de Dios? ¿Por qué se revela? ¿Cómo se revela? Me parecía ver este espíritu infinitamente perfecto, sumergiéndose en las profundidades de Dios y revelando toda verdad desde el comienzo, luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Adoraba su acción en la revelación particular, mediante la cual se comunica sin cesar a todas las almas de los fieles, revelación particular que, acrecentando constantemente la revelación general, aumenta como en mil riachuelos particulares el gran río de la verdad que fluye desde el origen del mundo.

Te expreso muy fríamente todo esto, pero cuando lo sientes tan fuertemente, cuando piensas que este espíritu de Dios habita constantemente en nosotros mediante un carácter imborrable, que ilumina sin cesar nuestra alma y que se sumerge sin cesar para ella en las profundidades

de Dios, hay materia, créeme, para emocionarse profundamente y para hacemos pensar seriamente en lo que somos y en lo que deberíamos ser para hacemos dignos de aquél de quien somos templos...

---

## MI RETRATO

19 de febrero de 1831

¿Qué soy yo?

¿Qué quiero ser?

¿Cómo llegaré a ser lo que quiero ser?

*Desde hace bastante tiempo, es cierto, tengo un plan de vida.* Bien sé, o creo saber vagamente, lo que quiero hacer, pero nunca he bajado al fondo de mí mismo, nunca he calibrado exactamente los medios que quería emplear para conseguir mi meta. Hoy quiero seriamente buscar eso mismo. Quiero claramente conocer lo que soy, lo que quiero ser y con qué medios llegaré a ser lo que quiero ser.

### I. ¿Qué soy yo?

**Mi inteligencia** Mi inteligencia tiene una excelente opinión de sí misma. Se cree bastante abierta, capaz de conseguir lo que se propone, *aunque funciona a saltos, se lanza con ardor*; se desanima a menudo antes del final. Desde que la conozco, me parece que, al madurar, ha ido tomando consistencia; por ello, un trabajo de varios meses ya no me asusta. En medio de su trayectoria, se cansa mucho, pero es capaz de cobrar nuevos bríos.

*Gusta de la verdad con entusiasmo; su inclinación religiosa la transporta en medio de sus creencias, como a un mundo en el que todo cobra vida y con el que quisiera identificarse.*

Se le reconoce un juicio bastante recto. Lo que más ha contribuido a mantenerla así, *ha sido una firme constancia en atenerse a la verdad dondequiera que esté, aun a expensas propias.* Por mi parte, más de una vez la he sorprendido bastante suspicaz y más a menudo aún un tanto lorito.

Su memoria, desigual; buena para retener los principales rasgos de los hechos o el conjunto de los sistemas; débil e infiel si se trata de retener palabras y algunos detalles.

Una nada distrae su atención. Se centra con dificultad, a menos que esté en caliente. No le habléis en ciertos momentos, ni siquiera de cosas que le interesan, escuchará pero no oírán nada; seguirá en cualquier tema, incluso alguna tontería, pero no os comprenderá. Esta debilidad, sin embargo, se está diluyendo progresivamente. ¿Que algo le gusta? ¡Oh! entonces es otra cosa, lo perseguirá de día y sobre todo de noche, con una cierta alegría que mantiene su fuego, hasta que la cuestión se agote o una cuestión inesperada se cruce en el camino y la oriente hacia otro lado. Esta inclinación no es voluntaria. En vano me propongo durante toda una semana: voy a reflexionar sobre tal tema; no habré ido más lejos al final de la semana de lo que estaba al principio. Pero ya me ha sucedido que una atención concentrada me llevaba a traspasar esa oscuridad, descubrir el objeto de mi investigación y ver allí un montón de cosas que me cautivan y que se tornan atractivas cuando antes me parecían aburridas.

**Mi voluntad** Nada más flojo que mi voluntad. El orgullo me da una batalla tenaz. En vano, tengo la triste experiencia de lo que influye en mí la opinión que me hago de mí mismo; una y otra vez me

contemplo, me admiro, me adoro casi, y sin embargo el orgullo me rebaja por debajo del piso, me astilla, me aplasta. Es lo mismo, me dejo arrastrar y mi debilidad va en aumento. Lo sé perfectamente; no he valido algo, no he sido exacto en mi plan de conducta, firme en mis trabajos, fuerte frente a mis pasiones, más que cuando he atacado a la primera de todas, cuando me he convencido de mi nulidad, y me he dicho a mí mismo: no eres nada, no vales nada. Todo eso lo sé, y sin embargo, la opinión que tengo de mí mismo siempre es la mejor.

Tengo un orgullo del tipo concentrado. Y no es mi posición mundana la que me infla, más bien me humilla. Mi mal está entero dentro de mí. Soy malo, quizá sea una bestia, pero me creo bueno, me creo un genio. He ahí la palabra: estoy ciego.

Por otra parte, el dominio que tengo sobre mí mismo es débil. Cierto que parece aumentar lentamente, pero tan lentamente... Un día, alguien a quien quiero mucho y que me merece la mayor confianza, me dijo: "Tienes el aire de un hombre propenso a la flojera". Estas dos palabras obraron en mí maravillas; durante tres meses, no fui el mismo. ¡Quién me dijera algo parecido cuatro veces al año!

Algo de pereza para levantarme, cierta glotonería, muy bromista con cierta clase de personas, he ahí la prueba de la incapacidad de mi carácter. No sé dominarme. Contra esta debilidad, lucho por humoradas y es un mal peor, porque me irrita, me fuerza, hago más de lo que puedo y todo me sale al revés. Por lo tanto, no me domino largo tiempo. Doy golpes de estado que tienen sus jornadas memorables. Soy demasiado ingenuo, demasiado confiado y a menudo cándido; no conozco suficientemente el corazón humano. Desde hace seis meses

la lectura de *Gil Blas* y *L. V.* me han despabilado algo a este propósito.

Mi imaginación es la que me supongo en todas las personas de mi edad. Es una enfermedad de juventud: se cura, no refrenándola completamente, lo que sería imposible, sino mediante la orientación que se le imprime.

**Mi corazón**      Lo digo en confianza, tengo un buen corazón y no quisiera cambiarlo por otro. Quiero a Dios, al menos eso creo. Hace mucho que me entregué a él. Cada día descubro nuevas consecuencias de esta entrega, y lejos de asustarme, me animan.

Quiero a mis padres. Sé lo que les debo. ¿Por qué un capricho o un mal humor me tienen que obligar a veces a un agradecimiento razonado?

Mis amigos son poco numerosos. Me asquean las relaciones banales. Para amar, para que yo me entregue, necesito encontrar una entera conformidad de creencias, de opiniones y de sentimientos. Mis amigos, ya he conocido varios así, podrán actuar mal, pero si la fe permanece, no desespero; al contrario, su miseria me los vuelve más queridos. Tengo pruebas de que se puede volver a Dios desde muy lejos. Se habla de amistades de colegio. Que yo sepa, no me quedan muchas de éstas. Hay alguien con quien he realizado todos mis estudios, a quien he vuelto a encontrar en la Escuela de derecho; íbamos a las mismas conferencias, nos hacíamos visitas. Le he querido con locura; ¿por qué le dejé plantado?

*Si quieres que te quieran,*

*Pastora, debes amar tú también.*

Se quejaba de no tener amigos. Ahora tengo algunos amigos. Les quiero como a mí mismo. Intento quererlos por Dios; les debo todas esas alegrías de que se disfruta cuando un corazón se abandona completamente en otro corazón. Buscar mejor, me resultaría imposible; dema-

siado bueno es ya lo encontrado. Ya no buscaré más amistades, porque no sé entregarme a todo el mundo. Hace tiempo que ya no hago nuevas amistades; incluso rehúyo las que me proponen. Quizá esto sea una lástima, pero ¿qué le vamos a hacer?

Me parece que mi amor a las personas es grande, sobre todo mi amor a los pobres. Ser servicial con ellos es para mí un placer. Me cuesta encontrarles defectos, por ello tengo miedo de reñirles. Me creo capaz de sacrificio.

Heme aquí, según la idea que me hago de mí mismo. Estoy lejos de creerme perfecto. Hay muchas cosas que reformar en mí, pero hay muchas otras que bastaría orientar bien.

## II. ¿Qué quiero ser?

La meta que me propongo es aprovechar, a la vez, mis buenas y mis malas cualidades para alcanzar toda la perfección de la que mi ser es capaz, desarrollando lo más posible cuanto pueda tener de bueno y destruyendo, en cuanto de mí dependa, todo lo que tengo de malo.

No pretendo una perfección absoluta, pero sí una perfección relativa. Sólo Dios es absoluto y ninguna de sus criaturas puede, sin violar las leyes del propio ser, aspirar a algo por encima de lo que se le propone. Conocer aquello a lo que Dios me destina, he ahí el medio más seguro de saber de qué soy capaz. Trabajar por ocupar dignamente el lugar que Dios quiere para mí, tal es, a mi ver, el camino más cierto para alcanzar mi perfección.

Ahora bien, mis principios, mis afectos, mis gustos, me alejan de eso que llaman la vida del mundo, y mi afición a la ciencia, mi elección de pertenecer a Dios y estar en Dios, me hacen entrever, como el colmo del honor, ocupar un lugar entre los defensores de la verdad.

Adorar al Verbo por quien todo fue hecho, ser eco de la Palabra eterna y como el espejo en que se reflejan en medio de las tinieblas los rayos de quien es la vida y la luz, tal es, a mi ver, la meta más hermosa para mí. En vano el orgullo intenta manchar la santidad de este deseo. Cada día intento purificarlo un poco más, y cada día me parece más noble; cada día se presenta ante mí más vivo, más ardiente, y colma mi alma de una dulce esperanza y como de una alegría anticipada.

### III. Con qué medios

**Según el modelo de  
Jesucristo**

Para forjar mi alma y hacerla menos indigna del fardo que quiere imponerse, necesita un modelo. Ya ha encontrado este modelo, y en él todas las virtudes que se propone y las fuerzas suficientes para adquirir tales virtudes. Modelo viviente que anima a cuantos le miran, que se ajusta a cuantos quieren imitarle, que se incorpora realmente a quienes quieren realizarlo en ellos mismos por la semejanza. Este modelo es el Hijo de Dios en cada pasaje de su vida mortal, mientras quería ser llamado Hijo del hombre; pero sobre todo, para mí, cuando instruía a los pecadores y anunciaba la verdad a las naciones sentadas a la sombra de la muerte.

Fijos los ojos en él, he de reparar en mí los estragos de la triple concupiscencia, intentando identificarme con quien es a la vez el remedio y el reparador de toda debilidad. *Yo en ellos como tú en mí*, había dicho, cuando en el momento de cumplir el sacrificio, presentó al Padre *a los que amó hasta el extremo* [Juan 17, 21]. Pues bien, ¡sí, Salvador Jesús, yo en ti y tú en mí! Tú lo sabes, de todas las páginas de tu vida mortal ninguna me emociona más que este último discurso en que, dirigiéndote a todos los hombres en la persona de tus discípulos, quisiste, a impulsos de tu corazón, probarles que sólo el amor te con-

ducía a la muerte. De todos los deseos que formulaste, aquel cuyo cumplimiento más anhelo es aquel por el que llamaste al género humano a borrar el antiguo pecado, viniendo a perderse en ti.

¡Que yo permanezca en ti y tú en mí, y mi inteligencia, mi voluntad, mi corazón, se elevarán más y más y cumplirán la meta querida por ti, oh Creador de mi ser!

**Reforma de la  
inteligencia**

Mi inteligencia, penetrando por la fe en el dominio de la verdad, buscará más y más a Dios, en sí mismo y en sus obras. Trabajaré, no para sí misma, no por vano deseo de gloria, sino para sufrir la pena dictada contra los hijos de Adán, para glorificar a Dios mediante un mayor conocimiento de sus propias perfecciones y las de sus criaturas; también trabajaré para hacerse más digna de distribuir el pan de la palabra a cuantos tengan hambre de la verdad y hacer brillar su antorcha a cuantos están alejados de ella.

Para afianzar su debilidad, hacer superar su desaliento apático, moderar sus impulsos tan rápidos y tan fugaces, ¡qué fuerza no va a encontrar mi voluntad en la contemplación de aquél que es el orden, que todo lo hace con orden y cuya voluntad es una ley perfecta!

**Reforma de la  
voluntad**

Cuanto más conozca mi inteligencia la palabra de Dios, cuanto más se pliegue mi voluntad a la regla divina, más se inflamará mi corazón en amor puro. Amaré a Dios, no desearé más que a Dios, no conoceré sino a Dios, y cuanto no sea Dios lo conoceré, lo querré, lo amaré en él. Así amaré a los hombres y mi amor por ellos me llevará a querer su felicidad, a conocerlos para curar sus males, aliviar sus miserias, sostener sus debilidades.

Apreciando más y más la verdad, todo en mis estudios se referirá a ella. Deseando ser perfecto, despreciaré profundamente cuanto no satisfaga mis expectativas, y una firme resolución de superar cuanto frene mi carrera, nacerá de la convicción de que todo es vanidad.

**Reforma del corazón** Para hacer mi corazón digno de la Belleza eterna, apagaré en él todo fuego impuro. Velaré sobre mí mismo, ya que el hombre animal no comprende las cosas de Dios y menos aún puede amarlas.

**De acuerdo con los tres consejos evangélicos** Y ya que esta triple reforma ha de manifestarse externamente, sobre las ruinas de la triple concupiscencia nacerán las tres virtudes, que deben florecer en cuantas almas quieran beneficiarse de la redención, pero que dan frutos más o menos bellos, según el cuidado con que han sido cultivadas.

La pobreza, la obediencia y la castidad, también tendrán para mí su desarrollo particular.

Los bienes de la inteligencia se aprecian en proporción al desprecio por los bienes de la carne. Me esforzaré por hacerme pobre en espíritu y dando gracias a Dios por haberme puesto en una posición que me permite trabajar sin inquietud ni preocupación por el mañana, usaré los bienes que me ha dado para adquirir los conocimientos que me sean necesarios.

La obediencia triunfará sobre mi orgullo y sobre la debilidad de mi carácter. Obedeceré para ahogar ese orgullo que grita sin cesar: *Non serviam!* [*¡No te serviré!*] [Jeremías 2,20]. Obedeceré, porque el orgullo que quiere romper el yugo, nunca ha sabido conducirme, me precipita en malos caminos por los que, unas veces corriendo con imprudencia y otras arrastrándome con dificultad, no

cosecho sino hartas fatigas y el pesar por un tiempo mal empleado.

El primer efecto de la rebelión original fue la pérdida de la inocencia. Sometiendo mi espíritu, purificaré mi corazón y el orden al que someta mi voluntad aportará el orden y la sumisión de mis sentidos.

### Oración final

Señor Jesús, tú que no tenías donde reclinar tu cabeza, que fuiste obediente hasta la muerte; Cordero de Dios, cuya sangre es el vino que hace germinar vírgenes, ven e imprime en las tres potencias de mi alma, el triple sello de la regeneración. Que pobre como tú, obediente como tú, casto como tú, me parezca en todo a ti. Tú sabes cuál es mi más ardiente anhelo, cuánto deseo parecerme a ti, sobre todo mediante ese sacerdocio en el que tú fuiste a la vez sacerdote y víctima. Pero antes de ejercer sobre ti tan temibles funciones, concédeme poder ensayarlas de algún modo en mí mismo; inmolarme a ti todos los días de mi vida; ofrecerte todo mi ser: mis pasiones para que se consuman, mi alma para renovarla, mi cuerpo para hacerle esclavo de tu ley; y oírte decirme al llamarme al más alto ministerio: *“Muy bien, siervo bueno y fiel, ya que fuiste fiel en lo poco, te pondré al frente de lo mucho y de lo más alto: Quia super pauca fuisti fidelis, super multa ego te constituam”* [Mateo 25, 21].

---

## UN PLAN DE ESTUDIOS

### I. Dificultad de la empresa

*Febrero de 1831*

Encuentro difícil de trazar un plan de estudios, por varias razones. Hay que conocerse y saber de qué uno es capaz. Se requiere una ciencia casi anticipada de lo que se desea adquirir. Hay que saber por qué medios llegaremos a la meta que nos proponemos al estudiar.

El conocimiento del espíritu, de la ciencia y del método; tres condiciones principales, a las que hay que unir como subordinadas la noción del punto de partida, el uso que se piensa hacer de la ciencia y mil otras preguntas más o menos embarazosas.

¿Vale más trazarse uno mismo el plan de estudios que recurrir a una mano caritativa que se encargue de trazar el camino? Pienso que las ventajas se equilibran y me decido por la primera opción, aunque no sea más que por ver si puedo llegar lejos yo solo.

En este plan distingo dos cosas: el fondo y la forma. Tengo bien claro que mi meta no ha cambiado desde que, hace algunos años, sé lo que quiero llegar a ser. Quiero defender la religión y para ello adquirir los conocimientos necesarios. Para combatir con eficacia debo conocer mi religión; la historia, donde veo la religión en su relación con los hombres; la filosofía que la ataca, la misma que hunde sus raíces en su seno; en fin, las ciencias que pudieran aportar armas contra ella, cuando en realidad son poderosas auxiliares. He ahí para el fondo. ¿En qué orden, mediante qué método voy a estudiar la religión, la historia, la filosofía, las ciencias? He ahí la forma.

Ahora bien, esta forma para mí ha variado; y seguirá variando. Sin duda, dentro de dos años, los estudios orientados a la historia me harán reconocer que existe una manera mejor de emplear el tiempo mediante un método diferente. Pero no sé si no es mejor perder tiempo, si con ello gano en experiencia. Un guía me aportará ciencia. Lo sé. Pero ¿le comprenderé? ¿Me comprenderá? Ya sé lo que es seguir un camino sin saber ni a dónde vamos, ni dónde estamos. Está decidido. Lo intento solo. Quedemos en esto.

## II. Metodología

¿Qué soy? ¿Qué sé? ¿Qué quiero llegar a ser? ¿Qué deseo saber? ¿Cómo voy a aprender? Tales son las preguntas que me planteo.

¿Lo que soy? Ya me he dicho eso en otra parte, bajo otro prisma. Bajo el punto de vista de la inteligencia, me creo capaz de estudiar cuestiones serias. No deseo más.

¿Lo que deseo llegar a ser? Lo tengo claro también.

¿Lo que sé? Un poco de religión, un poco de historia y un poco de filosofía. Después de salir del colegio he recommenzado mis estudios. He leído bastante; he escrito bastante; en estos momentos estoy estudiando sobre todo la historia.

¿Lo que deseo saber? Ya lo he dicho.

Falta pues el método. Dentro del método entran: el orden que hay que establecer entre las ramas del conocimiento, el tiempo que hay que dedicarle, el estudio más a fondo de tal o cual de ellas y, por subdivisión, la lectura, la composición, los ejercicios, los conocimientos de lenguas.

El orden natural parece ser: la religión, la historia, la filosofía y las ciencias. Ahora bien, ya que la religión es parte de los diferentes estudios, creo que por ahora debo

dejar para más adelante el estudio más profundo de lo que a ella se refiere específicamente. En este estudio engloba la doctrina cristiana, la Sagrada Escritura, los Santos Padres y la historia de la Iglesia.

Dentro de la historia, entra toda la antigüedad con sus prodigios y sus vicios, sus creencias y sus supersticiones, el conocimiento universal de los pueblos y sus formas de gobierno. Sería bueno, antes de bajar a los detalles, recoger como un haz de hechos y desarrollar en un trabajo adecuado el efecto general que produce esta primera visión del mundo y de su vida. Los trabajos particulares podrían hacerse con menos inconvenientes a propósito de tal o cual punto de historia, sin atenerse rigurosamente al orden cronológico.

En la filosofía hay que ver dos cosas, la historia de los sistemas y el desarrollo de su opinión. Para mí la filosofía es lo que era para Malebranche, la explicación de la fe. La fe se fortifica mediante la comprensión, y la filosofía apoyada en la fe constituye un intercambio de ayudas. La historia de la filosofía viene detrás de la historia propiamente dicha y la filosofía después de la religión, y no antes, como pretendía mi profesor.

Pongo en último lugar las ciencias, ya que para mí no son más que objeto indirecto de mis estudios.

Partiendo de aquí, fijo el tiempo, no por años, lo que sería absurdo a mi ver, y digo: la religión siempre, la historia y la filosofía a menudo, las ciencias a ratos.

### III. Instrumentos de estudio

#### Lecturas

Falta lo que yo llamaría los instrumentos para el estudio. Nadie duda de que la lectura sea el más importante. Pero no basta tener mucha tierra, hace falta que sea buena, hace falta que la semilla cubra toda la extensión. Necesito, vista mi memoria, no tanto leer mucho como leer

bien. Si los libros son interesantes, estoy de acuerdo con el método de tomar notas. El hábito de tomarlas, obliga a leer pausadamente; pero no creo que sea útil, incluso diría que es peligroso, leer siempre con la pluma en la mano. ¿Es mejor leer con vistas a un trabajo concreto o bien leer sin propósito definido? Distingo. Hay libros de máximo interés, de primer orden: esos libros merecen ser leídos por sí mismos. Otros, de calidad inferior, se pueden dar por satisfechos si se les relaciona con una idea, para recordarlos. Al mismo tiempo que se lee alguna obra de política abstracta, no estaría mal mezclar la lectura de algunas Memorias bien hechas: es el modo de hacer un paralelo entre la teoría y la práctica, y no dejarse arrastrar hacia una u otra parte.

Entre las lecturas importantes, Leibnitz y, después de él, todos los autores recomiendan que se lean los periódicos. El señor de Maistre tomaba notas de ellos, hacía resúmenes. El estudio de tres o cuatro periódicos con posiciones claras me parecería del mayor interés.

Planteo una cuestión sin resolverla, la composición. ¿Hay que escribir a medida que se lee, o esperar, como quiere el señor de la Mennais, a que el cerebro haya reunido una masa suficientemente amplia de ideas y de hechos para que produzca como por sí mismo? No lo sé.

### **Idiomas**

Los elementos de conocimiento elaborados por extranjeros obligan al conocimiento de idiomas. No voy a estudiar más que el alemán, el inglés y el español. Empezar su estudio cuando se los necesita, dar el gran empujón entonces, luego mantenerlo por el uso, me parece un buen sistema. Me propongo dedicarme al alemán para poder leer en el original las obras que necesite. Con lo que ya sé, un mes

o seis semanas me bastarán, espero, para saber lo que necesito.

Buffon dice: El estilo es el hombre. Hay dos estilos: la organización de las frases, —todos los oradores saben organizar una frase—, y la invención. Uno es el vestido del pensamiento, lo otro es su cuerpo. Uno se adquiere, el otro se modifica para perfeccionarse. El abate de la Menais empuja a traducir. Leer en voz alta también ayuda mucho. La poesía sobre todo.

**Coloquios y viajes** No puedo hablar de dos medios importantes de instrucción, ya que exigen un tipo de estudio muy diferente, los coloquios y los viajes. Sin embargo, ¿qué beneficio se seguiría para el espíritu de un contacto con otras inteligencias, o de la observación de costumbres nuevas, que tienen todas algo de bueno y algo de malo, pero todas son diferentes? A quien sabe leer en sus corazones y en sus espíritus, los hombres enseñan con seguridad mucho más que los libros...

10 de julio de 1832

A su primo Edmond d'Alzon

**Su vocación** Parece ser que mi entrada en el seminario da que hablar a mucha gente, de muchas maneras, pero pocas personas han captado mi modo de pensar tan bien como tú. Unos dicen que si tomo la sotana es forzado por el fanatismo de mis padres. En la situación actual, efectivamente, hubieran tenido que ser terriblemente fanáticos para forzarme a abrazar el sacerdocio contra mi voluntad. Otros han dicho que quería servir a Enrique V. Montando una conspiración seminarística, sin duda. ¡Qué imbéciles! Los más ladinos han descubierto que no todo se sabe y que hay gato encerrado. ¿Captas la malicia?

Dios me ha dado la gracia de ser servicial y he sentido crecer en mí el deseo de defender la religión en el momento en que más la atacan. Me gusta pensar que, en estos momentos en que todo está inestable, variable, incierto, en que el porvenir es tan oscuro que todo el mundo, sea cual sea su posición o su opinión, está amenazado, yo me atenía a algo fijo, inmutable, y que si corro algún peligro, al menos es por una causa que merece la pena. Ya te habré dicho más de una vez: nada me indigna tanto como el egoísmo que veo invadir hoy a la sociedad. Es un hiello que lo paraliza todo; es una lepra que avanza rápidamente y extiende la corrupción y la muerte...

---

## CONSAGRACIÓN A JESUCRISTO

### Preámbulo

3 de mayo de 1833

Está escrito en el Apocalipsis que San Juan vio, en medio del trono de Dios, un cordero como inmolado, y que los ancianos que rodeaban el trono y los ángeles que le servían se prosternaron y exclamaban con voz potente: *Dignus est Agnus, qui occisus est, accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem, et gloriam, et benedictionem* [Apocalipsis 5, 12].

A este cordero, inmolado desde el principio del mundo, estamos decididos a consagrarnos, para rendir al que está sentado en el trono y al cordero, la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. *Amén*. Persuadidos de que cuanto más la impiedad moderna ha querido abatir su poder y aniquilar su gloria, tanto más el que está sentado en el trono hará brillar su gloria y for-

tificará su poder, nosotros venimos a prosternarnos ante él, y continuando los cánticos de los ancianos y de los ángeles, así como el de los cuatro animales misteriosos, repetimos: *Amén, Amén*. Sí, queremos que el poder y la gloria sean dados al Cordero y por ello a sus pies nos unimos para que nuestros esfuerzos concertados atraigan sobre nuestros trabajos las bendiciones de lo alto. Nos proponemos acrecentar, en lo que de nosotros dependa, esta gloria y este poder.

Los medios para conseguirlo, los encontraremos en la imitación, lo más perfecta que podamos, de su estado de víctima. Como San Pablo, no queremos sino una cosa: Jesucristo y Jesucristo crucificado, *Jesum Christum, et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2]. Tal será nuestra divisa: Jesucristo, cuyo sacrificio en la cruz será el modelo en que siempre tendremos puestos los ojos. *Aspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est* [Mira y haz según el modelo que viste en la montaña: Éxodo 25, 40]. Vendremos a menudo a contemplar este modelo que, desde el altar como desde la montaña, se nos presenta y nos enseña lo que debemos ser, para rendirle el honor que se le debe. Y tal como Jesucristo se ha ofrecido voluntariamente a su Padre, así nos ofreceremos también nosotros sin cesar a Dios. Así como Jesucristo en la cruz no ha querido más que la salvación de los hombres, así nosotros, amando la cruz, no queremos más que nuestra salvación y la de nuestros hermanos. Así como Jesucristo levantado en la cruz atrajo a todos a sí, *cum exaltatus fuero, omnia traham ad meipsum* [Juan 3, 14], así nosotros nos esforzaremos, mediante el espíritu de penitencia, por subirnos a la cruz para atraer hacia el cielo a tantas almas que miran todavía a la tierra.

El amor al Santísimo Sacramento del altar es el que nos esforzaremos por encender en nuestros corazones. Pediremos a la divina víctima que se digne gravar en ellos su imagen. Le pediremos que transforme nuestros pechos en un horno encendido, del que salgan con nuestras pa-

labras las llamas que vayan a inflamar tantos corazones tibios y fríos, que sólo esperan una chispa del cielo para prenderse.

La vista de los ultrajes que recibe Nuestro Señor en la Eucaristía, sobre todo por parte de los eclesiásticos, será causa de nuestro eterno dolor. Para mitigarlos, en lo que dependa de nosotros, redoblabemos nuestros esfuerzos. Para desagrar de alguna manera al Salvador Jesús por los ultrajes con los que castigan su ternura, abrazaremos el espíritu de penitencia con ardor y propagaremos con todos los medios el conocimiento de los beneficios que reparte a los hombres desde el fondo del sagrario. Y como tenemos prisa por poner en práctica nuestro plan, empezaremos por ensayarlo entre nuestros hermanos; impulsados por estas consideraciones, establecemos el siguiente contrato:

### Reglas particulares para lo que nos atañe

1° Tendremos siempre presente a Nuestro Señor en el altar, de modo que nuestra divisa *Jesum Christum et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2], sea como nuestro tema permanente, para que nos enseñe lo que hemos de ser y lo que hemos de hacer.

2° Cuantas veces asistamos al Santo Sacrificio, renovaremos la inmolación de nosotros mismos unidos a la víctima divina.

3° Haremos seis comuniones al año para obtener de Dios las gracias necesarias para que nuestro proyecto se cumpla. Quedan fijadas en las fiestas de Nuestro Señor, es decir en Navidad, la Circuncisión, el Jueves Santo, Pascua, la Ascensión y la fiesta del Corpus.

4° Nuestra fiesta especial es el Jueves Santo: *sciens Jesus, quia venit hora, ut transiret ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos* [Juan 13, 1].

5° En la semana que preceda a cada una de estas fiestas, haremos una mortificación a nuestra elección, para expiar los ultrajes hechos a Nuestro Señor.

### **Jesum Christum et hunc crucifixum**

**Acto de Consagración** En este día, tercero del mes de María, fiesta de la Invencción de la Santa Cruz, del año de 1833, nosotros los abajo firman-tes, con vivo y ardiente deseo de consagrarnos a la mayor gloria de Dios y con nosotros los corazones de todos los hombres, declaramos ofrecer a Jesús, víctima por nuestro amor, el sacrificio entero e irrevocable de nuestro cuerpo, nuestro corazón, nuestra alma y todas sus potencias, de todos los bienes que poseemos, tanto temporales como espirituales, para que disponga de ellos a su antojo en el tiempo y para la eternidad.

Imbuidos del espíritu de nuestro divino modelo, y unidos al sacrificio excelente que este cordero sin mancha ofrece sin tregua a su Padre, nos comprometemos mediante juramento solemne y firmado con nuestra sangre, a inmolarnos como él y con él:

1° Trabajando durante todo el tiempo de nuestro seminario y el resto de nuestra vida en perfeccionar en nosotros este espíritu de abnegación, de generosidad, de pobreza absoluta, cuyo manantial es el corazón de nuestro Jesús, etc.

2° Consagrando todos los actos de nuestra vida a la salvación de las almas... (ilegible)... con este amor ardiente con el que el corazón de nuestro amable Salvador no ha cesado de amarnos.

3° Inmolándonos cada día con él durante la celebración del santo sacrificio y consumando esta inmolación con mayor perfección con motivo de las seis comuniones que haremos cada año en las fiestas que... (ilegible).

4 ° Finalmente, mortificando nuestra carne, con nuestro bien amado Salvador, mediante seis penitencias que realizaremos durante la semana que preceda a cada una de las seis fiestas mentadas más arriba.

*(En el Seminario de Montpellier)*

## UN PLAN DE ESTUDIOS

*9 de octubre de 1833*

### **Alcance**

El plan de estudios que me propongo está fundado, me parece, en la propia naturaleza de la mente humana y limitado según las lindes de mi espíritu en particular. Se necesitaría ser un genio universal para abarcar en un plan de estudios el conjunto de los saberes de los que el hombre es capaz. Sé lo que puedo. Por eso me limito a una frontera que no debería traspasar.

Obligado a hacer de la religión mi estudio específico, debo dedicar todos mis esfuerzos a profundizar en ella. Las demás ciencias no deben ser consideradas por mí sino como auxiliares, a las que recurriré en la medida en que me sean de mayor o menor utilidad para penetrar en los misterios de la teología. Tampoco pretendo entrar en todos los detalles de la ciencia eclesiástica: son infinitos. Sería locura querer penetrar en ellos. Quiero elegir los que más se relacionan con las necesidades del momento, y partiendo de la idea de que hoy se necesita ante todo probar los fundamentos de la fe, al mismo tiempo hay que hacer comprender a las inteligencias cansadas de guiarse por sí mismas, que una vez sometidas a la autoridad de Dios, su espíritu recobra la fuerza y el reposo y se siente penetrado de una nueva vida.

La ventaja que encuentro en un plan de estudios consiste en poder contemplar todas las cosas en un vasto

conjunto, referirlo todo a un mismo fin y explicar los problemas mediante otros ya resueltos.

**Qué orden seguir** El orden que me propongo seguir es completamente histórico. Hay una razón para ello y es que partiendo de la fe y deseando saber lo que de ella se sigue, el orden histórico me presenta las etapas sucesivas en las que Dios mismo, autor de la fe, ha desarrollado las creencias, y al mismo tiempo podré seguir los extravíos de la razón humana.

**Tiempos del Antiguo Testamento** Dios habla en el principio y su palabra crea todas las cosas. He ahí el resumen del primer capítulo del *Génesis*. Con este capítulo se relacionan todos los saberes sobre la geología. Es esencial demostrar que la geología no contradice al Génesis, sino que confirma el relato. Desde la creación hasta el diluvio transcurre un período de tiempo que sólo la Biblia nos puede dar a conocer. Por lo tanto sólo se puede estudiar en los Libros Santos.

La iniquidad se extiende por la tierra. Dios, para castigar a los hombres, los anega y se elige una única familia para repoblar el mundo. Esta familia se divide en tres grandes ramas. De la rama primogénita Dios hace surgir un pueblo a quien confía el depósito de las tradiciones y cuya sociedad va a regular él mismo. Este pueblo se mantiene constantemente bajo la mano de Dios, quien le promete a través de sus profetas una regeneración. Este pueblo conserva siempre la verdad en su seno, pero se halla rodeado de naciones que poco a poco pierden las tradiciones primitivas, envolviendo lo que de ellas conservan bajo alegorías más o menos elaboradas. De entre estas naciones se elevan hombres que, devorados por el deseo de conocer la verdad y al no descubrirla bajo el es-

peso velo de los mitos, le preguntan a su razón esperando que les responda. Pero la razón, incapaz de guiarlos, les lleva a caer en mil y mil errores.

El cuadro de las creencias debilitadas sin cesar entre los pueblos paganos y llenos de las convulsiones filosóficas de los pensadores de entonces, forma un contraste chocante con el espectáculo del pueblo judío, siempre feliz cuando sirve a Dios y siempre aplastado por sus enemigos cuando lo abandona.

**Tiempos de la Iglesia** Tal debe ser, por así decir, la introducción a los grandes combates que el cristianismo nos presentará. Jesucristo nace y funda su religión sobre las creencias antiguas más desarrolladas, al mismo tiempo que da a los hombres, mediante la fundación de su Iglesia, el medio de conocer la verdad, medio ya conocido antes, pero que no se presentaba con los rasgos tan precisos.

Aquí se nos presentan dos grandes divisiones. El cristianismo puede ser considerado en sus dogmas o en su gobierno. En sus dogmas presenta el sistema de verdades más vasto y el más completo; en su gobierno forma una sociedad eterna, en la que Dios es el rey, y que no puede perecer y quien la gobierna tampoco.

Considerado en sus dogmas, el cristianismo ofrece el espectáculo de la lucha, sin cesar renovada, entre el error y la verdad. Nada más bello que ver a los enemigos de la verdad unirse para ahogarla, y enfrente, a los cristianos oponiendo constantes las armas de la autoridad a los amantes de novedades y venciénolos siempre. El estudio de esta guerra continua enseña cómo la verdad siempre sale victoriosa y más esplendorosa de sus luchas, cómo los esfuerzos de las tinieblas para invadirlo todo, aportan una mayor efusión de luz. Las herejías que han aparecido hasta el siglo XVI, deben ocuparnos según su importancia, pero llegados a la época de la Reforma, hay

que dedicarle una mayor atención porque tocamos a una época que influye inmediatamente sobre la nuestra. Hay que mostrar cómo Lutero, al proclamar el dogma de la rebelión contra el Papa, ha proclamado el dogma de la superioridad de la razón, y cómo con la ayuda de este error los filósofos del siglo XVIII han causado las ruinas de las que estamos rodeados. El estudio de los siglos precedentes ha de servir poderosamente para explicar el nuestro, e incluso, para descubrir lo que se prepara para el porvenir, en la medida en que las necesidades de la religión pueden exigirlo.

Bajo el punto de vista social, la Iglesia, en sus relaciones con los reyes y los pueblos, presenta un altísimo interés. Las cuestiones de la soberanía, de la libertad y del derecho de defensa, se ubican aquí. Estudiadas en los tiempos pasados estas cuestiones encuentran una pregunta respuesta más fácil, cuando hay que resolverlas de acuerdo con nuestra posición actual.

**Ventajas del orden  
histórico**

El camino que propongo tiene las mayores ventajas, ya que vemos todas las cuestiones según el orden natural: en primer lugar Dios mostrando su poder mediante la creación, su sabiduría mediante la creación del hombre y los preceptos que le da, su justicia mediante el castigo que le inflige, su amor mediante la reparación; el hombre saliendo puro de sus manos, manchado por la culpa original, levantado mediante la promesa de un redentor; la formación de la familia bajo la ley natural, más tarde bajo la ley escrita; la formación de la sociedad judía, y a su lado la de las demás sociedades.

Jesucristo, anunciado por los profetas, aparece, y la gracia es dada por él. La cuestión de la gracia se emplaza aquí de manera natural. El Espíritu Santo enviado a los apóstoles enseña la verdad completa y el conocimiento

del Padre, del Hijo y del Espíritu, nos lleva a meditar sobre las profundidades del misterio de la Trinidad.

La lucha contra los paganos implica la necesidad de probar la divinidad de la misión de Jesucristo, al tiempo que las primeras herejías brindan la ocasión de forjar el poder de la Iglesia, poder que se precisa cada vez más según las circunstancias lo exigen. A partir de esta época, las herejías aportan temas de reflexión. El estudio de los escritos de los Santos Padres que las han combatido es el medio más seguro de conocer la verdad en su desarrollo. El estudio de los diversos sistemas de filosofía, que surgen al lado del cristianismo, formará un interesante cortejo para la verdad.

*21 de octubre de 1833*

Nota íntima

He tomado la resolución de, cuando pueda hacerlo sin que se note, comenzar una especie de vida monástica y austera, y de hacer todo lo que pueda por castigarme ante el Señor. Lucha contra el orgullo.

*26 de noviembre de 1833*

A su hermana Agustina

...Roma es una ciudad embriagadora. Te aseguro que no exagero. No he hecho más que correr todo el día. Verdaderamente algo prodigioso...

*28 de julio de 1834*

Al abate Ginouillac

**Preocupaciones  
apostólicas**

Muy recientemente, y para mí mismo, hacía algunas reflexiones sobre mi porvenir particular y me preguntaba cuál era mi meta. La meta me parecía bien clara: la defensa de la religión. ¿Medios? Eso ya me parecía más difícil de explicar. Al no sentir propensión hacia una cosa más que hacia otra, concluí que lo mejor

era dedicarme a la adquisición de una serie de conocimientos tal que más tarde pudiera seguir el camino que la Providencia me indicaría especialmente. De ahí la necesidad primera de estudiar el conjunto de la religión, lo que puede absorberme durante algunos años, sin poder decir sin embargo que pierdo el tiempo...

...Reflexionando sobre el carácter del sacerdote hoy, me ha parecido que uno de los grandes obstáculos para el éxito de las predicaciones cristianas, es que el hombre se muestra demasiado y el espíritu de Dios demasiado poco. El sacerdote que instruye, debe predicar *tanquam potestatem habens*, pero se ha imitado demasiado a los fariseos y escribas. Se ha disertado; por lo tanto el hombre se ha dejado ver. Se habrá hecho una hermosa pieza de elocuencia, una potente disertación filosófica, no se ha hecho una predicación cristiana. Ahora bien, es imposible que el hombre no se luzca en las refutaciones. Mire a ver si alguna vez se adopta este género en los discursos de Jesucristo, de los Apóstoles o de las Epístolas. San Pablo, en la Epístola a los Hebreos, se ocupa menos de combatir contra los judíos que de instruirlos mediante sus propias creencias. Y creo que eso es lo que hay que hacer hoy ante todo...

23 de agosto de 1834

Borrador de carta al abate Fabre

...Por lo que a mí atañe, estudio todos los días y cada día me aferro más a algunos principios cuya importancia me ha hecho captar mi viaje. El primero es que hay que trabajar para Roma, a veces sin Roma, pero jamás contra Roma...

24 de agosto de 1834

Sufrimientos menesianos

...Y si desea saber el resultado que estos acontecimientos han tenido para mí personalmente, pues hacerme sufrir mucho, purificar mi fe, hacerla apoyarse cada vez más en Dios, no querer más que el bien de su Iglesia.

Fuera de eso, ¡qué pequeño, débil, ilusorio es todo! Rece, le suplico, para que saque de todo lo que está pasando ante mis ojos, lecciones de humildad y de esperanza. A veces es penoso tomar la propia alma a pulso; a veces uno está muy abatido. Sin embargo, cuando vuelve la calma, uno se encuentra más débil, más roto, más ligero, más en manos de Dios; y eso es lo que necesitamos...

---

## RETIRO COMENZADO EN SAN EUSEBIO

*29 de noviembre de 1834*

Tomo como patronos a: Nuestro Señor, que es mi patrón particular, la Santísima Virgen, San José, San Juan Evangelista, San Pablo, San Juan Crisóstomo, San Francisco de Sales y San Ignacio.

*30 de noviembre*

¡Cuántas veces, al meditar sobre las primeras verdades, no he tratado de aplicárselas a los demás, sin pensar en aplicármelas a mí mismo! Creía que no necesitaba hacer hincapié en el pensamiento de que he sido creado para conocer, amar y servir a Dios, ya que en general estoy dispuesto a entregarme a su servicio. ¡En cuántas ingratitudes no he incurrido, por no haber prestado atención a una verdad que me hubiera permitido comprender la importancia de mis deberes!

Te adoro, Dios mío, por el orden admirable que has establecido entre los hombres que, colocados en distintas posiciones, pueden alcanzar la misma meta, que es

tu gloria y su salvación. Dame, Dios mío, en la posición en que me has colocado, la gracia de estar convencido de que todo es indiferente, con una sola excepción. Dame la gracia de no desear otro instrumento distinto del que has puesto en mis manos para realizar mi tarea, persuadido como debo estar, de que el instrumento que me has dado es el más adecuado para realizar la obra que me has mandado.

*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* [Romanos 8, 28]. ¡Que te vea siempre, Dios mío, como el fin de todas mis acciones! ¡Que tenga siempre presentes estas palabras: *Nemo venit ad Patrem nisi per me!* [Juan 14, 6]. Entonces todo me será indiferente, ya que ser rico o pobre, celebrado o despreciado, sano o enfermo, joven o viejo, poco me importará. Lo que me importará será buscarte, y como sabré que nadie va al Padre sino por ti, sabré también que tú has señalado por adelantado el camino que quieres que sigan tus discípulos: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, tollat crucem suam, et sequatur me* [Mateo 16, 24]. Por lo tanto la abnegación completa. Por lo tanto una indiferencia absoluta respecto de los medios con tal de llegar a ti, Dios mío, fuente de todo bien.

### *1° de diciembre*

¡Así, pues, comienza el mes en que Dios hará cosas tan grandes en mí! Morir sin que se hable de mí en la tierra. ¡Y qué me importa si Dios habla de mí en el cielo! Quiero vivir muchos años. ¿Para aumentar el número de mis pecados?

Cuando he viajado, en los caminos he puesto mi vida en manos de los cocheros, en el mar en las de los marineros, contando sobre su propio interés para conducirme al término de mi viaje. ¿Y no me pondré en manos de Dios para guiarme en el gran negocio de mi salvación? Cuan-

do deseo aprender una ciencia, hago lo que prescribe el maestro: utilizo, para el dibujo por ejemplo, el lápiz o el grabado, según me diga. Y para mi salvación, ¿no voy a emplear los distintos objetos que tengo a mano según plazca a la Providencia?

En la vida de San Ignacio, el pasaje que trata de los combates que tuvo que sostener antes de su conversión, me ha causado una profunda impresión. Dios mío, ¿por qué no puedo decir yo, como San Agustín: *Tu non poteris quod isti et istae?* Sí, Dios mío, yo lo podré con tu gracia. Me entrego a ti. Me considero una nada, como un átomo entre tus manos. Después de todo ¿qué otra cosa soy? Quieres que sea misionero. ¡Pues bien, mi Dios, lo seré! Moriré joven si mi pecho no aguanta las predicaciones. Aguantaré el frío de los Cevenas. Seré despreciado por aquellos que dirán que estoy destinado a hacer otra clase de bien. Estaré enfermo. Poco importa, con tal que esa sea tu voluntad.

Dame, Dios mío, la fuerza para resistir a este amor propio, que es tan potente en mí y que infecta todas mis acciones; o bien, si quieres, déjalo en mí, para que lo combata sin tregua y que el temor de dejarme seducir por sus ilusiones me impida prestar demasiada atención al escaso bien que me imagino hacer.

*2 de diciembre*

Dios crea el mundo para darse una gloria exterior. Crea a los ángeles, crea a los hombres. Los ángeles se rebelan en parte contra Dios y los rebeldes son precipitados al infierno. Dios crea al primer hombre el cual le ultraja, y el desorden entra en el mundo. Un único pecado ha hecho el infierno; un solo pecado ha hecho la muerte. Y yo, ¡cuántas veces no he pecado! No es otro, soy yo quien se ha rebelado mil veces contra su dueño, quien ha merecido mil veces ser aniquilado, y como la bondad de Dios

me soporta, no pienso en ello. Dios mío, graba este pensamiento en mi corazón. ¡Que piense siempre que estoy bajo la mano de tu justicia, para que no añada la ingratitud a tantas otras faltas!

3 de diciembre

Desde hace tanto tiempo que medito sobre el pecado, Dios mío, ¿y no tengo el horror que debiera inspirarme? Me presento ante ti como mi juez, y tú sólo te muestras como amigo. *Tu qui dulces mecum capiebas cibos* [Salmo 41, 10]. Eso es lo que me dices y no quieres enseñarme tu justicia. ¡Si al menos comprendiera tu amor! Pero soy incapaz y permanezco frío. ¡Qué situación tan cruel!

¡Qué bueno eres, Dios mío! Sólo puedo sentir que te he ofendido haciendo un acto de amor. Entonces veo cuánto me separa de ti. Como un esposo reprocha las faltas cometidas a su esposa culpable cuando se presta a sus caricias, así tú me reprochas con suavidad todas mis infidelidades. ¡Dios mío, ya no quiero cometer ninguna más! Tu bondad me confunde.

¡Qué terrible contraste encuentro en mí! Sé que amo cuanto hay de hermoso, bueno, santo, justo; me arrebató el amor a la castidad y luego cometo el mal: me embriago de orgullo, me dejo llevar por las imágenes más sucias, despellejo a mi prójimo, me entrego a la pereza. ¿Por qué esta lucha continua entre tu gracia y mi naturaleza corrompida? ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo? *Usquequo Domine? Usquequo?*

4 de diciembre

¡Qué bella la muerte del sacerdote, que en su última hora se ve rodeado de las almas que ha salvado y que le han precedido en la gloria; de los ángeles de aquéllas que aún están en la tierra, pero que rezan por quien les ha abierto los ojos a la luz! ¡Haber vivido como Jesucristo, como mediador entre Dios y los hombres, haberse hecho víctima por la salvación de sus hermanos, no haber pensado nunca en sí mismo para animarse a servir a Dios como auténtico apóstol, haber tenido el corazón abrasado por el fuego del amor divino, qué vida más admirable, qué muerte deseable tras una vida así, qué porvenir digno de esperanza!

5 de diciembre

Ten piedad, Dios mío, de un pobre hijo pródigo que no entiende suficientemente ni en qué medida ha sido pródigo, ni cuánta dicha hay en reposar en tus brazos de todos los sufrimientos pasados. Haz que encuentre descanso en ti, que en ti no busque más que tu gloria. ¡Dios de mi corazón!, pese a todo me parece que quiero amarte y que estas veleidades de amor me dan cierto pesar de mis faltas.

El 5 de diciembre de 1834, he recibido la absolución en una confesión general de toda mi vida y como me parece que la he realizado de buena fe, no me queda sino contar con la infinita misericordia de Dios que tendrá en cuenta, eso espero, la miseria de un pobre pecador y su deseo de retornar al camino de la virtud.

¡Gracias te sean dadas, amable esposo mío, por haber querido darle la paz a mi alma! Me acordaré de esta paz cuando piense que no he dicho todo. No me la hubieras dado, así lo creo, si no hubiera tenido la dicha de ser reconciliado contigo.

Salvador mío, ahora estamos en paz. Eres mi padre, eres mi hermano, eres mi amigo, mi Señor, mi Dios, *Deus meus et Dominus meus* [Juan 20, 28].

Dame, te lo suplico, gran abundancia de amor a ti. ¡Oh, río de la vida, fluye en mi alma! ¡Salvador del mundo, inúndame con tu sangre! No quiero amar sino a ti, vivir sino para ti, darme del todo a ti, nada importa en qué lugar, en qué parcela de tu campo quieres que trabaje, de cualquier modo que me quieras emplear.

Dios mío, ven a habitar en mi alma, ven a vivir en mí, para que yo viva en ti y que en ti yo me vea consumado en aquella unidad misteriosa de que hablabas a tus discípulos durante la última Cena, entre las dos mayores pruebas de amor que el hombre haya recibido de su Dios, la Eucaristía y el Calvario.

Recordaré toda mi vida que he de tener una confianza sin límites en Jesús en los momentos más terribles de mi vida.

26 de diciembre de 1834

A su padre

**Hoy, ordenación  
sacerdotal**

Hoy he podido leer su carta del tres de diciembre. Llegó hace ocho días, pero como hace quince días que no paso por aquí, no la había recibido. Por un ligero impedimento que aun no comprendo, no pude ser ordenado el pasado domingo, tal como esperaba. Hoy al fin ha tenido lugar mi ordenación sacerdotal. No he podido, pues, celebrar mi misa el día de Navidad, como esperaba. Será mañana, día de San Juan, cuando suba al altar por primera vez.

Sería largo de contarle todas las angustias que he sufrido, antes de recibir las órdenes y toda la felicidad que he experimentado cuando las hube recibido. Son cosas que sólo se comprenden cuando las experimenta uno mismo.

Ya soy sacerdote para la eternidad. Este pensamiento me desconcierta completamente y sin embargo deja en mi alma una alegría dulce que me llena de confianza. Cada vez que me he prosternado ante el obispo, en las tres ordenaciones, mientras cantaban las letanías sobre mí, le he pedido a Dios que no permitiera que me levantara, si no iba a ser un sacerdote según su corazón. Tengo una confianza extrema en el sacrificio de la misa. Ya el Oficio me procura un bien infinito. Quiera Dios, como me decía un buen religioso, que no se encallezcan los dedos que todos los días tocarán la hostia santa.

Le diré por qué decidí pasar un mes en San Eusebio. Me habían hablado tanto de los Jesuitas en todos los sentidos, que he querido juzgarlos por mí mismo. Abandono esta casa con la convicción de que en general los Jesuitas son santos varones, pero que repiten demasiado de la mañana a la noche la oración del fariseo: "Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres". Lo que se cuenta de la policía que ejercen en Roma, no es sino demasiado cierto; tengo pruebas desgraciadamente muy evidentes. No puedo hallar mejor comparación sobre el estado actual de los Jesuitas, que la de los brotes de un árbol inmenso cuando se ha cortado el tronco: no encuentras más que los vástagos brotando de las raíces.

Me han jugado una bastante mala pasada. Creo que ha sido el obispo del Puy. Sea quien sea, han presentado una denuncia contra mí, a propósito de mis opiniones. No me dicen nada. Sólo que la víspera de mi ordenación de subdiácono, el cardenal Odescalchi, que había tenido la bondad de prometerme que me ordenaría y que entre tanto ha sido nombrado cardenal Vicario, me rogó que pasara a verle. Me preguntó qué pensaba del señor de la M(ennais). Le respondí que estaba en todo sometido a la encíclica, que había desaprobado las Palabras de un creyente antes de la publicación de la condena y que, en cuanto a la filosofía, mis ideas habían cambiado mu-

cho, que solamente no entendía qué quería decir el Papa cuando hablaba de un sistema de filosofía que él desaprobaba. El cardenal me respondió que el Papa había querido criticar en general el sistema mediante el cual el señor de la M(ennais) quería incluir la religión dentro de la libertad y unir ambas cosas, que el Papa no quería condenar todas las opiniones del señor de la M(ennais), que conocía varias personas convertidas a raíz de la lectura del primer libro de este autor y que el Papa le había dicho que estaría contento de que se reimprimiese lo que el señor de la M(ennais) había escrito sobre la Santa Sede. Luego me propuso, en nombre del Papa, firmar una fórmula, mediante la cual yo adhería a la encíclica y me desligaba de la opinión de los que pensaban que la encíclica no condena un cierto sistema filosófico. Me propuso darme tiempo para reflexionar. Le respondí que no lo quería, y firmé en el instante.

Parece ser que se va a exigir una fórmula parecida a todos los obispos; al menos eso me aseguró el cardenal Odescalchi. Hubiera querido enviarle a usted una copia. Se la he pedido esta mañana al cardenal, el cual me ha dicho que me la conseguiría pero que el original está entre las manos del Papa, quien, me ha asegurado, se ha mostrado muy satisfecho de la prontitud de mi sumisión. Es bastante fastidioso atraer la satisfacción del Papa de semejante manera. Me van a presentar a él un día de éstos. Veré cómo me recibe.

*27 de diciembre*

**Primera misa** Esta mañana he celebrado mi primera misa en los sótanos de San Pedro. Me ha asistido el abate de Brézé. El señor d'Auriol oficiaba de monaguillo. El señor Poly ha celebrado la misa después de mí. Había cuatro o cinco personas; pero le confieso que, puesto que no podía verle a

usted entre ellos, me daba igual que estar rodeado de una multitud de indiferentes, de los que no se me da mucho y que no habrían hecho más que distraerme. Han comentado que hago muy bien las ceremonias. Sólo que el abate de Brézé me ha obligado a abreviar el *memento* de los vivos. Usted comprende sin embargo que tenía sólidas razones para tomarme con calma un momento semejante. El abate de Brézé me ha llevado luego a desayunar a su casa. Ha sido, lo mismo que el abate de Montpellier, muy bueno conmigo. El abate de Brézé pretende que representaba a mis padres y amigos y, como tal, dice que quiere escribir a mi madre.

No tengo ninguna noticia que darle, si no es que Montalembert regresa a París. Ha escrito últimamente una carta al Papa en la que declara que se somete enteramente a la encíclica. No quiero terminar mi carta sin decirle lo mucho que la suya me ha complacido. He besado vuestro nombre de pura alegría, no pudiendo abrazarle en persona.

18 de enero de 1835

A Luglien d'Esgrigny

**Sacerdote para los demás**

No, me he hecho sacerdote, al menos eso pienso, para los demás tanto como para mí. El deseo de glorificar a Dios, reconduciendo a él el mayor número que me sea posible de sus hijos descarriados; el deseo de verter un poco de bálsamo en las heridas de esta pobre humanidad, es lo que me ha empujado hacia el altar, que es donde pienso encontrar el remedio. Pero no he subido al altar sino a condición de bajar de él y mezclarme con la sociedad y tener sobre ella la poca influencia de que sea capaz. Pero esta misión que creo que es la mía, con razón o sin ella, esta misión no se va a llevar a cabo sin que cueste grandes decepciones, grandes tristezas, vista la ingratitud de los hombres...

---

## II. COMIENZOS DE LA ASUNCIÓN: 1844-1850

*1° de diciembre de 1844* A la Rvda. Madre María Eugenia de  
Jesús

...Hoy, primer día del año eclesiástico, he procurado entregarme, a mi manera, para formar en mí a Jesucristo, como se formó en el seno de María. Creo que eso me ha sentado bien. Creo que tengo una voluntad más fuerte, más sostenida, más tierna, de pertenecer a Dios. Se lo debo a usted en parte y para agradeceré se lo hablo de ello.

*20 de diciembre de 1844*

A la misma

### **Reaparición de la estrella**

...Estoy muy preocupado, de un tiempo a esta parte, en lo que me atañe, respecto de dónde quiere la Providencia que vaya. Cuando recibí las órdenes sagradas hace diez años, quedé como cegado, en el sentido de que ya no vi nada claro en mi porvenir. Hoy me parece que la estrella reaparece, y creo descubrir algo hacia lo que debo avanzar. A veces se levantan en el fondo de mi corazón furiosas repugnancias, pero tengo la sensación de que mi voluntad no tiene en eso participación o muy poca. Estoy dispuesto a todo. Por otra parte, algunas circunstancias externas dan la impresión de disponer todas las cosas para facilitarme los medios de llevar adelante los proyectos que creo son los de Dios. Hay que dejar a Dios actuar. Por mi parte, estoy, así lo creo, dispuesto a todo, cueste lo que cueste...

*23 de enero de 1845*

A la misma

### **Aplicación al estudio**

...Ya pudiera yo tener una reputación de sabio, que si la tuviera sería inmerecida. Sin embargo, cuando miro a mi alre-

dedor, estudio más que las tres cuartas partes y media de cuantos puedo observar. Sólo que, ellos dicen que se agotan y yo lo digo algo menos. Pero la ciencia requiere algunas aptitudes que no poseo; además, la vida tan activa a la que me impulsan, me quita tiempo. Pese a todo, tras su visita a Nimes, me reservo bastante tiempo para el estudio. Así, ayer, por ejemplo, a pesar de varios enfermos que visitar y varias visitas que recibir, o que realizar, he encontrado el tiempo para leer el volumen publicado por el señor Lacordaire, menos los dos últimos discursos. Pude arañar dos horas más para preparar mi Cuaresma. Le digo esto, para probarle que lo que es buena voluntad, no me falta...

... Me habla usted de tantas vocaciones como podría encontrar para una Orden tal como usted la sueña. Pero, una vez más, ¿tengo yo todo lo que conviene? Mi manera de hacer, de actuar, me prueba, por una parte, que no tengo la dicha de gustar a todo el mundo; por otra, me doy perfecta cuenta de que, en lo tocante a la santidad, no hay comparación posible entre lo que soy y lo que eran los fundadores. Antes de emprender la formación de otros, ¡qué dura educación no se habían impuesto a ellos mismos!

25 de enero de 1845

A la misma

... Ya he leído los cinco primeros capítulos del *Tratado de la vida monástica*. Estoy satisfecho, menos de la distinción entre los anacoretas y los cenobitas. Sus polacos me han robado la idea de una Congregación de sacerdotes para la educación, con una Orden Tercera de profesores seculares para la instrucción. Aunque quizá era usted quien me la había dado...

31 de mayo de 1845

Al Sr. Eugenio Germer-Durand

**Decisión irrevocable** Se necesita ser la bondad en persona para que me haya escrito una carta como la que he recibido de usted, dos días ha. Pero, se lo diré, si su carta aumenta mi ánimo para proseguir con mi idea, tampoco me hubiera hecho titubear en caso de que hubiese sido del parecer del señor de Tessan. Tienen que convencerse de una cosa: me romperé pero no me plegaré. Sé a qué me expongo; sé que estaré solo y que podría encontrarme solo. Las reflexiones que me hago aquí, me impelen a considerar el porvenir que me estoy preparando, de una manera muy triste. No retrocederé. Felices quienes sólo necesitan obedecer. La obra, tal como yo la enfoco, necesita más que obediencia, requiere la soledad, el aislamiento de mi voluntad frente a las voluntades contrarias que debo doblegar o romper. Si Dios lo quiere, ¿qué importa?

Me siento con la misma decisión para hacerme tratar de insensato, de cabeza de chorlito, de incoherente y de inconstante, con la que he tenido para hacerle mis propuestas iniciales. Estoy incluso más decidido, ya que, desde el momento en que hube adoptado la obra, mi estrella ha aparecido de nuevo. Desde hace diez años no sabía adónde iba; hoy creo saberlo. Voy a sufrir muchas penalidades, disgustos, inconvenientes, pero tengo gran calma. ¿Me mantendrá Dios siempre en este sentimiento?

Por otra parte, si Dios quiere que yo cumpla mi misión, seré yo y no otro, quien deba asumir la responsabilidad. Aceptaré consejos, pero tendré que decidir yo mismo. Los consejos que solicitaré y que no seguiré necesariamente, me atraerán los reproches de quienes más quiero, y también esto debo aceptarlo. Que el abate de Tessan diga lo que quiera. Me entristece no tener su aprobación,

porque le quiero mucho, pero no por ello dejaré de ir hacia adelante. La obra debe proseguir.

Ahora, mi querido amigo, ¿comprende cuánto necesito su amistad, con toda la fuerza de la palabra? Hay en su educación y en la mía eso que yo llamaría una veta de ideas instintivas que permiten que usted, simple cristiano, comprenda mejor, por puro sentimiento, lo que quiero hacer, que otros mediante todos los razonamientos del mundo. Usted comprende también, por qué una serie de buenas obras han podido ser llevadas a cabo por mí sin disfrutar y por qué la empresa a la que ahora me entrego puede absorber, para el resto de mis días, mi ser entero. También yo podría discutir una a una todas las obras que he emprendido y podría justificarme. Pero prefiero admitir un hecho cierto, que no siempre he actuado con el sentimiento de haber puesto todo el interés que hubiera debido. Pero ¿por qué me ha faltado ese sentimiento sino porque he actuado encarrilado y no atraído?

Y, al fin y al cabo, ¿las Damas de (la) Misericordia, van peor desde que me ocupo yo de ellas? ¿El Refugio, ha sufrido retrasos en su desarrollo por mi culpa o por la del obispo y la de otras personas? ¿El porvenir de las Carmelitas, no está asegurado? ¿La Conferencia de San Vicente de Paúl, que se ha formado a pesar del obispo, necesita que la ayude yo en contra de él, ya que lo hace todo sin consultarme? Otro tanto podría decir de la Caja diocesana, donde se toman decisiones que me conciernen, aunque yo sea el presidente, sin que yo lo sepa; lo mismo de la Biblioteca popular, en que Monseñor trata todo con el señor Gareiso, sin tomarme en cuenta. No me quejo. Sólo digo que puedo retirarme sin gran quebranto de tantas obras comenzadas y en las que la gente se sabe manejar sin que yo me ocupe de ellas. No me echarán en falta cuando me aleje y en cuanto a las otras, continuaré

con ellas hasta que otro quiera sustituirme, lo que será fácil, por poco que lo quieran.

En resumen, lo quieran o no, lo intentaré. Tendré éxito, si Dios quiere; fracasará, si Dios quiere. ¡Poco me importa! La idea está en mi cabeza y en mi corazón; tengo que ponerla en pie, pese a todos los obstáculos humanos que no me asustan en realidad.

*11 de agosto de 1845*

A Mons. Cart, obispo de Nimes

Las reflexiones a que me entrego desde hace cierto tiempo, me impulsan cada vez más a establecer el reino de Jesucristo y al bendecir en su nombre una casa cuyo único dueño quiero que sea él, me ha dado usted, de su parte, el único espaldarazo que deseaba...

*21 de octubre de 1845*

A la Madre María Eugenia

**Preparación al voto de perfección**

... Pues bien, ¡mire mis locuras! ¿Me creerá si le digo que ayer, en la misa, me ha sido imposible negarle a Dios comenzar una especie de noviciado para el voto de perfección? A veces, estoy tentado de creer que no es más que un orgullo estúpido lo que me ha podido inspirar una idea semejante. Pero luego, ¿por qué esta idea me ha venido durante la misa? Resumiendo, Dios me atrae con fuerza a sí, pero yo no tengo más que veleidades de bien. Sin embargo, hija mía, su responsabilidad y la mía, son algo muy serio, que nos pone en la obligación de hacernos santos. Eso hace temblar, pero no se trata de tener miedo, sino de poner en serio manos a la obra...

*31 de octubre de 1845*

A la misma

**El celo por el Reino**

...¿Le hablaré de mí? ¿Cómo es posible que, mientras usted se siente tan orgullosa, yo me vea impulsado a un sen-

timiento de humilde agradecimiento por todo el bien que me ha hecho usted desde hace un año? ¡Que Dios, querida hija, se lo devuelva al céntuplo y multiplique, al mismo tiempo, los efectos del celo por la extensión del reino de Jesucristo, que debe constituir la meta de nuestra existencia! Nota, dice usted, que soy mejor que usted. Creo que se equivoca de medio a medio, pero quiero llegar a serlo...

26 de diciembre de 1845

A la Madre María Eugenia

**Inicios del Instituto**    ¿Hago mal, querida hija, en dedicarle la hora que separa la meditación de la misa del undécimo aniversario de mi ordenación? Creo que no, ya que no quiero hablarle sino de la obra mediante la cual Dios me permite pagarle una parte de mi deuda.

Hemos comenzado seis; ustedes comenzaron cinco. A lo menos, que nuestro número compense el tiempo que nos llevan ustedes por delante. Anteayer, por la tarde, nos reunimos como habíamos convenido. Pero esta primera charla fue muy fría. Estaba agotado de cansancio, casi no había dormido la víspera, y había pasado el día en el confesionario; también nuestros hermanos tenían sueño. Hablé, pero poca cosa; sin entusiasmo. A las diez, cuando tuve que salir para la catedral, en que debía cantar el oficio y celebrar la misa de gallo, estaba poco contento de mí y de los demás. Me permití decir a mi vecino, hablándole de un sacerdote, conocido por su falta de talento y que cantaba una lectura: “¿Has escuchado alguna vez una boca escupir la idiotez a boca llena como la del señor X?” Estará de acuerdo con que fue horrible por mi parte. Durante la misa, me sentí bien, excepto un momento de impaciencia porque no habían pensado en la incensación del altar para el *Benedictus*.

¿Y dónde andaban mis sentimientos? Realmente, no lo sabía. Cuando intentaba entregarme a Dios, tenía la sensación de que eso ya estaba hecho y que no había que insistir.

Me volvía a casa calmado, tranquilo, sin alegría, sin tristeza, maravillosamente apático. Eran las dos de la mañana, me puse la bata de dormir y fui a prosternarme al pie del altar. Quería pasar la noche cerca del pesebre, ya estaba a punto de dormirme, cuando, al cabo de media hora llegó uno de nuestros Padres que había celebrado la misa fuera, él también. Creí que lo mejor era acostarme. Debían despertarme a las seis. Tenía que celebrar la misa para la comunidad a las seis y media. Lo olvidaron y cuando entraron en mi habitación eran las siete menos cuarto. La misa de los alumnos era a las siete; dejamos la nuestra para las siete y media; consecuencia de todo, la misa de gallo fue para usted, la segunda para los alumnos, que me dieron la alegría de comulgar en gran número, y la tercera para los nuestros. Al final de la misa quería decirles unas palabritas, lo mismo que a los de la Orden Tercera, que habían acudido para apoyarnos con sus oraciones. Un malentendido hizo que cuando me di la vuelta no divisé más que dos o tres personas en toda la capilla. Convendrá usted en que no era muy estimulante. Menos mal que allí terminaron mis tribulaciones.

Al salir de mi acción de gracias, varios de nuestros novicios vinieron a pedirme permiso para arreglar sus habitaciones. Les respondí que las escobas estaban preparadas y que estaba esperando que me las pidiesen. Les he advertido que haré lo posible por darles ejemplo e inspirarles el espíritu religioso; que les haría sugerencias, pero que no se las impondría mientras no me lo pidiesen. Me encuentro muy bien con este método, al menos por ahora; los futuros novicios, a medida que va-

yan llegando, tendrán que plegarse a lo establecido. Así, por ejemplo, ya me han pedido dormir en jergón, hecho de paja picada. Uno de nuestros profesores que hace dos meses había hecho tapizar su habitación, ha venido esta mañana a pedirme una sin tapizar. Usted comprenderá que así es mucho mejor.

Durante la misa solemne en la catedral, a la que he tenido que ir para asistir a Monseñor, estuve abrumado por la capa horriblemente pesada que me imponen en semejante circunstancia. Durante el *Credo* dormí un poco, pero aparte de eso, todo anduvo bien. En mi interior incluso estuve algo emocionado; lo digo con una pizca de vergüenza, porque lloré bastante, creo que a causa del canto. No puedo escuchar el *Adeste fideles*, sin llorar.

De vuelta a casa he preparado algunas prácticas de pobreza y de obediencia. Comí, y al salir del comedor me encuentro con un joven diácono, hermano del abate Goubier, que el año pasado fue vigilante en nuestro colegio y venía a pedirme una entrevista para hoy. Parece que le vuelve la vocación. Tenía que ir a las Vísperas de la catedral y pasar la colecta. Estuve a punto de desmayarme. Pasé la colecta y, admire mi valentía: me decidí a quedarme al sermón. No había escuchado uno solo durante todo el Adviento, y el canónigo que lo ha predicado hubiera podido molestarse. Pero para compensar mi buena voluntad, al sentarme al lado del párroco de la catedral, le pedí por favor que no me despertara si me dormía. Le dio tal acceso de risa, que a pesar de que casi se traga la borla de su bonete cuadrado, pensé que habría escándalo. Durante el sermón no me dormí, y pude hacer mi meditación muy bien. El sermón estaba muy bien escrito, frío, predicado tibiamente; podía tranquilamente recogerme y desconectar mi atención. Es lo que hice finalmente.

De vuelta en casa, propuse a nuestros hermanos una nueva reunión, y les elogíé mucho a uno de ellos que ya había iniciado la práctica de la obediencia hacia mí. Les leí las prácticas que les había preparado, les besé los pies para mostrarles la disposición de servicio y de dependencia en que deseaba colocarme como superior frente a ellos. Y ahora ya estamos en marcha.

He querido contarle estos detalles, querida hija. Por ellos verá tanto la poca cosa que soy, como el bien que se puede conseguir de estos pobres Hermanos, cuya sencillez es muy hermosa y que no están más que un tanto asustados...

---

## REGLAMENTO DE VIDA

*Diciembre de 1845*

Nota íntima

Los pensamientos que me preocupan de un tiempo a esta parte, la vocación a la que me siento llamado, me obligan a entrar en mí mismo e imponerme una regla de vida más exacta y más conforme a lo que creo que Dios exige de mí. Me debo considerar: 1° como cristiano; 2° como sacerdote; 3° como religioso; 4° como superior de comunidad.

### 1° COMO CRISTIANO

Soy hijo de Adán y de Jesucristo.

Hijo de Adán, soy pecador y debo reconocer mi pecado. Tengo una obligación muy grande de conocerme bajo este ángulo: 1° para adquirir un auténtico desprecio de mí mismo; 2° para adquirir, observando mis pecados y mis vicios, la misericordia para con los pecados y los vicios de los demás, y encontrar, en los remedios que me hayan

sido útiles, una experiencia útil para la salvación de mis hermanos cuya responsabilidad se me ha impuesto.

En tanto que hijo de Adán, estoy condenado a ganarme el pan con el sudor de mi frente, y pobre de mí si olvido un solo día esta ley de mi existencia.

Como hijo de Jesucristo, tengo que adquirir su amor y dejarme penetrar de su espíritu. He de recordar que debo llevarlo a todas partes, conforme a lo que este espíritu debe ser para mí.

El espíritu de Jesucristo ha de ser un espíritu de entrega absoluta, de inmutable ecuanimidad, de amor a mis hermanos como él mismo los ha amado.

El amor a Jesucristo debe ser el alma de todas mis acciones, ya que si su espíritu me debe llevar a hacer todo lo que él hubiera hecho si hubiera estado en mi lugar, su amor me llevará a hacer todas mis acciones con la mayor perfección posible y será para mí un aguijón perpetuo que me empujará hacia la santidad del estado al que estoy llamado.

No debo disimularme que el espíritu de Jesús es muy celoso en sus exigencias y que escuchándolo me expongo a avanzar por un camino que espanta a la naturaleza. El amor a Jesucristo suavizará en mí el rigor de los sufrimientos y por eso me aplicaré a desarrollado en mí, mediante la devoción al Santísimo Sacramento, ya que he observado la influencia sensible que ejerce en mí Nuestro Señor en la Eucaristía, por la diferencia de disposiciones en que me encuentro según que rece en la capilla o en otro sitio.

El espíritu de Jesucristo me ayudará a santificar mi trabajo y lo elevará hasta la dignidad del deber. Trabajaré no como el esclavo, no como el mercenario, que son como *ad oculum servientes*, sino como hijo de la gran familia en la que Jesús, mi modelo, ha querido aportar su parte de trabajo.

## 2° COMO SACERDOTE

He de compenetrarme, en cuanto de mí dependa, con el carácter de mediador y de sacrificador, a ejemplo de mi modelo.

En cuanto sacerdote, debo ejercitarme en la oración por los demás.

Por lo tanto, en la recitación del Oficio y en la celebración de la Misa, debo unirme a la gran oración de Jesucristo. He de tomar conciencia de la pureza que se necesita para ocupar el lugar de un pontífice semejante; pero ya que el sacerdocio no ha sido establecido sino para la Iglesia, haré los mayores esfuerzos por compenetrarme del mayor amor hacia esta esposa de Jesucristo, que él ha adquirido con su sangre y que él ha escogido para ser la depositaria de todas sus gracias y en la que él reconcilia a todos los hombres con su Padre.

La causa de la Iglesia será el objeto de todo mi celo, y consagraré toda mi existencia a procurar su triunfo. Me haré una elevada idea del honor que representa para mí ser admitido a pelear por la causa de Dios y de lo más querido para él, ya que nada quiere, ni puede querer más, que a su Iglesia. La Iglesia me será tanto más querida cuanto más perseguida la vea. Sus humillaciones serán para mí motivo de sufrimiento, pero al mismo tiempo, el motivo más poderoso para darle en la tierra, según mi debilidad, toda la gloria de que pueda rodearla.

## 3° COMO RELIGIOSO

Me apropiaré de la idea del señor de Rancé y recordaré que un religioso debe ser ángel, mártir y apóstol.

a) *Ángel*, por la pureza de todo mi ser. Ya que estoy llamado al honor de hablar de Dios, necesito conocerle y sólo los que tienen el corazón puro verán a Dios. Ángel, debo hacer la voluntad de Dios, *qui mittet angelos*

*suos spiritus* [Marcos 13, 27]. Tengo que compenetrarme con la disposición la más absoluta de cumplir todo lo que Dios quiera, cuando lo quiera y como lo quiera.

b) *Mártir*: Mis perseguidores son mis pasiones y para combatir las he de aceptar los sufrimientos que la lucha comporta. Las pasiones son las falsas deidades que reclaman la adoración de mis sentidos y de las facultades de mi alma. Necesito, si quiero ser salvado, mortificarlas y mientras no ponga por obra esta verdad, estaré perdiendo el tiempo.

Un religioso debe ser penitente, como Jesucristo lo ha sido en la cruz, y debe padecer no sólo por sí mismo sino por los demás, como Jesucristo ha muerto para la salvación de los hombres. Si, pues, mi mortificación no se extendiera más que a lo que me es personal, me haría una idea muy estrecha de mi vocación y correría peligro de caer en una cierta devoción egoísta, que es una de las plagas más funestas de la verdadera piedad.

La naturaleza humana siendo por sí misma y por efecto del pecado extremadamente cobarde, haré cuanto dependa de mí por hacer triunfar en mí la vida del espíritu, lo que no será una de mis mortificaciones menores. Habré de mantenerme, habitualmente, en cuanto sea posible, en una atmósfera elevada de pensamientos y de sentimientos, estando atento, como se lo he recomendado a tantos otros, a no poner los pies en el barro de los sentimientos y de los pensamientos de la tierra.

La mortificación será para mí una purificación, una expiación, una educación: una purificación, porque me purificará de mis vicios; una expiación, porque aplacará la cólera de Dios contra mí y contra los demás; una educación, porque no alcanzaría su meta si no me hiciera mejor.

c) *Apóstol*, debo dar a conocer la verdad, debo estudiarla y no debo olvidarme de mis obligaciones al espec-

to, para tener la valentía de recordárselas a los niños que se me han confiado.

Apóstol, amaré la verdad cuyo principio es Jesucristo, palabra eterna de Dios, Dios él mismo. Mis estudios, aunque sean muy dispersos, serán para mí un tema de atención capital, y si tengo poco tiempo para estudiar, recordaré que debo trabajar tanto y tan bien como me sea posible.

Apóstol, recordaré siempre el respeto que debo tener a la Palabra de Dios y me impondré una penitencia cada vez que me suceda faltar a él. Estando encargado de llevar a los hombres el mensaje de Dios, el apóstol tiene la obligación de llevarlo de modo que pueda ser aceptado, y esta verdad deberá guiarme en las relaciones con las almas, sea en público sea en privado. Predicaré a Jesucristo. Pero ya que Jesucristo ha sido niño, hombre adulto, pobre, rey, pontífice, doctor, en una palabra ha pasado por todas las etapas de la vida, al darle a conocer, lo presentaré en la faceta que le permita ser aceptado más fácilmente. Esto implica para mí, la obligación más absoluta de estudiarlo, tanto como sea capaz, de acuerdo con todo lo que es.

El apóstol no es algo sino por quien le envía, y es tanto más apóstol cuanto mejor cumple aquello que le han prescrito. Por eso haré todos los esfuerzos para ser un apóstol obediente. La obediencia, en lo que tiene de más verdadero, coloca al alma inmediatamente bajo la acción de Dios, y no seré realmente apóstol más que en la medida en que esta acción penetre en mi ser. El apóstol ama a quien le envía, pero debe amar a aquél a quien es enviado, ya que lleva una misión de amor, de misericordia. Me impregnaré de estos sentimientos hacia las almas, sobre todo de los niños que nos están confiados y de las diversas personas con las que tenga que ejercer una misión apostólica.

Pero las almas por las que tendré el más vivo afecto, serán aquellas que deberé guiar como superior, y por ahí entro en la consideración del cuarto punto de mi reglamento.

#### 4° COMO SUPERIOR

Si es verdad que Dios quiere permitirme trabajar para su gloria, si Nuestro Señor no me considera como un obrero indigno de favorecer la extensión de su reino en las almas, si, además, como director de la casa, estoy llamado a ser en un principio el superior de la pequeña comunidad que queremos formar, debo convencerme ante todo de las verdades siguientes:

1° Nadie debe conocerme mejor que yo mismo, ya que si es mi obligación como simple cristiano, lo es mucho más como superior.

2° El conocimiento que tengo de mí mismo habiéndome iluminado sobre mis defectos y habiendo sido durante mucho tiempo uno de los motivos más poderosos que me ha impedido entregarme a la obra a la que me creo llamado, he de estar en radical disposición de colocarme en el rango de simple religioso, desde el momento en que mis Hermanos me expresen este deseo o que yo mismo estime evidente que otro puede hacerlo mejor.

3° Ya que la obra reposa sobre ciertas ideas sobrenaturales, pues no son sino aplicaciones de verdades de fe, tengo la gravísima obligación de hacer esas ideas prácticas para todos mis Hermanos.

4° Nada debe ser capaz de hacerme renunciar a la obra, excepto la única autoridad que, sobre la tierra, recibió de Nuestro Señor la potestad de atar y desatar.

5° Aunque sea poca cosa dar mi vida por aquello que puede procurar la gloria de Dios, la ofreceré cada día

entre las palabras de la consagración del pan y las de la consagración del vino, para que en el momento más solemne de su sacrificio, Nuestro Señor tenga a bien aceptarme como víctima enteramente suya y no me permita volverme a mí mismo.

6° Todas mis oraciones, las pocas obras buenas y cuantas mortificaciones pueda hacer, no tendrán más meta que pedir a Dios las gracias necesarias para semejante empresa.

7° Necesitando la oración más que cualquier otro, aunque esté más a menudo solicitado, asistiré cuanto pueda a los ejercicios de la comunidad, sobre todo al rezo del Oficio, y a menos que esté enfermo, repararé siempre antes de acostarme el tiempo que haya sido detraído de mis ejercicios religiosos por ocupaciones ineludibles.

8° Mis mortificaciones estarán determinadas por mi calidad de superior. Se dirigirán ante todo a lo que pueda facilitar el cumplimiento de mi cargo. Así, la privación de sueño, que me procura tiempo, será preferida a otras que puedan irritar mis nervios y hacerme perder la ecuanimidad, que tanto me falta y que debo esforzarme por adquirir. Ofreceré ciertas austeridades para obtener de Dios las gracias que sepa que mis Hermanos necesitan.

9° Lo que era Nuestro Señor en medio de sus apóstoles, habré de serlo yo en medio de nuestra comunidad, mientras tenga el honor de dirigirla.

Ahora bien, Nuestro Señor en los tres años que pasó entre ellos sobre la tierra, se nos presenta con estos rasgos:

- a) los llamaba y los buscaba;
- b) no les escondía sacrificio alguno que tuvieran que afrontar: *Deja que los muertos entierren a sus muertos* [Mateo 8, 22];

- c) no se dejaba desalentar por las apariencias;
- d) los instruía poco a poco, unas veces delante de los judíos y otras con los 72; a veces sólo a los doce, otras más en particular, como cuando tomó a Pedro, a Santiago y a Juan; otras en la intimidad, como cuando tomaba a San Pedro o a San Juan;
- e) les hablaba siempre el lenguaje de la fe;
- f) les escuchaba con gran paciencia;
- g) les preparó poco a poco a la noticia de que su reino no era de este mundo y que tendrían que sufrir mucho;
- h) hablaba siempre como su Maestro y decía al mismo tiempo: *Non veni ministrari sed ministrare* [Mateo 20, 28];
- i) los trataba con gran confianza;
- j) les dejó su poder, incluso el de hacer milagros mayores que los suyos.

Estos diferentes rasgos que destaco en la conducta de Nuestro Señor con sus apóstoles, se deberán manifestar en mi conducta con mis Hermanos.

1° Los atraeré hacia Dios en cuanto de mí dependa y me esforzaré por ir por delante haciendo desaparecer, cuanto pueda, esta rigidez y rudeza de carácter que me reprochan con tanta razón.

2° Les imbuiré del espíritu de sacrificio y les repetiré sin tregua que la vida del religioso debe ser una vida de separación, y que hay que optar, entre entrar en la vida ordinaria o ponerse por las buenas en un estado de inmolación.

3° Los caracteres difíciles son la plaga de las comunidades. Mientras doy gracias a Dios por haberme puesto en relación con hombres de cuyos caracteres no tengo sino elogios, no debo disimularme que algún día podrían llegar hombres de humor cargante. He aquí cuál

sería mi conducta. No me cansaré de buenas a primeras, sabiendo que lo que es imposible para el hombre es posible para Dios. La paciencia es el arma más poderosa que emplearé; esperaré cuanto hubiera esperado Nuestro Señor. Si no se corrige, haré como Nuestro Señor con los de Cafarnaúm, le dejaré retirarse, consciente de que los defectos de los Hermanos que son una ocasión de virtud para el superior pueden ser una ocasión de escándalo para la comunidad, lo que no debe ser tolerado en ningún caso.

Pero una vez más, como Nuestro Señor, no me dejaré asustar por las apariencias y por ello pediré con insistencia el don del discernimiento de espíritus.

4° La franqueza y la apertura de corazón debiendo ser uno de los rasgos de nuestra obra y una de las armas más poderosas de que nos hayamos de servir, esta franqueza y esta apertura las predicaré con el ejemplo en mis relaciones con mis Hermanos, pero de tal manera que esté atento para ver lo que se debe decir en público y lo que se debe decir en privado. Lo que puede ayudar a unos puede hacer daño a otros. Tampoco están todos llamados a la misma perfección. La alianza entre la prudencia y la caridad me llevará a tener siempre presente, como regla constante, el mayor bien de las almas.

5° Un medio que nunca olvidaré como de los más eficaces para formar a los religiosos será el de colocarles siempre de cara a ellos mismos y a Nuestro Señor. Si tienen la convicción de que están gobernados por Jesucristo y de que yo no soy más que su eco, si se dan cuenta de que no me guía más pensamiento que el de introducirles en el mundo superior de las realidades divinas, aceptarán más fácilmente mis palabras, por severas que sean, y las aprovecharán mucho más.

6° Si bien los varones tienen menos necesidad de confianzas, no olvidaré que muchos males del alma se curan con sólo escuchar el relato que hace de ellos quien los padece. Debo exigir de mis Hermanos una confianza absoluta, pero ¿cómo la voy a conseguir si no estoy disponible, cuantas veces quieran confiarme alguna de sus penas, consultarme sobre alguno de los combates tan inevitables desde el momento en que se desea penetrar seriamente en la vida interior?

7° Sólo gradualmente puedo esperar formar a los que no lo estén ya, para esta vida enteramente de desasimiento, de muerte perpetua a sí mismos, sin la cual no hay espíritu religioso. Pero ahí es precisamente donde la debilidad debe ser respetada y donde necesitare paciencia. Si la vida religiosa es una verdadera crucifixión, ¿debo asombrarme de que los que desean abrazarla experimenten a veces, en el momento crucial, las mismas angustias que Jesús en la agonía?

8° Nuestro Señor siempre hablaba como Maestro y sin embargo lavaba los pies a sus apóstoles. Así es como deberé aplicarme siempre a prestar a mis Hermanos aquellos servicios mediante los cuales pueda atraerlos a Dios y convencerlos de mi buena voluntad para con ellos. Pero en todo cuanto concierna a mi responsabilidad, puesto que la responsabilidad de dar cuenta a Dios recaerá sobre mí, actuaré con la independencia que se sigue de la necesidad de conseguir la meta deseada, pese a los obstáculos que puedan aparecer en el camino.

9° Por lo que más deberé velar será por el espíritu de unión. La unión no subsiste sino por la confianza. Les daré las mayores pruebas de ella, haciéndoles apreciarla en cuanto de mí dependa, y les haré comprender que nada detesto tanto como eso que llaman “cachotteries” [secretillos]. La confianza, que es una prueba de estima, siem-

pre ennoblece a quienes la reciben, y lo que debo buscar siempre, es la elevación de mis Hermanos en el plano de la fe y hacerles grandes en Jesucristo, no mediante el orgullo, sino mediante la práctica de la ley de Dios.

10° Finalmente, no estaré celoso de mi autoridad y lo que yo pueda hacer por medio de ellos no lo haré por mí mismo. En todo esto, se necesitan hombres para la obra, no la obra por la obra. Es necesario que la obra misma, en todas sus partes, se resuma en Jesucristo: *instaurare omnia in Christo* [Efesios 1, 10].

Para conseguir esta meta, recordaré que, como hijo de Adán estoy condenado al trabajo; como hijo de Jesucristo, el trabajo se torna expiación para mí, si lo ennoblezco mediante el sentimiento del deber.

Como sacerdote, ya no me pertenezco sino que soy de Jesucristo.

Como religioso, estoy en un camino de perfección en que debo avanzar cada día.

Como superior, mi santificación personal sólo se puede dar en tanto cuanto fomente la santidad de la comunidad a la que pertenezco.

En una palabra, si he de ser santo, sólo lo conseguiré en la medida en que reproduzca en mí la vida de Jesucristo.

Las prácticas que me vaya imponer son:

1° El cumplimiento del reglamento de la casa, en la medida en que me lo permitan las interrupciones a las que estoy sometido.

2° Estar atento a no dejar pasar nunca un día sin rezar, al menos, tanto como el resto de la comunidad.

3° No dormir más de seis horas.

4° Adorar, cuanto me sea posible, a Jesucristo en mí.

5° Conservar habitualmente, cuanto sea capaz, la presencia de Dios.

*Entre 1845 y 1850*

Nota íntima

Al emitir los votos de pobreza, castidad, obediencia y celo por la salvación de las almas, pretendo comprometerme como sigue:

1. Pobreza. Renuncio a la propiedad de cuanto pueda pertenecerme, en el sentido de que no deseo usarlo más que para la gloria de Dios, reservándome dejar algo o no dejar nada a mi familia, según me aconsejen las personas a quienes consultaré. Me comprometo a vivir pobremente en cuanto a ropas, alimentos y gastos normales, de manera de no hacer nada, sin embargo, que pueda hacer pensar que he tomado una determinación demasiado definitiva. Me obligo a no perder de mi tiempo sino lo menos posible.

2. Para la castidad no necesito más que renovar mi voto de subdiaconado, recordando solamente que estoy ligado por una obligación más estricta.

3. La obediencia resultará para mí de una observancia lo más exacta posible del reglamento, del ejemplo que debo dar para ello, del modo en que deberé entregarme a lo más humilde, cada vez que por este medio crea que puedo edificar a mis hermanos y mostrarles la línea de conducta que deben seguir ellos mismos.

4. Por el voto de dedicarme a la extensión del reino de Jesucristo, me consagraré especialmente a hacer reinar a nuestro divino Maestro en las almas: 1° de mis hermanos. 2° de los niños que nos sean confiados.

5. Hago el voto de dedicarme enteramente a la obra de la Congregación hasta que mis superiores legítimos me prohíban expresamente ocuparme de ella en adelante.

*Entre 1845 y 1850*

Lo que Dios me pide ante todo en estos momentos es honrar el espíritu de Jesucristo, imitándolo, sea en su vida apostólica, sea en el tiempo entre su resurrección y su ascensión, mientras formaba a sus apóstoles iluminándolos y enardecíéndolos con su paciencia, con sus palabras, con sus milagros, con su amor, con su paz.

Tengo que trabajar para hacer rebrotar a mi alrededor la bondad de Jesucristo en paz, apertura de corazón, franqueza y grandeza de generosidad, y todo esto de un modo muy firme y muy suave.

*Entre 1845 y 1850*

**Plan de estudios** Me propongo rehacer mis estudios y, siguiendo mis ideas iniciales, rehacerlos desde un punto de vista histórico. Estudiaré la verdad bajo su triple forma, teológica, filosófica y moral, en la historia.

Comenzaré por el *Discurso sobre la historia universal*, luego San Agustín en *La Ciudad de Dios*, finalmente la *Historia de la Iglesia*, de Rohrbacher.

Leeré la Biblia y sus comentarios.

Consultaré la historia de [?], la *Historia de la Filosofía* por de Gérando y la de Brucker, la *Simbólica* de Kreutzer. Estudiaré más en particular a Platón y a Aristóteles.

Leeré a Tito Livio, Jenofonte, Herodoto, los hombres ilustres de Plutarco.

A partir de esta época, al leer la *Historia de la Iglesia*, leeré las obras de los Padres de la Iglesia que se refieran a la etapa que esté recorriendo, las historias principales que se refieran a los grandes hechos y a los principales pueblos.

Pasaré luego a la Edad Media, seguiré las luchas del poder temporal y espiritual, el movimiento filosófico y es-

tudiaré particularmente a Santo Tomás, a San Buenaventura. Examinaré los primeros gérmenes de la Reforma.

También deberé estudiar la historia de las Congregaciones monásticas. En esa época, la escena se ampliará. El estudio comparado de los ataques de los reyes contra la Iglesia, de las luchas de las herejías, de los triunfos de los filósofos, traerá soluciones a problemas muy interesantes, explicará el presente y ayudará a mirar hacia el porvenir.

---

2 de enero de 1846

**Resoluciones**

Mis tres resoluciones para el año que comienza son: 1° ecuanimidad de carácter; 2° continuo espíritu sobrenatural en mi vida; 3° abandono absoluto a lo que Dios quiera hacer de mi vida. Pero he de añadir que mi incapacidad me hace temblar cada día más... Con esto no sé qué pensar cuando veo el entusiasmo que suscito en ciertas personas que vienen a colaborar conmigo de un modo tan admirable. Concluyo, sin embargo, que se dejan arrastrar por la ilusión y que cuando conozcan la verdad, me rechazarán con un desprecio proporcional a la estima que me muestran en su ilusión.

5 de enero de 1846

A la Hermana María Agustina Bévier

**Aplicación a la  
pobreza**

...¿Le diré que por fin me aplico a la vida pobre tal y como conviene a un futuro religioso?

Desde hace cierto tiempo, tendía mi cama; pero anteayer he cambiado de celda y la he barrido, muy mal sin duda, pero lo mejor que sé. Hoy he mandado colocar jarrones y calderos en mi pasillo y los novicios que lo pueblan o lo poblarán conmigo se esforzarán por seguir el ejemplo que usted nos da desde hace tiempo, no teniendo más

servidores que sus propios dedos. ¿Le diré que estos pobres dedos me inspiran una compasión infinita? Cuando coloco las mantas bajo el jergón, tengo la habilidad de despellejarlos. Enséñeme, pues, cómo se las arregla usted para no destrozárselos demasiado.

Aunque nadie me garantiza que todos mis novicios se quedarán, no puedo dejar de estar muy edificado por su fervor; eso me hace a veces recapacitar. Su flexibilidad, su obediencia, su buena voluntad me edifican en extremo, y la única cosa que me asombra es que la Providencia haya dispuesto las cosas de tal manera que fuese yo el piloto de una embarcación semejante...

27 de enero de 1846

A la Madre María Eugenia

**Su método como superior**

...Quiero añadir que mis hijos van cada vez mejor. No los empujo; les impido retroceder, una vez que han tomado una resolución o una práctica. Me atengo a su celo por el progreso. Eso me da un gran ascendiente sobre ellos, ya que me permite exigir lo que ellos mismos han decidido una vez...

14 de febrero de 1846

A la misma

**Vida de fe**

...He vivido, desde hace unos días, impresionado por tres ideas clave:

1° Me parece que, no sólo he comprendido mejor, sino sentido lo que es la vida de fe.

2° Me impresiona la semejanza con Jesucristo que deben adquirir los que se entregan a la salvación de las almas: es un estado de servidumbre, de amor y de autoridad.

3° Me he sentido empujado a entregar mi cuerpo a Jesucristo para que haga de él el instrumento de penitencia o de santificación que él quiera. A veces he sido infiel a esta disposición. Trataré de entrar en ella, pues se me

ha presentado varias veces durante la misa, en la comunión. Me encuentro más fácilmente recogido durante la oración, sin grandes pensamientos, pero en un estado de entrega absoluta de mi ser a Dios. La disposición que me impele a imitar a Nuestro Señor en la relación con las almas me ha venido, sobre todo, después de la lectura del *Tratado de los deberes de los superiores*, del señor de Bérulle...

29 de abril de 1846

A la misma

... Parece que tengo ciertas ganas de llegar a ser mejor. Me parece, cada vez más, que la estancia en esta casa aporta una mayor abundancia de gracias para su pobre padre. He vuelto a la oración, a mi régimen de comunidad, con una gran alegría. Sin embargo, no creo que en este momento tenga que entregarme a algo extraordinario, ya que ante todo necesito toda mi paz, y la paz está en la fuerza, *pax in virtute*. Dios, así me parece, me llama a un gran espíritu de fe y a un gran abandono a su guía, sea cual sea. A ella me entrego, en cuanto de mí depende, y repito a menudo esta oración: *Domine, quid vis ut faciam?* [Señor, ¿qué quieres que haga?]. Resumiendo, comienzo a darme cuenta de que mi corazón ha sido sembrado, primero como de manera inconsciente. Se me impone como una necesidad trabajar por hacer crecer estas pobres pequeñas virtudes, auténticas briznas de hierba, que muestran su puntita verde a través de una tierra seca y muy polvorienta...

2 de mayo de 1846

A la misma

**Abandono en Dios** ...Esta mañana, he rezado mucho a Nuestro Señor. Me parece a menudo que experimento mayores gracias, que se me

conceden aquí. Pensar en lo que San Atanasio sufrió por la Iglesia, me ha fortificado mucho. Me parece que estoy completamente decidido a abandonarme de cuerpo entero a lo que Nuestro Señor quiera de mí. Por lo demás, creo que en este momento estoy a buenas con él. Mi meditación es, a veces, involuntariamente distraída, pero me parece que me entrego en ella con suficiente ardor a lo que Nuestro Señor pueda querer de mí...

4 de mayo de 1846

A la misma

**Vigorosa puesta a punto**

...Ayer por la mañana, en la reunión del Capítulo de mis novicios, mandé realizar el ejercicio de las culpas e hice serias advertencias sobre el espíritu de caridad, el espíritu de celo, de unión, de mortificación, de exactitud; y luego les dije que estaba de vuelta para proseguir la tarea con un triple sentimiento, de tristeza, de confianza y de fuerza: de tristeza, a la vista de los desengaños que sabía me esperaban; de confianza, ya que tenía la convicción cada vez más inquebrantable de que Dios quiere la obra; de fuerza, porque me sentía, gracias a Dios, con la energía suficiente para no retroceder ante ningún obstáculo. Desarrollé este tema con la suficiente convicción y seriedad, de modo que la impresión fue bastante profunda.

En la reunión con la Orden Tercera, hablé más o menos en la misma línea. Les dije que tenía una cierta alegría por el resultado de mi experiencia; que al alejarme temporalmente de ellos, había hecho como el pintor o el escultor, que se colocan a cierta distancia de su tela o de su mármol para apreciar mejor los defectos de su boceto o de su esbozo; que había encontrado, en efecto, defectos pero no tan grandes como había temido en un primer momento; que sentía, junto con mi confianza en la obra, como una disposición de paternidad hacia ellos, es decir

un sentimiento de caridad y de autoridad, de los que estaba decidido a usar, ya que yo era para ellos el instrumento de Dios, de quien emana toda paternidad. Estas palabras y lo que añadí en la misma línea, han parecido fuertes a algunos, pero los miembros de la Orden que asistían a la reunión las han encontrado particularmente suaves, comparadas con lo que había dicho por la mañana.

Intento rezar mucho y mantenerme lo más cercano posible de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, porque debo decirle, que creo estar recogiendo bajo este aspecto, el fruto de mis misas en Nuestra Señora de las Victorias. No hubiera creído que amara tanto a la Santísima Virgen. El espíritu de recogimiento me llega mucho. Tengo distracciones, pero también tengo en mi oración ciertas impetuosidades (no sé qué palabra emplear), en las que me parece que me entrego a Nuestro Señor sin límite de ningún género. Mis misas están mejor celebradas y me parece que me elevo suave y fuertemente hacia el mundo hacia el que Nuestro Señor me atrae para vivir una vida nueva...

12 de julio de 1846

A Mons. Cart, obispo de Nimes

**Pinceladas sobre la obra**

...Me ha pedido, Monseñor, que le ponga por escrito lo que pretendo con mi obra. Creo poderlo resumir en dos palabras: ante todo la gloria de Dios y nuestra santificación mediante la salvación de las almas por medio de la educación. Pero ya que otras obras están fundadas con esta meta, necesito, para justificar esta obra, otro motivo más particular. Para ello tengo dos: el primero que se sigue de las prevenciones, a mi ver casi invencibles, que han encontrado otros cuerpos religiosos y que hay que hacer desaparecer, para hacer el bien, según la palabra de San Pablo: *omnia omnibus factus sum* [1 Corintios 9, 22]; el segundo es la necesidad de impregnarnos de nuevo de lo que yo llamo el espíritu cristiano,

el cual me parece que se diluye cada día como un cubito de hielo en agua tibia, en medio de una piedad de agua de rosas y que, sin embargo, lo encontramos en los últimos hombres que se han ocupado de asociaciones de hombres, e incluso de mujeres, como el cardenal de Bérulle, el Padre de Condren, el Sr. Olier, el Beato Fourrier, San Vicente de Paúl, el abate de Rancé y el abate de la Salle. Cuando se lee la vida de estos hombres y se compara el modo como entendían la piedad en su visión y la manera como se la entiende hoy, no podemos dejar de reflexionar. Comunicar su doctrina en toda su crudeza a los niños sería absurdo, pero se pueden apartar de sus jóvenes cabecitas una legión de prevenciones teóricas, a las que se habitúan demasiado en el mundo las personas piadosas y que dan como resultado que la doctrina de la cruz sea un escándalo y una locura, incluso para cristianos que frecuentan los sacramentos.

Uno de los hechos que más llaman mi atención, es este debilitamiento de la fe práctica entre personas piadosas, y que representa para el edificio de la religión lo que es para un monumento la degradación del revestimiento de las paredes: pronto la humedad le penetra y destruye la fuerza de cohesión del cemento. De entre los males que afligen a la Iglesia de Jesucristo, he ahí uno que la educación puede y debe reparar. Pero para eso se necesita un gran espíritu de unidad, se necesita una asociación entre los educadores. Lo mismo diría del egoísmo, al que hay que oponer el mayor espíritu de sacrificio y desprendimiento...

*30 de agosto de 1846*

Nota íntima

Hoy cumpla 36 años. Me espanta la inutilidad de mi vida, el tiempo perdido, las gracias que permanecen estériles. Quiero que se dé una renovación de mí mismo desde hoy. Me parece que la gracia de Dios me impele a

ello; quiero serle fiel, al menos esta vez. Lo que Dios parece pedirme como final de mis esfuerzos incesantes, es:

- 1° Una confianza sin límites en su bondad.
- 2° Un gran espíritu de fe en todas mis acciones, y ante todo en mis juicios y determinaciones.
- 3° Una absoluta posesión de mí mismo.
- 4° Una gran ecuanimidad, con una gran suavidad.
- 5° Una aplicación más constante al espíritu de oración.

Me he entregado esta mañana a Nuestro Señor Jesucristo, bajo la protección de la Santísima Virgen, mi madre, de San Miguel, de San Pedro, San Pablo, San Juan Evangelista, San Agustín y Santa Rosa de Lima, cuya fiesta es hoy.

8 de septiembre de 1846

A la Madre María Eugenia

**Natividad de la Virgen** Desde hace algunos días me venía preparando para esta fiesta... Hubiera querido que fuera para mí como un segundo nacimiento. Era el pensamiento que más me inspiraba. Ahora bien, para ponerme en disposición de entrar en el misterio del nacimiento de María he pasado varias horas reflexionando en estos días. Las cosas que más me llaman la atención son la necesidad de una dedicación sin límites, de una gran delicadeza de conciencia...

*En este día renueva los votos que ya había formulado, más el de entregarse enteramente a la perfección de la Madre María Eugenia de Jesús.*

25 de septiembre de 1846

A la misma

Me parece que actuó más bajo la acción de Dios, de un tiempo a esta parte. Quiera Dios que dure y aumente.

17 de noviembre de 1846

A la misma

**Aspirar a las mayores gracias** Leía el otro día en Bossuet una palabra que me ha llamado la atención: “No ceséis, dice, de aspirar a las mayores gracias, pese a vuestras infidelidades...” He aquí una de las máximas que me parecen dignas de figurar en el Evangelio, por lo bien que lo comentan.

12 de diciembre de 1846

A la misma

**Copia del cordero** Una de las oraciones que más me siento impulsado a rezar es ésta: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem* [Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz]. Y me siento muy atraído a ser, en cuanto de mí dependa, una copia y el representante de este Cordero de Dios, purificando si es necesario, no mediante la sangre de la Cruz, sino por la aceptación amorosa de mis sufrimientos interiores, lo que hay de desorden a mi alrededor.

27 de enero de 1847

A la misma

...No sabe lo que la compeadezco por las molestias que le causan ciertos caracteres. ¡Si lo sabré yo! Lo que se reiría usted si pudiera verme, completamente solo, como esta mañana, sorprendiéndome en un acceso de mal humor contra el mal humor de los demás. Gracias a Dios, esto sucede la mayor parte de las veces sin testigos. ...Me parece imposible que un superior haga funcionar santamente su casa si no la gobierna mediante la oración...

28 de enero de 1847

A la misma

**Lo que me gusta en Jesucristo** ...La indisposición que he padecido me ha dado algo de reposo y me ha dejado algo de tiempo para

mí; lo aprovecho para reflexionar y tomar la resolución de entregarme enteramente a Dios. El Sr. Chavin, con su Vida de Santa Catalina de Siena, en la que habla de todo, incluso de Santa Catalina, me ha beneficiado. ¿Por qué no es usted como esta virgen admirable? ¡Lástima! Por mi parte ¿por qué no poseo la generosidad y el celo ardiente por la sangre de Jesucristo? En lo que me atañe, lo que me gusta de Jesucristo, me parece que es Jesucristo entero, Dios y hombre, y en cuanto Dios-hombre, sacerdote, sacrificador, víctima...

3 de abril de 1847

A la misma

**En el confesionario** ... Antes de acostarme tengo que dar 200 absoluciones; es espantoso. Ruegue a Dios que no me condene queriendo salvar a los demás. Mañana, más de 4.000 hombres cumplirán con Pascua aquí. Es magnífico para una ciudad de 30.000 almas católicas...

...Medianoche menos cuarto, termino mis confesiones. Estas gentes son admirables; las pasaba a 25 por hora y esperaban con una paciencia admirable. Estoy un tanto asustado en mis adentros. Me consuela que Nuestro Señor ha dicho: *Beati misericordes*. Voy a celebrar maitines en la capilla con nuestra pequeña comunidad que se está levantando. Buenas noches y buenos días.

4 de junio de 1847

A la misma

**Breviario Romano** ... Tengo una buenísima noticia que darle. Tengo permiso para mí y para los sacerdotes de la Congregación de la Asunción, así como para los postulantes, para rezar el propio de Roma. El Santo Padre, al concedérmelo, me escribe el Padre Jélowicki, me envía para toda la casa la bendición más amplia y más tierna. "Al concederle la gracia de seguir el Oficio del clero de la Ciudad Eterna, continúa, el

Santo Padre se expresó a propósito de usted de la manera más alentadora y más halagadora. Conozco a ese digno sacerdote, le dijo al secretario relator; de todo corazón le concedo esta gracia. Hágale saber que siempre me encontrará dispuesto a secundar sus piadosos deseos y sus trabajos. Que pida y recibirá”.

28 de julio de 1847

A la misma

**Autores espirituales** ... He querido, en otro tiempo, leer el Tratado de la abnegación del Sr. de Bérulle. Le confieso que no me ha aportado gran cosa y, lo reconozco, cada día me gusta menos el Sr. de Bérulle; es demasiado alambicado. Me vuelvo a Bossuet y a San Francisco de Sales. Fénelon se me vuelve cada día más antipático como director...

8 de septiembre de 1847

A la misma

Ayer, he pedido... aquel amor vigoroso a la Iglesia que sostuvo a San Gregorio VII, cuya fiesta celebrábamos, en medio de los más duros sufrimientos y le permitió cumplir la misión que la Providencia le había asignado.

## RETIRO EN CHALAIS

21 de septiembre. – Lo que me parece que Nuestro Señor quiere de mí ante todo, es una disposición absoluta de mantenerme bajo su dependencia y su acción continua, ya sea para mi propia perfección, ya sea para la utilidad de las almas y la gloria de Dios. Debo ser el instrumento de Jesucristo, permitirle ser enteramente dueño de mí, en todo y para todo, y mi atención debe estar vigilante para no apartarme de este pensamiento.

22. – Me parece que Nuestro Señor me pide que vaya a él mediante un sencillo sentimiento de amor que me

guiará, con tal de que me abandone enteramente a ese amor. Luego, debo aplicarme a abandonarme a él para cada acción, esforzándome en hacerlo con la mayor perfección posible, pero sin problematizarme demasiado por la elección de tal o cual medio, cuando dude sobre cuál sería el mejor.

No debo ver a las personas que amo sino en el corazón de Jesucristo, es decir a través de su amor, amándolas porque él quiere que las ame y en la medida que él quiere que las ame.

He quedado muy impactado por estas palabras de Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena: “Yo soy el que es, y tú eres la que no es”.

¡Cuánto tiempo he perdido en distracciones, la búsqueda de mí mismo o el amor de los elogios! ¡Cuántas obras en que hubiera podido ayudar a Nuestro Señor, ya que ha querido aceptarme como obrero suyo! Y he dejado pasar todas esas ocasiones de santificarme.

¿No sería mejor para mí hacer dos retiros al año y un retiro de un día al mes?

23. – Dios parece mostrarme que mediante su gracia, querer es poder, y que una vez adherido a su voluntad, nada me separará por su parte; la separación vendría, pues, de mí. Además, tengo que reflexionar seriamente sobre mi separación de mis padres y del modo que tengo que portarme con ellos para situarme como religioso. ¿No me habré dejado llevar demasiado en este asunto?

He reflexionado mucho en lo que atañe a Sor María Eugenia. Creo que hay que tratarla como a una persona tentada, no escuchar tanto su manera de ver sino la mía. La creo tentada, efectivamente, por un amor propio muy sutil y una búsqueda de sí misma en el fondo de todo eso.

Si quiero entrar en las intenciones de Jesucristo, debo recordar que ha dicho: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendantur* [Lucas 12, 49]. Sin embargo, como aún no ha extendido ese incendio al mundo entero,

debo examinar hasta qué punto, debo yo mismo, llevar esa llama.

24. – Fiesta de Nuestra Señora de la Merced. He pedido a la Santísima Virgen que, puesto que en Francia ya no hay gente que se dedique al rescate de los cautivos, me conceda, para rescatar a las almas de la cautividad del error, las mismas gracias que concedía antaño a los religiosos que se encadenaban para liberar a sus hermanos.

He prometido también a Nuestro Señor, dejarme guiar por su amor, abandonándome a él en cuanto a las consecuencias de este abandono.

25. – ¡Qué reproches no tengo que dirigirme respecto de las faltas de caridad! ¡Cuántos juicios temerarios, envidiosos! ¡Qué facilidad en creer lo malo, en decírselo a otros! A este respecto Nuestro Señor me pide expresamente misericordia, la que él usaba con los pecadores. De amor y de compasión, he ahí de lo que más necesitado estoy.

Nuestro Señor me pide también un mayor espíritu de paz y de calma interior para poder escuchar su voz, por débil que se torne, frenar mi actividad personal para dejar la puerta abierta a su acción divina.

26. – Gran susto ante mi nada. La percibo cada vez con mayor claridad, menos por lo que veo que por lo que entiendo. He pedido insistentemente a Nuestro Señor que haga de mí su morada.

27. – Asombrado de que Dios se contente con lo poco que soy y hago, incluso tratando de hacer lo mejor que puedo. Porque ¿qué proporción hay entre lo que soy y lo que le es debido? ¿Cómo es que se digna atender, en su infinita perfección, a mi nada y sobre todo a la fealdad de mi alma?

Una de mis principales resoluciones consistirá en tener paciencia conmigo mismo, como Dios la tiene con mis miserias. Experimento gran necesidad de vivir de fe, y de pedírsela a Nuestro Señor.

28. – Disponerme a todo, prepararme a todo, aceptar todo lo que a Dios plazca enviarme en cuanto a sufrimientos y cruz. Decir a menudo a Nuestro Señor: *Tu in me, et ego in te.*

29. – *Resoluciones.*

1° Mantenerme lo más posible a los pies de Jesucristo en la oración.

2° Ejercitarme en ser su instrumento en todo.

3° Manifestarle cuanto pueda en todas mis acciones.

4° Dejarme guiar ante todo por su amor.

5° Ser muy paciente conmigo mismo y con los demás, como Jesucristo lo es conmigo. Mantenerme lo más posible en posesión de mí mismo.

6° Mayor atención al Breviario, mayor devoción a mis patronos y a los de la Asociación.

---

4 de noviembre de 1847

Nota íntima

Mediante un recogimiento mayor y el pensamiento constante de la presencia de Dios, adquiriré el ademán correcto en mis diferentes relaciones. Me falta mucho en ese renglón, y necesito muchos esfuerzos, pero para mí necesito que el estado interior de mi alma sea la regla de la disposición externa de mi porte.

También deberé examinarme muy seriamente sobre mi manera de pensar a propósito de las cosas que me atañen personalmente y a las obras que me están encomendadas. No pienso en ellas suficientemente delante de Dios, no me preocupo suficientemente en mis oraciones. Tengo que reflexionar enormemente sobre mis negligencias por ese lado.

Mi oración es muy cobarde desde hace algún tiempo. Se supone que me he entregado a Dios y pienso que eso vale de una vez por todas. No vale en absoluto, y siento cuán necesario es renovar a menudo esa entrega de sí y mantenerla mediante actos renovados sin cesar.

Creo que me ocupo muy poco de mortificarme. Me parece que, sin hacer ninguna cosa extraordinaria, podría sin embargo hacer mucho más de lo que hago.

He de intentar hacer más perseverante en mí el sentimiento de dependencia respecto de Dios.

5 de diciembre de 1847

A la Madre María Eugenia

**Sentimiento de  
impotencia**

Cada día me hundo más en el sentimiento de mi impotencia y de mi incapacidad radical, y trato de ofrecer todo eso a Nuestro Señor, quien es más misericordioso que los hombres y puede, en su inmensa bondad, colocar su gracia en el lugar de mi nulidad y sacar el bien de la nada, como saca el bien incluso del mal. Sólo este pensamiento me sostiene y cuando me he parado un poco a pensar en ello, retomo con bastantes ganas mi carga y trato de llevar mi cruz con la mayor suavidad posible, en vez de arrastrada, como he hecho tan a menudo y tan mal.

9 de julio de 1848

A la misma

**Tras la agitación de la  
Revolución**

Siento un gran escrúpulo por lanzarme demasiado a la política. Algo me impele a mantenerme al margen, sobre todo tras los ocho días que he pasado en una especie de retiro, en que apenas he salido de mi cuarto, leyendo la vida del Sr. Olier. Hay en ella cosas que no están hechas para mí; pero hay otras que me sientan de

maravilla y me impulsan a las reflexiones más serias. He visto por qué he realizado tan poco bien durante el año que acaba de pasar. Ahora bien, me parece que quizá haría mejor encerrándome en mi colegio y dejar que la política siga su curso. ¿Se trata del rasgo de un carácter inconstante? ¿Se trata más bien, como creo, del auténtico sentimiento de la voluntad de Dios? No lo puedo afirmar.

22 de septiembre de 1848

A la misma

**El martirio del dinero** En este tiempo nuestro en que el dinero lo es todo, los que quieren pertenecer a Dios tienen que soportar el martirio de los escudos. Es el medio para ser pobre y la buena manera de serlo. Con ello, a ratos, la fuerza se le va a uno. Por hoy la dejo; mañana o pasado mañana quizá esté otra vez en forma.

20 de noviembre de 1848

A la misma

...Voy a realizar un retiro de dos días, para pedirle a la Santísima Virgen que me presente a Dios... Hoy hace exactamente quince años que salí de Marsella rumbo a Roma. ¡Quiera Dios que este segundo viaje hacia él sea más rápido que el primero! ¿Dónde estaré dentro de quince años?

5 de diciembre de 1848

A la misma

**Nueva encarnación de Jesucristo** Tiene usted miedo, y lo tendrá siempre, de la dirección, mientras introduzca en ella su yo. Pero ¿no es eso precisamente lo primero que hay que destruir, para poner en su lugar la dulcísima y humildísi-

ma humanidad de Nuestro Señor, de quien debemos ser una segunda encarnación? No se trata sólo de alegrarse con lo que Dios es, como usted quisiera contentarse, hay que alegrarse de lo que Dios quiere ser en nosotros, a condición de que le dejemos actuar...

19 de abril de 1849

A la Madre María Eugenia

...Dios me quiere para él, y no sólo he de entregarme, sino que tengo que deshacerme de cuanto pudiera ser obstáculo entre él y yo. Quizá algún día lo alcance...

12 de septiembre de 1849

A la misma

...En estos momentos leo mucho el *Nuevo Testamento*. Ahí hago mis meditaciones, sin buscar comprenderlo todo, pero deteniéndome en lo que comprendo y tratando de profundizar lo más que puedo...

26 de febrero de 1850

A la misma

**Inculcar el espíritu de  
Jesucristo**

...Tengo que hablarle un tanto y siempre de la necesidad de hacer entrar el espíritu de Nuestro Señor en esta pobre obrita de la Asunción. ¿Qué adelantamos, en efecto, con dejar que se desarrolle en ella nuestro propio espíritu? Serían nuestros defectos, nuestras miserias, nuestras ideas humanas. ¿Para eso habrían venido tantas almas a confiarnos la responsabilidad de su salvación y de su santificación? Desgraciadamente, hace años que tenemos esa carga y ¿qué estamos viendo que suceda de bueno? Acuérdense de los detalles que me ha contado de sus hijas. Podría trazarle un cuadro parecido de los míos. Pero en todo eso, ¿dónde queda la vida íntegra de

Nuestro Señor, reproducida con amor, por cristianos que quieren ser perfectos? Todo eso me preocupa mucho, se lo aseguro, y me empuja a pensar que, puesto que no es bueno desanimarse, hay que empezar en lo posible a trabajar seriamente, usted y yo, para llegar a nuestra meta, que es Jesús conocido y glorificado en las almas...

*11 de marzo de 1850*

A la misma

...Dios me está pidiendo tan fuertemente que me refugie en el corazón de su Hijo que no sé si no soy culpable al no entregarme más a la oración. En fin, espero que algún día le perteneceré de una vez...

*21 de abril de 1850*

A la misma

Siento claramente que Dios me atrae, pero que respondo poco a su llamada. Todo se me torna obstáculo. Cuando me miro con estos desarreglos, estas emociones que atacan mi vanidad al menor choque, me pregunto cómo podré algún día ser algo entre las manos de Dios. Luego esta salud que no funciona. Tengo ganas de pedirle a la Santísima Virgen que permita, durante el mes de mayo, que haga absolutamente todos los ejercicios sin concederme la más mínima dispensa, para poder juzgar si la voluntad de Dios es que me cuide o no. Si me siento mal al final del mes, eso será la prueba concluyente de que debo cuidarme; si, para esas fechas, estoy bien, concluiré que debo seguir adelante. No puedo ignorar que los continuos cuidados que me impongo resultan terribles maltratos a la regla, cuyo ejemplo será luego funesto a más no poder. Por eso, no sé si Dios quiere que dé ejemplo de un relajamiento tan fácil de imitar, o al contrario, debo hacer lo que la Regla me prescribe. Le conjuro que rece mucho a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen, durante

el mes de mayo, para que vea claramente lo mejor que debo hacer...

---

### FORMULA DE PROFESION EN 1850

*Ego Emmanuel Maria Joseph Mauritius Daudé d'Alzon, professionem facio et promitto omnipotenti Deo coram ejus virgine matre in coelos assumpta, et universa coelesti curia ac omnibus circumstantibus, paupertatem, castitatem et obedientiam, et secundum eam peculiarem curam circa juventutis eruditionem.*

*Insuper specialiter promitto me aucturum pro viribus regnum Domini nostri Jesu Christi apud animas tam christianorum quam infidelium.*

*Nemausi in nocte natali Domini nostri Jesu Christi, anno millesimo octingentesimo quinquagesimo.*

*E. d'Alzon.*

---

### III. LOS AÑOS DE PRUEBAS: 1851-1858

*15 de septiembre de 1851*

A la Madre María Eugenia

**Tentaciones de odio y  
desprecio** A veces me imagino que usted ha pedido a Dios que me haga sentir las mociones de odio y de desprecio que me ha contado ha sentido hacia algunas personas. Hace quince días que estoy pasando por esto. El retiro me ha ayudado a ganar algo, pero esta misma mañana he tenido que ir a confesarme antes de celebrar la misa. La denegación que me han hecho del abate Bastien y las circunstancias que la han rodeado, han sublevado del fondo de mi ser tal indignación y desprecio, que las ondas se extienden como a mi pesar y a cada instante. Se lo cuento, porque creo que, finalmente, voy haciéndome más dueño de mí mismo.

*12 de abril de 1851*

A la misma

Hoy, fiesta de la Compasión, rezo a la Santísima Virgen con un fervor bastante doloroso. Le he conjurado a que me enseñe a engendrar las almas como ella recibió el poder de hacerlo bajo el título de Madre de los cristianos.

*17 de septiembre de 1851*

A la misma

Pido a Nuestra Señora de los Siete Dolores que nos enseñe a los dos a mantenernos a los pies de la cruz de su Hijo con resignación, obediencia y amor.

*20 de enero de 1852*

A la misma

**Sufrimientos  
pecuniarios** Estoy haciendo mi día de retiro. Le rezo mucho a la Santísima Virgen y me reprocho el escaso fervor que siento por su culto. Me parece que podría te-

ner mucho más y las cosas no marcharían peor por eso... Me siento dispuesto a querer lo que Dios quiera, pero con mucho dolor. Estoy muy lejos de quejarme... El sufrimiento, la tristeza, todo eso es bueno cuando lo ofrecemos a Nuestro Señor con paz, con resignación.

---

*11 de febrero de 1852*

A la misma

Dios quiere que realicemos su obra en medio del dolor. Esta mañana me he colocado enteramente como un instrumento entre sus manos para que me emplee, me rompa o me deje en un rincón. Creo que quiero pertenecerle totalmente.

---

*10 de mayo de 1852*

A la Madre María Teresa  
de Commarque

La vida religiosa no es la liberación del dolor; es su santificación.

*18 de mayo de 1952*

A la Srta. de Pélissier

No existe perfección posible sin amor al sufrimiento.

*18 de julio de 1852*

A la Madre María Eugenia

La santidad consiste en la perfección de la obediencia, en el amor.

*11 de octubre de 1852*

A la Madre María Eugenia

Me siento poseído por una gran devoción hacia la Santísima Virgen: me parece que me coloco a gusto como un niño entre sus brazos.

24 de octubre de 1852

A la misma

Me parece... que estoy mejor con la Santísima Virgen. Si no fuera atrevimiento, diría que tengo intimidad con ella.

11 de abril de 1853

A la misma

**Devoción al Espíritu  
Santo**

Lo que constituye nuestra miseria ante Dios, es que no amamos lo suficiente y que no damos suficientemente a nuestras acciones el mérito del amor. Y la causa de que no demos a nuestras acciones el mérito del amor, es que no sabemos entrar en relación con el amor substancial que es el Espíritu Santo. Me dirijo grandes reproches respecto a la manera como honro al Espíritu Santo, cuyo templo soy...

Me llama mucho la atención un hecho... ¿cuál es el valor retórico del primer discurso de San Pedro al salir del cenáculo? Francamente no muy grande, y sin embargo convirtió a tres mil personas. El Espíritu Santo estaba en cada una de sus palabras. ¿Por qué un Superior o una Superiora, como usted y como yo, cuya vida tiene algo de apostólica, no se esforzarían por penetrarse tan fuertemente de la acción del Espíritu Santo que pudieran reproducirlo en todos sus actos y sus palabras? Algo me empuja a mantenerme en este estado de dependencia con respecto al Espíritu de Dios hasta Pentecostés...

29 de abril de 1853

A la misma

Quisiera dedicarme de una vez por todas a la santidad. Intento acercarme lo más posible a la meta, y luego me derrumbo. Y sin embargo hago hermosos proyectos para el mes de María. ¡Dios quiera que al fin esta vez tenga éxito!

8 de mayo de 1853

A la misma

El mes de María realiza maravillas en esta casa. Estoy, en cuanto puedo, impregnado en el Espíritu Santo a quien amo con locura. Al menos quisiera estar loco por él y por Nuestro Señor. *Nos stulti propter Christum* [1 Corintios 4, 10].

17 de mayo de 1853

A la Srta. de Pélistier

De entre las cosas que más me ayudan... está la meditación sobre el precio de las almas y el amor que Jesucristo les tiene, lo cual me anima a convertirme. Cuando pienso en todo lo que Nuestro Señor ha hecho por ellas y en todo lo que haría aún si se le dejara libre para actuar en el fondo de ciertos corazones, quisiera, eso me parece, dejarme despedazar para ayudar a nuestro buen Maestro en su obra.

6 de julio de 1853

A la Madre María Eugenia

Estoy haciendo una novena a los Ángeles Custodios de todos los protestantes de la provincia de Aviñón; 150.000 ó 160.000 espíritus celestiales, ¡no es poco!

13 de septiembre de 1853

A la misma

**Días de sufrimientos** Dos días de angustias bastante grandes. Pero ¿por qué las he tenido? Porque me estoy debilitando. Sin embargo, me parece que, la víspera de la Exaltación de la Santa Cruz, retomo algo de ánimo; no precisamente que sufra menos, sino que amo algo más la cruz y acepto con un poco más de amor la que Nuestro Señor quiere que lleve. En fin,

¡que sea bendito en todo y por todo; sobre todo por medio de mis humillaciones, de mis heridas, de mis temores, de mis sequedades, de todo, con tal que pueda glorificarle un poco! Me parece incluso que soy feliz sufriendo, incluso muy feliz. Algo que me llama mucho la atención, es la palabra de Nuestro Señor a Ananías, a propósito de San Pablo: “Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre” [Hechos 9, 16]. Realmente me veo capaz de dar gloria a Dios, cuando veo que ya no puedo más.

19 de septiembre de 1853

A la Madre María Eugenia

**Siete Dolores**

Mañana iniciamos un retiro. Creo que Nuestro Señor quiere darme algunas gracias en él. Tengo como el presentimiento y quiero mantenerme bajo su influjo para dejarme moldear como él quiera. Ayer he pedido a la Santísima Virgen que me haga partícipe de esa dolorosa fecundidad que su Hijo le concedió en el Calvario y sin embargo hay que querer sufrir sin engendrar nada, si tal es la voluntad de Dios.

8 de octubre de 1853

A la misma

**Al salir del retiro**

Me parece que salí del retiro algo despojado de mi ímpetu y de mi rudeza, causada seguramente por mis sufrimientos y algo más suave conmigo mismo y con los demás, porque creo que sentí la fuerza de Nuestro Señor. Acepto el sufrimiento a título de justicia. Tengo lo que merezco. Me parece que ya lo estoy tomando también con amor.

en 1853

A la misma

Mi divisa desde hace algún tiempo es esta palabra de Santiago: *Omne gaudium existimate, fratres carissimi, cum in tentationibus variis incideritis* (Santiago 1, 2).

30 de enero de 1854

A la misma

**Leves progresos** ¿Le abriré mi corazón, hija mía? Cada día estoy más espantado de los sentimientos puramente humanos que encuentro en él. Veo claramente aquella vía hermosa y luminosa del alma que se posee a sí misma bajo la mirada de Dios, o más bien que es poseída por Jesucristo. Ahí quisiera yo encontrarme, pero cada día recaigo en mí mismo. Veamos si me equivoco. Caigo todos los días, pero salvo mejor parecer, creo que realizo leves progresos.

7 de febrero de 1854

A la misma

En cuanto a mí, me siento cada día más impulsado por el lado de la locura de la Cruz.

15 de febrero de 1854

A la misma

**Amor a Nuestro Señor** Me parece que, a pesar de las infidelidades sin número por mi parte, Nuestro Señor se apodera cada día más de mí. Es una mezcla de gravedad, de seriedad, de sencillez, de sequedad, de dolorosa ternura, de abandono, de terror, de espíritu de fe renovado, pero sobre todo de necesidad de amar mucho a Jesucristo y a todo cuanto Jesucristo ama, únicamente porque él mismo lo ha amado. Si me hallo triste y roto, amo mi tristeza y mi quebranto en Jesucristo, en la medida en que él quiere que yo lo acepte, queriendo o no queriendo, según las disposiciones de su amor para purificarme. ¡Oh, si todo eso pudiera ser algo más que pura imaginación y parloteo de lorito que repite lo que ha oído decir sin comprender una palabra! Sin embargo me parece que soy sincero, tanto más cuanto que estas disposiciones no me han venido de repente y me producen una gran confusión, a causa de todo lo que

descubro de impuro en el fondo de mi alma, frente a esta hermosa luz que Dios, eso me parece, me manifiesta.

Por eso no he querido dar la última mano a nuestras Constituciones. Más vale esperar a que yo esté más unido a Nuestro Señor y a su espíritu.

28 de marzo de 1854

A la misma

Entro en el tiempo de Pasión con la intención de darle mis pies, mis manos, mi cabeza y mi corazón para que él haga con ellos todo lo que quiera. Me llama la atención el absoluto abandono en que me parece que Nuestro Señor me pide que me coloque frente a cuanto debo hacer, de modo que mis proyectos sean los suyos, o si lo prefiere usted, que estos planes sean suyos y no míos.

4 de mayo de 1854

A la misma

El estado de nuestros asuntos me corroe un tanto. Sin embargo hay algo que me impele, mientras me empleo en ellos, a ocuparme sobre todo de los dolores de Nuestro Señor. Frente a los sufrimientos de la Iglesia, ¿qué es lo que yo puedo aguantar en comparación?

14 de septiembre de 1854

A la misma

**Noche de la fe** Dios me ha dado la gracia hoy de comprender la diferencia que hay entre quienes pueden decir: *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini Nostri Jesu Christi* [Gálatas 6, 14] y los que no pueden, y sobre todo, los grados por los que hay pasar para poder llegar a decirlo con autenticidad. No creo haber llegado al punto más alto de esta disposición, pero lo deseo, eso creo, muy sinceramente. La noche de la fe se me presenta como un abismo en que hay que precipitarse agarrado a la Cruz y aceptando lo que la Cruz enseña y significa. He ahí mi estado, y como en el fondo

me hace encontrar paz y más amor a Nuestro Señor, me entrego a ella todo cuanto soy capaz.

---

*Colocamos aquí, seguido, el contenido de un cuaderno de notas íntimas titulado:*

### ALGUNAS IMPRESIONES

*Septiembre de 1854. Festividad de Nuestra Señora de los Siete Dolores*

He pedido a la Santísima Virgen que me conceda, por los sufrimientos que ella ha aguantado al pie de la Cruz de su Hijo, la gracia de engendrar tan dolorosamente como plazca a Dios, a nuestra pequeña familia.

*22 de septiembre.* – He tenido, eso creo, durante la misa, una profunda impresión de mi dependencia respecto de Dios, y teniendo entre mis manos la Hostia Santa, le he conjurado a que me acepte, a mí también, como víctima.

*24 de septiembre.* – *Festividad de Nuestra Señora de la Merced.* He pedido a la Santísima Virgen que, puesto que la obra de la Merced parece no tener ya sentido, que nos transfiera las gracias del rescate de la cautividad musulmana, en gracias de rescate de la cautividad universitaria.

*26 de septiembre.* – Durante la adoración del Santísimo Sacramento, transferido a un día más tarde, he pedido a Nuestro Señor que me dé a conocer su voluntad con precisión; me ha parecido que me aceptaba para ser humillado, sufrir y morir.

Como consecuencia de mi voto de pobreza, he tenido la impresión de que debía llevar los asuntos de la casa como criado y no como propietario, ya que la casa pertenece a Dios y a la Santísima Virgen.

*28 de septiembre.* – Al fin y al cabo, ni he sido bastante santo ni he impulsado a los demás a la santidad. Me siento impulsado a tomar mi resolución de una vez y hacerme todo lo que Dios pide de mí. Así se lo prometo a Nuestro Señor, bajo la protección de la Santísima Virgen y de nuestros santos Patronos.

*30 de septiembre.* – Siento algo que me dice: *Egre dere de domo tua et de cognatione tua* [Génesis 12, 1]. Tengo que mantenerme pronto para seguir a Jesucristo adondequiera que le plazca enviarme, pese a las penas, los inconvenientes y a las tribulaciones.

*1º de octubre.* – Hoy, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, me he sentido impulsado a la confianza, a la paz, a comunicar esta paz a los demás y a imprimir en mí mismo los misterios del Nacimiento, de la Resurrección y de la muerte de Nuestro Señor. He pedido a la Santísima Virgen que haga todo esto en mí.

*2 de octubre.* – He encomendado a los Ángeles Custodios la casa. Creo que mi confianza en ellos aumenta cada día.

*4 de octubre.* – He pedido a San Francisco un gran amor por la pobreza y el cariño que él practicaba tan bien con todas las criaturas.

*6 de octubre.* – Creo que he pedido a Dios, desde lo más hondo del corazón, la gracia de trabajar en mi santificación. La vergüenza que me causa la mirada a mi vida pasada, la inutilidad de mi vida, las manchas que

mis sentimientos puramente humanos han dejado caer sobre el escaso bien que he podido hacer, todo eso me desquicia. Espero que Dios tenga piedad de mí.

*8 de octubre.* – *Fiesta de la Maternidad de la Santísima Virgen.* He pedido a María que sea mi madre, la madre de la casa y de la obra, y sobre todo que me conceda un sentimiento maternal hacia las almas. He comprendido que los dos sentimientos más dolorosos que haya sufrido Jesucristo son: el abandono de su Padre y el pensamiento de la aflicción en que sumía a su madre.

*9 de octubre.* – Volviendo a la fiesta de San Francisco, me ha parecido que necesito absolutamente encontrar la paz y la caridad para con el prójimo en una pobreza espiritual absoluta.

Si no tengo nada, si no tengo derecho a nada, ¿de qué puedo quejarme? Esta pobreza se extiende a todo: mis sentidos, mi amor propio, mi reputación, mi vida. He de ser pobre de todas esas cosas. Siento subir en mí ciertas irritaciones. Pediré a Nuestro Señor, Cordero de Dios, que me dé la dulzura con que ha vencido al mundo.

*17 de noviembre.* – ¡Más de un mes sin escribir! Y sin embargo el día de Todos los Santos estaba bien dispuesto. También la muerte de San Salvy me había ayudado.

Hoy, fiesta de San Gregorio Taumaturgo, quiero dejarme poseer por Nuestro Señor. La superiora me ha escrito dos excelentes cartas sobre su retiro: adorar, obedecer, anonadarse, tres palabras admirables que me van derecho al corazón. Quiero hacerlas una realidad mía este año.

*4 de diciembre.* – Quería convertirme el día de San Juan de la Cruz, pero ¿qué he hecho desde entonces?

He debido renunciar al retiro que quería predicar a los miembros de la Conferencia de San Vicente de

Paúl. Hay que querer lo que Dios quiere. Ayer, al abrir la breve adoración que hemos establecido en la catedral, prometí a Nuestro Señor ejercitarme en las virtudes de mi estado, que consisten en el cumplimiento de mis deberes de superior. Quizá por eso me ha hecho incapaz de predicar el retiro sobre el que yo contaba tanto. Pero por más incapaz que me sienta, me parece que puedo tomar mi enfermedad como un santo, y someterme con una gran plenitud de amor a cuanto me pueda suceder de desagradable. Así pues, quedamos en esto, estoy encantado de estar enfermo, ya que Nuestro Señor así lo quiere; y le ofrezco, con todo el amor de que soy capaz, mis pobres pequeños sufrimientos para la extensión de su reino en las almas.

*11 de diciembre.* – Estoy impactado más que nunca por el tiempo que he perdido en habladurías; por eso tomo esta tarde la resolución de ocuparme de mi obra y de nada más. Quizá por eso me he visto impedido de predicar el retiro de San Vicente de Paúl. Sea como sea, quiero por fin entregarme de lleno a ello.

*1º de enero de 1855.* – Nunca he iniciado un año con tanta seriedad como este año. ¿Será el último? Quiero recomenzar una vida de religioso. Quiero destruir en mí todo aquello que desagrada a Nuestro Señor. Quiero vivir sólo para él.

He pedido esta mañana la fe de Abrahán, la sabiduría de gobierno de Moisés, el celo por la gloria de Dios de Elías. Me he entregado a Nuestro Señor y colocado más especialmente bajo la protección de la Santísima Virgen y quiero que haya en mí algo que se parezca más al religioso. Pido a Dios el don de la paz para mí y para los demás.

*8 de enero de 1855.* – Las virtudes que me propongo adquirir sobre todo son: la humildad, la mortificación en el

comer, la oración y el porte externo. No sé si Dios quiere que le pida la salud y no quiero sino lo que él quiera, como lo quiera y de la manera como lo quiera; pero si quiere que se lo pida, me parece que es por intercesión de la Santísima Virgen como debo obtenerlo, y en este caso, hago voto de, si para Pascua estoy completamente curado, ir en peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort, por ferrocarril hasta Aviñón. Volveré por el mismo camino, si estoy demasiado cansado; pero de Aviñón hasta Nuestra Señora iré y volveré a pie. Cumpliré mi voto entre Pascua y Pentecostés.

*27 de mayo.* – Hoy, fiesta de Pentecostés, he tenido una fuerte sensación de que tengo que impulsar a nuestra pequeña Congregación:

1° a la defensa y al conocimiento de los sagrados cánones; 2° a las obras de caridad; 3° a la manifestación de los deberes cristianos, que los hombres colocados bajo nuestra influencia deben cumplir con la mayor perfección; 4° a una gran devoción hacia Nuestro Señor, el Espíritu Santo y la Santísima Virgen.

*2 de junio.* – El religioso de la Asunción debe tener dos amores que se resumen en uno: el amor a Jesucristo escondido en la Eucaristía, el amor a Jesucristo manifestado en la Iglesia, lo que no es más que un mismo amor; y el amor a María, madre de Jesús pan de las almas, y el amor a María, madre de Jesús esposo de la Iglesia; y todo eso es un mismo amor.

*3 de junio.* – Lo que Nuestro Señor parece sobre todo pedirme, es que me retire de muchas cosas para no ocuparme más que de mi obra y que deje caer todo cuanto no conviene a esta pobre Obrera.

*15 de agosto.* – La Santísima Virgen me ha conseguido, eso me parece, grandes gracias.

1. He comprendido que el misterio de la Asunción es el triunfo de Jesucristo transfigurado por la comunión en sus elegidos;

2. Que me predico demasiado a mí mismo y no suficientemente a Jesucristo;

3. Que tengo que atraer más a las almas a base de ser menos burlón, irritable, orgulloso y desdeñoso. Tengo que atraer mediante la paciencia, la humildad y la dulzura, que no tengo y que he de adquirir.

*29 de febrero de 1856.* – El 29 de febrero, día de la fiesta de las cinco llagas de Nuestro Señor, he consentido en la supresión del Colegio de Nimes. Ruego a Nuestro Señor que la pena y la humillación que resulten de ello para mí, se unan a sus dolores y a sus divinas humillaciones en la Cruz.

*14 de junio.* – *Vosmetipsos tentate, si estis in fide, ipsi vos probate an non cognoscetis vosmetipsos, quia Christus Jesus in vobis est, nisi forte reprobati estis ?* [2 Corintios 13, 5].

¡Qué pregunta! Y efectivamente Jesucristo está en mí, y no debo pertenecer más que a él, y mi alma debe ser su instrumento, como mi cuerpo es el instrumento de mi alma. ¡Qué vida! ¡Qué unión! ¡Qué perfección y qué transformación!

*16 de junio.* – *Estote ergo imitatores Dei sicut filii carissimi et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis, oblationem et hostiam Deo, in odorem suavitatis* (Efesios 5, 1-2). No puedo imitar a Nuestro Señor si no es haciéndome hostia y oblación como él<sup>1)</sup>.

---

<sup>1)</sup> Las *Impresiones* se interrumpen aquí para continuar el 30 de abril de 1858.

12 de junio de 1856

A la Madre María Eugenia

**Vida en presencia de  
Jesucristo**

...En resumen, la estancia en Lamalou me habrá resultado útil. Y no hablo sólo de la salud, que me parece tomar un giro bastante favorable, sino sobre todo para mi alma que se reposa, se pacifica y que en estas largas horas de soledad siente la necesidad de retornar un poco más bajo la mano de Dios.

Leo la *Imitación* y el *Nuevo Testamento*, y no leo casi más que eso. La *Imitación* siempre me había sentado bien. Encuentro en el *Nuevo Testamento* un sabor que desde hacía mucho tiempo se había perdido para mí, de lo que me alegro mucho. Cada día amo algo más a Jesucristo y a su Iglesia. Ayer leía ese versículo de San Pablo: *Vosmetipsos tentate si estis in fide: ipsi vos probate. An non cognoscitis vosmetipsos, quia Christus Jesus in vobis est nisi forte reprobati estis* (2 Corintios 13, 5). Este reproche de la pérdida del sentimiento de la presencia de Jesucristo en nosotros es espantoso. Y sin embargo, ¡qué transformación si sintiéramos constantemente a Jesucristo en nosotros! Tomo la resolución de aplicarme a sentir lo más posible esta acción divina y a recordárselo, querida hija, porque he ahí nuestro mayor bien: Jesucristo. ¡Ah, si nos impregnáramos completamente de esta vida de fe! ¡Si viviéramos deseosos de esta fusión de la vida de Jesucristo con la nuestra y de la fusión de la nuestra con la de Jesucristo! ¿Pero podemos ir hacia tales pensamientos, sin quedar profundamente humillados por la pequeñez de nuestras mociones interiores, animados siempre por causas miserables? Pido a Dios que me impregne de la grandeza de cualquier acción realizada bajo la impresión de Jesucristo habitando en mí y siendo a mi alma lo que mi alma es a mi cuerpo.

15 de octubre de 1856

La Santísima Virgen me ha hecho grandes regalos, el día de su Maternidad.

2 de noviembre de 1856

A la misma

**Víctima por la  
Asunción**

Me voy preocupando cada vez más con el pensamiento de hacerme víctima y... de la Asunción, en el sentido de que me pondría a los pies de todos, y si supiera que tal es la voluntad de Dios, le pediría un poco más de aquellos padecimientos que hacen al hombre incapaz de cualquier otra acción que no sea la de anonadarse en la humillación y el dolor y en un gran amor por aquél que se anonadó y sufrió por nosotros. Luego me pregunto si valgo el esfuerzo que se toma Dios para anonadarme. Rece usted por mí.

20 de junio de 1857

A la misma

**Espíritu de infancia**

...Creo que para recuperar un poco de amor y la primera frescura del amor, hay que volver a ser niño con Nuestro Señor. He aquí lo que me pasó ayer por la noche. Después de haberme acostado, me acordé de que no había dicho la oración: *En ego...* que se aplica a las almas del purgatorio. Volví a encender la vela, me levanté y recé la oración ante el crucifijo. Lo desprendí del clavo y me lo llevé a la cama conmigo. Le aseguro que este gesto de niño me sentó de maravilla.

Hice una larguísima meditación, la mejor desde hacía mucho tiempo. Creo que, en general, somos demasiado grandes personajes de cara a Dios. Algunos actos de humildad, de sencillez, de mortificación, nos dilatarían

el corazón y permitirían a la gracia llenarlo mucho más fácilmente de ternura amorosa<sup>1)</sup>...

6 de octubre de 1857

A la misma

**Abandono a la  
voluntad de Dios**

Hace dos días que durante la Consagración me resulta imposible decir otra cosa que no sea *fiat voluntas tua*. Sea cual sea la voluntad de Dios la acojo sin saber adónde voy. ¡Si al menos no tuviera mis incredulidades! Quisiera ser un santo, no puedo sino callarme. Felizmente Nuestro Señor también se calló. Me persuado de que en eso sí le imito. Mis nervios, por supuesto, hacen de las suyas de la manera más linda del mundo. Todo ello no es nada, ya que hay que trabajar en el campo del padre de familia *per tribulationes multas et malas* [Salmo 71, 20].

26 de noviembre de 1857

A la misma

**Olvido de sí mismo**

Tiene usted que olvidarse totalmente de sí misma y tomarlo todo de la vida, de los pensamientos de Nuestro Señor, preocupándose muy poco de lo que le queda por hacer, pero haciendo divinamente lo que hace. Esto se aplica a todo. Es una semilla permanente la que tiene que sembrar a su alrededor, mediante todo aquello que hace, sobre todo en común, ya que sus hijas deben ver ante todo en usted el modelo de sus acciones más corrientes, ya que no están llamadas normalmente a realizar acciones extraordinarias. Me parece que esto implica un olvido muy sencillo y muy crucificante de esa pobre personalidad que siempre desea salir a relucir. Es una entrega completa de

<sup>1)</sup> Como consecuencia de esta meditación, al día siguiente el Padre d'Alzon escribió su hermosa carta sobre el Crucifijo o *El Amigo de todos los días*, fechada en Lamalou el 21 de junio de 1857, y dirigida a la Hermana M. Walburge y a las terciarias adoratrices.

sí entre las manos de Nuestro Señor, para que haga o deje de hacer, por nuestro medio o sin nosotros, como quiera.

He ahí lo que creo deber decirle ante Nuestro Señor, a quien pido muy especialmente por usted desde hace unos días. Me impacta mucho un texto del Evangelio. A punto de morir, Nuestro Señor le dice a su Padre: *Opus consummavi quod dedisti mihi* [Juan 17, 4]. Ahora bien, externamente ¿qué había hecho Nuestro Señor? Nada. Es la historia de toda la Iglesia. Nada se hace en ella y todo se hace en ella. Es la historia de todos los santos: no han hecho nada y lo han hecho todo. Lo esencial es unimos al espíritu de quien lo realiza todo en nosotros y en la Iglesia sin darse aires de hacer nada, desde el fondo del sagrario. No sé si me hago comprender, pero encuentro en este pensamiento la muerte de toda actividad humana personal y el principio de esa vida oculta hacia la que me siento empujado y hacia la que la impulso a usted. Porque he de confesárselo: cuando me ocupo de los demás trato de colocarme desde el punto de vista de ellos, pero cuando le hablo a usted me es imposible hacer abstracción de mi alma. Quizá esté equivocado, pero me resulta imposible trabajar en su santificación, con algo distinto de lo que trato de poner en la base de la mía.

---

#### IV. AÑOS FECUNDOS: 1858-1880

30 de abril de 1858<sup>1)</sup>. – Cerca de dos años de interrupción me prueban que he tomado resoluciones y no las he cumplido. Sin embargo eran buenas, podían haber hecho de mí un santo.

Celebrando la misa esta mañana, y reflexionando sobre la fiesta de Santa Catalina, he pedido a Nuestro Señor que me diera algunas gracias de vida contemplativa, en el sentido de que pueda ver cada vez más la nada de todo lo que no es él. La lectura de las Actas de los mártires me ha hecho sentir profunda confusión por mi cobardía. ¿Cuándo será mi vida propiedad única de Nuestro Señor?

Me entrego a nuestro buen Maestro, ya que no soy capaz de ser un hombre apostólico, para que envíe apóstoles a su mies. *Mitte operarios in messem tuam* [Mateo 9, 38].

1º de mayo. – Comenzamos por la humildad para elevarnos luego a la grandeza de alma, decía San Policarpo, amenazado por el suplicio en medio del anfiteatro. Si soy tan cobarde es que soy muy poco humilde, o más bien muy orgulloso.

30 de julio. – He hecho la promesa de ejercitarme de aquí al 15 de agosto del 1859, en la perfección, con el fin de pronunciar el voto en esa época.

28 de noviembre. – Hago el voto de no beber más ni licor, ni café puro, ni té, a menos de orden expresa de los médicos, o en caso de urgencia, como por ejemplo amenaza de cólera.

8 de noviembre de 1859. – La historia del abate Cestac me ha impactado profundamente y me parece que algo me empuja a ponerme entre las manos de Nuestro Señor

<sup>1)</sup> Continuación del cuaderno de notas íntimas *Impresiones*.

en el Santísimo Sacramento, como él se puso entre las de la Santísima Virgen.

Me parece también que Nuestro Señor quiere que muestre menos afecto a las almas que dirijo, para establecer mejor en ellas su amor sin mezcla.

He de ser cada vez más el amigo del esposo.

*10 de enero de 1860.* – No me ocupo suficientemente de la santificación de los religiosos.

*23 de enero de 1861.* – Heme aquí constreñido a hacer el voto de lo más perfecto. Hace quince años que quiero hacerlo, ¡cuánto tiempo perdido!, ¡cuántas cobardías! Consistirá para mí en hacer lo más perfectamente todas las cosas y hacer las cosas más perfectas. *Quid nunc Christus?* [Mateo 27, 22]. Sin embargo, para no caer en exageraciones, que serían abusos de la perfección, he aquí algunos puntos en los que creo necesario fijar más particularmente mi atención.

Mi divisa será: *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21]; la vida de Nuestro Señor, reproducida en mí, en cuanto de mí dependa:

1° En la oración, en que consultaré a Nuestro Señor para conocer lo más perfecto y en que pediré la fuerza para cumplirlo;

2° Mediante la práctica de las virtudes religiosas de nuestra pequeña congregación, y sobre todo mediante la humildad, el espíritu de sacrificio, la caridad, la prudencia y el celo;

3° Mediante el examen más atento de mis deberes de religioso, de superior y de sacerdote.

*22 de diciembre de 1863.* – Dios parece manifestar su voluntad. Nuestra pequeña congregación tiene marcada su meta: la reunión de la Iglesia Oriental, la lucha contra el cisma; lo cual exige más particularmente un espíritu de humildad y de caridad para luchar contra el espíritu

de orgullo y de división que ha desgarrado la túnica de Cristo; amor de la unidad, obediencia al jefe de la Iglesia; como condiciones, el estudio de las lenguas orientales, de los cánones, de la historia eclesiástica, de los ritos y de la teología propiamente dicha.

Me siento con prisa por una práctica más exacta de la pobreza y de vender cuanto antes mis tierras. Si Nuestro Señor aprueba la idea, le pido como prueba la vocación de María Correnson.

*6 de noviembre de 1865.* – Parece que la venta de mis tierras no es lo que Dios me pide ya que la vocación que yo le pedía no parece desarrollarse de momento.

Pero lo que sí se desarrolla es nuestra pequeña asociación misma. Me parece más importante que nunca atraerle protectores espirituales, almas que mediante la oración, la penitencia, las buenas obras, la comunión, le obtengan la bendición de Dios sobre la obra en general, y este año, sobre el colegio en particular. Me propongo empujar a cierto número de personas a rezar cada día el *Veni Creator*; el *Pange lingua*, las letanías de la Santísima Virgen, el *Miserere* y el himno a los ángeles custodios, a ofrecer cada día una mortificación, y cada semana una comunión por esta intención.

*4 de agosto de 1866*

Sobre una hoja suelta insertada en el cuaderno

*Igitur qui dispersi erant pertransibant evangelizantes verbum Dei* [Hechos 8, 4]. En los momentos de decadencia, de persecución, de combate, Dios da auxilios especiales. ¿Por qué en este momento en que Dios va a dispersar a tantos sacerdotes, a tantos religiosos en Italia; donde la infidelidad progresa tanto, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en toda Europa en una palabra, por qué no tendríamos a Nuestra Señora de los Infieles?... Englobo en esta palabra a todos los paganos, protestantes racionalistas,

a todas las personas que no tienen de cristiano más que el bautismo sin la fe explícita, a todos los enemigos de la Iglesia, a todos los miembros de las sociedades secretas que conocen explícitamente sus juramentos.

*4 de agosto de 1866. – Igitur qui dispersi erant pertransibant, evangelizantes verbum Dei* [Hechos 8, 4]. Al releer las páginas precedentes no puedo dejar de estar impresionado por la manera en que se manifiesta poco a poco la voluntad divina sobre nuestra pequeña familia. Los acontecimientos externos parecen señalarle el surco que trazará en el campo del padre de familia.

¿Cuál es el mal universal? La infidelidad. ¡Pues bien!, nosotros invocaremos a la Santísima Virgen bajo el título de Nuestra Señora de los Infieles. Esto puede parecer insólito, y sin embargo, nada más evidente. ¿Cuál es el mal que corroe a Europa, si no es el de la infidelidad? Se extiende por Inglaterra, Italia, Alemania, España y sobre todo en Francia. Hay que combatirla allí donde aparece, y ya que sus progresos se extienden por doquier, hay que combatirla por doquier.

Los Asuncionistas deben preparar el triunfo de la Santísima Virgen sobre los enemigos de la fe, y para ello deben pedir indulgencias especiales para los que les ayuden, colocándose bajo la protección de Nuestra Señora de los Infieles. *Triumphatrix infidelium – Ora pro nobis.*

Si hiciera construir una iglesia a Nuestra Señora de los Infieles haría colocar en ella tres altares: en el medio el de Nuestra Señora; en un lateral el de los Ángeles Custodios de los herejes o infieles vivos; en el otro, el de todas las almas que habiendo muerto fuera del cuerpo de la Iglesia están salvadas, pero en el purgatorio.

Me propongo impulsar a almas piadosas a rezar las siguientes invocaciones a la Santísima Virgen:

*Mater auctoris fidei nostrae.*

*Scutum fidei catholicae.*

*Triumphatrix infidelium et haereticorum, ora pro nobis.  
Sancti Angeli custodes infidelium et haereticorum,  
orate pro eis.*

Un *De profundis* por las almas de aquellos que han muerto fuera del cuerpo de la Iglesia.

*Hacia 1866.*

Abdicación entre las manos de Nuestro Señor, de mis sentidos, de mi juicio, de mi amor propio, de mi corazón, para que todo ello resulte un instrumento. *Mihi vivere, Christus est* [Filipenses 1, 21].

*Hacia 1866* Sobre una hoja suelta insertada en el cuaderno

*Lo que quisiera ser.*

1. Un hombre de fe, de oración, de verdadera humildad.
2. Un religioso imbuido del espíritu de sacrificio, grave, en el verdadero sentido de la palabra, ante todo sobrenatural en sus menores intenciones, su porte, su conducta, sus palabras, su acción.
3. Un superior preocupado por desarrollar y santificar a su familia espiritual en caridad, unión, piedad, amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, a la Iglesia, según toda la perfección de los consejos evangélicos y del celo apostólico.

*Hacia 1866*

### TEMA DE MI EXAMEN

1. Mi Regla, mi Oficio.
2. Mi vida de oración y de presencia de Dios.
3. Mi amor a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.
4. Mi caridad para con el prójimo.
5. Mi espíritu de servidumbre respecto de las obras.
6. Mi orgullo, mi carácter.
7. La edificación que pretendo, mi celo.

Octubre de 1858<sup>1)</sup>

A la Madre María Eugenia

**En presencia de  
Nuestro Señor**

Desde hace tres semanas, cuando rezo por usted, no tengo más pensamientos que estas palabras de Dios a Abrahán: *Ambula coram me et esto perfectus* [Génesis 17, 1]. Esta perfección sencilla, humilde, calmada, paciente, dulce y amorosa bajo la mirada de Nuestro Señor; esta paz en la posesión de sí; el sacrificio del propio ser sin retorno sobre lo que se ofrece; he ahí lo que pido sin cesar para usted. ¿Lo hago porque lo pido también para mí? Seguramente, porque estoy muy lejos de ello.

28 de marzo de 1859

A la misma

**Imitación de los  
santos. Perplejidades**

Ya sabe usted que me acusan de querer imitar a todos los santos cuya vida estoy leyendo. Estamos leyendo en el comedor la vida de San Carlos y le aseguro que no tengo ganas de ser ni arzobispo ni cardenal; pero la belleza, la fuerza, la energía, la perseverancia de este carácter me arrebatan. Por otra parte, el bien que intento hacer a mis niños, me ata a ellos; también por otra parte, los escasos novicios que veo llegar me hacen pensar que otros vendrán, pero también la escasa salud que tengo, que un ligero esfuerzo hace tambalear, me desmoraliza. ¿Qué debo hacer? ¿Dónde está en esta situación la voluntad de Dios? Francamente lo ignoro. A veces me reprocho estar demasiado atento a los detalles, a las cosillas; otras veces me encuentro totalmente incapaz de algo fuerte. ¿Qué quiere Dios de mí? Me parece que estoy dispuesto a todo, a condición de verlo claro, pero a ratos veo demasiado y a ratos no veo nada. Deme, pues, su idea, si tiene alguna.

<sup>1)</sup> Retomamos aquí la continuación de las *Confidencias íntimas*.

Por el momento, lo que me parece más claro, es que debo concentrarme en mi obra e invertir en ella todas mis fuerzas, pero enseguida se presentan las exigencias del cargo de Vicario general. ¿Tengo que dejarlo y por ende dejar el medio de vida de tres o cuatro religiosos? Eso no es nada y es mucho. ¡Si supiera usted lo que representa esta situación perpleja!

*Marzo de 1859*

Plan de estudios

Me propongo realizar estudios históricos. Para ello leeré en primer lugar la Historia universal y la Historia de la Iglesia en tres volúmenes, y consultaré a menudo el Rohrbacher.

Teología moral y dogmática todos los días.

Latín, dos horas al menos, en la Vida de los santos.

Preparación de sermones mediante la lectura de la Biblia, Bossuet, Bourdaloue, el Padre Lejeune y sobre todo el Padre Granada.

*Hacia la misma fecha*

Notas de estudios

- |   |  |
|---|--|
| 1. Teología dogmática                   | 1. Teología dogmática                      |
| 2. Teología moral                       | 2. Teología moral                          |
| 3. Disciplina                           | 3. Disciplina                              |
| 4. Derecho canónico                     | 4. Derecho canónico                        |
| 5. Historia                             | 5. Historia                                |
| 6. Controversia                         | 6. Controversia                            |
| 7. Filosofía                            | 7. Filosofía                               |
| 8. Sermones                             | 8. Sermones                                |
| 9. Instrucciones<br>en el pensionado    | 9. Piedad. Libros para<br>leer y aconsejar |
| 10. Retiros                             |  |
| 11. Instrucciones<br>en la Misericordia |  |
| 12. Literatura.                         |  |

26 de marzo de 1860

A la Madre María Eugenia

Ya sabe que por naturaleza soy movido. Me parece que estoy ganando algo por ese lado, excepto algunas salidas del hombre viejo.

5 de julio de 1861

A la misma

Desde hace algún tiempo me siento poderosamente empujado a establecerme con todo mi ser en una gran dependencia respecto de Nuestro Señor, dependencia de ideas y de sentimientos de los que palabras y acciones no serían sino la consecuencia normal y en esta crisis que estoy atravesando, muchas cosas se pacifican y se transforman.

3 de febrero de 1863

A la Sra. Varin

**La oración de Nuestro Señor** Hoy es la fiesta de la oración de Nuestro Señor. Es una de mis grandes devociones. En el Calvario, Nuestro Señor sufrió por todos los pecadores. Me imagino que en el Huerto de los Olivos sufría por las oraciones imperfectas de las almas santas, las suyas y las mías, que pretendemos ser piadosos. Intente rezar algo mejor y pida a Nuestro Señor la fecundidad de la oración dolorosa. Rezar con tristeza y angustia es una mortificación admirable, cuando al tiempo rezamos con valor y amor.

31 de agosto de 1865

A la Madre María Eugenia

Tengo 55 años desde ayer; pasado mañana, 2 de septiembre, hará otros tantos que estoy bautizado. Ya no soy joven y sin embargo mi convicción se hace más fuerte. Tengo la sensación de que nos acercamos a una época hermosa. Para alcanzarla habrá que atravesar algunas borrascas, la Tierra Prometida sólo estará al final del desierto.

1° de septiembre de 1865

A María Correnson

Mañana hará 55 años que fui bautizado... ¿Cuánto tiempo seguiré en este mundo? Sólo Dios lo sabe. Quisiera, si Dios quiere, dejar como una cadena de ideas que me parecen apropiadas para ayudar al desarrollo del Reino de Nuestro Señor. Quizá sea un orgullo estúpido el que me hace decir esto, pero lo cierto es que veo un gran bien que hacer.

31 de enero de 1866

A la misma

Quisiera ser un hombre de fe...

6 de agosto de 1866

Cuenta de conciencia al P. Picard

No es a mi hijo, sino a mi director, a quien escribo hoy. Para eso tomo la pluma. Estoy en el sexto día de mi retiro. Me quedan aún ocho o nueve, pero creo que puedo empezar a hablarle de mí mismo. Me preguntará quizá: ¿Por qué hacer un retiro tan largo? En primer lugar, los santos los hacían de cuarenta días. Además, he querido recogerme un poco más largamente porque no soy ningún santo, y aplaudo mi resolución. Los primeros días estaba bajo el peso de una tal fatiga física que me hacía dormir diez y doce horas diarias, por la noche, por la tarde y hasta en el sillón. He creído que debía dejarme llevar sin excesivo escrúpulo por esta necesidad de sueño. Ahora empiezo a inquietarme un tanto, ya que hay que poner un límite a todas las cosas. Esto es lo que pienso, lo someto a su criterio. Es cierto que, por experiencia, estoy en la época en que más duermo, tras las noches veraniegas tan fatigosas, aunque este año no he sufrido tanto; además mi cabeza ha trabajado algo más, por causa de la oración fúnebre del abate Durand, de mis artículos sobre el

movimiento inglés, de mi discurso de distribución de premios, etc. Soy del parecer que haría mejor en retomar la costumbre de dormir de manera que no sea demasiado escandalosa.

En cuanto a mi alma, estoy más avergonzado del tiempo perdido, de las gracias mal empleadas, de la manera tan humana como he vivido, que de mis pecados. Me encuentro un fondo de orgullo, de gula, de falta de benevolencia y de ligereza, que me humilla profundamente. No soy suficientemente hombre de oración. Este es el punto por el que quisiera recomenzar.

Como superior creo ver muchas cosas en las que cedo por desdén, diciéndome: “Lo queréis así, allá vosotros; ya veréis las consecuencias...”

Todo me impulsa para el año que viene a resumir mi vida así: los religiosos, el noviciado, las Oblatas, en cuanto a la acción exterior, y en cuanto a lo interior, esa transformación de mí en Nuestro Señor, sobre la que hago tan bellas teorías, sin realizarlas nunca.

*Damos aquí la respuesta del Padre Picard.*

Resulta más dulce y más fácil a un hijo pedir consejos a su Padre que dárselos, por eso nunca he estado en mayor aprieto que hoy para escribirle. Pero me pongo bajo la mirada de Dios y le escribo. Lejos de encontrar extraordinaria su resolución, me he alegrado mucho al saber que iba a Le Vigan para encerrarse en el silencio y la soledad durante 15 días. Un largo retiro me parecía un reposo para su cuerpo y un gran bien para su alma. Lejos de reprocharle las largas horas de sueño, le animo a que continúe tomando más reposo, pese a los escrúpulos que puedan asaltarle; es importante que aproveche su estancia en Le Vigan y haga acopio de fuerza para los retiros eclesiásticos y las demás obras de las que está encargado. En ese descanso todo se apacigua, el alma retoma posesión de sí misma y así puede ver cómo entregarse más a Dios entregándose a las otras almas. ¡Un espíritu descansado es mucho más apto para recogerse y para pensar más seriamente en las cosas santas! ¿Quiero decir que la pereza es la mejor disposición para el recogimiento? Lejos de mí tal pensamiento y no escribiría así si

estuviera dirigiéndome a un perezoso. Pero la pereza nunca ha sido su defecto dominante, usted reconoce otros y hace bien intentando combatirlos: la timidez, que no hace, o aguarda demasiado para hacer las correcciones, o las hace al final y empujada por la impaciencia; el desdén y el desprecio que dejando al tiempo y a los hechos el cuidado de impartir lecciones no suelen ser los mejores consejeros de un superior; ni hacen practicar la humildad y la paciencia al padre, ni hacen practicar la virtud a los hijos.

Nuestro divino Salvador actuaba con mucha mayor sencillez con sus apóstoles y él es su modelo y su fuerza; haga los mayores esfuerzos por transformarse en este bien amado Jesús y, en su conducta privada como en sus deberes como superior, plantéese la pregunta sobre la que nos hizo en otro tiempo un sermón tan bonito: “*Quid nunc Christus?*” Poco a poco no tendrá más vida que la de Nuestro Señor, ya que no tendrá más que sus sentimientos y sus pensamientos: “*Hoc sentite in vobis quod in Christo Jesu*” [Filipenses 2, 5]. ¡Ya ve si soy simplón, queridísimo Padre, me estoy tomando en serio lo de director!

Después de haber profundizado en los sentimientos y hablado de esta sencillez fuerte y suave, humilde y benevolente, enérgica y caritativa, que la vida de oración establecerá en su alma, uniendo esta alma tan querida a nuestro divino Salvador, llego ahora con toda franqueza a las preguntas que usted ha tenido la bondad de plantearme.

Permítame añadir los retiros eclesíasticos a las diversas actividades que deben ocupar su año. Ocupándose de los sacerdotes, hará el mayor servicio a la Congregación, dándola a conocer y preparando novicios. El noviciado ha de ser el objetivo de todos nuestros pensamientos.

He ahí, queridísimo Padre... muchas cualidades pueden faltar en mi dirección, pero la sencillez y el corazón no faltan con toda seguridad. He rezado mucho y seguiré rezando mucho por usted. Que nuestro divino Salvador le santifique durante este retiro y que a través de usted nos transforme a todos.

Hno. Picard.

13 de agosto de 1866

Al P. Picard

Creo que mi retiro, que toca a su fin, me habrá sentado bien. Mis inmensas necesidades de sueño empiezan a

quedar atrás y aunque el retiro me haya calentado algo la cabeza, creo que incluso físicamente me ha resultado positivo. Me parece que estoy más dispuesto a ser el servidor de las almas y de las obras, más humilde y caritativo, más dispuesto a abdicar entre las manos de Nuestro Señor todo derecho sobre mi cuerpo, mi voluntad, mi juicio, mi corazón. En cuanto al actuar me atenderé a las circunstancias.

5 de abril de 1867

Nueva carta de dirección al P. Picard

Me dirijo a mi director. Tras el retiro del mes de agosto, he aquí mi constante preocupación: Dios me empuja a separarme de muchas cosas para que me ocupe de una vida nueva. He aquí lo que se me pide, así me parece, tocante a recortes:

1. Renunciar a las cuaresmas, retiros pastorales y otros, excepto uno más el año que viene.

2. Dejar la dirección de las antiguas alumnas de Saint Maur al señor de Cabrières y la dirección de las hijas de María del priorato al Padre Vicente de Paúl o al Padre Emmanuel.

3. Reservarme para alguna predicación de diez minutos en las misas de hombres y dos o tres sermones en la Catedral, cada año.

4. Menos locutorio.

5. Rezar mucho más.

6. Un poco más de penitencia.

7. Ocuparme de las Oblatas y de las Religiosas de la Asunción.

8. Y sobre todo de los religiosos y de los que pueden llegar a serlo.

9. Emplear todos los medios idóneos para encontrar vocaciones.

Rece mucho por mí sobre todo en el tiempo de Pasión. Después de Pascua... haré un retiro corto. Invoque las luces del Espíritu Santo y mire si no es eso lo que se me pide.

¿Si el abandono de los retiros pastorales no fuera más que cuestión de salud?

*Respuesta del P. Picard.*

Rezo cada día por usted, pero he rezado mucho más estos días ya que van a ir seguidos de un retiro tan importante para su santificación y la nuestra. Sus resoluciones me parecen excelentes: mayor separación de las criaturas, mayor reposo bajo la mirada de Nuestro Señor, más vida de oración; es efectivamente lo que Nuestro Señor debe pedir a un alma a quien quiere santa y de la que se sirve para la santificación de los demás. La multiplicidad que agota ceda el paso a una fuerte unidad; así hará con mayor seguridad la obra de Dios y mortificará más fuertemente su naturaleza. Sus fuerzas no pueden llegar a todo, la Congregación necesita ser seguida de cerca, formada, desarrollada en su espíritu; solo usted puede hacer semejante labor. Que esta obra se torne la ocupación de su vida y así hará mayor bien pues colocará los fundamentos de un edificio duradero. Una cosa me preocuparía y me parecería digna de mantener en reserva, se trata de los retiros pastorales, si mediante un serio reposo pudiera usted hacer acopio de fuerzas para predicar uno o dos al año, eso sería, creo yo, muy útil y deseable para la Congregación. Usted podría quizá imponer una al Padre Laurent, así le abriría un campo en el que podría trabajar con provecho.

No necesito sugerirle los pensamientos piadosos y fuertes que deben animar su vida. Nuestro Señor le urge y le empuja, siga su impulso; pero no se imponga mortificaciones que puedan disminuir sus fuerzas, como puede ser la privación de sueño, un régimen alimenticio poco sustancioso. Sobre estos dos puntos, la obediencia será para usted un sacrificio mejor que todas las privaciones del mundo.

Ya ve, queridísimo Padre, que le respondo con sencillez; le dejo, pues tengo que acudir al confesonario...

*15 de agosto de 1867*

A la Madre María Eugenia

Mi retiro, que ha transcurrido más en silencio que otra cosa, ha tenido para mí una gran ventaja, la de empujarme

más aún al amor a la Iglesia, al Papa, a la acción en esa dirección y al odio a las sociedades secretas.

*1° de junio de 1868*

A I P. Picard

Quisiera hacer un retiro en gran soledad. Me encuentro hasta la coronilla del género humano. y sin embargo ayer, para Pentecostés, he querido convertirme. Hasta me parece que he comenzado.

*17 de agosto de 1868*

A la Madre Correnson

En Lourdes he pedido mi conversión, el espíritu de oración y el don de poner fuego en las almas y de hacer amar a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

*1868*

A la misma

Tengo una inmensa devoción a la Compasión de la Santísima Virgen.

*19 de noviembre de 1869*

A la misma

...Mi estancia en Roma me hace sentir cada día la necesidad de una piedad católica, es decir desinteresada, generosa, universal, que se ocupe más de los intereses de Dios que de los nuestros, ya que Dios se ocupará de nuestros intereses mucho mejor que nosotros, cuando nosotros nos ocupemos exclusivamente de los suyos. En este aspecto, también creo que me convierto un poco y que comienzo a hacerme menos cerrado en mí. ¿No será pura teoría? Otro efecto que me produce Roma, es el de llevarme a superar la idea de país. Roma es la capital del mundo católico. Hay que tener no sólo el corazón sino las ideas católicas y cuando se habla de amplitud de ideas no creo que haya ideas más amplias que éstas...

24 de diciembre de 1869

Al P. Picard

Por lo que me atañe, el Concilio me da cada día un poco más el deseo de hacerme un santo según el espíritu de la Asunción. Creo que nunca el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y a la Iglesia ha sido tan necesario y apto para fecundar a las almas como hoy.

5 de febrero de 1870

A la Madre Correnson

Estoy hecho un lío. Los acontecimientos me llevan a ocuparme de cosas muy importantes. A veces me pregunto si no me entrego a ellas por mí mismo, arrastrado por la agitación y el activismo que me es connatural. Estoy desolado, porque quisiera no hacer nada que no sea para la gloria de Dios. Pida a Nuestro Señor que no haga yo nada sino por él, para su gloria y nada más que para su gloria.

9 de febrero de 1870

A la misma

Me figuro que Dios me va a dar diez años de vida, de 60 a 70 años, y que así como Nuestro Señor ha hecho su obra externa en tres años y tres meses, me concederá tres veces más de tiempo para hacer nuestra obra. Pero ya que puede que no disponga ni de diez años, hemos de damos prisa, para no llegar con las manos vacías ante su tribunal.

20 de julio de 1871

A la misma

¡Pobre hija mía! No lo ve todo color de rosa con su enfermedad que se prolonga. Permítame que le diga que sé lo que es eso. Yo caí enfermo en mayo (1854), y duró tres o cuatro años con fatigas y torturas inauditas.

Cuando la conocí a usted a mi regreso de París (en mayo de 1857) todavía sufría, pero mucho menos...

2 de enero de 1873

A la Madre María Eugenia

Hoy, antes de la misa, he pasado casi dos horas en la capilla, ante el Santísimo, pero en mi despacho me las arreglo para que todos mis estudios deriven constantemente hacia la meditación. Me ocupo de este mundo, pero le aseguro que me dedico sobre todo a la soledad.

21 de enero de 1874      Última nota íntima de las *Impresiones*

Me parece que la acción de nuestra obra debe ejercerse mediante los religiosos y las religiosas sobre la educación de las jóvenes, las obras de las mujeres cristianas, las Oblatas en las misiones extranjeras.

Pero lo que me ha llamado la atención hoy sobre todo, es el fallo que he cometido al no desarrollar suficientemente la Orden Tercera entre los sacerdotes. Por ahí podríamos llegar a los resultados más preciosos. Elevaríamos su espíritu sacerdotal, su piedad eclesiástica, sus promesas clericales, su celo apostólico.

Les persuadiríamos a que llegaran a una mayor fecundidad mediante las obras de propaganda y la formación de vocaciones.

Una amplia asociación, confiada a estos sacerdotes tendría una utilidad inmensa; se ocuparía de la defensa de la Iglesia contra las sociedades secretas.

13 de agosto de 1874

Al P. Emmanuel Bailly

Respecto de su retiro, sólo le puedo contar el fondo del mío: 1° el sentimiento de mi nada; 2° la mayor confianza sobrenatural en Dios *para todo*; 3° no ser más que un instrumento de Dios en lo poco que puedo hacer...

*17 de septiembre de 1874*

A la Sra. d'Escure

Por mi parte, a medida que envejezco (tengo desde hace unos días 64 años) no encuentro salvación más que en una vida de abandono a cuantos sufrimientos me quiera enviar Nuestro Señor. Es una de las resoluciones esenciales de mi último retiro y me va tan bien que quisiera comunicarle este modo de estar con Dios...

*28 de octubre de 1874*

A la Madre María Eugenia

He tomado valientemente mi decisión de no predicar más por mucho tiempo, de hacerme un hombre de oración, en cuanto sea capaz; de retirarme de muchas cosas, de vivir como auténtico religioso.

*17 de agosto de 1875*

A la Madre Correnson

Esta mañana, celebrando la misa y al repartir la Sagrada Hostia, me decía: "He ahí cómo tengo que llegar a ser. Rompo la Sagrada Hostia, tengo que dejarme romper por Nuestro Señor..." No quiero ser nada más (alusión a ser Vicario general). Quizá sea amor propio a mi manera. ¡Lo difícil que es conocerse bien! Sin embargo, creo que me quiero convertir de una vez.

*14 de octubre de 1875*

A la misma

Yo también paso por tribulaciones; pero de todo lo que me sucede, saco la conclusión de que es necesario echarme enteramente entre los brazos de Dios y dejarme conducir por él hacia toda la santidad que él quiera desear de mí. No he llegado allá, ni mucho menos, estoy a mil leguas. ¡Pero por qué desanimarme si el Señor quiere hacer las tres cuartas partes y media del trabajo!

*17 de octubre de 1876*

A la Madre María Eugenia

Estoy muy preocupado por formar en mí la amistad con Nuestro Señor. Este pensamiento ¿encaja con sus preocupaciones sobre los derechos de Dios? ¿Cómo salir adelante con esos derechos tan terribles por su inmensidad? He creído ir mejor mediante el amor.

*17 de diciembre de 1876*

Al P. Bailly

Desgraciadamente, sí, llevo 42 años de subdiaconado y pronto otros tantos de sacerdocio. Rece por mí para que me convierta al menos este año. Ya casi no salgo. Corro tras el descanso y el estudio de la filosofía escolástica que me encanta cada día más. Estoy profundamente disgustado conmigo mismo, pero conservo la invencible esperanza de un triunfo de la Iglesia. Me dice: Si causamos tanto miedo, es que somos algo. Quizá sólo causamos miedo porque tenemos mal carácter: eso es lo que me digo todos los días. Me horrorizaría de ser algo, excepto una quijada de asno entre las manos del auténtico Sansón.

*24 de diciembre de 1876*

Al P. Picard

Hace hoy 42 años que Nuestro Señor me hizo el gran regalo de hacerme comprender que hay que hacer todo por él y nada por los demás. Hoy me ha hecho otro, el de hacerme comprender que hay que hacer todo por los demás como él.

*21 de marzo de 1877*

A la Madre María Eugenia

He querido servirme del libro del señor Gay; le he encontrado alambicado y nado en las meditaciones de Bossuet. ¡Le deseo a usted profundamente un poco de tiempo de aquí a Pascua, para que se retire sobre el Calvario con la Santísima Virgen al pie de la Cruz! Hago lo que puedo

para mantenerme allí y procurar aprender la paciencia, la humildad... dos virtudes que me faltan radicalmente.

*3 de junio de 1877* A la Madre María Teresa de Commarque

La enfermedad y la fragilidad tienen la gran ventaja de recordarnos que no somos inmortales. Este pensamiento casi no me abandona y soy muy culpable cuando ofendo a Dios, pues su juicio me está casi demasiado presente. Lo cierto es que no lo tomo por el lado más humilde, sin embargo lo tomo en serio, pero con una gran confianza por una parte, y por la otra, con el sentimiento muy profundo de la obligación que tengo de reparar el tiempo perdido y de no perder ni una hora, ni un minuto.

*2 de julio de 1878*

A la Madre María Eugenia

He quedado muy impactado leyendo la vida de San Josafat, de ver que su amigo Rustky no fue santo, porque fue el hombre más bien del deber, mientras que San Josafat, habiendo sido más el hombre del amor, mereció ser mártir. Me esfuerzo por inspirar por todas partes donde puedo la iniciativa del amor. He ahí una idea-madre que debo a Dom Guépin y de la que le estoy muy agradecido.

*En 1878*

### Temas de examen

- |                                |  |
|--------------------------------|--|
| 1° Mi vida.                    | 8° Los noviciados.                     |
| 2° Los Agustinos.              | 9° Los colegios.                       |
| 3° Las Religiosas.             | 10° Las residencias.                   |
| 4° Las Oblatas.                | 11° Las misiones.                      |
| 5° Las Hermanitas.             | 12° Los estudios.                      |
| 6° Los Capítulos<br>generales. | 13° La correspondencia.                |
| 7° Los alumnados.              | 14° Nuestra Señora de la<br>Salvación. |

- |                           |                         |
|---------------------------|-------------------------|
| 15° La Orden Tercera.     | 18° Conferencias de San |
| 16° Nuestra Señora de las | Vicente de Paúl.        |
| Vocaciones.               | 19° Damas de la         |
| 17° Comités católicos.    | Misericordia.           |

*26 de noviembre de 1878*

A la Madre María Eugenia

No sé qué decirle para su retiro. Por mi parte me aplico a hacer lo más que puedo de oración y, cosa asombrosa, tengo pruebas de que hago bien a las almas cuando he resistido al aburrimiento de una oración seca, árida, llena de hastío y distracciones. Aprender a rezar se está haciendo la ciencia de mis esfuerzos y no sé darle otros consejos sino los que me aplico a mí mismo. Permanecer ante Dios, decirle que no somos nada, que tenemos tanta necesidad de él; pedir a Nuestro Señor que nos dé su espíritu; al Espíritu Santo que nos dé su amor; es sencillo como decir buenos días, y encuentro ahí toda la fuerza y toda la esperanza. No conozco meta más alta que la de buscar a Dios con todas las fuerzas. En una palabra, me simplifico cuanto puedo y no sé qué otra cosa pueda desearle a usted, si no es que se haga cada vez más sencilla en su oración.

*14 de enero de 1879*

A la misma

Sin estar enfermo, siento tal debilitamiento de fuerzas que, si al final del invierno no me vuelven, me temo mucho que terminaré yéndome. Le deseo, como me lo deseo, el pensamiento constante del cielo y la gracia de realizar todas sus acciones bajo la influencia de su eternidad. No es miedo al juicio de Dios lo que pido para usted sino el sentimiento de la esposa que, mientras espera al esposo, desea que cuando llegue encuentre todo dispuesto, para que no tenga sino que regocijarse. La edad tiene que dar a nuestras acciones un tinte de gravedad divina que no sea sino el reflejo de los dones de Dios en nosotros. ¿Qué

hemos de hacer sino establecemos en la realidad divina y en la verdad, para que a causa de nuestra sinceridad esta verdad sea un día nuestra alegría y para siempre? Esto es quizá un tanto serio. Pero, qué quiere usted, le hablo con las disposiciones de un hombre que tiene que apresurarse para estar dispuesto.

*Hacia el final de su vida*

De todo cuanto me ha sido dado realizar, me parece que la mejor obra, la que me da más confianza en el momento de comparecer ante Dios, es la cantidad de almas que me ha sido dado consagrarle, las vocaciones y las vírgenes que he podido procurar a Jesucristo. ¡Todo lo demás, al lado de esto, me parece bien poca cosa! A mi ver, ésta ha sido la obra más importante y la mejor de mi vida sacerdotal.

*(Según el P. Emmanuel Bailly, Notes et Documents, T. II, p. 194).*

---



## I

### LA PIEDAD

*La Piedad, tal como nos es recomendada por el Padre d'Alzon, consiste principalmente en:*

*1° el amor de Dios, que emana de las fuentes de la teología mística;*

*2° el amor a Nuestro Señor sacado de la frecuente meditación de la vida, la doctrina y los misterios de nuestro Divino Maestro;*

*3° el amor a la Santísima Virgen y a la Iglesia, donde se reflejan, más cerca de nosotros, en sus privilegios y en su historia, las perfecciones de Nuestro Señor.*



## I. El amor de Dios

*El P. d'Alzon le escribía al P. Picard, el 9 de junio de 1972: "Sueño con una teología mística según Santo Tomás. Eso parece difícil y sin embargo es más fácil de lo que se cree. Cada mañana, durante media hora, sirvo un concentrado de esta mística a las Oblatas. Figuraos que me encuentran claro y sin embargo les hablo de las procesiones en Dios, de la creación, del origen del mal". Este curso, esbozado para las Oblatas, es impartido en 1874 a los novicios que estudian en Nimes. El Padre les inculcaba, de un modo nuevo, al mismo tiempo más profundo y más piadoso, el verdadero espíritu de la Asunción. Destacamos de este curso –siguiendo la redacción del P. Alexis Dumazer que entonces ante los estudiantes oficiaba de "socius" del P. d'Alzon– la introducción y algunas lecciones sobre los atributos de Dios. Estas páginas ilustrarán como ejemplo las directrices sobre el espíritu de nuestra oración que el Padre dirigía al mismo tiempo a los miembros del Capítulo.*

---

## CURSO DE TEOLOGÍA MÍSTICA

### **Necesidad de estudiar la teología mística**

La teología mística puede ser definida: la ciencia de la unión del alma con Dios. La mayoría de los autores místicos se han limitado a estudiar el trabajo mediante el cual el alma humana puede subir a la unión divina. Por nuestra parte, nos proponemos estudiar los dos términos de esta unión, Dios y el alma.

La teología positiva y la teología mística tienen el mismo objeto que es Dios, pero difieren en que la última propone más particularmente el estudio de la belleza divina, con el fin de estimular al corazón del hombre a amar más. De ello resulta que estas ciencias deben prestarse un apoyo mutuo y que la verdadera teología mística se guarde bien de abusar del dicho de San Agustín: *Ama, et fac quod vis* [ama y haz lo que quieres], y de la palabra de Nuestro Señor: *Abscondisti haec a sapientibus, et revelasti ea parvulis* [has ocultado estas cosas a sabios, y se las has revelado a pequeños] [Lucas 10, 21]. Como la teología positiva, y apoyándose en ella, es a la vez ciencia y sabiduría.

Seis motivos principales deben empujarnos a abrazar este estudio con ardor, ya que en él encontramos:

- 1° Un medio de interesar a las almas por las cosas sobrenaturales;
- 2° Un medio poderoso de evitar los errores del sentimentalismo y del fanatismo;
- 3° Un desarrollo magnífico del amor de Dios;
- 4° Un arma admirable para combatir los errores modernos y de vengar los derechos de Dios;
- 5° Una fuente de luces para el hombre;
- 6° Un poderoso medio de apostolado.

*I.- Interesar a las almas por las cosas sobrenaturales.*

Desde el pecado original, todos los objetos del mundo material se han tornado obstáculos para nuestra perfección; nuestra alma sin embargo sigue teniendo la misma necesidad de subir hacia Dios: la teología mística le permitirá alcanzar esas elevadas esferas en que la práctica del bien se hará tanto más fácil cuanto más cerca de Dios se encuentre. Sin duda que este estudio no es igualmente necesario a todos los hombres, pero es indispensable para los directores encargados de formar a las almas a la vida sobrenatural y se le puede aplicar lo que dice Santo Tomás de la dogmática: *Sacra doctrina es necessaria homini ad salutem.*

*II.- Evitar los errores del sentimentalismo y del fanatismo.*

Después de la Revolución, hubo un tiempo en que los directores procedían por inspiración; afirmaban como llovidas del cielo decisiones basadas en sus ensoñaciones y no en la ciencia; las sostenían con la testarudez de la ignorancia, en gran daño para las almas. No evitaremos tales errores peligrosos sino mediante el estudio, nosotros que tenemos la responsabilidad no sólo de nuestra alma, sino también de las de los demás.

*III.- Desarrollar en nosotros el amor de Dios.*

Algunos teólogos místicos no han querido ver en esta ciencia sino un método, punto de vista demasiado estrecho, ya que es imposible considerar el ser de Dios, sus perfecciones, su misericordiosa bondad para con los hombres sin ser impulsado a amarle cada día más.

*IV.- Combatir los errores modernos y vengar los derechos de Dios.*

La Iglesia, tras condenar el quietismo de Fénelon, ha debido luchar contra el panteísmo que le siguió. Dios

mejor conocido y más amado nos ayudará a destruir esos errores y nos dará la fuerza de afirmar sus derechos.

*V.- Fuente de luces.* Mediante la teología mística el alma se acerca a Dios más por el corazón que por la inteligencia y si la razón es iluminada por la teología positiva, la mística inunda el corazón de luces y lo vivifica con su calor.

*VI.- Medio de apostolado.* Una cosa es el profesor y otra el apóstol. Han de unirse en la teología mística para que el apóstol, al predicar, pueda hacer vivas las verdades de la fe, que el profesor envuelve a veces en un envoltorio muy frío. La teología dogmática enseña al alma a conocer la verdad, la teología mística debe enseñarle a amarla.

Estas dos ciencias deben, pues, ir unidas: la dogmática más especulativa, la mística más práctica; la primera va a Dios mediante la verdad, la segunda mediante la caridad. La mística mal entendida y separada de la dogmática se torna contemplación estéril o fuente de errores. El olvido de la mística priva a la teología positiva de un elemento de calor vivificante y quizá de este olvido es de donde nació el injusto desprestigio en que cayó la escolástica, cuando dio demasiada importancia a áridas disputas.

---

### Sobre la vida interior

<b>Tres clases de maestros</b>	La vida interior ha sido estudiada y descrita por tres clases de personas: por teólogos, por santos y por santos teólogos. Los primeros, como Fray Luís de Granada, el P. Grou, Bossuet, etc., han basado sus investigaciones sobre ciertas concepciones piadosas pero
--------------------------------	--

arriesgadas y han podido mostrar así a veces los errores de algunos místicos, sin conocer la vida mística por experiencia. Los santos han tratado las mismas cuestiones y no han sido canonizados sino tras examen profundo de sus escritos, examen que es una garantía para nosotros. Al respecto hay que señalar que las mujeres transforman a menudo en comunicaciones celestiales las doctrinas de sus directores (Santa Teresa, María de Ágreda, etc.). Los teólogos escriben por método, los santos proceden más bien por experiencia personal. Los santos que han sido al mismo tiempo teólogos nos ofrecen ambas ventajas, y su doctrina no puede dejar de ser más segura; a ellos hay, pues, que atenerse. (San Buenaventura, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales).

**Tres estados de vida interior**

Se distinguen varios estados en la vida mística, aunque todos los autores no los dividen de la misma manera: los santos enumeran por lo general aquellos por los que han pasado. No confundir los estados de la vida interior con los estados de oración.

Se distinguen en general tres estados en la vida mística: la vida purgativa, la vida iluminativa y la vida unitiva. En la primera, el alma busca deshacerse de sus manchas y de sus imperfecciones; en la segunda, comienza a considerar todas las cosas a la luz de Dios; en la tercera se inflama del deseo de unirse a Dios. Los santos se han servido de distintas comparaciones para explicarnos estos tres estados. Santa Teresa compara al alma con un hortelano. En el primer estado, este hortelano no tiene sino un pozo del que está obligado a sacar el agua con mucho trabajo; en el segundo, riega el huerto con agua de un manantial y sólo tiene que abrir surcos y guiar el agua; en fin en el tercero, no tiene ningún trabajo porque el agua cae abundantemente en el momento preciso.

Para San Buenaventura, el alma se parece a un serafín que con dos alas se cubre el cuerpo, con otras dos vela su rostro y se sirve de las dos últimas para volar hacia Dios.

San Juan de la Cruz dice que el alma es como un viajero que empieza a caminar hacia el anochecer; cae la noche, el alma se despoja de sus sentidos y camina al resplandor de un resto de luz natural; pronto cae la medianoche cerrada en que el alma sólo vive de fe; después de medianoche viene el alba, comienzo de la luz sobrenatural, a la espera del pleno día que es el cielo.

Estos tres estados del alma también son designados por los autores místicos con el nombre de estado de los esclavos, que sólo actúan bajo el terror por los juicios de Dios; de los mercenarios que actúan por la esperanza de la recompensa; de los hijos que sólo temen disgustar a su padre.

En cuanto a la manera como estos tres estados se relacionan con las virtudes teologales, unos quieren empezar por la esperanza y continuar con la fe, pero Nuestro Señor: (*nisi credideritis, non intelligetis*) [Juan 8, 24-27] y San Pablo: (*Accedentem ad Deum oportet credere quia est*) [Hebreos 11, 6] ponen en primer lugar la fe; y esto resulta lógico, porque la fe nos muestra, según expresión de San Juan de la Cruz, el todo de Dios y la nada de las creaturas; la fe nos da la luz sobrenatural y entonces la esperanza, iluminada por ella, desea ir a Dios como bien supremo, a la espera de poseerlo mediante el amor.

## Las fuentes de la teología mística

### *1° La Sagrada Escritura*

Las fuentes de la teología mística son evidentemente las mismas que las de la dogmática, pero empleadas de modo diferente. La primera y más importante es la Sa-

grada Escritura. Es una gran garantía para nosotros tener como base de nuestra vida la palabra de Dios; debemos aplicarnos, pues, con ardor a conocerla a fondo. En este estudio tendremos siempre ante los ojos dos reglas dadas por San Agustín para sacar de la Sagrada Escritura todos los frutos que puede darnos.

**Primera regla** La Sagrada Escritura encierra pasajes fáciles y otros llenos de oscuridades. Los pasajes fáciles de interpretar han sido dados por Dios para que todos los cristianos que leen las Escrituras puedan encontrar en ellas reglas de conducta; los pasajes difíciles tienen como fin ejercitar la sagacidad de los doctores y de los pastores y empujarles a escudriñar el sentido oculto de la Biblia para encontrar allí la solución de los problemas y refutar las objeciones de los adversarios. Las soluciones sacadas de la Biblia serán siempre de dos tipos, dogmáticas y morales. Nada tenemos que decir de las primeras. Las segundas dan a nuestra inteligencia numerosos puntos de vista allí donde la Iglesia, contentándose con dirigir nuestras investigaciones, no nos impone tal o cual solución particular. De ahí los progresos que podemos hacer en el estudio de la teología mística, progresos que podemos hacer incluso estudiando los puntos fáciles para aprovechar la luz que proyectan luego sobre los otros. *Quomodo dilexi legem tuam, Domine, tota die meditatio mea est* [Salmo 119, 97].

**Segunda regla** *El Espíritu Santo ha querido dar a la Sagrada Escritura todos los sentidos de que es susceptible.* El sentido literal, invariable en las cuestiones dogmáticas, puede tener a menudo muchos sentidos morales muy prácticos, y la regla de San Agustín tiene entonces su aplicación. Así los milagros de Nuestro Señor en el sentido literal son

la más magnífica prueba de la revelación, pero de ellos podemos sacar también una gran enseñanza moral. Las resurrecciones, las curaciones, sobre todo las parábolas nos elevan mediante las cosas sensibles a las enseñanzas sobrenaturales. *Est naturale homini ut per sensibilia ad intelligibilia veniat* (Santo Tomás), y San Dionisio: *Impossibile est nobis aliter lucere divinum radium nisi varietate sacrorum velaminum circumvelatum*. Estas parábolas son útiles para todos, ya que los más hábiles en las ciencias humanas son muy a menudo los más romos respecto de las cosas del cielo, y San Gregorio papa hace notar que la Escritura es la ciencia de las ciencias que instruye incluso mediante los hechos: *dum narrat gestum, prodit mysterium*. San Dionisio, por su parte, observa que existe una admirable correspondencia entre la ley antigua, figura de la ley nueva, y la ley nueva, figura de la gloria: *Ipsa nova lex est figura futurae gloriae*. El empleo de las Letras Santas nos hará descubrir su riqueza y su belleza, como le sucedió a San Agustín, y comprenderemos que si la discusión teológica de los textos es necesaria, sin embargo hay algo más que descubrir en la Escritura, ya que la palabra del Espíritu Santo que es amor no puede dejar de contener sublimes bellezas e ideas capaces de inflamar los corazones. Adquiriremos mediante la teología mística el conocimiento de estas ideas y encontraremos allí incluso la fuente de una literatura nueva.

## 2° Nuestro Señor Jesucristo

“Dios ha hablado de diferentes maneras por los profetas, últimamente ha hablado por su Hijo”. *Novissime locutus est in Filio* [Hebreos 1, 1-2]. Quiere que escuchemos a este Hijo muy amado, *Ipsum audite* [Mateo 17, 5]. A Nuestro Señor hemos de ir, pues, para avanzar en la perfección. Y por otra parte, Jesucristo ¿no es acaso nuestro mediador?: *Unus est mediator Dei et hominum*

*homo Christus Jesus* [1 Timoteo 2, 5]. ¿Y no ha dicho él mismo?: *Nemo venit ad Patrem nisi per me* [Juan 14, 6].

Podemos ir a Nuestro Señor Jesucristo de tres maneras: 1º mediante el estudio; 2º mediante el amor; 3º mediante la imitación.

### **I. Estudio de Jesucristo**

Estudiar a Jesucristo es estudiar la perfección en persona, ya que en él *inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter* [Colosenses 2, 9], y que así la divinidad ha tomado un cuerpo para hacérsenos accesible. La humanidad de Nuestro Señor no es menos perfecta, ya que San Pablo nos dice también: *In quo complacuit omnem plenitudinem inhabitare* [Colosenses 1, 19]; y qué es esta plenitud si no la perfección de Dios. Jesucristo es, pues, el libro vivo que debemos estudiar, libro perfecto y en el que, a diferencia de los otros libros, el trabajo humano es tan perfecto como el fondo, porque según otra expresión del Apóstol: *In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi* [Colosenses 2, 3]. De lo que se sigue que debemos sacar de Nuestro Señor dos clases de conocimiento: la sabiduría que corresponde a los medios sobrenaturales y la ciencia que implica el estudio mediante los medios naturales.

Que exista para nosotros la obligación de estudiar a Nuestro Señor Jesucristo mediante los medios naturales, es un hecho incontestable, y San Juan Crisóstomo respondía a San Basilio que le objetaba el ejemplo de San Pablo: “Podrás dispensarte de estudiar cuando tengas como San Pablo la asistencia del Espíritu Santo”. El escaso fruto que se hace en las almas proviene a menudo del escaso cuidado que se ha tenido a la hora de estudiar a Nuestro Señor, incluso por los medios humanos; y nosotros, miembros de una Congregación apostólica, tenemos una más estricta obligación de conocer científicamente a Nuestro Señor, para defenderlo contra sus enemigos que pretenden colocarse en el terreno de la ciencia, y para

hablar de él de una manera más atractiva con el fin de hacer amarle más.

¡Pero cuánto más imperiosa se hace esta obligación, si nos colocamos en el punto de vista sobrenatural! ¿Es posible hacer el bien a las almas si no hemos triturado nosotros mismos los alimentos que deseamos darles, si no hemos vivificado nuestros estudios naturales mediante un pensamiento sobrenatural? *In ipso vita erat et vita erat lux* [Juan 1, 4]. Esta luz intelectual es la ciencia, y esta ciencia debe ser viva, sin lo cual ya no es luz, sino tinieblas; y si esta vida llega a faltar, ya no es Jesucristo. ¿No es ésta la razón por la cual tantos sermones dan tan escasos frutos? Se hacen con la sola inteligencia, sin el concurso del corazón y de la fe, y no se logra ni hacer el bien ni evitar el mal.

**II. Amor a Jesucristo** El estudio y el conocimiento de Jesucristo nos conducen al amor, ya que *ignoti nulla cupido*. Hay dos amores: el amor natural y el amor sobrenatural. Muchas personas piadosas no van más allá del amor natural a Jesucristo. Hemos de ir más lejos y, sin rechazar enteramente los sentimientos afectivos y sensibles, es sobre todo de una manera sobrenatural que debemos tender hacia Nuestro Señor y en esta vía debemos empujar a las almas demasiado a menudo dispuestas a quedarse en la sensibilidad del amor natural. ¿Cómo desarrollar en nosotros este amor? Mediante la fe que nos dará un conocimiento más perfecto de Nuestro Señor y que nos recordará sin cesar cuanto ha hecho por nosotros y los sentimientos de gratitud que deben embargar nuestros corazones hacia él. Exclamaremos con San Juan: *Diligamus ergo Deum, quoniam ipse prior dilexit nos* [1 Juan 4, 19]. Recordaremos aquellas palabras de Dios mismo: *In caritate perpetua dilexi te: ideo attraxi te, miserans tui* [Jeremías 31, 3]. Porque la meta de Nuestro Señor es juntar cielo y tierra mediante su sacrificio y su amor: *Pacificans per*

*sanguinem crucis ejus... sive quae in coelis sunt* [Colosenses 1, 20]. El primer resultado será un sentimiento de admiración. Nuestra alma, siguiendo la expresión de Bossuet, sentirá la necesidad de exclamar: ¡Oh, Jesucristo! ¡Oh, Jesucristo! De esta admiración nacerá el amor, y diremos con San Pablo: *Caritas Christi urget nos* [2 Corintios 5, 14]. Así, Jesucristo, conocido mediante los diferentes medios de que hemos hablado más arriba, nos empuja hacia la perfección y la unión. En consecuencia, conoceremos mejor lo poco que somos, comprenderemos qué fuente de humildad hay en la contemplación de Dios y diremos con San Pablo: *Si quis non amat Dominum Jesum Christum, sit anathema* [1 Corintios 16, 22]. Y como este amor de Nuestro Señor por nosotros exige el agradecimiento, nuestras intenciones, nuestros movimientos tomarán una dirección distinta. Nos elevaremos mediante la humanidad de Nuestro Señor al amor de Dios, y como aplicación al tiempo presente, recordaremos el texto profético de San Agustín: *Fecerunt civitates duas amores duo, terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum Dei, coelestem vero amor Dei usque ad contemptum sui*.

En conclusión veremos la necesidad de una nueva forma de piedad. La sociedad moderna ha desterrado a Dios de su seno, hay, pues, que rehacer la ciudad de Dios. Por otra parte, nuestra alma penetrada de la necesidad de amar a Jesucristo se encuentra demasiado estrecha para amarle lo suficiente, y de ahí nacerá en ella un gran deseo de hacer amar a Dios por otros y eso será la ciencia de nuestro celo apostólico. ¿Acaso no ha sido el amor de las almas el principio del apostolado de Nuestro Señor? El sacerdote se encontrará así entre dos sentimientos: es enviado por Nuestro Señor, y ama ser así enviado; y estos dos sentimientos le harán crecer en santidad. *Ascensiones in corde suo disposuit* [Salmo 84, 6]. *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21].

### III. Imitación de Jesucristo

*El amor requiere pruebas.* Nuestro Señor ha dicho: *Non omnis qui dicit mihi: Domine, Domine, intrabit in regnum caelorum, sed qui facit voluntatem Patris mei* [Mateo 7, 21]. Y en otro lugar: *Si diligitis me, mandata mea servate* [Juan 14, 15]. Se necesita, pues, probar nuestro amor mediante la práctica, tenemos que copiar nuestro modelo Jesucristo: *Aspice, et fac secundum exemplar* [Éxodo 25, 40]. Este modelo, es Dios mismo, es la perfección: *Estote et vos perfecti, sicut Pater vester caelestis perfectus est* [Mateo 5, 48]. Jesucristo Dios propone a Dios como modelo a todos los hombres. Exige a todos los hombres al menos una perfección relativa. Ahora bien, el más alto grado de perfección es la vida religiosa, por lo tanto estamos obligados a progresar sin cesar. Para eso debemos imitar a Nuestro Señor Jesucristo. *Mitis sum et humilis corde* [Mateo 11, 29]. *Exinanivit semetipsum* [Filipenses 2, 7]. *Christus sibi non complacuit* [Romanos 15, 3]. Dulzura, benevolencia, pero sobre todo humildad. Encontramos esta humildad en Belén, en el Calvario, en el Sagrario. En Belén, está Jesús anonadado en forma de un niño recostado en un pesebre. *Invenietis infantem... positum in praesepe* [Lucas 2, 12]. En el Calvario, es el anonadamiento en el dolor: *Virum dolorum. Posuit in eo Dominus iniquitatem omnium nostrum* [Isaías 53, 3 y 6]. En el Sagrario, anonadamiento mayor aún, si es posible. Aquél que puede crear y transformar las sustancias se esconde bajo un poco de pan y de vino, obedece al sacerdote culpable que sube al altar, al mal cristiano que profana el sacramento: *Agnus tanquam occisus. Obediens usque ad mortem* [Filipenses 2, 8]. La pobreza, la humildad, la obediencia resaltan en todas partes, acompañadas por el sacrificio y el abandono completo entre las manos de Dios. Por eso Jesucristo debe ser el comienzo y el final de nuestra perfección: *Ego sum alpha et omega* [Apocalipsis 1, 8], y todos debemos establecernos en él, *instaurare omnia in Christo* [Efesios 1, 10]. El religioso debe ser, pues, el imitador de Jesucristo, para poder

decir a las almas: “Imitadme como yo imito a Jesucristo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*” [1 Corintios 11, 1], y ahí está la última razón de todos nuestros trabajos.

### 3° La Iglesia

**I. Su naturaleza** Hemos visto cómo Dios habló primero por los profetas, luego por su Hijo. Jesucristo subido al cielo nos habla por medio de su Iglesia que le continúa y a quien debemos escuchar. La enseñanza de la Iglesia es para nosotros fuente de la verdad y de la santidad. Se manifiesta de dos maneras, de manera pública mediante la enseñanza de los doctores, de una manera más íntima por la dirección espiritual. La enseñanza de la Iglesia es infalible, pero la dirección que sucede en lo secreto puede ser falseada, y por ello debe ser controlada por la autoridad suprema. Graves herejías en distintas épocas han visto la luz en el ámbito de la dirección espiritual: Gnósticos, Jansenistas, Molinos, etc.

Jesucristo ha unido al hombre con Dios en su encarnación. Se sigue encarnando místicamente en la humanidad. *Ipsum dedit caput supra omnem Ecclesiam, quae est corpus ipsius et plenitudo eius* [Efesios 1, 22]. La Iglesia forma un todo con Jesucristo y le completa en cierto modo, lo que hace exclamar a San Anselmo: *Nihil magis dilexit Deus in hoc mundo quam libertatem Ecclesiae suae*. La Iglesia puede, por lo tanto, ser para nosotros una fuente de perfección que brota de Jesucristo cabeza de la Iglesia. Esta unión de Jesucristo con la Iglesia puede ser considerada desde un doble punto de vista, porque se puede decir de la Iglesia lo que San Juan dice de Jesucristo: *plenum gratiae et veritatis* [Juan 1, 14]. Bossuet resalta que la Iglesia nos da la enseñanza y los sacramentos. La enseñanza de la verdad es la fuente de la libertad, de acuerdo con aquellas palabras de los libros santos: *Qui facit peccatum, servus est peccati* [Juan 8, 34], et, *Veritas liberabit vos* [Juan 8,

32]. Los sacramentos son el manantial de la gracia. *Euntes, docete omnes gentes... docentes eos servare* [Mateo 28, 19-20]. Hay que enseñar lo que el hombre debe creer y lo que debe observar: porque la ley se resume en una palabra, el amor: *Plenitudo legis dilectio* [Romanos 13, 10], y en dos mandamientos: *in his duobus mandatis, tota lex pendet et prophetae* [Mateo 22, 40]. Nuestro Señor añade: *Baptizantes eos* [Mateo 28, 19], y he ahí la gracia de los sacramentos. Mediante la gracia y la verdad que da la Iglesia, Jesucristo está con nosotros hasta la consumación de los siglos; está con la Iglesia docente y con quienes son enseñados, está con el cuerpo pastoral para adoctrinar a los fieles y a los santos: *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei. Omnia propter electos* [1 Corintios 3, 21 y 23; 2 Timoteo 2, 10].

Dos sacramentos principales nos unen a Jesucristo mediante la Iglesia: el bautismo borra los pecados, da la pureza a nuestra alma, nos hace hijos de Dios y de la Iglesia, y ahí es donde la acción de Jesucristo y de la Iglesia parece confundirse. ¿Para qué nos da la Iglesia el bautismo? Para hacernos capaces de recibir la verdad. *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri* [Juan 1, 12].

Jesucristo, tras haberse encarnado en el seno de la bienaventurada Virgen María y en la Iglesia, se encarna aún en el adorable sacramento de la Eucaristía, en el que Jesucristo se plenifica en todos: *plenitudo ejus, qui omnia in omnibus adimpletur* [Efesios 1, 23]. Nuestra alma se perfecciona en la Eucaristía y Nuestro Señor mismo parece querer tender a perfeccionarse allí, según otra palabra asombrosa de este divino Maestro: *Pro eis ego sanctifico meipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate* [Juan 17, 19]. *Donec occurramus... in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi* [Efesios 4, 13]. Hemos, pues, por nuestra santidad, de brindar a Jesucristo la posibilidad de santificarse en su cuerpo místico. De

ahí un doble efecto de la comunión, uno individual, singular: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus* [Gálatas 2, 20]; el otro colectivo y social: *Unum corpus, multi sumus, qui de uno pane participamus* [1 Corintios 10, 17]. Y ahí reside la gran ventaja de la Iglesia católica sobre las sectas separadas que ya no admiten la presencia real y eso explica la alegre palabra de Santa Teresa al morir: “En fin, Dios mío, muero hija de la Iglesia católica”.

## II. Nuestros deberes para con la Iglesia

Nuestros deberes para con la Iglesia son tanto más importantes cuanto que la Iglesia es una sociedad perfecta, que es el cuerpo y la esposa de Jesucristo, que es nuestra madre y nuestra patria.

*Primer deber:* Amor filial. Demasiados sacerdotes consideran a la Iglesia como un establecimiento; a ella aportan la propia personalidad y por lo tanto, por falta de celo, un elemento de destrucción. Los sacerdotes y los religiosos que no son celosos son la perdición de la Iglesia. Seamos, pues, para la Iglesia hijos entregados y recordemos que, ya que Dios es el término de la Iglesia, nuestro amor hacia ella nunca será demasiado.

*Segundo deber:* Estudio. La Iglesia es la sociedad de las inteligencias, cuyo alimento es la verdad. Existe, pues, para nosotros la obligación grave de estudiar. Debemos estudiar las verdades naturales y sobre todo las sobrenaturales que han sido propuestas al mundo por Jesucristo.

*Filius qui est in sinu Patris ipse enarravit* [Juan 1, 18]. Todas estas verdades han de ser estudiadas por nosotros sobrenaturalmente. Por desgracia, demasiado son los sacerdotes que se preocupan poco de esto, y los estudios humanos a los que se entregan no tardan en convertirse en un ejercicio mecánico. La predicación es tratada entonces, Dios sabe cómo: *Adulterantes Verbum Christi* [2 Corintios 2, 17], y podemos decir que existe en este estado prolongado una multitud de faltas que conllevan una ignorancia mortal para nosotros, y un escándalo del

que somos responsables ante Dios; porque una verdad estudiada naturalmente es luego predicada naturalmente y no da fruto alguno, a la espera de que la nulidad del resultado obtenido nos lleve a caer en la pereza más completa. ¿No es esa la plaga de los seminarios y de los noviciados? ¿No es eso lo que pierde a Francia? Y sin embargo, estamos confirmados, hemos recibido el espíritu de sabiduría y de inteligencia; pero como hemos perdido el espíritu de temor de Dios, sólo trabajamos naturalmente, *ad oculum servientes* [Efesios 6, 6], no estudiamos desde el punto de vista de Jesucristo: *Finis legis Christus ad justitiam omni credenti* [Romanos 10, 4], y así caemos en un estado de tibieza y de letargo, que precede a la muerte y que a veces es la muerte misma.

*Tercer deber:* Espíritu de santidad. *Verba manent, exempla trahunt.* No nos quedemos en hombres vulgares. Las gracias son tesoros, de las que debemos rendir cuentas. *Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum* [Mateo 25, 20]. El fin por el que nos da Dios sus gracias, es nuestra santificación. *Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra* [1 Tesalonicenses 4, 3]. Si después de eso no somos santos, somos unos monstruos, y con toda justicia se nos dirigirá esta palabra terrible: *Ex ore tuo te judico, serve nequam* [Lucas 19, 22]. Nos corresponde elegir entre el lugar que nos espera en la asamblea de los santos o en la de los réprobos, *in Ecclesia malignantium*. Cuando se desea entregarse a Dios se tiene la idea de hacerse un santo. ¿Qué se hace de esta idea? No la cultivamos, nos mentimos a nosotros mismos y al Espíritu Santo mediante las repugnancias, las murmuraciones, las confidencias; destruimos la propia vocación y la de los demás. Se hace servir la mentira para pervertir a las almas. Es mucho mejor ser un buen cristiano en el mundo que buscar ser un cobarde en el ejército de los obreros del Evangelio y que se cumpla la palabra del profeta: *Filii matris meae pugnaverunt contra me* [Cantar de los Cantares 1, 6].

*Cuarto deber:* Espíritu de propaganda. Se ama uno tanto a sí mismo que no se encuentra tiempo para amar a los demás. Ocupémonos menos de nosotros mismos y un poco más de las almas.

*Quinto deber:* Espíritu de iniciativa. Obras.

## Los atributos divinos

### 1. Amor, Justicia y Misericordia de Dios

I.- *Deus caritas est* [1 Juan 4, 8]. En Dios, el amor no es una facultad como en nosotros, sino el ser mismo. Dios tiene una voluntad, y esta voluntad se dirige hacia ciertos objetos, y he ahí el amor. Porque el amor es una fuerza que nos lleva a unirnos a un objeto, en el que encontramos nuestro bien. *Amor est vis unitiva*. Las criaturas necesitan un objeto al que amar fuera de ellas mismas, porque ninguna criatura es su propio bien. Dios, por el contrario, no puede buscar más que a sí mismo, y lo que sería el colmo del desorden en nosotros es el orden en Dios, ya que el ser infinito, el bien infinito debe amarse infinitamente a sí mismo mediante una inteligencia y una voluntad infinitas. El amor en nosotros va siempre acompañado de pasión y de emoción, porque nosotros no llegamos a Dios sino mediante los sentidos. En Dios, por el contrario, el amor es elevado, calmado, y hacia esta tranquilidad debemos tender separándonos de los sentidos. Nuestro amor será tanto más perfecto cuanto más se apoye en un conocimiento más perfecto. Ahora bien, nada más perfecto que la fe. Hemos, pues, de desapegarnos de nuestras ideas propias y revestirnos mediante la fe de las ideas divinas. *Accedentem ad Deum, oportet credere quia est* [Hebreos 11, 6]. Desconfiemos de todo aquello que nos vemos llevados a amar fuera de la fe, amemos por encima de la materia y *propter Deum*.

¿Ama Dios a los seres? *Diligis omnia quae sunt, et ni-*

*hil odisti eorum quae fecisti* [Sabiduría 11, 24]. Ama en ellos el ser, pero no lo que es privación del ser. Detesta los efectos malos de su voluntad. Ama el ser incluso de los condenados y de los demonios y por eso lo conserva. Odia sus faltas, que son *defectos* del ser.

¿Los ama a todos por igual? No. Ama más a los más perfectos. Les ha dado la razón junto con la voluntad y la libertad. Cada ser puede hacer de estos dones un buen o un mal uso, corresponder a la bondad de Dios o alejarse, es decir hacerse más o menos perfecto. Y por esta correspondencia a los dones de Dios algunos hombres serán superiores a los propios ángeles y que la Santísima Virgen María ha llegado a ser su reina. También nosotros podemos crecer sin cesar y adquirir una perfección siempre mayor.

II.- *¿Hay en Dios una justicia?* No, si entendemos la justicia como conmutativa; sí, si se trata de la justicia distributiva. Los dones naturales son distintos según los individuos, pero Dios da a cada cual lo que conviene a su naturaleza. No nos debe nada, cuanto nos da es puramente gratuito y, cosa maravillosa, quiere debernos algo. Nos concede bienes que son una consecuencia de lo que hemos hecho. *Corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex* [2 Timoteo 4, 8]. Nos trata en primer lugar según su misericordia mediante los dones gratuitos, y según el uso que hacemos de ellos se ejercita su justicia sobre nosotros. *Per quae quis peccaverit, per haec et torquetur* [Sabiduría 11, 16]. ¿Qué es la misericordia de Dios? No es como en el hombre, *miserum cor*. Dios no tiene compasión, actúa como si la tuviera. Infinitamente bueno, ama al ser, y cuando este ser se rebela, todavía no le trata con pleno rigor: *Misericordiae Domini, quia non sumus consumpti* [Lamentaciones 3, 22]. Reserva su justicia para con su propio Hijo, *proprio Filio non pepercit Deus* [Romanos 8, 32]. Ejerce su misericordia incluso en el infierno, no castigando a los condenados como lo merecen.

III.- Temamos la justicia de Dios, pero recurramos a su misericordia. Temblemos y esperemos. Los santos llegan a tomar para ellos esta justa templanza: *Confige timore tuo carnes meas, et misericordias Domini in aeternum cantabo. Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculatae sunt* [Salmos 118, 120 ; 89, 2 ; 85, 11]. El religioso está en un estado santo, pero no siempre es un santo, debe permanecer en el temor, *in timore et tremore*, y recurrir al amor que decidirá todas las dificultades.

## 2. Providencia de Dios

Santo Tomás dice de la Providencia divina: *Nihil aliud est Dei providentia quam ratio ordinis rerum ad finem*. La inteligencia y la voluntad de Dios producen el orden: *Tua omnia, Pater; providentia gubernat* [es tu Providencia, Padre, quien la gobierna] [Sabiduría 14, 3]. La voluntad de Dios está dirigida por su infinita bondad y siguiendo los principios de esta suprema bondad es como la inteligencia y la voluntad infinitas de Dios lo han creado todo. La Providencia producirá, pues, en las criaturas un aumento de bien y, por consiguiente, de ser en las criaturas, y así se explica la palabra de Nuestro Señor: *Veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant* [he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia] [Juan 10, 10].

La Escritura nos da dos definiciones de Dios: la primera sólo contiene la noción de ser: *Ego sum qui sum* [Éxodo 3, 14]; la segunda, situada en el último libro del Nuevo Testamento, nos hace ver en Dios el principio y el fin de los seres: *Ego sum alpha et omega, principium et finis* [Apocalipsis 1, 8]. El hombre está entre este ser infinito, así considerado como principio y como fin, y todos los seres salidos de Dios han de retornar a Dios. Dios quiere de una manera infinita su propia felicidad; quiere comunicársela a las criaturas y no se tratará de una felicidad caprichosa, sino inteligente.

En el conjunto de los seres, podemos considerar el bien en relación con la sustancia de cada ser en particular o en un orden general. La sustancia en cuanto sustancia es buena, pero si por esta sustancia buena los seres perturbaban el orden, se convierten en malos. Se necesita pues una inteligencia para regular el orden universal.

Todo ha sido creado por la inteligencia de Dios, que es el Verbo: *Omnia per ipsum facta sunt* [Juan 1, 3]. Esta inteligencia infinita debe también gobernar lo que ha sido creado y baja a los menores detalles. Si la Providencia de Dios no se extendiera a los detalles, sería por aburrimiento, impotencia o ignorancia, lo que supondría imperfecciones en Dios. Por otra parte, cuanto más perfecta sea una causa, más se dejará sentir en las mínimas cosas. Todos los pensamientos del hombre son, pues, conocidos de Dios, que es en el sentido latino de la palabra un perfecto *provisor*.

Si esto es así, dicen algunos, ¿por qué el mal? La objeción proviene de colocarse desde un punto de vista inferior y porque se compara la Providencia divina con la de las criaturas. La infinita Providencia de Dios puede permitir el mal para sacar de él un bien. Suprimir todos los males comportaría suprimir mucho bien. Y que no se objete la máxima: *Non sunt facienda mala, ut eveniant bona*, porque Dios no hace el mal, solamente lo permite.

*Dios lo gobierna todo*; podemos sin embargo distinguir la previsión que sólo pertenece a Dios y el gobierno del que Dios hace participar a veces a ciertos instrumentos para ser honrados.

¿Dios gobierna a las criaturas por necesidad? Sí, para algunas, no, para otras, responde Santo Tomás. Dios coloca cada cosa en su lugar: gobierna mediante la necesidad a las criaturas no inteligentes y mediante la libertad a las inteligentes; se sirve incluso de esta libertad y la hace concurrir a sus fines.

Yo soy una criatura inteligente y libre; Dios es mi bien supremo, es mi término y mi felicidad. Mi libre arbitrio debe dirigirse a él. Dios es infinitamente perfecto. Yo procedo, pues, de una causa perfecta, debo tender hacia una meta perfecta, por la misma voluntad de Dios. *Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra* [1 Tesalonicenses 4, 3]. Es necesario que yo busque cumplir la voluntad de Dios, *fiat voluntas tua* [Mateo 6, 10]. Mi voluntad debe adherir de manera permanente a la voluntad de Dios: es la felicidad de los santos, como la desgracia de los malvados es haber salido de este orden por el pecado. Debo entrar en ella mediante la inteligencia y la voluntad, de ahí la necesidad de una oración inteligente (vida iluminativa), que busca penetrar las razones de la voluntad de Dios. *Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam* [Salmo 119, 34].

### 3. Predestinación

**Algunos principios** No trataremos esta cuestión desde el punto de vista dogmático: ello nos llevaría muy lejos y nos toparíamos con problemas insolubles. Pongamos antes algunos principios:

- 1° Se trata de un misterio incomprensible;
- 2° Ante todo, al hablar de predestinación, hay que apoyarse en la fe;
- 3° O bien Dios no existe, o es infinitamente justo;
- 4° Esta justicia no deja de subsistir aun cuando no la comprendamos;
- 5° En Dios la voluntad sigue a la inteligencia, como hemos dicho antes;
- 6° Una voluntad infinitamente inteligente no hace nada que no sea muy sabio.

**Predestinación y libertad** Dicho lo anterior, Dios predestina a la salvación llamando a los hombres desde toda la eternidad según un plan general. Actúa sin embargo de acuerdo con

la naturaleza de los seres y, por consiguiente, la libertad del hombre no es menos respetada que la omnipotencia de Dios. ¿Pero cómo se combinan estos dos elementos? La predestinación está en la voluntad del que predestina, está positivamente en el pensamiento de Dios. Dios, por el contrario, condena permitiendo que alguno no llegue a la salvación. *Sicut praedestinatio includit voluntatem conferendi gratiam et gloriam, ita reprobatio includit voluntatem permittendi aliquem cadere in culpam, et inferendi damnationis poenam pro culpa.* Los teólogos se han disputado por este texto. Está aceptado por la Iglesia. Está, pues, en Dios la voluntad no de causar sino de permitir la condenación. La presciencia de los méritos no es la causa de la predestinación, porque antes de esta presciencia Dios amaba a los predestinados. Finalmente, Santo Tomás insiste en este punto de que la predestinación es consecuencia de la voluntad de Dios, y es imposible encontrar otra razón. Aquí el pensamiento se perturba, porque si seguimos los cálculos humanos estamos tentados de admitir en Dios caprichos, pero aquí es donde hay que recurrir sobre todo al principio de Santo Tomás, *Voluntas intellectum consequitur*, y recordar que se trata de una voluntad infinitamente inteligente. ¿En qué medida se combina con la libertad humana? He ahí el misterio.

Ante este misterio, examinemos dónde estamos. La naturaleza inteligente creada no es capaz de alcanzar por sus propias fuerzas una felicidad sobrenatural; sólo tiene derecho a una felicidad natural, y aún ha perdido por el pecado este derecho y merecido la desgracia eterna. Los que son llamados lo son por gracia, y en el estado de naturaleza caída esta gracia se hace más insigne. La justicia de Dios se ejerce sobre aquellos que no corresponden a esta gracia, pero no pueden quejarse, ya que Dios ha probado mediante la Encarnación que quería hacerlo todo por ellos. A todos les ha dado los medios de salvarse, y sin embargo el número de los elegidos está determinado.

Otro misterio. Adoremos y temblemos meditando en el conjunto de estas verdades, y démonos cuenta de lo que un alma cristiana ha de ofrecer a Dios a cambio de tantas gracias. ¿Puede la justicia de Dios castigar a un alma que le haya adorado toda su vida y le haya servido en el temor: *Servite Domino in timore, et exultate ei cum tremore* [Salmo 2, 11]? ¿Puede no hacer misericordia a un alma que no confía en sí misma y que se anonada ante la majestad infinita?

**Consecuencias  
prácticas**

Las consecuencias que debemos sacar de esta doctrina son principalmente dos: 1° Necesidad de

la oración. Esta gracia de la oración siempre es concedida al hombre y mediante ella puede conseguir otras gracias. Correspondamos a estas gracias mediante el esfuerzo de nuestra voluntad para atraer otras nuevas. Pensemos con temblor en el número inmenso de los réprobos.

2° Recordemos que la segunda virtud teologal es la esperanza, que nos manda contar con los méritos de Jesucristo y pedir con confianza. Desde este punto de vista el misterio de la predestinación es un poderoso estímulo para hacernos salir de la pasividad e impedirnos hacer como el perezoso que se dice: “Mi suerte está fijada por adelantado, nada importa lo que haga”. Si no estamos predestinados, podemos predestinarnos, dice San Agustín, porque Dios no nos abandona nunca el primero: *Non deserit, nisi deseratur*. Nos daremos cuenta un día que Dios nos ha tratado como seres libres, y nos recompensará o nos castigará según que hayamos utilizado bien o mal de nuestra libertad. Sigamos el ejemplo de los santos, que, lejos de cruzarse de brazos, han llegado mediante esfuerzos constantes a la cima de la perfección.

## La Trinidad

Dios dijo al principio: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* [Génesis 1, 26]. El hombre ha destruido esta imagen. Jesucristo ha bajado del cielo para repararla y ha dicho a su vez: *Euntes docete... baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* [Mateo 28, 19]. Jesucristo quiere restablecer en el hombre la imagen de Dios de una manera más perfecta y responde a la palabra de la creación mediante la palabra de la regeneración.

*Dios Padre* es el principio que produce al Hijo y se comunica a él: *Tecum principium – In principio erat Verbum* [Juan 1, 1]. Si es el principio, es el poder, y por eso el poder es atribuido al Padre. El conocimiento de este principio es el Hijo que se convierte así en la inteligencia, la palabra, la sabiduría, el orden, la ley. Dios Padre se conoce y conoce todas las cosas en su Hijo, y así los cristianos evitan el panteísmo; porque para ellos no todo es Dios; es el conocimiento de todo, lo que es Dios. Dios se conoce, se contempla y se ama. Este amor, sustancia misma de Dios, es el Espíritu Santo.

El hombre es regenerado mediante esta imagen. Dios Padre le da más particularmente el ser, el Hijo la inteligencia, el Espíritu Santo el amor. Pero si somos la imagen de la Santísima Trinidad hemos de tener relaciones con las tres personas divinas. Debemos al Padre la sumisión y la obediencia, porque así es como Jesucristo ha satisfecho a la justicia del Padre, *Factus est obediens usque ad mortem* [Filipenses 2, 8]. Dios, para facilitarnos esta obediencia, ha querido establecer dos grados, los preceptos y los consejos. Nuestro voto de obediencia honra al Padre más que todo lo demás y nos hace parecernos al Hijo.

*El Hijo* es la inteligencia y la verdad. Hemos de ir a él ante todo mediante la contemplación de la verdad, luego

mediante la aplicación que hagamos de sus enseñanzas a nuestra conducta. La verdad es además la riqueza de Dios. Mediante el voto de pobreza alcanzamos esta riqueza, porque siendo la felicidad del cielo *gaudium de veritate*, hemos de vaciar nuestro corazón en la tierra de las riquezas creadas y buscar la verdad en el desinterés.

*El Espíritu Santo* tiene derecho a nuestro agradecimiento y a nuestro amor por las gracias que nos ha concedido. Hemos de amarlo porque es Dios: *dixit Domino: Deus meus es tu* [Salmo 16, 2]. Le honramos mediante nuestro voto de castidad, ya que es llamado por la Escritura: *Sponsus castarum animarum*.

#### **Consecuencias prácticas**

Estemos en una dependencia absoluta de la Trinidad toda, pongamos nuestra inteligencia y nuestra energía en obedecer. Reproduzcamos en nosotros la imagen de la Trinidad. Esa es la felicidad del religioso y su trabajo constante. Abajemos nuestro orgullo mediante la obediencia. *Scientia inflat* [1 Corintios 8, 1]; pero la ciencia sobrenatural es un remedio para la rutina y por ello hay que pedir su inteligencia. *Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiabo illam in toto corde meo* [Salmo 119, 34]. Esta ciencia sobrenatural no se enseña, la encontramos en la oración y en la meditación.

Dios desarrolla nuestra alma mediante la gracia, pero quiere también que nos desarrollemos nosotros mismos. *Apud te est fons vitae* [Salmo 36, 10]. Nuestra vida se acrecerá si vamos a beber a esta fuente que es el Padre, ya que el Hijo mismo ha recibido de él la vida: *Sicut Pater habet vitam in semetipso, sic dedit et Filio* [Juan 5, 26]. Acerquémonos a Dios Hijo para tener la inteligencia de este orden sobrenatural: *Revela oculos meos, et considerabo legem tuam* [Salmo 119, 18]. Deberíamos pasar nuestra vida contemplando esta inteligencia increada y en interrogar en la meditación a este maestro interior. En

fin, amemos al Espíritu Santo y pidámosle la práctica del orden sobrenatural.

Así desarrollaremos en nosotros alegremente la imagen de la Santísima Trinidad: *Signasti super nos lumen vultus tui, Domine, dedisti laetitiam in corde meo* [Salmo 4, 7]. La tristeza y la queja son diabólicas; recordemos que Jesucristo en medio de sus sufrimientos se alegraba: *qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem...* [Hebreos 12, 2].

*El P. d'Alzon se inspiraba en estas altas consideraciones en sus predicaciones, incluso a jóvenes como las Hijas de María del pensionado de Saint-Maur; en Nîmes, como atestigua este plan de instrucción de retiro sobre:*

### Los derechos de Dios

1. Adoración. 2. Obediencia. 3. Inteligencia. 4. Agradecimiento.

Si él es por sí mismo, es el principio de todo. Todo se refiere a él.

Si él es el bien supremo, todo debe aspirar a él.

Si él es la perfección, todo debe imitarlo.

Si él es la verdad, todo debe confesarlo.

Si él es la vida, todo debe vivir de él.

Si él es la voluntad, todo debe querer su voluntad.

Si él es el amor, todo debe amarlo.

Si él es la justicia y la misericordia, todo debe temerle y echarse en sus brazos.

Si él es el poder, todo debe obedecerle.

Si él es la felicidad, todo debe buscar la felicidad sólo en él.

¡Santo, Santo, Santo!

## II. Amor a Nuestro Señor

*Nuestro Señor ha sido siempre, a lo largo de las predicaciones de retiro o de Cuaresma, el tema favorito del P. d'Alzon. Sobre este tema se sentía inagotable. Hablaba a partir de algunas notas rápidas. "El estudio, decía, recoge los materiales y los pone en orden. La víspera de predicar es preferible dejar los libros de lado, a menos que sea necesario precisar una cita. Sólo la oración presta la unción y el poder de penetración. El sermón que da fruto no siempre es el más correcto desde el punto de vista literario, sino el que ha sido preparado ante el Santísimo Sacramento y mediante la penitencia, la meditación y la oración". Nadie se extrañará de los escasos sermones o instrucciones de retiro que el P. d'Alzon redactó completamente de su propia mano, en el momento de su plena madurez.*

---

RETIRO SOBRE EL CONOCIMIENTO  
de  
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

*De un retiro sobre el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo damos los 7 temas redactados por el P. d'Alzon, de los 29 que cuenta el índice de materias. Se trata de meditaciones más que de instrucciones. Este retiro fue planeado hacia 1870: en la tercera y la cuarta meditaciones, el Padre retoma las ideas maestras de la cuarta carta al Maestro de novicios, que había quedado en el telar en 1869. Por otra parte, han insertado –sin duda el P. d'Alzon mismo– después de la “adoración de los pastores” una meditación sobre la Epifanía que data, de acuerdo con su presentación externa, de 1878-1879. ¿No estaremos aquí en presencia del segundo cuaderno de meditaciones para uso de los Agustinos de la Asunción, inaugurado por el P. d'Alzon al final de su vida y que quedó inconcluso? O más bien se trataría de una serie de meditaciones, comenzada hacia 1873-1874, que el P. d'Alzon sustituía a la cuarta carta al Maestro de novicios y que en 1879 pensaba terminar: esta serie de meditaciones, por desgracia inconclusa, se impone, pues, muy especialmente a nuestra atención.*

## I. IMPORTANCIA DE CONOCER A JESUCRISTO

*“Non enim judicavi me scire aliquid inter vos,  
nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum”  
(1 Corintios 2, 2)*

Todo está resumido en Nuestro Señor, y quien conoce a Jesucristo conoce todo cuanto es necesario para ir al Padre, es decir a Dios y al cielo. Ocupémonos, pues, de Nuestro divino Maestro, entremos en la meditación de cuanto él nos enseña sobre las perfecciones en él y que deben ser nuestra luz y nuestra vida.

Establezcamos que Jesucristo es: 1º nuestro Salvador, 2º nuestro modelo, 3º nuestro rey, 4º nuestro juez.

### 1º Jesucristo nuestro Salvador

¡Qué misericordia de parte de un Dios la de descender del cielo a la tierra, para buscarnos en el abismo en que yacíamos! ¡Qué perseverancia, sin ningún otro título de nuestra parte sino el de su infinita bondad, ya que por naturaleza nosotros éramos hijos de la cólera: *natura filii irae!* (Efesios 2, 3). Antes de todos los siglos, tiene compasión de nosotros: *In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te, miserans* (Jeremías 31, 3). Este Dios, cuyo pensamiento eterno encierra en sí todos los seres que serán un día el producto de su sabiduría y de su poder, los amaba; nos amaba, pese a nuestros pecados. En su bondad nos ha llamado a la existencia; en su misericordia nos ha llamado del pecado a la vida de la gracia. Nos llama a la felicidad mediante los anonadamientos a los que bajará al revestir nuestra humanidad, mediante las persecuciones de que será objeto, mediante los más inexplicables sufrimientos, mediante la muerte más cruel. Y todo eso para salvarnos, para solicitar nuestro amor dándonos tan grandes pruebas del suyo.

Contemplémosle en la cruz, cuando al expirar nos dice: “¿Os he amado bastante? ¿Qué más necesita la justicia de mi Padre para satisfacerse, vuestra indiferencia para transformarse en agradecimiento y amor?”.

### 2º Jesucristo es nuestro modelo

En la obra de nuestra salvación, el divino Redentor no quiere hacerlo todo; quiere dejarnos cumplir algo. ¿Pero qué haremos? Jesucristo se hace hombre; por lo tanto he ahí nuestro perfecto modelo: *Exemplum enim dedi vo-*

*bis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis* (Juan 13, 15). Oh, sin duda es un Dios, pero es también un hombre dándoos ejemplo de todas las virtudes. Buscad una situación de la vida donde no se presente como vuestro modelo, menos en el estado de pecador; no lo encontraréis. He ahí al hombre perfecto.

Jesucristo es el hombre de la pobreza, naciendo en un establo y rechazado por los hombres. Es el hombre del trabajo. ¿A quién si no a él se refieren las palabras del Profeta: *Pauper sum ego, et in laboribus a juventute mea?* (Salmo 87, 16). Es el hombre de las decepciones. ¡Qué bondad para con las multitudes a las que evangeliza y colma de bienes! ¡Y qué ingratitud de parte de éstas, una vez colmadas de bienes! Todos le engañan o le abandonan. Las multitudes piden su muerte. Es el hombre de todos los sacrificios. Seguidle en sus sufrimientos. ¿A quién mejor que a él se aplican las palabras del Profeta cuando habla del hombre de dolores, conocedor de nuestras dolencias: *Virum dolorum, et scientem infirmitatem?* (Isaías 53, 3). Sufrimientos del cuerpo, sufrimientos del alma, los acepta todos; sólo quiere una cosa, ir adelante y que nosotros le sigamos: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me* (Mateo 16, 24).

### 3º Jesucristo nuestro rey

*Domini est terra, et plenitudo eius: orbis terrarum, et universi qui habitant in eo* (Salmo 23, 1) ¿Quién osaría negar el supremo dominio de Dios sobre toda criatura? ¡Pues bien! ese dominio lo ha transmitido a su Hijo: *Domini dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me, et dabo tibi gentes in hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae* (Salmo 2, 7). ¿Qué más claro y más manifiesto? Por lo tanto, si no queremos imitarle hemos de obedecerle.

Jesucristo es nuestro rey; somos sus súbditos. Sí, ¿pero qué es su reino? Es ante todo un reino interior: *Regnum Dei intra vos est* (Lucas 17, 21). Reino secreto, que Jesucristo quiere llevar a lo más íntimo del corazón. He ahí de lo que está sobre todo celoso. Quiere alcanzar a las almas en su inteligencia y en su voluntad, en sus luces que proceden de él si son puras, en sus deseos y su necesidad de felicidad que sólo él puede colmar, con tal que ellas le obedezcan desde el fondo de su ser.

El reino de Jesucristo es también exterior. No es de este mundo, pero está en este mundo. Es necesario que sus súbditos estén mezclados con los demás hombres y den testimonio de él; es necesario que sepan tomar las armas y defenderle contra los enemigos de toda laya que le atacan dentro y fuera. Ahora bien, si Jesucristo es nuestro rey ¿qué deberes tenemos para con él?

#### 4º Jesucristo es nuestro juez

*Neque enim Pater iudicat quemquam, sed omne iudicium dedit Filio* (Juan 5, 22). Sí, es el juez de vivos y muertos. No hay alma alguna que apenas separada del cuerpo no sea juzgada en el umbral de la eternidad por Nuestro Señor Jesucristo. Un día todos seremos juzgados así y nuestro porvenir quedará fijado para siempre por este juez supremo. Además, el que está sentado a la diestra del Padre vendrá un día a juzgar a vivos y muertos: *Inde venturus est iudicare vivos et mortuos*. Esto es de fe.

Jesucristo, mi Salvador, mi modelo, mi rey, me juzgará un día, y cuando me presente a su tribunal en que están desplegadas todas las acciones de mi vida, buenas y malas, ¿qué responderé? Porque no se tratará sólo de una aprobación o de una reprimenda, de una honra fugitiva o de una vergüenza que se pueda ocultar, de una felicidad de algunos siglos o de un castigo, que por duro que sea no durará sino un tiempo limitado; se trata del cielo con

Dios o del infierno con los demonios y para la eternidad. ¿Seré juzgado para una felicidad eterna o para un dolor eterno? He ahí lo que importa meditar de cara a Jesucristo mi juez. Al pie de este temible tribunal es donde debo colocarme. ¿Seré salvado? ¿Seré condenado? Pregunta espantosa. Si no me echo ya en esta vida en los brazos de Jesús misericordioso, encontraré para rechazarme la mano de Jesús juez inexorable.

Desde ahora, iré a la bondad de mi Salvador. Me esforzaré en imitar a Jesús, mi modelo. Seré el fiel de Jesús, mi rey, a fin de que cuando comparezca ante Jesús, mi juez, vea en mí al bendito de su Padre, y que me introduzca en el lugar que me ha sido preparado desde el origen del mundo por su amor infinito.

---

## II. ANONADAMIENTO DE JESUCRISTO

*“Semetipsum exinanivit formam  
servi accipiens”* (Filipenses 2, 7)

¡Qué espectáculo el de un Dios, plenitud del ser, yendo a tocar como a los límites de la nada! Y este espectáculo, el Hijo de Dios, Dios él mismo, quiere ofrecérnoslo en el misterio de su Encarnación.

Se trata de los anonadamientos que hemos de estudiar en sus diversos grados. Tomemos como guía a San León 1º, el doctor del misterio de la Encarnación. Mostrémosle contemplando el prodigio de un Dios anonadado. *Salva igitur proprietate utriusque substantiae, et in unam cæunte personam, suscipitur a maiestate humilitas, a virtute infirmitas, ab aeternitate mortalitas.* La majestad, el poder, la eternidad divina descendida hasta el hombre, he ahí los tres grados del anonadamiento de un Dios volun-

tariamente hecho humilde, frágil, mortal para salvarnos. Estos tres grados los vamos a meditar para aprender a ofrecer a Dios la nada que somos, nuestra debilidad y toda nuestra vida hasta la muerte.

### 1° Humildad de Jesucristo

*Suscipitur a maiestate humilitas.* ¿Qué es el Verbo? San Pablo nos responde (Hebreos 1, 3): “El esplendor de la gloria de Dios y la figura de su sustancia: *splendor gloriae et figura substantiae eius*”. “Es Dios de Dios, luz de luz. *Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero*”. ¿Qué más se necesita? He aquí ahora otro espectáculo. Mirad a esos dos viajeros, un carpintero y su joven mujer buscando un refugio en la ciudad de sus padres, a donde les fuerza ir, para empadronarse, el edicto de un emperador romano. No encuentran cobijo alguno y porque la hora del parto había llegado para la joven esposa, da a luz a un niño en un establo y lo coloca en un pesebre después de envolverlo en pañales. Y este pobre niño es un Dios; y la señal por la que le reconocerán es la de un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. ¿Es bajar demasiado? Me parece que todo orgullo humano queda aquí bastante confundido. ¿Qué madre soñará jamás para su hijo darle a luz en un establo? ¿Qué hombre, si puede elegir, se gloriará de haber tenido por cuna un pesebre? Este establo, esta cuna es lo que ha elegido sin embargo el Hijo de Dios hecho hombre como su primer palacio y para su primer trono.

Se ha abajado en el seno de María, *non horruisti virginis uterum*. Prevé por adelantado todas las humillaciones que le esperan; lo acepta todo hasta su condena a muerte entre los gritos del populacho, los sarcasmos de los fariseos, las blasfemias de los sacerdotes; sí, todo es aceptado.

Y nosotros, orgullosos, llenos de vanidad y de pretensiones, nosotros que sentimos como hambre y sed de aprobaciones y de aplausos, ¿cuándo decidiremos aceptar los abajamientos de la humildad, los desprecios y los desdenes de los hombres? ¿Cuándo sacrificaremos nuestros homenajes prestados de los que estamos tan celosos? ¿Cuándo pisotaremos nuestras gloriosas pretensiones? Es hora de abandonar la mentira de todas esas aspiraciones engañosas; hay que poner en su lugar el amor por la vida abajada, el amor por las humillaciones, o bien admitir que no aceptamos las enseñanzas de un Dios anonadado por nosotros.

## 2º Fragilidad de Jesucristo

*Suscipitur a virtute infirmitas.* San Pablo (Hebreos 1, 3) nos presenta al Hijo de Dios llevando todas las cosas mediante la palabra de su poder, *portansque omnia verbo virtutis suae.* Él es el Verbo de Dios, es el poder de Dios, *Christum Dei virtutem* [1 Corintios 1, 24].

¿A qué se condena naciendo este pobre niño envuelto en pañales, no pudiendo sostener su frágil cuerpo y acostado por ello en un pesebre, *pannis involutum et positum in praeseptio* [Lucas 2, 12]? En Nazaret le veréis débil obrero, en todas las fragilidades del trabajo. Tiene manos hechas para llevar el cetro de David y el cetro del mundo, pero que sólo toman la sierra y el hacha del carpintero. En su muerte muestra su fragilidad, experimenta verdaderamente su fragilidad, este hombre de dolores, *virum dolorum et scientem infirmitatem* (Isaías 53, 3). Su divina debilidad se esconde en la Eucaristía donde viene a residir por nosotros. ¿Quién le protege allí contra los cristianos tibios, indiferentes, distraídos? ¿Quién le defiende allí contra los sacrilegios?

La fragilidad es uno de los caracteres a los que más parece atenerse. ¡Qué contraste con toda mi vida! A penas he creído hacer algún bien, enseguida me apresuro a vanagloriarme de ello. Toda esa aureola que tanto deseo colocar en mi cabeza, he de quitarla si deseo relacionarme con Jesucristo. Quiero, pues, en adelante rechazar mis vanas pretensiones a tener fuerza, energía, cuando se trata de mi salvación. Sin duda, todo lo puedo en aquel que me conforta, pero debo recurrir a él. Las fragilidades, las impotencias deben serme queridas. Ahí es donde Jesucristo me comunicará su poder para combatir y para triunfar. *Virtus in infirmitate perficitur* (2 Corintios 12, 9).

Señor, quiero ser frágil, débil como tú, y no quiero poder nada sino por ti, por el poder de tus divinas fragilidades.

### 3° Poder de morir de Jesucristo

*Suscipitur ab aeternitate mortalitas.* ¡Qué contraste! Un Dios eterno y un Dios moribundo, y un Dios muerto. Y esta muerte de un Dios, escándalo y locura, es el estado que el Verbo eterno quiere aceptar para traernos la vida. ¿Os podéis representar a un Dios cesando de vivir? ¡Qué confusión! ¡Qué caos! ¡Qué regreso a la nada!

Pero, ¿qué pasa con el mundo con un Dios muerto? Un Dios no puede morir, es imposible. Y sin embargo, he ahí el misterio realizado en un Dios encarnado. Un Dios experimenta estas cosas. Un Dios no hará sino una persona con una humanidad. Y morirá, y será atado a una cruz, y cuando haya exhalado el último suspiro será depositado en una tumba, y la divinidad unida a ese cuerpo privado de su alma acompaña a este cuerpo tras la piedra sellada por el odio de los doctores de la ley. Quiere llegar hasta ahí; quiere perseguir al pecado, principio de la muerte, hasta su último reducto; he ahí por qué quiere morir.

He ahí lo que acepta al encarnarse. Acepta la vida del hombre, acepta también la muerte. En otra ocasión estudiaremos los detalles de esta muerte divina. Lo que en este momento quiero considerar son estas destrucciones, estas ruinas bajo las que un Dios va en cierto modo a esconderse. Ahora bien he aquí la gran pregunta. ¿Quiero yo ir a la muerte de mí mismo? ¿Quiero hacer de mi vida una muerte continua, mediante todo lo que yo destruiré en ella, para destruir al pecado, principio de la muerte de mi Dios? ¿Quiero, al morir a mí mismo, extirpar todos los principios funestos para mi alma que están en mí? ¿Qué destrucción quiero aportar a mi naturaleza, hija de la cólera?

Destruiré mis ideas humanas, mis sentimientos indignos de un cristiano; me humillaré; aceptaré mis fragilidades, no las cubriré con mi orgullo; moriré a mí mismo y esconderé mi vida con Jesucristo hecho hombre, para revivir en Dios que me dará su gloria, su poder, su vida eterna.

---

### III. ANUNCIACIÓN

#### FORMACIÓN DE JESUCRISTO EN EL ALMA QUE TIENDE A LA PERFECCIÓN

Contemplo el misterio de un Dios formándose en las castas entrañas de María y trato de entenderlo en lo que en él me es aplicable. Para ello me apoyo en tres palabras pronunciadas en tan admirables circunstancias.

Palabra del ángel a María: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [Lucas 1, 35].

Palabra de María: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* [Lucas 1, 38].

Palabra del Espíritu Santo: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* [Juan 1, 14].

Palabras tan importantes que la Iglesia, tres veces al día, las propone a la meditación de los cristianos.

1° Acción del Espíritu Santo en su divina iniciativa.

2° Adhesión de la criatura al cumplimiento del misterio.

3° Resultado del concurso de la voluntad divina y de la voluntad humana.

### 1° Acción del Espíritu Santo en su divina iniciativa

Los tiempos están cumplidos. Aquel que debe venir, el deseado de las naciones va a aparecer. Un ángel es enviado a una humilde virgen para anunciarle el cumplimiento de los designios de Dios. ¿Qué le dice? *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi*. La Santísima Trinidad se manifiesta al completo: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.

El Padre va a ejercer su poder y llevar a cabo un acto divino más admirable, dicen los Santos Padres, que el de la creación, *Virtus Altissimi*, el poder del Altísimo. Se necesita nada menos que este poder para formar un Dios-Hombre en el seno de una virgen.

El Espíritu Santo ofrece las llamas de su amor purísimo, *Spiritus Sanctus superveniet in te*. El seno de María se torna el más admirable, el más perfecto de los santuarios, adornado como está por la acción del Espíritu Santo cuyas operaciones incomprensibles, respetando la virginidad de la hija de David, van a hacer de ella la madre del Verbo encarnado.

El Hijo mismo, mediante un abajamiento como infinito, se da al mundo para la salvación de los pecadores. He

aquí lo que contemplo en María, he aquí lo que puedo contemplar en mí, si miro con los ojos de la fe.

El Apóstol ¿no dice a los cristianos: *Filioli quos iterum parturio; donec Christus formetur in vobis* [hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros] [Gálatas 4, 19]? Hay un nacimiento del cristiano que sigue al primero. *Nisi quis renatus fuerit* [Juan 3, 3]. Jesucristo lo dice muy claramente: después de haber nacido en el pecado, hay que renacer en la gracia; a esta gracia toda la adorable Trinidad quiere colaborar, cuando somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y que por el bautismo somos hechos criaturas nuevas. Fuente de admiración y de agradecimiento incesantes para la criatura llamada a esta regeneración.

## 2º Adhesión de la criatura al cumplimiento de un tan gran misterio

¡Qué espectáculo! Por una parte, la Trinidad enviando un embajador celeste a una humilde virgen y esperando su consentimiento para actuar. La Virgen acepta el privilegio más incomparable que se le ofrece, y responde: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*. Y el misterio se cumple, un Dios se manifiesta al mundo; le entregará la verdad, le entregará la santidad, morirá por los pecadores y, por la virtud de su sangre, los introducirá en el Reino de su Padre, les comunicará la felicidad eterna.

Ahora bien, lo que sucede en María sucede en todo cristiano que quiera tomar su parte en el prodigio y en el don. ¿Queremos participar de él? Estudiemos las disposiciones de María; he aquí, dice, la sierva del Señor. Palabra de admirable obediencia. La más perfecta de las criaturas se somete a todo cuanto quiere de ella la Santísima Trinidad. *Ecce ancilla*, no es más que una humilde sirvienta, ella, de quien se va a hacer la madre de Dios.

Palabra de inmolación. Un rayo de luz celestial manifiesta a María lo que deberá sufrir. ¿Quién osará decir que María no ha sido iluminada sobre el futuro del Salvador de los hombres y sobre su propio porvenir personal? Tendrá que sufrir mucho, el sufrimiento es la ley de la santidad. Jesús será la primera víctima de la salvación de los hombres. Ella será la segunda. Será la madre del Salvador de los hombres, será la Madre de Dolores. Ahora bien, tal es vuestro modelo, y mediante María nos quedan manifiestas las condiciones de toda perfección a la zaga de Jesús: obedecer e inmolarsé. ¿Quieres transitar por este camino? ¿Mi alma querrá decir: *Ecce ancilla Domini*?

¿Quiero que Dios me tome la palabra? ¿Iré al encuentro de cuanto me sea propuesto? ¿Aceptaré de sufrir en mis bienes, mi familia, mi honor, en la persecución, el abandono, todas las pruebas interiores a las que un alma se halla expuesta, cuando se ha abandonado sin reserva?

Grave pregunta, y sobre la que nunca podría reflexionar demasiado.

### 3º Cumplimiento del misterio

María ha dado su consentimiento, ahora el Hijo de Dios puede venir a anonadarse en la tierra, y los ángeles en lo más alto de los cielos pueden cantar: *Verbum caro factum est*. Algunos seres privilegiados responderán: *Et habitavit in nobis*.

¡He aquí que Jesús se forma en María! Este mismo Jesús quiere por la fe formarse en nosotros. Pero, ¡qué disposiciones no necesitamos para eso! Oh, si el Verbo se ha hecho carne, no es necesario mantener que aquí la carne no sirve de nada, *caro non prodest quidquam* [Juan 6, 63]. No, la carne no tiene nada que hacer, ni los sentidos tampoco, la habitación de Jesucristo en las almas es el triunfo de la fe. *Christum habitare per fidem in cordibus* [Efesios 3, 17].

Sumisión de la inteligencia, la fe la subyuga y en su debilidad no puede subir al orden sobrenatural sino apoyada en la fe. Por cierto que María en el momento de la Encarnación, creyendo que iba a ser la madre de Dios, ha realizado un acto de fe mucho mayor que el de Abraham, que sin embargo le valió ser llamado el Padre de los creyentes. Como María, debo creer, y mediante una fe muy pura adherirme a lo que se me propone, dar todo mi ser para dejar a Jesucristo formarse. Mi voluntad también debe someterse y obedecer a cuanto me es pedido, *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Habla, Señor, que tu siervo escucha, para obedecerte todo cuanto sea capaz, y ¿de qué no será capaz en cuanto tú se lo mandes?

Sumisión de mi corazón, porque aquí ante todo se trata de amar. Jesucristo no vendría a habitar con alegría en un corazón que no estuviera abrasado en amor por él.

¡Qué misterio! Jesús quiere habitar en mí, *et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Qué obediencia, qué amor, qué pureza no debo ofrecerle para que se digne encontrar sus delicias en este hijo de los hombres tan mísero, y que como María consiente en no ser más que uno con él.

---

#### IV. NACIMIENTO DE JESUCRISTO EN EL CRISTIANO

*Verbum caro factum est,  
et habitavit in nobis [Juan 1, 14].*

El nacimiento de Jesucristo se opera de dos maneras, en el pesebre y en nuestras almas. En efecto, el Verbo se hizo carne en María, se ha manifestado en Belén, se manifiesta cada día en nosotros. *Ubi enim secundum altiore rationem nascitur Christus, nisi in corde tuo et in pectore tuo*, dice San Ambrosio. De este más profundo

nacimiento es del que quiero ocuparme estudiando los efectos admirables que produce en nosotros. Los reduzco a dos principales. Jesucristo se encarna en nosotros: 1° para hacer de nosotros un hombre nuevo; 2° para hacer de nosotros un hijo de Dios.

### 1° Jesucristo hace de nosotros un hombre nuevo

1° El divino Salvador en su inmensa misericordia quiere comunicarnos su nacimiento. ¿Cómo? Mediante el bautismo; naciendo en nosotros nos fuerza a renacer. Escuchad a San León: *Universa summa fidelium fonte orta est baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in ista nativitate congeniti*. He ahí un nuevo nacimiento y en este nacimiento el punto de partida de nuestra imitación de las grandes transformaciones del Salvador en sus sufrimientos y su muerte, en su victoria cuando destruyó la muerte, incluso en su triunfo en lo más alto de los cielos. Es preciso absolutamente que en estas grandes situaciones seamos auténticos imitadores de Jesucristo; *frustra enim appellamur christiani, si imitatores non sumus Christi*, dice también San León.

2° Él destruye en nosotros el pecado. Si un gran papa no lo hubiera dicho, ¿quién osaría ir hasta ese punto? Escuchad todavía a San León: *Omni homini renascenti aqua baptismatis instar est uteri virginalis, eodem Spiritu replete fontem qui replevit Virginem, ut peccatum quod ibi vacuavit sacra conceptio, hic mystica tollat ablutio*. Nada conozco tan fuerte como esta comparación llevada hasta el extremo, entre la acción del Espíritu formando a Jesús en María y la acción del mismo Espíritu formando al cristiano en la fuente bautismal. Pero entonces, ¿qué ideas debemos tener de nuestro bautismo? Y cómo nos

toma en cierto modo y nos transporta al cielo, después de habernos purificado y operado en nosotros algo de lo que sucedió a Jesús en las castas entrañas de María. *Ut peccatum quod ibi vacuavit sacra conceptio, hic mystica tollat ablutio.*

3° Nos da la humildad. *Ipse vobis ostendat gratiam humilitatis, qui coepit habitare in cordibus vestris*, exclama San Agustín, y por cierto ¿quién ha sido más humilde que el divino Salvador y qué prueba de humildad no nos da cuando viene a habitar en nuestros corazones manchados por tantas pasiones, esclavos de tantos pecados? Y sin embargo a él viene y supera todas las repugnancias de su dignidad, viene al abismo de todas las miserias, no se asusta de ellas y así siembra en nosotros los gérmenes de la humildad cristiana.

4° Cambia la meta de la vida. Se necesitaría un discurso completo sobre este tema. Cambiar el curso de la vida humana, ¿quién lo hará sino un Dios? La vida humana, por su inclinación a la corrupción, va hacia el infierno; la vida humana por la renovación de Jesucristo va hacia el cielo. ¿Y quién dirá a qué perfección se elevará esta nueva vida, que transforma la humanidad obediente a las inspiraciones de Jesucristo? El hombre es después de su pecado un ser diabólico, es un condenado, es el hijo de la cólera divina; y Jesucristo se ha hecho carne, habita en nosotros, y desde que él habita allí una vida nueva circula por nuestras venas, en lo más íntimo de nuestras facultades. Tenemos la energía de las virtudes divinas. La vida está en él y esta vida es luz. Sale, sale de las tinieblas del mal, creatura en la que un Dios viene a habitar. La vida estaba en él: *In ipso vita erat* y la vida era la luz de los hombres. A medida que el hombre se hace más vivo, se hace más luminoso, *et vita erat lux*. La luz de los hombres, *lux hominum*; hay que pesar atentamente todas estas palabras, tienen un significado profundo. Pero qué es,

pues, la vida del espíritu sino la vida inteligente, en la que tenemos conciencia de lo que somos, de la meta hacia la que vamos. Es lo que Jesucristo ha venido a traernos. Nos dice mediante su luz lo que somos, lo que debemos cumplir en el deber, lo que debemos perseguir en nuestros deseos y en nuestras esperanzas. La luz infinita alumbró la luz en nuestras almas, *accende lumen sensibus*, y nosotros vivimos de una vida nueva, somos transformados en hombres nuevos.

## 2° Adopción de los hijos de Dios

1° He aquí la gran misericordia de Dios y su amor prodigioso. Por el pecado somos sus enemigos. Quiere hacer de nosotros sus hijos. ¿Cómo será eso?, puede preguntar la Iglesia nuestra madre, como María con ocasión de la Encarnación: *Quomodo fiet istud?* [Lucas 1, 34].

Dios envía a su Hijo entre los hombres a nacer en ellos, y a los que lo reciben les concede este privilegio inmenso de convertirse en sus hijos. *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri* [Juan 1, 12]. ¿Quién va a creer nunca semejante maravilla? Sin embargo es lo que el Evangelio afirma desde el principio; para darnos la palabra de este misterio, un Dios que nace en un establo.

2° Habiendo recibido a Jesucristo, nacen de Dios mismo, *ex Deo nati sunt* [Juan 1, 13]. Si han nacido de Dios, son incontestablemente sus hijos. ¿Cómo? Ahí hay un misterio; no hay duda de que si se permite intentar penetrar algo en él, diremos que Dios ha enviado a su Hijo a habitar en casa de los hombres. A través de los hombres ve a su Hijo y decide considerar a los hombres como hijos suyos. *Quotquot autem receperunt eum dedit eis filios Dei fieri*. Ahora bien, si queréis sondear más, escuchad a San Agustín: *Ut homines nascerentur ex Deo, primo ex ipsis natus est Deus, Christum enim Deus, et ex homi-*

*nibus natus est Deus.* He aquí el intercambio inefable. El Verbo desde toda la eternidad nacido de Dios, quiere nacer en el tiempo de los hombres, *Christus natus est ex hominibus*, y los hombres nacidos en el tiempo mediante Jesucristo nacen de Dios, *Dedit eis filios Dei fieri, et ex Deo nati sunt.* Jesucristo nace de los hombres, Dios ve a su Hijo hombre y en este hombre perfecto quiere ver a la humanidad entera para divinizarla al adoptarla. Ante los ojos de Dios tomamos un nuevo nacimiento. El Verbo es sin cesar engendrado en el seno de su Padre, desde toda la eternidad, en un presente infinito, y en la eternidad perpetua, en este hoy de Dios que hace exclamar al profeta hablando en el nombre del Hijo, el Señor me ha dicho: yo te he engendrado hoy: *Dominus dixit ad me: filius meus es tu, ego hodie genui te* [Salmo 2, 7]. Lo que Dios ha dicho a su hijo en su eternidad, nos lo dice a nosotros en el tiempo. El Verbo nace en nosotros, y en este doble nacimiento nos da los títulos de nuestra adopción. *Noli ergo mirari, o homo, quia efficeris filius per gratiam, qui nasceris ex Deo secundum Verbum eius.* Admirables palabras de San Agustín, que nos muestra a qué altura nos transporta este segundo nacimiento. Jesucristo no se contentará con eso, sino que nos da al nacer en nosotros los títulos de nuestra adopción, y además nos da los derechos. *Si filii et haeredes, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi* [Romanos 8, 17]; buscad ahora algo más grande que la herencia de un Dios para compartirla con un Dios. El espíritu se pierde en sus grandezas. Qué podemos concluir sino que debemos dar todo nuestro apoyo a la renovación que Jesucristo quiere operar en nosotros, y que debemos dejar a Jesucristo nacer y habitar en nosotros, para que Dios nos adopte como sus hijos y nos admita a compartir su heredad con Jesucristo.

## V. ADORACIÓN DE LOS PASTORES

Después de lo que el misterio del nacimiento de un Dios me revela, sólo me queda rebajarme profundamente y adorar. Es a lo que fueron invitados los pastores que guardaban sus rebaños en las llanuras de Belén. Un ángel se les apareció y les dijo: Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Estudiemos el misterio y señalemos:

1° La llamada. - 2° La meta: la gloria de Dios. - 3° La paz.

Todos somos llamados, ¿he respondido a esta llamada? Somos llamados a glorificar a Dios. ¿Es la meta de mi vida gozar de la paz? ¿Puedo encontrarla de otro modo que no sea entregándome a Dios?

### 1. La llamada

Un ángel llama a los pastores al pesebre. Os anuncio una gran alegría. ¡Qué mayor alegría que la de reconciliarse con su Dios, la de verle recorrer la distancia que le separa de mi naturaleza condenada por las secuelas del pecado! Él, el Santo de los Santos, viene a todas mis cobardías. Sí, me ha nacido hoy un Salvador. Momento solemne, porque si salva una tan gran distancia, es justo que yo dé algunos pasos y eso es lo que yo no quiero. No logro decidirme. Superar este obstáculo me es imposible. Momento solemne, sin embargo, no está dicho que los habitantes de Belén que no habían querido recibirlo hayan sido llamados a un honor tan grande. ¡Qué misterio! Había venido a ellos en las personas de José y de María. Las puertas le habían sido cerradas. Ya no se acercó más a ellos, enviará sus ángeles a los pastores. A ellos les será dicho: *Annuncio vobis gaudium magnum* [Lucas 2, 10], la gran alegría de estar salvado. Esta alegría se os ofrece

y yo puedo deciros como el ángel: Os anuncio la más feliz de todas las alegrías, la alegría de la felicidad eterna. Jesús ha nacido, viene a salvaros, ¿queréis hacer un esfuerzo e ir a él, queréis salir de vuestra dejadez? La mayoría de esos pastores dormían, pero son despertados por una gran luz, y si continúan cerrando los ojos, la luz no les servirá de nada; pero si los abren, esta luz les conducirá a Belén, al pesebre de Jesús.

¿No es ahí donde estáis? Os habéis retirado a la soledad, el enviado de Dios os anuncia que la hora de la salvación ha sonado para vosotros. ¿Queréis aprovecharla? ¿Queréis hacer un esfuerzo? ¿Queréis entrar en relación con este Salvador? *Natus est vobis hodie Salvator* [Lucas 2, 11]. Ha nacido, está dispuesto a iniciar con vosotros una vida nueva. ¡Oh!, no os asustéis, he aquí su señal: encontraréis un niño pequeño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Sólo os pedirá una cosa: pasar del pesebre a vuestro corazón. ¿Ofreceréis este corazón a este niño pequeño, vuestro Dios, que se ha hecho hombre para salvaros? Examinad y sabed tomar una resolución eficaz.

## 2. La gloria de Dios

Y apenas el ángel que hablaba había hecho oír estas palabras, que la multitud del ejército celestial, un ejército innumerable de ángeles se dejó oír y cantó: ¡Gloria a Dios en las alturas! En el cielo, efectivamente, debió suceder algo parecido a lo que se vio en el momento de la lucha de Miguel contra Satanás. Los ángeles alababan a Dios y le tributaban toda gloria, porque habiendo nacido un Salvador, el imperio de Satanás iba a ser derribado por el Hijo de Dios en persona. Ya no es San Miguel quien combate al príncipe de las tinieblas, es la luz eterna que se esconde bajo las nubes de nuestra humanidad y que viene a derribar la tiranía del ángel rebelde y seductor. Gloria a Dios en las alturas. Ahora bien, esta tiranía se

ejerce en vuestro corazón; ¿en qué grado? Os toca a vosotros saberlo. O quizá ha llegado a un nivel tal que ya ni lo sabéis vosotros mismos. ¿Qué haréis? Solos, iréis dejando a vuestro enemigo acumular el peso de vuestras cadenas, pero he aquí que una voz se ha dejado oír. Dios pone en ella su gloria, esa voz insistirá en salvaros, si queréis; pero atención, Dios se retirará de vosotros si no le escucháis, su gloria consistirá en vuestro suplicio.

¡Asombroso destino del hombre el que Dios ponga su gloria en salvarle y que el hombre ponga su felicidad en no querer ser salvado! ¿Habráis llegado a este punto, o bien, levantaréis en fin la mirada para ver la admirable invitación que se os hace de trabajar por la gloria de Dios, de hacer de vuestra vida el medio de glorificar a Dios? ¿Lo queréis? ¡Id a Belén, id al Salvador, id a la humildad de su pesebre y, contemplando los anonadamientos de un Dios hecho niño pequeño para salvaros, exclamad a vuestra vez: Gloria a Dios que me trata con una bondad tan grande que quiere poner esta gloria en hacerse mi Salvador!

### 3. Paz a los hombres

En las cercanías del establo donde Jesús había nacido, fue anunciada la paz, la reconciliación, la destrucción del pecado, la liberación de la esclavitud de Satán. Ahora bien, los pastores se decían entre ellos: Vayamos hasta Belén, *loquebantur pastores ad invicem, transeamus usque Bethleem* [Lucas 2, 15]. He ahí lo que yo vengo a deciros también. ¿Queréis la paz anunciada por los ángeles?, dad prueba de buena voluntad, id hasta Belén. ¿Qué quiere decir? Salid de vosotros mismos para ir hasta Jesús. Ahora bien, ved lo que os paraliza. Cuando los pastores hubieron adorado al divino Niño, no está dicho que ellos cambiaran su vida ordinaria, que dejaran allí sus rebaños para abrazar un nuevo estado de vida. De

ninguna manera. Continuaron con su manera de vivir como en el pasado. Y sin embargo, un gran cambio se había operado en ellos, habían visto al Niño Dios; y ¿quién dudará de que la invitación que les había sido hecha, de que esta adoración de la primera hora a la que habían sido admitidos no fuera seguida de gracias inmensas, que conservaron preciosamente en sus corazones y fuera para ellos fuente de salvación? Como los ángeles, habían glorificado a Dios en el nacimiento de su Hijo y se habían llevado una paz celestial.

¿Por qué no compartir una felicidad semejante? ¿Por qué no ir hasta Belén, hasta Jesucristo anonadado para recibirlos? ¿Por qué no pedirle la reconciliación, la paz? Momento solemne en un retiro aquel en que uno se pregunta: ¿Quiero entregarme a la gloria de Dios haciendo mis paces con él? ¿Quiero salir de mí mismo? No se trata para mí de trastocar lo exterior de mi existencia, se trata de entregarme a fondo, de aprovechar los ofrecimientos que un Dios tiene a bien hacerme; ¿cuándo lo querré?; ¿cuándo iré a Belén a encontrar a Jesús, a adorarlo, a pedirle poder glorificar a su Padre y consagrarme a su servicio a cambio de la paz, de la que me dará las arras y un prestigio, a la espera de la paz inefable del cielo?

---

## VI. LA EPIFANÍA

Vayamos a adorar a Jesucristo con los ángeles, ofrezcámosle los dones simbólicos que le presentan los magos de Oriente, guiados por la estrella, después de una parada en Jerusalén, llegan al lugar donde se encontraba el niño.

¿Qué es esta estrella? ¿Qué son estos dones?

## 1. La Estrella

La estrella es una luz, brilla en el firmamento, pero es una estrella especial, tiene su propia claridad, tiene su propio carácter. No era uno de esos astros que aparecen de vez en cuando para alejarse luego, era la estrella de Jacob anunciada por un profeta, falso, sin duda, pero a quien Dios había permitido entonces decir la verdad. ¿Cómo la reconocieron los Magos? Eso es lo que los Evangelios no nos dicen; tampoco es necesario, que nos baste saber que la reconocieron y que no se equivocaron.

La estrella misteriosa brilla para nosotros. Primeramente en un momento solemne de la vida, cuando hay que darse cuenta de la ruta que hay que emprender, durante el viaje de la vida para ir a Jesús, para ir al cielo. Momento importante y que no podemos subestimar. Pero ese momento ya pasó para mí, mi opción está hecha. Ya me puse en camino. He entrado en la vida religiosa. Sólo me resta perseverar en ella. Los Magos hacen un alto en Jerusalén. A veces se dan grandes pruebas. La política de Herodes, la perfidia de los sacerdotes, cuyo ministerio comenzaba a ser reprobado, podían constituir un obstáculo para ellos e impedirles llegar a la meta. Pero no. Ponen en ello tanta tenacidad que Dios en su fidelidad no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas. El desconcierto de Herodes y de Jerusalén no cambia sus designios, siguen adelante. Y llegan. Pero yo, que por mi vocación realizada he llegado en cierto modo a Jesús, tengo que tomar el misterio desde otra perspectiva. Porque si por una parte he ido a Jesús desde que puse el pie en la vida religiosa, necesito sin embargo saber qué progresos he realizado desde que estoy en el convento.

La enseñanza de la Epifanía comienza para mí cada año y no sin motivo. Soy religioso, pero ¿qué hago para participar en la perfección de la vida religiosa?, ¿cuál es

mi fidelidad en mi marcha? Cada año debo ir a llevar mis regalos con los Magos al Niño Jesús, pero cada año debo presentárselos más abundantes y con sentimientos más perfectos. ¿Qué actos de virtud más numerosos llevaré yo este año? ¿Qué progreso en el celo por no dejar pasar ninguna ocasión de entrar en la vida religiosa, con actos de virtud tales como los exige mi estado?

Pero sobre todo ¿qué espíritu religioso más grande tengo este año? El espíritu religioso es la vida, lo demás no es sino cadáver, si me puedo expresar así. ¡La disposición de abandonarlo todo como los Magos su país, de sufrirlo todo como los Magos en su lejano viaje, de dar testimonio de Jesús como los Magos en Jerusalén, de obedecer a Jesús como los Magos cuando advertidos por el ángel se volvieron por otro camino! He ahí la perfección del desasimiento de sí, de la valentía, del sacrificio de la propia voluntad, para ir allí donde Dios nos llama y a todo cuanto Dios quiere de nosotros. El postulante es un inicio, el noviciado es otro inicio, la profesión es el tercero, y cuando la profesión se ha hecho, siempre hay que recomenzar. Tal es la doctrina de los santos religiosos, de San Agustín, de Santa Catalina, de Santa Teresa, de San Francisco de Sales. ¿No me hago ilusiones? y ¿cuándo comprenderé que siempre me toca recomenzar?

## 2. Los dones de los Magos

El oro, el incienso, la mirra tienen significados diversos. Para los religiosos, el oro ofrecido al Dios muy pobre representa el despojo de las criaturas y por consiguiente el desapego absoluto de los bienes de este mundo. La pobreza, virtud desconocida de los paganos y de los mismos judíos; ¿quién quería ser pobre antes de Belén? Los filósofos cínicos, nos dice San Jerónimo *et hoc fecit Crates philosophus*, pero ¿con qué intención?, ahí está

la cuestión. El oro se ofrece a un rey, es un tributo, es un acto mediante el cual se reconoce su poder. Yo debo ofrecer a mi rey la pobreza de la que me da ejemplo él mismo, despojándome de cuanto me frena en el camino de la perfección; pero ante todo le debo una absoluta obediencia; él mismo ha obedecido excelentemente desde su nacimiento hasta el último suspiro. Al unirme a los Magos para adorarle, iré, pues, a presentarle, con todo lo que poseo, todo aquello a lo que puedo aferrarme, y al mismo tiempo el homenaje que debo a su poder regio sobre mí, y la obediencia de un niño pequeño que me predica tan maravillosamente en los pañales y entre los brazos de María.

Los Magos ofrecen el incienso, símbolo de la adoración y de la oración. La adoración se dirige a Dios únicamente y pone en relación a la criatura con el Creador. Puede pasar que este acto sea poco fino, en cierto modo rudimentario, pero puede alcanzar una inefable perfección. La vida del religioso debe ser una vida de oración, y a esta vida cada vez más íntimamente unida a Dios debe aspirar. Sea cual sea su vocación especial, debe rezar; le corresponde subir de escalón en escalón mediante la adoración continua, mediante una oración cada vez más intensa, a alturas que el vulgo de los cristianos no conoce y que están reservadas a los hijos fieles, perseverantes, sacrificados y llenos de amor. ¿Estoy yo ahí?

Finalmente el tercer regalo de los Magos es la mirra, con la que se conservan los despojos humanos; la mirra le recuerda a Jesús que es hombre, que va a morir. La mirra me enseña que debo morir a mí mismo y que debo esconder mi vida con Jesucristo y en Dios. Sobrecogedor trabajo el de esta muerte continua a la que estoy condenado tras mi Salvador y sin la que no puedo esperar la verdadera vida.

*Et responso in somnis accepto, per aliam viam reversi sunt in regionem suam [Mateo 2, 12].*

El cristiano, el religioso todavía menos, no deben jamás dar marcha atrás. Vuelven, pero por otro camino: ya no son las mismas personas, están transformados, lo hacen todo con un espíritu nuevo, y su vida, exteriormente la misma, termina siendo la vida de los santos, porque siempre siguen la inspiración divina. Haz Señor, que yo la siga siempre así.

## VII. JESÚS HABITANDO EN NOSOTROS

*Ecce sto ad ostium, et pulso; si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum et coenabo cum illo, et ipse mecum.*  
(Apocalipsis 3, 20).

Estas palabras que Nuestro Señor dirige a los pecadores para invitarlos al retorno, os las dirige a vosotros que queréis ofrecerle una morada permanente y llena de consolaciones. En este momento os dice: he aquí que estoy a la puerta de vuestro corazón y llamo.

Y mirad lo que añade: Quien haya escuchado mi voz y me haya abierto, cenaré con él y él conmigo. ¿Acaso, hermanos míos, no es lo que sucede cada vez que abris vuestro corazón a Jesucristo para recibirle? Ahora bien, en esta cena admirable, si Jesucristo dice: yo cenaré con él y él conmigo, examinemos qué aporta el divino Salvador y lo que a nuestra vez debemos aportar.

Jesucristo aporta su cuerpo para alimentarnos y fortificarnos; su sangre para purificarnos, su alma para amarnos, su divinidad para glorificarnos.

### 1º Lo que Jesucristo nos aporta

Ved, hermanos míos, este alimento preparado por la Sabiduría, que se ha construido una morada: *Sapientia paravit sibi domum* [Proverbios 9, 1]. Esta morada es nuestro corazón. Y ha preparado un templo; *paravit mensam* [Proverbios 9, 2], y ha puesto en ella manjares excelentes. El cuerpo de un Dios es lo que recibís en la mesa santa. ¿Y por qué? Para alimentaros y cuando hayáis comido de este pan misterioso, os será dicho como al profeta: *Surge et comede, grandis enim tibi restat via* [1 Reyes 19, 7]. Levántate y come, eres un desterrado, la patria está lejos, necesitas fuerzas, tómalas. La tierra que hay que conquistar está muy lejos, *surge, comede*, toma fuerzas para combatir a los enemigos, y los encontrarás en efecto. Acab y Jezabel perseguían a Elías, Satanás y el mundo vendrán a atacarte; tendrás que dar la batalla, *surge, comede*. Elías despertado por el ángel comió una primera vez y se durmió, y vosotros también querréis gustar el sueño del amor, pero el ángel os despertará por segunda vez. Es bueno alimentarse del propio Dios, pero hay que sacar el beneficio y continuar, hay que ir al combate, al trabajo, a la tentación, *surge, comede*.

La sabiduría divina no sólo ha preparado la mesa, ha preparado un vino exquisito, la sangre de Jesús que recibís con su cuerpo. Esta sangre ya ha fluido por vuestras cabezas para purificaros, pero como el alma va de belleza en belleza cuando se une a su Dios, vosotros os embellecéis sin cesar mediante la participación en este vino que hace germinar a las vírgenes, *Vinum germinans Virgines* [Zacarías 9, 17]. Vino todopoderoso que aporta al alma todas las virtudes como prueba del amor que Jesús le tiene. Id, embriagaos, embriagaos, estáis invitados a ello, embriagaos con todas las virtudes que se os ofrecen y cuyo perfume se os pedirá.

Venid y recibid el alma de un Dios. Jesús resucitado de entre los muertos ya no muere más, su alma en adelante

es inseparable de su cuerpo. He ahí a vuestro amigo, nadie da mayor prueba de afecto que la de entregar su alma por sus amigos; es lo que él ha hecho en la cruz, y esta alma separada de su cuerpo en el Calvario, unida a este cuerpo para toda la eternidad viene a vosotros y os dice: ¿quieres que te ame? ¡Qué propuesta inefable! Pues bien, ¿queréis permitir al alma de Jesús ofreceros su ternura? He ahí lo que él os pregunta en esta comida íntima que quiere tomar con vosotros.

Quiere más, quiere investiros con su divinidad. Cuando el sacerdote dice: *Corpus... in vitam aeternam*, ¿qué quiere decir sino para la unión sin fin con el Dios eterno? Es la inmortalidad lo que se os ofrece.

*Si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum... et ipse mecum.*

## 2. Lo que debemos ofrecer a Jesucristo

Retomemos uno por uno los dones que se nos dan. Ante todo la divinidad. Mirad a qué atmósfera os trasportan la fe y la esperanza: todavía no disfrutáis de los dones divinos en su plenitud, pero ya recibís las arras. Quien se adhiere al Señor no forma sino un espíritu con él. *Qui adheret Domino, unus spiritus est* [1 Corintios 6, 17]. ¿Qué más queréis? Esta unión comenzada en el bautismo se desarrolla en la Eucaristía, no formáis sino una sola cosa con vuestro Dios. *Qui adheret Domino, unus spiritus est.*

Daos cuenta de esta vida nueva que fluye en vosotros, y como lo perfecto atrae a lo imperfecto a su perfección, daos cuenta de la perfección divina a la que sois llamados en esta unión de vuestra alma con Dios. *Qui adheret Domino, unus spiritus est.*

Os hablaba del amor que os muestra el alma del Salvador. ¡Qué prodigio! El Salvador, el que ha muerto y que está resucitado, ese mismo viene a vosotros, os trae

sus pies y sus manos, su costado abierto, y os dice: Por estas heridas es que mi alma con la vida se han derramado por ti en el Calvario. ¿Qué quieres darme a cambio? ¿Qué prueba de amor quieres darme? Quiero tu alma entera, que haga moverse a tus pies para traerte a mí, quiero tus manos porque todas tus acciones deben tener el sello de una ternura especial, quiero las ideas que se agitan en tu cabeza; la mía, coronada de espinas por ti, te pide el sacrificio completo de tus pensamientos; me probarás que me amas asumiendo en adelante un pensamiento divino. Mi corazón traspasado por amor a ti, está abierto, para recibir el tuyo, si quieres colocarlo en él. He aquí cómo mi alma, principio de la vida de mis pies, de mis manos, de mi cabeza, de mi corazón, exige que tú me ames.

Recibís la sangre divina derramada por vosotros. He ahí el verdadero principio de la pureza interior. ¡Oh! ¡Cuánto derecho tiene Jesús a querernos puros, ya que es por su sangre como tenemos el poder de lavarnos de cualquier mancha, pero también qué delicadeza debemos aportar para aprovechar un baño semejante! ¡Oh! La sangre del Salvador está a nuestra disposición, no dejemos que fluya inútilmente, sepamos aprovecharla para mantenernos en la blancura de la inocencia.

Se os dice: *Corpus Domini...*, acordaos de que el término es la eternidad, pero que la condición es el combate. Venid, comed, *surge, comede*, una vez más. Pero luego la vida vuelve a comenzar con sus combates. Pues bien, recorreréis vuestro camino, libraréis vuestras batallas *in fortitudine cibi illius*, y si estáis asustados, escuchad las palabras que Jesucristo os dirige inmediatamente después de las palabras de mi texto: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo, sicut et ego vici et sedi cum Patre meo in throno eius* (Apocalipsis 3, 21).

¡Qué esperanza! Morar eternamente con Jesucristo en su trono, ¿lo deseáis? Comulgad, alimentaos, purificaos,

amad, adorad a vuestro Dios y él os dará su ser acá abajo y su gloria en la patria eterna.

---

## VIII. EL ESPÍRITU SANTO HABITANDO EN NUESTRAS ALMAS

*An nescitis quoniam membra vestra  
templum sunt Spiritus Sancti?*  
(1 Corintios 6, 19)

San Pablo mismo nos lo declara: somos los templos del Espíritu Santo. Y desde entonces, si no expulsamos al Espíritu de verdad, el Espíritu consolador, tenemos la dicha de pensar que él habita en nosotros. ¿Pero por qué el Espíritu Santo actúa en tan pocos cristianos? Porque olvidan el privilegio inmenso de ser los templos del Espíritu Santo, y sobre todo, las condiciones de un templo donde reside la divinidad.

Un templo requiere: un santuario, un altar, un sacerdote, víctimas. Examinemos estas cuatro condiciones.

### I. El santuario

Para que un Dios resida en un lugar se necesita un recinto aparte. Mirad la tienda de Moisés, el templo de Jerusalén. Los mismos paganos tenían sus santuarios aparte, por todas partes se ven sus vestigios. La divinidad implica un respeto misterioso que exige refugios más ocultos. ¿Por qué? Porque las comunicaciones divinas requieren algo muy íntimo. Es necesario que haya en el templo un recinto donde lo vulgar no entre. Allí viene la divinidad a impartir sus órdenes, sus invitaciones, sus consejos, sus bondades. Pues bien, nosotros tenemos, bajo la ley del

amor, un especial privilegio. Un Dios que quiere venir a habitar no ya un templo de piedras, de mármol o de oro, sino un templo espiritual, nuestras almas, nuestros corazones. Ahí es donde quiere venir. Quiere pasearse en sus templos, *et ambulabo in eis* [Deuteronomio 29, 19]; quiere ser glorificado y llevado allí, *glorificate et portate Deum in corpore vestro* [1 Corintios 6, 20]. Aquí no se trata de honrar al cuerpo. El cuerpo es el primer recinto, pero el corazón es el más íntimo, y es a este recinto interior a donde hay que acudir para escuchar a Dios que nos habla. Pues bien, no se quiere escuchar a Dios y se cierra el oído a sus palabras. Por eso nos dice el Espíritu Santo: Prevaricadores, entrad en vuestro corazón, *praevaricatores, redite ad cor* [Isaías 46, 8]. ¡Qué injuria tener a Dios en el corazón y no glorificarle como conviene! Y sin embargo, así es como tratamos al Espíritu Santo con una increíble ligereza.

Y, sin embargo, ¿qué nos va a decir si queremos escucharle? ¿Cuándo comprenderemos lo que pueden ser para nosotros las palabras de un Dios? En estas íntimas comunicaciones es donde los pecadores se convierten, los tibios se animan, los santos se hacen.

## 2. El altar

El altar es, por así decir, el teatro del culto debido a Dios, el punto especial del templo en que se reconoce su soberano dominio mediante el holocausto, su derecho a castigar mediante el sacrificio por el pecado, su bondad mediante las víctimas propiciatorias, sus beneficios mediante las víctimas eucarísticas.

Pues bien, este altar único en la Ley Antigua, para mostrar la unidad de Dios y la unidad de su culto, este altar, en cierto modo, se ha multiplicado con los sacrificios. Pero al mismo tiempo hemos debido aprender a ofrecer a Dios un sacrificio perpetuo, ya sea de adoración, ya de

arrepentimiento, ya de petición o de acción de gracias, y es en el fondo de nuestras almas donde se levanta ese altar. Es necesario que yo adore en él, que allí pida perdón, que allí solicite los auxilios que necesito, que allí exprese mi agradecimiento por las gracias que he recibido.

¿A quién dirigiré mis adoraciones? A un Dios, la tercera persona de la Santísima Trinidad. ¿A quién pediré perdón? A un Dios todo amor. ¿A quién pediré? A quien, siendo el Espíritu de la verdad, ve perfectamente en su realidad mis necesidades. ¿A quién agradeceré? A Dios autor de todas las gracias y que, ya que no sé rezar, pide y da gracias en mi lugar con gemidos inefables. He ahí al Dios a quien debo dirigirme bajo los velos de mi ser. ¡Oh! Le levantaré un altar y le ofreceré un sacrificio de alabanza, y le conjuraré a que los diversos sacrificios ofrecidos por mí sobre el altar de mi corazón sean en adelante consumidos mediante las llamas de su amor. (*Caetera desunt*).

---

*La encarnación, la formación de Jesucristo en nuestras almas es uno de los temas mayores de la espiritualidad del Padre d'Alzon. A él tornaba constantemente, adaptándolo a sus diversos auditorios de sacerdotes, de religiosos, de religiosas, de terciarios, de hijas de María, de cristianos en el mundo. Damos aquí, al margen de la tercera meditación del Retiro sobre el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, otras dos instrucciones en que vemos cómo el Padre d'Alzon bordaba en torno a una idea que le era particularmente preciosa.*

*“Estoy muy preocupado, escribía el 14 de diciembre de 1868, a la Madre María Eugenia de Jesús, por animar a algunas personas a darse a Nuestro Señor más particularmente por la fiesta de Navidad. Me parece que nada hay tan admirable como aprovechar las fiestas de la Iglesia para hacer, cada año, nacer a Jesucristo en las almas de un modo más perfecto cada vez, luego crecer y desarrollarse mediante la imitación del divino Maestro vivo en nosotros. La triple encarnación de Jesucristo que nace en el pesebre, en el altar, en nuestras almas es un misterio que debiera absorbernos completamente...”*

## ENCARNACIÓN DE JESUCRISTO EN EL ALMA RELIGIOSA

*Ecce ancilla Domini* [Lucas, 1, 38]

Tales fueron las palabras, mediante las que una humilde criatura se adhirió a la mayor obra de Dios, aquella de la que el profeta había dicho: *Excita potentiam tuam, et veni, ut salvos facias nos* [Salmo 80, 3]. En la creación Dios obró por sí mismo; en la Encarnación, consulta a su criatura. Gran enseñanza, llena de lecciones prácticas; porque si María se hace la verdadera madre de Dios con una distancia enorme, el misterio de la Encarnación puede realizarse en nosotros, en el sentido en que el apóstol desea que Jesucristo habite en nosotros por la fe cristiana: *Habitare per fidem in cordibus nostris* [Efesios 3, 17].

Estudiemos la Encarnación de Jesús en María, con el fin de saber lo que debe ser la encarnación de Jesús en nosotros: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* [Juan 1, 14]. Estudiaremos aquí: 1° Lo que es la gracia de Dios que nos previene y acompaña; 2° Cuál debe ser el concurso de nuestra voluntad.

### 1. Gracia de Dios

**El anuncio** Los tiempos se han cumplido, el ángel de Dios va a ser enviado hacia la Virgen de Nazaret, un Dios que se hará hombre en el seno de la más pura de las criaturas: criatura hija de Adán y criatura inmaculada sin embargo, porque la abundancia de las gracias que ha recibido se eleva a un grado inexplicable. El ángel le ha dicho: *Ave, gratia plena*. Sin duda la plenitud de las gracias no está en ella, como en Jesucristo, *plenum gratiae et veritatis*. Sin embargo, el Señor que la había poseído desde el comienzo de sus caminos ha querido hacer en ella y para ella grandes cosas en la inmensidad de su poder: *Fecit mihi magna qui potens est*. Pero todos estos privilegios, María se los debe a Dios, a él los refiere.

Y yo también, aunque en grado inferior, he recibido las gracias de Dios. Uno de los espíritus administradores, encargados de la vigilancia de aquellos que deben recibir la herencia de la salvación, me ha sido dado; escucharlo sólo depende de mí. Me dirá que el Señor está conmigo, como el ángel se lo dijo a María, como otro ángel se lo dijo a Gedeón y a tantos hombres ilustres de la antigua ley, como Jesús les dice a sus apóstoles, en el momento de subir al cielo: *Ecce ego vobiscum sum* [Mateo 28, 20].

Como María, tengo una porción de las gracias, menor que la suya, pero puedo decir como ella que el Señor está conmigo, mucho más que los simples cristianos. En todo caso, el tiempo de mi noviciado me es dado con este fin. He debido emplearlo para formar a Jesucristo en mí y, desde que hice la profesión, Jesucristo ha debido crecer sin cesar en mi alma. Ahora bien, así como el ángel pone a María en relación con las tres personas de la Trinidad, así entro yo, si quiero, en relación con las tres adorables Personas.

El ángel dice a María: *Ecce concipies in utero, et paries filium* [Lucas 1, 31]. He ahí la meta de la vida religiosa: formar a Jesucristo en uno mismo. *Filioli, quos iterum parturio, donec Christus formetur in vobis* [Gálatas 4, 19]. Concebir a Jesucristo en sí, he ahí la vida interior; dar a luz a Jesucristo afuera por su vida, manifestarle mediante sus palabras, sus hechos, sus virtudes, he ahí la vida interior tal como debemos practicarla, para que se pueda decir de nosotros: *Dominus tecum* [Lucas 1, 28].

#### **Las tres Personas divinas**

En cuanto a los medios, nada más grande. *Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [Lucas 1, 35]. Concebir a Jesucristo, engendrarlo por obra del Espíritu Santo, bajo la protección del Padre, ¡nada más admirable en María! Y así como en el principio Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, así Jesucristo forma en nosotros al cristiano,

al religioso aún más, realizando en él los rasgos del Dios hecho hombre y encarnado en María.

Tal es la obra maestra del poder del Padre: *Et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Dabit tibi Dominus sedem David patris tui, et regnabit in domo Jacob in aeternum, et regni eius non erit finis* [Lucas 1, 32-33]. ¿La profecía se ha cumplido suficientemente en Jesucristo? ¿Qué hombre ha reinado tan universalmente y tanto tiempo como él? Reina de punta a punta del mundo. Ya hace casi veinte siglos que reina y no se ve que su reino vaya a terminar.

Ahora bien, este reino de Jesucristo, por el poder del Padre, podemos formar en nosotros y a nuestro alrededor: en nosotros, dándole un imperio absoluto sobre nuestras potencias, sobre nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestro corazón, nuestros sentidos, y el reino absoluto de Jesucristo en nosotros, es la santidad; podemos formar el reino de Jesucristo a nuestro alrededor mediante el celo por darlo a conocer, y eso es el apostolado. Ahora bien, todo eso ¿cómo se cumplirá? Mediante una relación con la Santísima Trinidad semejante a la de María. Jesucristo se formará en mí mediante la fe, bajo la intervención del Espíritu Santo y mediante la intervención del Altísimo. ¿Cuándo, pues, penetrado por el honor que se me hace, comenzaré, de una vez, a darme enteramente a esta maravillosa acción de las tres personas divinas en mi alma?

Ahora bien, debo dejar a la Santísima Trinidad actuar en mí para que se forme en mí el reino de Jesucristo. He aquí un orden de contemplación completamente nuevo. Dejaré a la Santísima Trinidad formar a Jesucristo en mí, como ha formado a Jesucristo en María. Y cuanto más flexible, obediente, confiado sea yo, más perfecta será esta imagen de Jesucristo. ¡Qué prodigio! ¿Y cuándo me perderé completamente en él?

¿Pero para cuánto tiempo? Mientras dure el reino de

Jesucristo. Y este reino no tendrá fin: *Et regni eius non erit finis*. ¡Maravillosa duración! Heme aquí inmortal como Dios, que pasa a ser, dentro de un orden maravilloso, mi dueño, mi rey, y para siempre: *Et regni eius non erit finis*. ¡Oh, Señor, que este imperio, en efecto, no cese nunca!; que sea eterno y que, además, yo pueda contribuir a extenderlo a lo lejos, y que como instrumento de vuestro poder trabaje en dilatar vuestras conquistas, y que en cuanto sea yo capaz, siempre repita esta consigna: *Adveniat regnum tuum!* Pero habéis querido que vuestra gracia no lo haga todo, habéis querido el concurso de mi voluntad. Voy a examinar las condiciones requeridas en la respuesta de María al ángel.

## II. Contribución de nuestra voluntad

### Obedecer

¿Qué responde María a tales promesas? *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* [Lucas 1, 38]. Tal es la respuesta de toda criatura. *Dixitque Deus: fiat lux, et facta est lux* [Génesis 1, 3]. Pero he aquí la diferencia. Dios dice: que haya luz y la luz se hizo. Dios dice: *Faciamus hominem* [Génesis 1, 26], y el hombre fue hecho. Pero cuando se trata de la formación sobrenatural del hombre, sucede de otra manera. Dios crea al hombre sin su permiso; no será sin su permiso que el hombre espiritual será formado. Para formar a Jesucristo mismo, se necesita el concurso de la humilde y pura criatura que le servirá de madre. Para formar a Jesucristo en nosotros, es necesario que nos declaremos servidores de Dios y que, como María, digamos: *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Sí, siempre hay que volver a esto, a la obediencia y la obediencia más completa. Comienza en Nazaret y se consuma en la Pasión, pero no tiene más término que el momento en que Jesucristo rompe los lazos mortales que retenían todavía a María en la tierra. Ha sido necesario

todo ese tiempo, ha sido necesaria esta perfección, para que haya podido decir con toda verdad: *Dilectus meus mihi, et ego illi qui pascitur inter lilia* [Cantar de los Cantares 2, 16]. En medio de estos lirios es donde habita; su morada sólo se puede fijar en el seno de las almas que son auténticos lirios de pureza: *Qui pascitur inter lilia*. Necesito aceptar, durante toda mi vida, hacer esfuerzos por entrar en una pureza más grande, para que Jesucristo entre en mí con mayor consuelo y alegría: *Dilectus meus mihi, et ego illi qui pascitur inter lilia*.

**Alabar a Dios**      ¿Y cuáles son, mientras Jesús se forma en María, los sentimientos de esta madre admirable? Nos lo dirá ella misma. Sólo piensa en alabar a Dios y publicar su gloria: *Magnificat anima mea Dominum* [Lucas 1, 46]. Tal es su meta; su vida no tiene otra. Se sumerge en la idea de que Dios, que se bastaba a sí mismo, que no necesitaba de nadie para procurarse la gloria que le conviene, ha querido procurarse una mediante las criaturas, pero que para dar un valor adecuado a su alabanza, había ordenado a su hijo hacerse hombre. El Verbo se hizo carne, y toda criatura que se une al Verbo, a la palabra divina, puede acceder a una muy pura alabanza de Dios; y así como esta alabanza es la ocupación de los ángeles en el cielo, será la de los santos en la patria, después de haberlo sido en la tierra. También ellos deberán decir: *Magnificat anima mea Dominum*.

Tal debe ser la exultación de toda alma cristiana, que entiende el trabajo de la perfección. *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo* [Lucas 1, 47]. ¿Qué arrebatos no experimenta el alma que, por decir así, no forma sino una cosa con Jesucristo? ¿Por qué? Porque el Señor mira la bajeza de su esclava y la eleva. Mirad a María. ¿Es bastante humilde, bastante pobre, bastante desconocida? *Quia respexit humilitatem ancillae suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes* [Lucas 1, 48]. He aquí una vez más la profecía, y la profecía realizada

en todo su esplendor a través de los siglos. La Iglesia, cada día, canta la profecía que el tiempo confirma más y más del triunfo de la humildad: *Quia respexit humilitatem ancillae suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

¿Qué hacer para llegar a esta felicidad? Ser obediente y decir a cada instante del día: *Ecce ancilla Domini.* ¿Qué más? Consagrarse enteramente a la gloria de Dios y ser el instrumento menos imperfecto de Jesucristo para el advenimiento de su reino. ¿Qué más hacer? No poner la propia felicidad sino en el pensamiento de las perfecciones de Dios: *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* En medio de estos beneficios conservar la humildad más profunda: *Quia respexit humilitatem ancillae suae;* y contribuir a la gloria divina mediante el amor a la propia humillación; proclamar sin cesar los beneficios de Dios y referirlo todo a él: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen eius.* Feliz el alma que, siguiendo a María, se entrega así mediante un amor absoluto por su voluntad y por su amor a los planes de Dios sobre ella.

### Conclusiones

¿Qué concluir de todo esto?

Que no tenemos más que dejar a

Jesucristo actuar en nuestras almas y permitirle formarse en nosotros tal como él lo entienda. Será siempre una manera muy pura, muy perfecta y muy propia para unirnos a Dios.

En segundo lugar, tomaremos las virtudes de María como modelos de las nuestras, en la obediencia, la humildad, la contemplación, el amor. Serán las mejores condiciones para asegurar el triunfo de Jesucristo en las almas. Nos dedicaremos a la obra para la que el Hijo de Dios ha bajado a la tierra. Nos consagraremos al triunfo

de la Iglesia, que Jesucristo engendró en el Calvario y que adquirió con su sangre.

Finalmente, nos acordaremos de que, así como el Hijo se encarnó en María, por obra del Espíritu Santo, a la sombra del poder del Padre, así también debemos formar mediante la fe a Jesucristo en nosotros mediante el poder absoluto de Dios. Que así sea y que la adorable Trinidad, actuando al completo en nuestras almas, se complazca en hacer allí su morada, para que merezcamos habitar en ella por eternidad de eternidades: *in perpetuas aeternitates*.

## JESUCRISTO ENCARNÁNDOSE EN EL ALMA RELIGIOSA

*Christum habitare per fidem  
in cordibus vestris* (Efesios 3, 17).

Jesucristo no se contentó con encarnarse una vez en el seno de la Bienaventurada Virgen, quiere, al parecer, encarnarse cada día en nosotros, y es lo que quiere decir el Apóstol en cada página de sus epístolas. Intentemos meditar sobre este misterio en el que nos jugamos tanto.

### 1° La Anunciación

Transportémonos en pensamiento al momento inefable en que Dios Padre envía un ángel a María. ¿Qué le dice? *Ecce concipies in utero, et paries filium* [Lucas 1, 31]. María asiente y el misterio de la Encarnación se realiza. Pero, ¿qué quiere decir el Apóstol cuando dirigiéndose a los primeros cristianos les dice: *Filioli, quos iterum parturio, donec Christus formetur in vobis* [Gálatas 4, 19]? ¡Qué trabajo tan prodigioso! ¡Un Dios queriendo formarse de nuevo en el alma de cada fiel! Démonos cuenta de que se trata de un bautizado y que Jesucristo ya está formado en él por el bautismo. El Apóstol les había

engendrado una primera vez; por ello dice: *Filioli, quos iterum parturio*. Se trata de nuevos esfuerzos, de un desarrollo de la vida cristiana y es Jesucristo quien viene a realizarlo en el alma. Por eso quiere formarse plenamente en ella: *donec formetur Christus in vobis*.

¿Qué hacemos nosotros para adherir a este trabajo? Escuchemos la respuesta de María a Gabriel. Cuando el ángel le ha anunciado la cooperación de toda la Trinidad, María no tiene más que una palabra: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum* [Lucas 1, 38]. No digamos más, ya que en estas pocas palabras se expresa el más completo abandono de la criatura a las voluntades del Creador. También a nosotros se nos dice: *Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* [Lucas 1, 35]. Pues bien, ¿queremos que el Espíritu Santo venga a operar en lo más íntimo de nuestro ser la formación de Jesucristo? ¿Queremos, a partir de este momento, tomar sus sentimientos, sus pensamientos, entrar completamente bajo su acción? Ahí está, ese divino Maestro. ¿Queremos llevar a Jesucristo en nosotros? Pues para eso es necesario que se forme en nuestras almas: *donec formetur Christus in nobis*.

¿Y acaso no es evidente que Jesucristo se forma de una manera más o menos completa en las almas, según la dependencia y colaboración que encuentra en ellas? He aquí todo el trabajo de mi retiro: formar a Jesucristo en mí. Si trabajo lentamente, será apenas un boceto. Si me empleo en ello con buena voluntad, llegaré a cierto grado de virtud. Pero, ¿quién puede decir la perfección que yo puedo alcanzar si, al dejar a Jesucristo dueño de producir una nueva creación en mí, le entrego todo poder sobre mi ser, para que lo transfigure completamente en él? ¡Oh, prodigio! Jesucristo formado en mí, seré otro Jesucristo. ¿Y cómo sucederá eso? *Quomodo fiet istud?*, puedo decir con la Virgen. Sobre esto quiero continuar mis reflexiones.

## 2º Revestirse de Jesucristo

Jesucristo es para el alma bautizada una especie de vestido. *Quicumque baptizati estis, Christum induistis* [Gálatas 3, 27]. He ahí el vestido espiritual. Mediante el bautismo estoy investido de la gracia de Jesucristo. ¿Qué significa este vestido, sino que todo mi ser debe mostrar a través de todas sus más mínimas acciones a aquél en cuya sangre hemos sido lavados, regenerados, vivificados? Y esto no es una palabra pronunciada a la ligera. El Apóstol lo repite sin cesar. *Induat vos Dominus novum hominem* [Efesios 4, 24]. ¿Quién es este hombre nuevo sino Jesucristo en contraposición al hombre viejo, Adán? Sin duda soy hijo de Adán y llevo sus estigmas por el pecado original; pero el hombre nuevo me ha despojado del viejo: *Exuat vos Dominus veterem hominem cum actibus suis* [Colosenses 3, 9]. Tal es el trabajo: despojarme de Adán, de su pecado, de sus apetitos, de su castigo; revestirme mediante el bautismo de Jesucristo, del hombre nuevo, de su gracia, de sus dones. Pero para eso se necesita mi cooperación. El vestido se me ofrece; se necesita que yo me cubra con él y me muestre digno de llevarlo.

¡Qué vestido más brillante que el que Jesucristo ha teñido en su sangre! ¡Qué púrpura! ¡Qué mejor manto real que el mismo Jesucristo, y qué dignidad se me impondrá cuando el hombre nuevo me establezca en la justicia y la santidad de su verdad! *In justitia et sanctitate veritatis* [Efesios 4, 24]. ¡Qué enseñanza, si pienso en las cualidades de este vestido espiritual! Está formado por la justicia, es decir la fuente misma de la ley; por la santidad, es decir por la reunión de las perfecciones divinas; por la verdad, que no es sino la segunda persona de la Santísima Trinidad. He ahí lo que debo manifestar en mí: la justicia de Jesucristo, la santidad de Jesucristo, la verdad de Jesucristo. *Quicumque baptizati estis, Christum induis-*

*tis. Induat vos Dominus novum hominem, qui secundum Deum creatus est in sanctitate et justitia veritatis.*

### 3º Mediante la fe

Pero Jesucristo no quiere ser para mí un vestido externo, quiere ante todo penetrar en lo más íntimo de mi alma. ¿Cómo? Mediante la fe, y por eso el Apóstol formula el voto de que Jesucristo habite en nosotros mediante la fe. *Christum habitare per fidem in cordibus vestris* [Efesios 3, 17].

La fe debe introducir a Jesucristo en lo más íntimo de mi alma, como el Espíritu Santo lo introduce en María. Sin duda existen profundidades a las que nunca podré acercarme; sin embargo, si quiero, la fe hace penetrar a Jesucristo en mi alma y lo hace habitar en ella: *Christum habitare per fidem*. ¿Qué es esta habitación de Jesucristo en mí sino una especie de encarnación? Jesucristo, que quiere ser mi vestido íntimo, quiere reinar en el fondo de mi alma. ¿Cuándo le daré un dominio completo sobre mi corazón? ¿Cuándo haré que no le resulte demasiado penoso este habitar en mí que él desea? ¿Cuándo, al llamarle, estaré seguro de que vendrá con su Padre, para hacer de lo más íntimo de mi ser una morada permanente?: *Et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus* [Juan 14, 23]. ¡Qué espíritu de fe no debo renovar en mi alma, para hacerme digno de semejante unión!

Isabel, al saludar a María el día de la Visitación, decía a la Virgen en quien el Hijo de Dios acababa de encarnarse: *Et beata quae credidisti, quia perficientur in te quae dicta sunt tibi a Domino* [Lucas 1, 45]. La felicidad de María consistía en su fe. ¡Que nuestra felicidad consista en una fe semejante, por la que Jesucristo cumpliendo su promesa venga a lo más profundo de nuestro ser! ¡Oh, Dios! Yo creo. ¡Ven, Señor Jesús! *Veni, Domine Jesu* [Apocalipsis 22, 20].

#### 4º Hasta nuestra completa transformación

Ahora bien, cuando Jesús esté en el fondo de mi corazón, será necesario que yo le ceda el sitio, que mi vida se transforme y que con el Apóstol yo diga: *Vivo jam non ego, vivit vero in me Christus* [Gálatas 2, 20]. Aquí el misterio se hace más profundo. Este vestido, que no es sino Jesucristo, se promete a todos los bautizados. La fe, que es el camino por el que Jesús penetra en mi alma, se les desea a todos los fieles. Pero, existe un abismo que muy pocos tienen el privilegio de cruzar, y que el Apóstol había superado cuando decía: *Vivo jam non ego*. Este privilegio no es ciertamente para todos. Es para las almas llamadas a una perfección más alta; es para los religiosos, para quienes la perfección consiste en suprimir su vida, o más bien en fundirla, en perderla en la de Jesucristo. Recojámonos y preguntémonos si, de acuerdo con nuestra vocación, es cierto que Jesucristo vive completamente en nosotros.

¡Qué santidad, qué amor, qué sacrificio de todo mí mismo no se me pide, si quiero establecer en mí la vida sin mezcla de Jesucristo, si quiero establecer esta encarnación mediante la que Jesucristo será el alma de mi alma, el corazón de mi corazón, la vida de mi vida! ¡Oh!, ¿quién sondeará esta palabra: *Vivo jam non ego*? ¿Quién me enseñará aquel desapego mediante el que ya no deberé vivir de mi vida, en que debo tomar en todas las cosas los sentimientos de Jesucristo, en que estos sentimientos deben ser el móvil de mis actos: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* [Filipenses 2, 5]?

¿Y qué haré entonces? Me anonadaré como él, viviré una vida de esclavo: *Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens* [Filipenses 2, 7]; a la espera de que Dios me exalte como a él. Y entonces podré decir con el Apóstol: Para mí vivir es Cristo: *Mihi vivere, Christus est* [Filipenses 1, 21]. ¡Qué vida para un religioso! Jesucristo y él, todo uno, ya que la vida del uno es la vida del otro.

¡Oh, misterio! ¿Puede acaso la unión de la criatura con el Dios encarnado ir más lejos? ¡Pero cuántos deberes se le imponen al alma que, bajo la luz de la fe y los ardores del agradecimiento, penetra en esta invención del amor divino! He aquí la unión pedida por Jesucristo a su Padre, la víspera de su muerte, para los suyos. Se ve claro que la pedía para todos los miembros de la Iglesia, pero que había una preferencia para algunos, para sus apóstoles. He aquí la unidad privilegiada cuya consumación Jesucristo me ofrece si yo quiero.

Una vez más, Señor Jesucristo, ven. Ven a vivir en mí, ven a encarnarte en mí, como te encarnas para todos en la Eucaristía, como te encarnas en los labios del sacerdote mediante la predicación de tu palabra, como te encarnas en tu Iglesia mediante la circulación de tu gracia a través de todos sus miembros. Ven, Señor: *Veni, Domine Jesu*, y que el esposo y la esposa digan: ¡Ven!

---

*Cristo que nace en nuestras almas debe crecer en ellas sin cesar en virtud y en sabiduría ante Dios y ante los hombres hasta la completa desnudez del Calvario, hasta la total renovación de la Resurrección. Si el Padre d'Alzon recorría los misterios de la vida de Nuestro Señor; se dedicaba largamente a su Pasión. Ha predicado numerosos retiros sobre este tema; ha conversado sobre ella con los colegiales de Nimes en varias oportunidades, y con los Terciarios (Ver: Instructions aux Tertiaires de 1879, edición de la Bonne Presse); le ha dedicado diez de sus Conferencias de 1870-1871 a las Religiosas de la Asunción: damos aquí dos extractos de ellas. Encontraremos más adelante las directrices tan elevadas dirigidas a las Adoratrices sobre el Amigo de todos los días.*

*Esta sección comprende:*

- 1° una serie de cortas meditaciones sobre la Pasión publicada en el Pèlerin, en 1879;*
- 2° los dos extractos de las Conferencias de 1870-1871;*
- 3° dos meditaciones sobre las cinco llagas y la Resurrección que datan de los últimos años del Padre d'Alzon.*

---

## *1° BREVES MEDITACIONES SOBRE LA PASIÓN*

Entramos en la gran semana. Comienza con un triunfo, continúa con las intrigas contra la vida de Jesús; a lo que él responde con la humildad lavando los pies de sus apóstoles, con el amor más inmenso instituyendo la Eucaristía, con la oración más dolorosa en la agonía del Huerto de los Olivos.

Las intrigas continúan y se ejecutan. El primer acto es la traición y la negación, el segundo es una condena múltiple, el tercero una serie de suplicios, el cuarto la muerte del Salvador, el quinto la puesta en el sepulcro a la espera de que resucite.

Quisiera presentar a mis lectores unas breves meditaciones sobre estos temas tan importantes.

### I. El triunfo

Tras la resurrección de Lázaro, todos los judíos venidos a Jerusalén para la Pascua querían ver a Jesús. Y pese a que el Salvador se escondía desde hacía algún tiempo de la búsqueda de los sacerdotes y de los doctores, creyó deber realizar una entrada triunfal en Jerusalén.

“No temas, hija de Sion, había dicho el Profeta, he ahí a tu rey que viene a ti lleno de suavidad, montado sobre un pollino de borrica, sobre el hijo de acémila” [Mateo 21, 5; Zacarías 9, 9]. Sabemos cómo la profecía se cumplió al pie de la letra. Este pollino que nadie había podido montar era, dicen los Padres, la gentilidad en su rebelión contra la ley de Dios. ¿No podríamos decir, para ser más prácticos, que se trata de los caracteres indómitos que Jesucristo subyuga cuando quiere derribar un alma? También se trata de aquel pueblo que no ha querido conocer freno alguno y que, poco a poco, se ablanda bajo la ley evangélica. Se trata ante todo de la historia continua de la Iglesia. Es perseguida por el odio y las conspiraciones más infernales; siempre muestra su esplendor y su gloria en el momento en que menos se piensa, para retomar enseguida después su vida de luchas, de humillaciones y de sufrimientos en apariencia inútiles. ¿De qué le sirve a Jesús entrar en Jerusalén como triunfador, si no es para espolear la rabia de sus enemigos? También necesita infundir en los suyos un poco de ánimo y, pase lo que

pase, se manifestará a los hombres para preparar la fe y la esperanza de unos, y hacer a los otros más inexcusables.

## II. Las intrigas

Un consejo se reúne en casa del príncipe de los sacerdotes. Se discute, se sopesa el miedo que tienen a los romanos. ¡Un gran medio de gobierno, el miedo bien administrado! Es verdad que no siempre es efectivo; lo hemos visto bien en estos últimos días. Pero en fin, Caifás se levanta y dice: “Vosotros no entendéis nada. ¿No veis que conviene que un solo hombre muera por todo el pueblo?” [Juan 11, 50-51]. Ahora bien, anota San Juan, no pronunció estas palabras por su propia cuenta, sino que profetizó, porque era el pontífice aquel año. Dios a menudo habla y pronuncia sus decretos incluso por boca de los malvados.

Prosigue tus intrigas, Caifás. Hábil político, crees haber encontrado una componenda, en que tu odio y tu política encontrarán su abominable ventaja. Haz decretar por tu Sanedrín la muerte de Jesús, pero no por ello evitarás la llegada de los romanos, y conforme a la predicción de Jesús, el auténtico profeta, asediarán Jerusalén, la tomarán por asalto, quemarán el Templo y, tras haber causado la más horrenda carnicería de sus habitantes, venderán por nada a los que se hayan cansado de matar. El sacrificio de las víctimas cesará para siempre; la verdadera hostia, Jesús, ha sido inmolada por tu rabia y la de los tuyos; el altar será dispersado, y ya no habrá más altar que la cruz.

Ahora bien, todo eso se cumplió por disposición de Dios. En el momento apropiado, cuando la plenitud de los tiempos se ha cumplido, cuando los crímenes de la tierra han llegado hasta lo alto, he aquí que aparece la misericordia: *ubi abundavit delictum, ibi superabundavit gratia* [Romanos 5, 20]. El Redentor será ejecutado, Jerusalén perecerá por ello, los judíos dejarán de ser una nación, pero el mundo habrá sido salvado y Dios se habrá adquirido un pueblo nuevo.

Sirvamos a los designios de Dios, pero buscando entrar en pensamientos de misericordia, y no en terribles decretos de castigo. Seamos apóstoles y no verdugos, ni criados de los verdugos, como lo fueron los judíos. Demos a Jesús nuestras vidas, pero pensemos en el sacrilegio que constituye atentar contra su vida o la de la Iglesia, prolongación de Jesús. El castigo de crímenes de esta clase puede hacerse esperar algunos días; pero es infalible que llegará en su momento. ¿Qué necesidad tiene Dios de apresurarse? A veces resulta útil que se tome su tiempo, para que los impíos se duerman en sus laureles y para ejercitar la paciencia de los buenos, demasiado apremiados por el deseo de contemplar la actuación providencial de la justicia infinita.

### III. La humildad a los pies de los apóstoles

Sin embargo, Jesús se prepara para morir y para dar a los suyos, a quienes amó hasta el final, la enseñanza de una virtud desconocida hasta entonces: se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, se ciñe una toalla y echando agua en una vasija, les lava los pies, pese a las protestas de Pedro. Y cuando termina, retoma sus vestiduras y vuelve a su lugar y les dice: “Vosotros me llamáis vuestro Señor y vuestro maestro y tenéis razón, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Señor y vuestro maestro, os he lavado los pies, ¡cuánto más debéis lavaros los pies los unos a los otros!” [Juan 13, 13-14].

Mientras los fariseos se ejercitan en todas las iniquidades, Jesús con su ejemplo ejercita a sus discípulos en todas las virtudes. Seréis humildes, os ayudaréis recíprocamente, os adelantareis los unos a los otros, trabajaréis con un fin común, la gloria de mi Padre, que se encargará de recompensaros por vuestras virtudes.

Seamos lo que nos enseña el modelo divino, seamos humildes, abajemos nuestro orgullo y que se vea siempre

en nosotros el deseo de caminar tras las huellas del humildísimo Jesús.

#### IV. Jesús instituye la Eucaristía

Las Pascua figurativa ha sido celebrada, el cordero pascual ha sido comido según las prescripciones mosaicas. He aquí al verdadero cordero, el cordero como inmolado desde los orígenes del mundo que se va a entregar con sus propias manos: *se dat suis manibus*. Toma el pan, da gracias a su Padre, lo bendice y lo distribuye diciendo: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”. Lo mismo el cáliz: “Tomad y bebed todos, este es el cáliz de la sangre de la nueva alianza, que es derramada por vosotros y por el perdón de los pecados de todos” [Mateo 26, 26-28].

Sí, el cuerpo que va a ser entregado a los gentiles, esta sangre que va a ser derramada, es un alimento, es una bebida ofrecida a todos los hombres bautizados. He ahí hasta dónde llega el amor del Salvador. En seguida, un nuevo elemento, el elemento vital, es introducido en el culto divino, el amor. ¿Quién, pues, había pensado en tener algo de ternura por Júpiter, Juno, Mercurio o Venus? Se los invocaba por miedo, nadie pensaba en amarlos. ¡Para qué amar a semejantes personajes! Jesús nos ha amado hasta el final, hasta la muerte; provoca de nuestra parte un amor semejante. Se entrega, ejercita una nueva forma de entrega, se sacrifica, y mediante el sacrificio de cada día en el altar, nos enseña cómo, también nosotros, debemos llegar a ser víctimas.

La eucaristía engendrará prodigios; la unión con Jesús, tan íntima, tan poderosa, producirá generaciones de santos. ¿A dónde no se irá con la fuerza de semejante alimento, con la energía de una bebida semejante? Los cristianos han llegado a todas las virtudes, al martirio, a los desiertos, a los claustros, a las misiones sobre las playas más desconocidas. La vida de Jesucristo estaba en ellos, y vivían aquí

abajo del espíritu de Jesucristo y de su amor, a la espera de poder vivir de su gloria y de su unión eterna.

### V. Jesús en agonía

El testamento del Salvador es dado a sus apóstoles en aquel admirable discurso de la Cena, discurso que habría que meditar constantemente. Las lecciones más fortificantes nos son allí impartidas, las esperanzas desconocidas nos son reveladas en él, el amor de Dios por los hombres se manifiesta aquí; Jesús se levanta, canta el himno prescrito y sale, va donde la traición le espera, pero no le sorprenderá. Allí se prepara mediante esta oración en que todos los terrores y todas las turbaciones vendrán a asaltarle.

Tiene miedo, tanto como un Dios-hombre puede tener miedo. “¡Padre mío, si es posible, que este cáliz se aleje de mí! Sin embargo, ¡que se cumpla tu voluntad y no la mía!” ¿Está arrepentido de haber aceptado morir por los hijos de Adán? ¿Está espantado por lo que la justicia de su Padre le prepara como expiación? No; solamente permite a Satanás, que *por un tiempo* se había retirado de él tras las tentaciones del desierto, que venga a embestir de nuevo contra su humanidad purísima para torturarla por adelantado; porque Satanás, que odia a Jesús con el odio más implacable, no quisiera sin embargo su muerte que va a ser la salvación del género humano. Sus asaltos son más bien intentos para saber con certeza lo que es este hombre extraordinario, cuya vida es enteramente divina, pero que no ha establecido indudablemente que fuera Dios. Ahora bien, Jesús se esconde en sus anodamientos, sus angustias, sus terrores, como en un retiro impenetrable al espíritu de las tinieblas.

Es lo que siguiendo Jesús y a ejemplo suyo han hecho todos los santos. Han aceptado sufrir, perderse en las montañas; allí han resultado invencibles a las potencias del mal. ¡Oh! ¿Cuándo haremos nosotros como ellos?

¿Cuándo, siguiendo su ejemplo, triunfaremos mediante la destrucción de todas las ideas del mundo y mediante la adhesión a la voluntad de Dios?

La agonía se prolonga tanto más dolorosa cuanto que Jesús está solo; sus discípulos favoritos sólo saben tener miedo y dormir; el misterio de esta oración sólo tiene como testigo a un ángel que viene a reconfortar al rey de los ángeles. Aprendamos, también nosotros, a sufrir y a orar sin consuelos ni de la tierra ni aparentemente de Dios.

## VI. Jesús traicionado y negado

Jesús reza en el Huerto de los Olivos. Judas lo sabe. Judas ha recibido treinta monedas de plata para entregarle a los sacerdotes; toma la cohorte de la que disponen éstos, los criados de los sumos pontífices (eran diez), y va a buscar a su víctima.

San Agustín, comentando el versículo de San Juan en que se dice: “Jesús sabiendo que su Padre le ha puesto todo en sus manos”, exclama en un admirable movimiento: por lo tanto, también al mismo traidor, porque si no lo tuviera entre sus manos, no se serviría de él como quisiera: *Ergo et ipsum traditorem, nam si eum in manibus non haberet, non utique eo uteretur ut vellet*. Sí, Jesús previendo el crimen de Judas, se deja entregar por su Padre. Judas cumplirá el más atroz de los sacrilegios, y Jesús se servirá de este horrible deicidio para entregar a los hombres el mayor de los bienes, la redención mediante su sangre. ¿Por qué Judas no se beneficia de él? Porque no ha querido. ¿Por qué no ha querido? Porque ha rechazado su vocación de apóstol.

Pero pronto, siguiendo la anotación de San Agustín, se irá con su crimen, entre remordimientos y en la desesperación, a entregarse a los mismos sacerdotes a los que ha entregado a Jesús; se entregará al mismo Satanás que a su vez le traicionará abandonándole a su rabia: *jam tra-*

*ditor traditur.* El traidor a su vez es traicionado. Quiere confesar su crimen ante los conspiradores de la muerte de Jesús; le responden con una amarga ironía. Les lanza el precio de su traición. ¡Para qué! Irá a quitarse la vida con la ayuda de la horca que se ha fabricado él mismo. Sin embargo, un cínico escrúpulo se apodera de esos legistas; recogen el dinero y compran el campo de la sangre, *ager sanguinis*. Y el nombre de Judas quedará como el más cruel de los insultos.

Sin embargo, Pedro que había dicho a Jesús: *etiamsi omnes, ego non*, Pedro acompaña a su maestro cautivo. Le habían anunciado su negación, castigo de su fanfarronería; había desdeñado la profecía. Pero el peligro es amenazante y Pedro reniega tres veces de su maestro. Sin embargo, mientras el corazón de Judas se había endurecido todavía más, cuando el Salvador le había dicho: “Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre”, una sola mirada basta al discípulo presuntuoso. Sin decir nada, para no comprometerlo, Jesús mira a Pedro y el corazón de éste es traspasado de lado a lado. Sale y llora amargamente, y sus lágrimas, que durarán tanto como su vida, formarán en sus mejillas dos surcos, dice la tradición, ¡tan profundo fue su dolor, tan amargos serán sus pesares! ¡Feliz quien, siguiendo el ejemplo de Pedro, en un gran amor, detesta las faltas incluso grandes! Sus faltas le serán perdonadas en proporción de su arrepentimiento.

## VII. Jesús y los tribunales

Cosa asombrosa la cantidad de jueces: Anás, luego Caifás, después Pilatos, luego Herodes, luego el populacho, después finalmente Pilatos por tercera o cuarta vez, porque sólo él tenía la potestad para dictar una sentencia final y que, por una parte encontraba a Jesús inocente, *non invenio in eo causam* [Juan 19, 6], y por otra, no quería exponerse al enfado del César con que le amenazaban.

¡Oh, santa Iglesia de Dios, también tú conoces esta serie de tribunales: cuánto efecto tiene la envidia enmascarada en su piedad mentirosa, cuántos textos de leyes tiene una cierta legalidad para condenar a la inocencia más manifiesta, cuánto desprecio aporta la voluptuosidad adúltera de las cuestiones más importantes, cuán ciego es el furor popular en ciertos momentos, cuántas bajezas comete la ambición que tiembla ante ciertas amenazas!

La Iglesia no lo ignora. La traicionarán siempre, la encadenarán siempre, siempre será condenada a morir en algún punto del globo, y siempre vivirá, y siempre verá sellar la piedra sobre la tumba de sus enemigos.

Hoy, es en Francia, al parecer, donde debe cumplirse en ella la obra de muerte. Lo sabe y no se turba por ello. ¡Desgraciadamente! La Iglesia vivirá siempre en alguna parte de la tierra, pero no le ha sido predicho que vivirá siempre en todas partes.

### VIII. Jesús es condenado a muerte

No han esperado la última sentencia para torturarlo. El sufrimiento ha comenzado desde el huerto de los Olivos. Ha continuado en casa de los sumos sacerdotes, cuando le cubrían de escupitajos, cuando le ponían un velo en la cabeza, cuando le llenaban de golpes, cuando le abofeteaban. Era necesario que cualquier conmiseración estuviera ausente, que toda crueldad fuera soportada. Le llevan ante Pilatos, de allí donde Herodes que le trata con irrisión. En el fondo quizá había algún sentimiento bueno en este príncipe. A un loco no se le condena a muerte y Herodes había hecho poner sobre sus hombros la túnica de los insensatos.

Ahora, daos cuenta del medio empleado por Pilatos para salvar a la víctima del furor judío. Jesús será flagelado, coronado de espinas; le golpearán con un cetro de burla, le pondrán el manto de púrpura. ¿Qué más se

requiere? ¡Oh!, nada valdrá. Excitada por los sacerdotes, la multitud, que le había recibido triunfalmente unos días antes, ahora sólo tiene para con él gritos de muerte. ¡Oh bondad y dulzura popular, he ahí algunos de tus golpes!

Recordad que cuanto más perfecto es un cuerpo, más sufre cuando se le causa un dolor. ¿Qué cuerpo más perfecto que el del Salvador? ¿Qué sufrimientos no soportó? ¿Qué paciencia no empleó para soportarlos?

Sepamos sacar de estos suplicios precursores de la muerte una doble enseñanza: el lujo de pruebas que Jesús quiere darnos de su amor —repetámoslo, porque nada hay más verdadero—, he ahí hasta dónde nos ama; y también he ahí los ejemplos que nos da. Jesús befado, insultado, torturado, flagelado, nos enseña la purificación del dolor. Ahí está la vida cristiana. El horror del pecado, la aceptación del castigo es la prueba del amor de la criatura por su Dios, del mismo modo como un Dios ha mostrado su amor por sus criaturas. ¡Feliz quien comprende este misterio! Los santos lo entendieron; por eso son santos. Seámoslo siguiendo su ejemplo tras el rastro sangriento de Jesús.

## IX. La cruz y la muerte

La sentencia dictada por el odio sacerdotal, por el furor popular, por la ambición asustada, se va a ejecutar. Tras los azotes, la corona de espinas, el cetro de caña, el manto de púrpura, he aquí la cruz. Cargan las espaldas del nuevo Isaac, y él toma el camino de la montaña en que debe ser inmolido. ¡Cuántas caídas, cuántos golpes, cuántas blasfemias se añaden a su suplicio! Su madre se acerca, y en semejante momento, ¿se puede decir que la presencia de María le sirva de consuelo? Una piadosa mujer le limpia el rostro manchado de sangre, de lágrimas y de barro. Otras mujeres hacen oír los acentos de su conmiseración. Jesús rechaza los consuelos de este tipo: “Hijos de Jeru-

salén, no lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos” [Lucas 23, 28]. El dolor del hombre no impide la mirada profética de Dios sobre el terrible destino de la ciudad deicida. Temen que la debilidad del condenado no le permita llegar hasta el final de su suplicio. Un forastero, Simón de Cirene, pasa por allí; le echan mano para obligarlo a llevar la cruz con Jesús. ¡Dichoso el cristiano que puede ayudar a la víctima por excelencia a consumir su sacrificio, a entrar en sus sentimientos, a hacerle los dolores menos punzantes, el peso de la cruz menos pesado!

Han llegado al Calvario, la cruz es depositada a tierra, Jesús extendido sobre el funesto y pronto glorioso instrumento de su muerte. Sus pies y sus manos son perforados, la cruz es levantada, el sacerdote y la víctima son así colocados entre el cielo y la tierra, la sangre fluye de tantas fuentes de vida para la curación de los pecadores, la voz del pontífice se deja oír a intervalos. Reza pos sus verdugos: “Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen” [Lucas 23, 34]. Encomienda Juan a María y en la persona de Juan a todos los hombres encomienda a su madre, y dice que tiene sed: sed misteriosa en que las almas son la causa de su suplicio. Se dirige a su Padre y se queja de estar abandonado, con el fin de enseñarles a los cristianos llamados a la perfección qué quebrantos, qué abandonos, qué tinieblas hay que padecer antes de llegar a la necesaria pureza del corazón para conseguir la intimidad de la unión con Dios. Finalmente, da un gran grito y expira, colocando como por sí mismo su alma entre las manos de su Padre. Todo está consumado.

¿Qué más queréis? ¿Jesús ha amado a los hombres? ¿Su salvación le ha costado bastante caro? ¿Qué más puede hacer que morir por ellos? ¿Qué harán ahora ellos por él? Muchos le ignorarán, otros le rechazarán. Será perseguido en su Iglesia, en sus discípulos más queridos. Conviene que así sea, para que hasta el final se prosiga

la lucha entre el odio del infierno y la misericordia del cielo. Solamente, ¡desdichado quien no aproveche de esta inmensa ternura, quien no sepa comprender el amor y los dones inagotables del Salvador! Mas, ¡también dichoso quien los aproveche, quien reciba en su corazón la sangre que fluye del corazón atravesado de su maestro! ¡Dichoso quien viviendo en la contemplación de tan dolorosos misterios se aplica los frutos vivificadores para la eternidad!

El sacrificio está consumado, ¿qué harán con este cuerpo inanimado? Pilatos se lo concede a dos discípulos secretos de su doctrina, escondidos hasta ahora, en este momento llenos de valor. Le bajan de la cruz; María está ahí con algunas mujeres piadosas para honrarle con sus perfumes. Una tumba en que nadie ha sido depositado todavía está, al parecer, providencialmente preparada para recibir el cuerpo de Jesús que, siempre unido a la divinidad, es encerrado allí como en su primer sagrario. Dejemos a los fariseos que vengan, con permiso del gobernador, a poner su sello en la piedra que cierra el sepulcro y a rodearlo de guardias, para que los discípulos no puedan secuestrarlo. La timidez de los apóstoles les paralizará sin duda. ¿Pero quién detendrá al ángel de Dios cuando, llegada la hora, descenderá del cielo y, pese a los sellos puestos, levantará la piedra, derribará a los guardias aterrados y, primer testigo de la resurrección de Jesús, abrirá la tumba de aquél que siempre está libre entre los muertos: *inter mortuos liber?*

---

## 2° CORONACIÓN DE ESPINAS

**Nuestro Rey** Es cosa admirable cómo, en ciertas épocas, los misterios de la vida de Nuestro Señor toman un aspecto maravillosamente práctico. Dejando de lado el comentario personal, tomaré el comentario de la época para mostraros la devoción que debéis tener a Nuestro Señor presentado por Pilatos al pueblo judío cuando dice: “He aquí a vuestro rey” (Juan 19, 4). Un rey maniatado, flagelado, revestido con un pedazo de púrpura, coronado de espinas, llevando en la mano como cetro una caña. ¿No es esa la situación, no diré del Papa —la semejanza es demasiado llamativa y ha sido a menudo evocada—, sino de Nuestro Señor mismo frente a las sociedades modernas? ¿Existe algo más desolador?

Antiguamente los pueblos eran católicos, y si Nuestro Señor ha sido expulsado de las sociedades modernas, la culpa es de los católicos. Está en primer lugar la larga cadena de crímenes de nuestros padres a lo largo de las generaciones, luego y sobre todo están nuestras propias culpas. Si hoy asistimos al doloroso espectáculo de Nuestro Señor presentado a las poblaciones bajo las insignias de una realeza ridícula, como entonces en el pretorio, es por nuestra culpa, Hermanas mías. ¿Qué vendrá luego? Lo ignoramos. ¿Qué harán con este rey coronado de espinas? Sólo él lo sabe. ¿Cuáles son vuestros deberes frente a esta realeza humillada, despreciada, burlada, de esta realeza presa de la duda, del escepticismo, y negada en su principio? ¿No sentís que hay ahí para vosotras una obligación de extender el reino de Jesucristo? Os hablo como a muchachas inteligentes, capaces de comprenderme.

Planteada así la cuestión, yo os digo: Vuestra Congregación, considerada como un cuerpo moral, tiene aquí deberes. Vosotras que sois sus miembros y que habéis tomado como divisa esta palabra: *Adveniat regnum*

*tuum*, debéis cumplir vuestra misión. Ya que la fórmula de vuestra vida es esta oración: “Dios mío, que venga tu reino”, añadid: Sí, sin cesar, sin tregua, tengo que destruir en mí y a mi alrededor, todo cuanto se oponga a la realeza de Jesucristo; es necesario que contribuya con todas mis fuerzas a levantar esta realeza del abismo de humillación en que sus adversarios la han precipitado y que yo la rodee de majestad y de gloria.

**Nuestras armas**      Ahora bien, ¿cuáles son los medios que vos mismo, Señor, habéis tomado para establecer vuestra realeza y hacerla penetrar en el orden social? Os veo en el pretorio revestido de oprobios y de dolores. Luego, durante tres siglos, haces participar a tu Iglesia y a tus mártires de tus ignominias; continúas padeciendo en ellos las humillaciones de tu Pasión. ¿Qué haré, pues, yo que quiero hacer volver vuestro Reino a la sociedad y ser el testigo del Evangelio no ya como los mártires en las hogueras, en el cadalso o en medio de los suplicios, sino en todas partes, en toda mi vida? Sí, ¿qué haré yo? ¡Oh! Tú mismo me respondes. Debo fundar vuestra realeza sobre el anonadamiento, debo hacer penetrar la noción de los anonadamientos de vuestra realeza principesca a través de la sociedad que se retira de ti.

¿Podemos negarlo, Hermanas mías? El gobierno social se retira de Dios. La sociedad se divide en dos campos muy distintos y realiza más que nunca el pensamiento de San Agustín, cuando dividía el mundo en dos grandes ciudades, la ciudad de Dios y la ciudad del diablo. Ya que vosotras sois guerreras en uno de los campos y que el enemigo despliega sus fuerzas ante vosotras, hay que tomar las armas para defender a la Jerusalén celeste. ¿Cuáles serán estas armas? No toméis otras distintas que las de Jesucristo. Ha querido servirse de la humilla-

ción, del anonadamiento divino, ¿cómo podríais vosotras proceder de otro modo? Mirad a vuestro Maestro. Os ha dejado este ejemplo, para que caminéis por sus sendas y hagáis llegar su Reino a este mundo. No tenéis otro camino posible. Tomad el gran principio de la humildad. Ahí está precisamente la antípoda del principio de la ciudad de Satanás, la fuerza y el poder de la ciudad de Dios. Satanás es el orgullo; le derribaréis mediante la humildad.

Mirad, pues, la manera como toda vuestra vida debe quedar investida por el principio de la humildad. Tomad la resolución seria, enérgica, de no dejar en adelante nada de vosotras mismas presa del orgullo, del amor propio, de la vanidad. Entrad profundamente en el sentido de aquella palabra de San Pablo, que ya os he citado: “Cristo no se ha complacido en sí mismo” (Romanos 15, 3).

Helo aquí, pues, Hermanas mías, aquél que es sacerdote para la eternidad, aquél en torno al cual los ángeles cantan el cántico de David: “*Tú eres sacerdote para la eternidad*” [Salmo 110, 4]; helo ahí revestido como un rey, antes de ser despojado como víctima.

¿Cuándo colocaremos nosotros la humillación en la vida social, como los mártires lo hicieron al entregar sus vidas bajo el hacha de los lictores o en las llamas de las hogueras? En aquel momento supremo de la muerte, se podía decir, al parecer, que iban a la destrucción definitiva. ¿Cuándo tomaremos la resolución de decirle a Dios: “Dios mío, pasará lo que tanga que pasar, pero quiero aceptar, según la obediencia y la regla, todas las humillaciones que me sean propuestas. Poco me importa ir a todos los abajamientos, a todos los anonadamientos, de los que me dais ejemplo en esta realeza paradójica, llena de contradicciones, de los que os reviste Pilatos. Él dijo:

“Tú eres rey”; os presentó en calidad de tal al populacho, embriagado de vuestra sangre; hizo clavar en la cruz la inscripción de vuestra realeza, después de haberos entregado a los golpes de los verdugos, a las burlas, a los insultos de la multitud.

Mirad, pues, mis Hermanas, lo que debéis hacer ante semejante espectáculo. Vais ante vuestro Crucifijo a adorar a Nuestro Señor coronado de espinas y moribundo; vais a adorar a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, en el sagrario o en la custodia, pero siempre despojado de las insignias de su realeza y anonadado. ¿Acaso no le lleváis también mediante la comunión dentro de vosotras, donde está enterrado en la oscuridad de vuestro corazón? ¿Qué debería suceder en el corazón de una religiosa, embargada de amor y corriendo con santo ardor tras los anonadamientos del Salvador? ¿A quién deben dirigirse los insultos, los desprecios? ¿A Jesús o a ella? Ella, esposa culpable de infidelidad constante contra su esposo. Por poco que esta religiosa tenga un corazón, ¿puede dispensarse de pedir a Dios de invertir los papeles, de tomar para él la escasa gloria que ella es capaz de procurarle mediante su adoración y su amor, y de darle a ella, por su parte, los oprobios de Jesucristo? Se trata de restablecer el orden de las cosas, Hermanas mías: la gloria para Dios, para el Santo de los santos, la humillación para la esposa pecadora.

**Consecuencias  
prácticas**

Vayamos a las consecuencias.  
¿De qué os podéis quejar frente al silencio adorable de Nuestro

Señor flagelado y coronado de espinas? He aquí a Pilatos que os lo presenta, o bien, si lo preferís, estabais en el pretorio en la persona de las santas mujeres, y Pilatos os dice: “He aquí a vuestro rey”, y el pueblo responde: “No tenemos más rey que el César”. Vosotras levantáis la

voz y decís: “Sí, es mi rey, y frente a una sociedad que lo reniega, que lo expulsa de su seno, quiero restablecer su reino”.

Mis queridas hijas, nunca hubo un momento más propicio para una misión semejante. Desde hace siglos, la Reforma mina los fundamentos del trono de Jesucristo, y la Revolución, en los acontecimientos actuales, no hace sino proseguir su obra destructiva.

¿Queréis ser las súbditas de este rey destronado y entregaros, como hijas de la Asunción, durante tres o cuatro siglos, si es necesario, a este trabajo de restauración? Es una gran dicha la que el Señor os propone. Aceptad esta magnífica carga, pedid cada día la inteligencia más profunda de vuestra divisa: *Adveniat regnum tuum*. ¿Queréis ir a tomar a Nuestro Señor sobre aquella especie de plataforma en que Pilatos le ha hecho subir para mostrárselo como espectáculo de burla al pueblo judío? ¿lo queréis, aceptando todas las consecuencias de humillaciones y de sufrimientos para vosotras? La pregunta está claramente planteada, respondedla.

¿Sentís que vuestra divisa, *Adveniat regnum tuum*, colocada frente a la palabra: *Ecce rex vester*, es una respuesta magnífica? Una parte del pueblo exclama: *Non habemus regem nisi Caesarem*; no queremos saber nada de vuestro rey, hemos elegido al César, es decir al mundo con sus pasiones, a Satanás y su imperio. Y vosotras, el rebaño elegido y fiel, vosotras que amáis al Maestro y le habéis seguido en las humillaciones, respondéis: “Jesús, revestido con un pedazo de púrpura, armado con un cetro de caña, Jesús humillado, golpeado, saciado de oprobios, él es nuestro rey. *Adveniat regnum tuum!*”.

*Extracto de la 18ª Conferencia de Nimes,  
27 de noviembre de 1870.*

## LA CRUCIFIXIÓN

A propósito de la crucifixión, sólo haré tres consideraciones para vuestra seria reflexión: la sujeción de Nuestro Señor, la vergüenza y la humillación, y finalmente el sufrimiento.

1º La sujeción, son los clavos y los clavos son los santos votos. Los clavos atan a Nuestro Señor a la cruz; vuestros santos votos os clavan a la vida religiosa, al instrumento de vuestro suplicio, y esto hasta vuestro último suspiro. En la sujeción de Nuestro Señor está la salvación del mundo y la santificación de los elegidos; en la vuestra se encuentra vuestra salvación como cristianas, vuestra santificación como esposas de Nuestro Señor. Cuanto más perfecta sea la sujeción más asegurada estará vuestra salvación y completa vuestra santificación. Por el contrario, cuanto más os sacudáis esta sujeción y os liberéis de estos clavos, más comprometida estará vuestra salvación y más dudosa será vuestra santificación.

2º La vergüenza, la humillación. Es necesario que toméis vuestro partido de aceptar todas las vergüenzas divinas, a las que una esposa de Jesucristo está expuesta en todos los tiempos y más particularmente en el momento presente. Tal ha sido la parte de Jesús en el Calvario, y siempre será así. ¿Cómo se producirán tales humillaciones? No lo sé. ¿Pero quién de entre vosotras no ha padecido ya una confusión y cómo la ha aceptado? ¿Con su orgullo? Hermanas mías, hay una cosa que siempre me asombra, lo digo de mí como de vosotras, y es que tengamos el valor de mirar a una cruz y luego tengamos orgullo, amor propio y vanidad. Hacemos cien veces al día la señal de la cruz, en el oficio, en la misa, antes de nuestras acciones; besamos a menudo nuestro Crucifijo; se nos bendice en forma de cruz. De todas las enseñanzas, de las humillaciones y de las vergüenzas del Crucifijo, ¿qué

nos llevamos, qué conservamos? Nuestra soberbia, nuestra dignidad, nuestra vanidad, nuestra susceptibilidad y todos los demás sentimientos de orgullo. ¿Qué es nuestra vida, entonces, sino una gran mentira? Meditad esto, mis queridas hijas: Jesús mostrándoos su amor mediante sus humillaciones. Quisiera que aprendierais a ir a la humillación por el corazón, que mostrarais a Jesús cuánto le amáis mediante el amor a las humillaciones. Un convento habitado por muchas religiosas que actuaran así, sería un convento de santas, sería demasiado perfecto. Por eso no existe.

3° Los sufrimientos de Nuestro Señor. No sólo son tan horribles como la imaginación puede suponer, van más allá de toda imaginación. Se necesita el corazón de Dios para comprender todo lo que ha sufrido el Hombre-Dios en la delicadeza y la perfección de su naturaleza humana. Cuando hayáis contemplado a vuestro divino Salvador reducido a un estado semejante, decid: “Dios mío, después de haberos visto mostrar vuestro amor a los hombres mediante vuestro amor a la sujeción, a la vergüenza y al dolor, ¿cómo os amaré yo a mi vez? Aceptando todas las humillaciones que queráis imponerme, todos los sufrimientos que queráis infligirme. Los encuentro en el cumplimiento de mis votos, en las obligaciones de la regla, en las humillaciones de la vida común, en todas las penas que mi vocación me impone”.

¿Os contentaréis con manteneros al pie de la cruz? No, iréis más alto. Y cuando estéis atrapadas por este triple orden de quebrantos, que vengan de Dios, del prójimo o de vosotras mismas, ¿qué haréis? Os sujetaréis a la cruz mediante los santos votos, como Jesús lo está a la suya mediante los clavos, y allí, atadas al instrumento de vuestro suplicio, aceptaréis vuestras penas, vuestros dolores, vuestra vergüenza, como Nuestro Señor ha aceptado los insultos de los fariseos, los gritos del populacho y el odio de sus enemigos que meneaban la cabeza delante de él.

Colocaos frente a Dios Padre con Jesús víctima, sobre quien Dios descarga los tesoros de su cólera y de sus venganzas; colocaos ahí y ved qué es lo que no podéis llevar.

Para terminar, Hermanas mías, y tras mostraros lo que debéis hacer en cuanto religiosas desde el punto de vista de la santificación personal, dejadme que os aconseje prescindir también de vuestra personalidad como religiosas. Nuestro Señor se ha olvidado de sí, no se ha estimado en nada sobre la cruz. Así debéis hacer vosotras, no ser ya vosotras para vosotras, sino convertiros en víctimas y ofreceros para la salvación de las almas y por la Iglesia. Sois esposas de Jesús crucificado, muriendo por los hombres. ¿No podéis tomar la resolución de olvidaros de vosotras mismas, de consagrar toda vuestra vida a llevar la cruz y aceptar la elevación de la crucifixión? Si Jesucristo ha querido hacer totalmente solo la obra de la salvación del género humano, ¿acaso no os ha pedido sin embargo vuestra participación? Id, pues, y decid: “Tomadme, Señor, con lo poco que valgo, según la medida del sacrificio que me ha sido puesto en el corazón, y que espero aumentaréis cada día. Quiero caminar en la sencillez de mi amor y en la vergüenza de la cruz, con el fin de poder satisfacer vuestra justicia por los pecados de los hombres y los sufrimientos de la Iglesia; y así, yendo a vos en la humillación de vuestra Pasión, seré de aquellas que aumentan el tesoro de las riquezas místicas de vuestra Iglesia, de tal manera que pueda cumplir la palabra de vuestro Apóstol: *Adimpleo ea quae desunt passionum Christi* (Colosenses 1, 24). Así es como, en ese gran honor que me hacéis de poder añadir algo a la redención del género humano, podré también añadir algo a la dimensión de mi amor y hacerle inmenso para vuestra gracia”.

*Extracto de la 19ª Conferencia de Nimes,  
28 de noviembre de 1870.*

3°

## LAS CINCO LLAGAS

El Señor ha colocado sobre su Hijo las iniquidades de todos nosotros, y por ello le tortura en todo su ser. *O vos omnes qui transitis* [vosotros, todos los que pasáis por el camino] [Lamentaciones 1, 12]. Su cabeza ha sido coronada de espinas, su cuerpo triturado por la flagelación. Ahora son los clavos los que atraviesan sus pies y sus manos, y el alma unida al cuerpo le da su capacidad tan perfecta de sufrir. Y como no existe alma más perfecta que la del Salvador, no hay otra que pueda comunicar al cuerpo una mayor capacidad de sufrimiento.

## I. Expiación

Helo ahí colgado en la cruz. Sus pies son un signo de vida; van a todas partes donde la acción necesita la presencia del cuerpo. Pero ahora están dolorosamente inmóviles. ¿A dónde no os ha llevado el pecado? ¿A qué espectáculos, a qué reuniones, a qué gestiones? Vuestros pies, servidores de vuestra voluntad, han pecado y por eso Jesús sufre en los suyos: *foderunt manus meas et pedes meos* [Salmo 22, 17].

Las manos también han sido instrumentos de pecado. La glotonería, la vanidad, el deseo de agradar, se servían de las manos. Las de Jesús están atravesadas por causa de vosotras: *foderunt manus meas et pedes meos*.

Pero en esta horrible suspensión, el cuerpo entero del Salvador expía: *Dinumeraverunt omnia ossa mea* [Salmo 22, 18]. Expía, este cuerpo sagrado, todas las manchas de la carne. Así es como los pies atravesados, atado a la cruz, es por excelencia el hombre de dolores, que hurga en todas nuestras enfermedades para curarlas. He ahí su expiación. Colocado entre el cielo y la tierra, expía por todos los pecadores, y por nosotros en particular. ¿Cuáles son nuestros pecados más habituales que expía de modo

especial? A vosotras os corresponde preguntárselo. Porque ¿qué pecado no es expiado por estas sagradas llagas que derraman la sangre a raudales?

Considerad esta víctima, tan cruelmente encadenada al altar, donde debe satisfacer por los pecados de los hombres y mirad cómo, vosotras también, debéis ataros a la cruz y decir con el Apóstol: *Christo confixus sum cruci* [con Cristo estoy crucificado] [Gálatas 2, 19].

## II. Prueba de amor

He aquí, ciertamente, la prueba más asombrosa. ¿Qué más ha debido hacer Jesucristo que no haya hecho? ¿Morir? Él ha muerto. ¡Y con qué cortejo de torturas! ¡Cómo han precedido los suplicios, cómo se han proseguido hasta el último suspiro! No quiero convocar aquí a los grandes pecadores, es inútil; quiero dirigirme a lo que supongo de más santo en el pueblo de Dios. Fuera del pecado original, ¿podrías afirmar que en vuestro pasado nunca hubo falta mortal? He aquí el amor del padre del hijo pródigo. Estabas muerto, te recibe en la vida; pero para eso él muere por ti. Vuestro odio, manifestado en el pecado mortal, parece un nuevo aguijón para su amor. ¿Dónde has pecado? ¿En tu inteligencia? Te han mostrado su cabeza desgarrada por la corona de espinas. ¿En tus sentidos? Mira sus pies, sus manos perforadas, y cómo la sangre que fluye de ellos se une a la de la flagelación para lavarte.

¡Qué amor y cómo no exclamar: *Sic nos amantem quis non redamaret*, y dar prueba de nuestro amor aceptando el sufrimiento como a él le plazca enviárnoslo!

### III. Enseñanza para la imitación

Cada uno será castigado por donde ha pecado; es lo que el Salvador nos enseña. Expía los detalles de todas nuestras faltas, pero quiere que caminemos por sus sendas. ¿Cuándo comenzaremos a tomar uno a uno nuestros pecados para ofrecer por cada uno de ellos una expiación especial? ¡Qué ciencia de la penitencia no adquiriríamos si buscáramos esforzarnos por dar a cada uno de nuestros pecados la expiación que le es propia! ¡Qué cambio radical de una vida culpable!

Se trata de pequeñas cosas, de faltas ligeras, dirás. Muy bien, pues haz penitencias ligeras. Quizá, si suples a la escasez de expiaciones que ofreces con una contrición tanto más grande, podría suceder que experimentarás el sentimiento de ofrecer algo más, a medida que la gravedad de tus pecados te aparecerá más claramente. Pero en esta invitación de Jesús ofreciéndote sus llagas está el sentimiento de quien es la inocencia misma y que sufre por los demás. ¿Cuándo será tu espíritu lo suficientemente cristiano para aceptar sufrir por los pecadores y participar en este aspecto tan fecundo de las llagas del divino Maestro?

### IV. Medio de unión

En Roma, las basílicas mayores tienen cinco puertas, que simbólicamente representan las cinco llagas del Salvador. Por ellas se penetra en el interior del santuario, se llega hasta las confesiones o a los altares, en una palabra, se va a solicitar las gracias, que Dios dispensa más abundantemente en ciertos lugares más favorecidos. ¡Oh!, cuando el Salvador quiso mostrar a los judíos de una manera figurativa que moriría y resucitaría, les dijo: “Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré” [Juan 2, 19], y el evangelista observa que hablaba del templo de su cuerpo.

¿Qué templo más admirable, en efecto, que aquel en que habita la divinidad corporalmente en su plenitud, siguiendo la expresión de San Pablo? Pues bien, las cinco llagas de la cruz son las puertas misteriosas por las que somos invitados a entrar en el divino templo, en un momento destruido por los judíos, pero en menos de tres días gloriosamente reconstruido. Sí, en él habita la divinidad. Sí, tras los velos, tras los muros de ese cuerpo, podemos encontrar a Dios. Ahí es donde se realiza la unión, cuando las llagas divinas han derramado suficiente sangre para purificar nuestras almas, y cuando en esta unión, dolorosa aquí abajo pero allá arriba llena de gloria, Jesús resucitado quiere conservar la marca de sus llagas. Es su gloria, son las puertas divinas siempre abiertas.

Vayamos a las llagas del Salvador; que los clavos de la cruz atraviesen nuestras manos y nuestros pies; que nuestro costado abierto permita a nuestro corazón lanzarse en aquel del divino Maestro, y la unión se consumará en el amor sufriente en la tierra y en el amor triunfante en el cielo.

---

## RESURRECCIÓN

*Surrexit, non est hic*  
[Marcos 16, 6].

He aquí, dice Bourdaloue, lo que se puede grabar sobre la tumba de Jesucristo, la única inscripción que conviene a la tumba de un hombre resucitado. Porque la tumba de Jesucristo es la única que la fe nos muestra como no teniendo nada que devolver en el último día. Examinemos por qué este prodigio de la resurrección.

1º Por parte de la adorable Trinidad la resurrección era debida, a causa de las humillaciones mediante las que él le había rendido gloria y reparación.

2° Por parte de Jesucristo, la resurrección es la base de la predicación evangélica y de nuestra fe.

3° Por nuestra parte es, con el principio de la fe recibida, la garantía de nuestra reconciliación, de nuestra esperanza y de nuestra gloria.

**1° Por parte de la  
Trinidad**

La resurrección debida a Jesucristo por parte de la Trinidad. Cuando me sirvo de esta expresión, hay que establecer con Santo Tomás y San Agustín que, sin duda, Dios pudo salvar a los hombres del pecado por otro medio distinto de la muerte del Salvador; pero desde el momento en que Dios ha establecido este medio, es necesario que algunas consecuencias se sigan. Ahora bien, Jesucristo era inocente. La muerte no le era debida. Era Dios y hombre; la divinidad comunicaba personalmente a su cuerpo la incorruptibilidad. Sin embargo quiso morir para satisfacer la justicia divina y para darle una gloria que ninguna otra criatura podía darle, porque ninguna otra criatura estaba como él personalmente unida a un Dios.

Pero Dios, que abunda en riquezas, ¿permitirá que una criatura le devuelva más de lo que haya recibido? Esto es inadmisibile... Jesucristo ha dado su vida a su Padre, el Padre devolverá a su cuerpo una vida mil veces más santa y más bella. Que Jesucristo haya tenido esta vida desde el primer momento de su encarnación, es algo de lo que no quiero ocuparme aquí; la ha tenido, manifiesta, tras su muerte, y era lo que se necesitaba sobre todo para consuelo de los cristianos rescatados por su muerte. Ahora bien, Jesucristo ha ofrecido a su Padre una humillación tan grande y tan profundos sufrimientos, una gloria, la única digna de la Trinidad, ya que era ofrecida por un Dios; mirad qué poder, qué dicha, qué gloria no debía recibir Jesucristo y cómo, a causa de esto mismo, debía

resucitar. *Nonne oportuit haec Christum pati, et ita intrare in gloriam suam?* [Lucas 24, 26].

**2º Por parte de  
Jesucristo**

La resurrección, base de la predicación apostólica. San Juan cuida de decirnos que la gracia y la verdad han sido hechas, es decir, comunicadas por Jesucristo: la gracia, acabamos de verlo, en el perdón concedido a los hombres por la muerte de Jesucristo; en cuanto a la verdad, es moral y lógico que quien exige la fe dé pruebas, dice San Ambrosio. Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe, debía dar la prueba de la verdad de su enseñanza. Esta prueba es la resurrección. Si Jesucristo no ha resucitado de entre los muertos, nuestra predicación es vana y nuestra fe lo es también. En tal caso, comamos y bebamos que mañana moriremos. Ya no habría moral, ni ley evangélica, ni predicación autorizada, ni fe exigible. Pero si Jesucristo ha resucitado, él prueba: 1º que es Dios, ya que resucita por su propia virtud; 2º que él es todo cuanto anuncia, y que todo cuanto predica o hace predicar mediante sus enviados es la verdad. Por consiguiente, debemos creerle y tal es la base de nuestra fe. Era necesario que Jesucristo muriese, para resucitar y probar así que él era el verdadero predicador. *Ego autem constitutus sum a Deo super Sion, montem sanctum eius, praedicans praeceptum eius* [Salmo 2, 6-7].

**3º Por nuestra parte** Por nuestra parte, la resurrección es la base de la fe recibida, la garantía de nuestra reconciliación, de nuestra esperanza, de nuestra gloria.

Acabo de decirlo, por su resurrección Jesús ha traído la fe a los hombres; él es su autor, y también su consumidor. Efectivamente, ¡cuántos hombres escuchan la Palabra de Dios y no quieren comprenderla! Jesús es el

autor de la fe. Pero no se le recibe ni a él ni a la verdad que él trae: ¿para cuántos hombres la fe no es más que una carta cerrada? Pero para quienes la quieren recibir, ¿de qué riquezas no es la fuente? Sólo que, con el don de Dios, se necesita la voluntad de recibirlo.

Pero Jesucristo ha dispuesto las cosas de tal modo que la resurrección es un hecho y que si la resurrección es negada, ya no es posible admitir ningún hecho como cierto en el pasado de la historia. No es el lugar de demostrar esta afirmación, pero es indudable, de modo que después de diecinueve siglos la Iglesia tiene derecho a decir: O creéis en la resurrección, o dudad de cuanto se cuenta del pasado de los pueblos.

Es la garantía de nuestra reconciliación. Se ofrecían víctimas, incluso humanas; pero qué eran sino una gran impotencia, ya que había que destruirlas y renovarlas. Jesús expira, pero para mostrar que su sacrificio es superabundante, no se queda en la tumba más que el tiempo necesario para constatar su muerte. Muere por nuestros pecados, resucita para nuestra justificación. La prueba de que su obra de perdón queda coronada con éxito, es que retoma la vida.

Garantía de nuestra esperanza. En efecto, nos invita a tomar parte en su resurrección. *Si consurrexistis cum Christo, quae sursum sunt, quaerite, ubi Christus est in dextera Dei sedens; quae sursum sunt, sapite, non quae super terram* [Colosenses 3, 1-2]. De ahí el desprecio de lo que pasa, el deseo de lo eterno. Mundo nuevo, aspiraciones nuevas. No estamos aún en el cielo, ya no somos de la tierra.

Garantía de gloria. Es el trabajo de Dios. Yo decía, hace unos días, que este trabajo se realiza aquí abajo, sobre todo mediante la Eucaristía, pero el resultado del trabajo

en sí mismo, ¿qué es? El trabajo es el esfuerzo perpetuo de la gracia que nos transforma. Escuchad al Apóstol: *Aeternum gloriae pondus operatur in nobis* [2 Corintios 4, 17]. He aquí esta gloria inmensa que somos incapaces de llevar. Como una roca inmensa que rueda de la montaña y se hunde poco a poco en la tierra empapada por la lluvia, así es el principio de la gloria en nosotros. He ahí el trabajo. El resultado es que comenzamos a unirnos a la gloria de Dios. La realización completa no puede tener lugar aquí abajo, pero aquí comienza: *Aeternum gloriae pondus*. Estamos en el comienzo: *initium aliquod creaturae eius* [como las primicias de sus criaturas] [Santiago 1, 18].

Dejémosle actuar a este divino Salvador y nos dará la gracia y la gloria: *Gratiam et gloriam dabit Dominus* [Salmo 84, 12].

---

## Devoción al Santísimo Sacramento

*La Eucaristía es el memorial de la Pasión del Salvador; memorial tanto más vivo cuanto más se haya meditado fructuosamente la vida, la doctrina y los misterios del divino Maestro: la devoción al Santísimo Sacramento está en la cúspide de nuestro amor a Jesucristo.*

*El Padre d'Alzon redactó en 1874 unas meditaciones para una octava al Santísimo Sacramento (Ver: Méditations sur la Perfection religieuse, tomo I), que presenta al Padre Picard como un comentario a nuestra devoción eucarística. Se había inspirado en una octava al Santísimo Sacramento predicada en Alès en 1861, de cuyas instrucciones una fiel oyente nos ha conservado siete; la octava llevaba el título de Jesús Dios. Cuatro de estas instrucciones fueron también predicadas, durante la Cuaresma de 1862, a las Adoratrices del Santísimo Sacramento (Ver: Eucharistie Lumière de vie, en los Cahiers du P. Alzon, 1953). Hemos seleccionado aquí:*

*1. Una meditación sobre la Eucaristía, incluida por el Padre Picard en su edición del Directorio, cuyo original no se ha podido hallar:*

*2. La Octava del Santísimo Sacramento predicada en Alès durante la Cuaresma de 1862, retomando la instrucción sobre Jesús Dios.*

*3. Algunos pensamientos sobre la Eucaristía sacados de su correspondencia.*



---

## MEDITACIÓN SOBRE LA EUCARISTÍA

Si amo realmente a Nuestro Señor, he de buscarlo ante todo en el Sacramento de su amor. Está en él como el objeto y el modelo de mis adoraciones, como mi fuerza para atraerle auténticos adoradores.

### 1º Eucaristía, objeto de mi adoración

Jesús es mi Dios. Verbo eterno, ha podido tomar la forma de esclavo; ha podido anonadarse en las humillaciones del Calvario y en las admirables impotencias del sagrario, pero sigue siendo el esplendor del Padre y el Dios eterno, merecedor de mis adoraciones.

Los abandonos a los que se condena en el sagrario, los insultos que aguanta en él, la paciencia de que da prueba, lejos de aminorar mi respeto y mi culto, deben por el contrario inclinar mi alma a una adoración y a una obediencia tanto mayores cuanto más pequeño se hace Jesús por amor a mí.

Mi fe descubre bajo las especies eucarísticas el ser de Dios, océano de poder, de luz y de amor.

*Océano de poder.* Tiene la plenitud del ser, tiene derecho a la plenitud de mi obediencia. ¿Soy consciente de su poder?... ¿Me pongo a sus pies como la criatura a los pies de su Creador?... *Substantia mea tanquam nihilum ante te* [mi existencia cual nada es ante ti] [Salmo 39, 6].

*Océano de luz. Lux vera.* La lámpara que ilumina a la Jerusalén de las almas, es Jesucristo. *Et lucerna ejus est agnus* [Apocalipsis 21, 23]; debe alumbrar todos los rincones y disipar todas las tinieblas. Debo ver todas las cosas en él, entrar en sus puntos de vista, aclarar mis juicios a la luz de su juicio, aplicarme a ver las cosas como



él las ve. ¿Cómo puedo yo preferir mis puntos de vista humanos y mi sabiduría limitada a esos puntos de vista, a esta sabiduría de mi Maestro?

Sumisión del espíritu, adhesión de la inteligencia, adoración plena, he ahí lo que le debo a esta luz oculta, si deseo ser un auténtico adorador. ¿Lo he entendido? ¿Estoy decidido a someter mi sabiduría llena de oscuridad a esta sabiduría infinita?

*Océano de amor: Exinanivit semetipsum* [se despojó de sí mismo] [Filipenses 2, 7]. El corazón de un Dios ha realizado esta maravilla. ¿Por qué mi corazón sigue tan frío? ¿Por qué mi voluntad es rebelde? ¡Basta de rebelión, basta de resistencia! Mi corazón pertenece a Dios e inmoló al pie del sagrario mi voluntad y toda mi capacidad de amar.

## 2º Eucaristía, modelo de mi adoración

Jesús es mi Dios. En cuanto Dios, es el objeto de mi culto; pero ¿quién me enseñará a adorar en espíritu y en verdad?... Sólo Él. Y en el sagrario se presenta como el más perfecto adorador. *Agnus tanquam occisus* [Apocalipsis 5, 6].

Nuestra característica, como religiosos consagrados a la virginidad, es seguir al Cordero a dondequiera que vaya. *Hi sequuntur Agnum quocumque ierit: virgines enim sunt* [Apocalipsis 14, 4]. Para conquistar la gloria de seguirle en el paraíso hay que seguirle en la vida real y mística del sagrario y aprender de él a adorar a su Padre en la pureza, la paciencia, el poder, el agradecimiento, la inmolación.

*Pureza. Agnus sine macula* [Éxodo 12, 5]. El esplendor virginal que brota del Cordero ha de reflejarse en el alma del religioso, revestido con su sangre inmaculada; ha de presentarse a su Padre separado de toda criatura. Como el incienso, ha de consumirse, y su oración ha de elevarse pura y desinteresada hacia el trono del Padre.

¿A qué se debe que rece yo tan mal? ¿Cómo me atrevo a presentarme ante Dios y osar adorarle con un alma preocupada por las cosas terrestres y un corazón plagado de imperfecciones?

*Paciencia.* ¿Qué hace el Cordero en el silencio de la Eucaristía? Espera, es paciente; tiene sus derechos, pero no los reclama; es todopoderoso, pero no emplea su poder. Ve acercarse a un alma distraída..., presa de sus pasiones..., ingrata... La acoge, no se irrita, la soporta y adora en su lugar. Escuchemos su palabra: *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde* [Mateo 11, 29]. Dulzura y humildad, ¿son ésas las características de mi adoración?

Como religioso, ofrezco el Santo Sacrificio de la Misa; comulgo, visito al Santísimo Sacramento, le adoro. Mi adoración ¿sale de un corazón auténticamente humilde, que lleva con paciencia el peso de la gracia o el peso de las almas, que está dispuesto a reconocer los derechos de su Dios mediante una paciencia capaz de todos los sacrificios?

*Poder.* El Cordero es poderoso; se nos presenta como a San Juan cargando sobre sus espaldas todos los pecados del mundo que sólo él puede borrar. *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi* [Juan 1, 29]. Como Pontífice está sentado a la diestra de su Padre, intercediendo sin cesar por nosotros. En cuanto adorador, se anonada en el sagrario interpelando con el mismo poder y la misma autoridad.

El religioso, en la adoración, puede tomar parte en este poder de intercesión de Jesús. Cristo resucitado ya no muere más, pero prosigue su obra de intercesor en su cuerpo místico, que es la Iglesia.

¿Qué hace el religioso cuando adora? Representa a la Iglesia, reza con una autoridad que no es suya, pero es una autoridad todopoderosa; transmite por los labios divinos del Mediador celeste su oración en pro de las almas. Va sacando a las almas de las llamas del purgatorio

y obteniendo la conversión de los pecadores, el fervor de los tibios, la perseverancia de los santos, el triunfo de la Iglesia, la extensión del Reino de Dios.

¡Cuántas almas de regreso, fortalecidas, santificadas mediante esa oración frágil del religioso adorador, unida a la oración todopoderosa del adorador por excelencia!

*Agradecimiento.* Cuando el sacerdote ha comulgado con el cuerpo adorable del Salvador, dice estas palabras: *Quid retribuam Domino, pro omnibus quae retribuit mihi?* [Salmo 116, 12]. Dios posee los derechos de su justicia, el Cordero los resarce. Pero el Cordero tiene derechos sobre mí; puede exigirlo todo, ya que le debo todo, le he ofrecido todo, entregado todo mediante mi profesión. ¿Qué le responderé cuando me pregunte: Qué has hecho con mis gracias? ¡Qué lástima!, he dicho sólo a flor de labios: *Quid retribuam Domino?* ¡Y he abusado de sus dones!

*Inmolación.* El Cordero es la víctima. Desde el origen del mundo, ha elegido revestir ese carácter: *Occisus est ab origine mundi* [Apocalipsis 13, 8]. ¿Y dónde brilla ese carácter con mayor bondad que en la Eucaristía? Llamado a seguir al Cordero he de ser como la víctima llevada al sacrificio: *Sicut ovis ad occisionem ducetur* [Isaías 53, 7]. No se trata de arrodillarme sobre un reclinatorio, ni siquiera sobre la tierra desnuda; sobre el altar es donde debo derramar mi corazón, como una víctima dispuesta a la inmolación y expuesta a las justicias divinas.

¿Qué quedaba de la víctima una vez pasada por el fuego del holocausto? Nada. ¿Qué quedará de mí, si quiero ser un perfecto adorador como el Cordero inmolado, como la Hostia sobre el altar? Nada. La destrucción total de mi propia vida, de mi personalidad, de mis exigencias, de mis voluntades, de mi ser de pecador, tal es el final sublime de mi adoración. ¿Lo he comprendido hasta ahora? *Deus det nobis sensum* [1 Juan 5, 20].

### 3º Eucaristía, fuerza para atraer a Jesús auténticos adoradores

¡Qué poder confiado al corazón del sacerdote, que hace descender sobre el altar a la Víctima inmolada desde el principio del mundo! ¡Qué poder confiado al religioso que, mediante la comunión y la inmolación voluntaria, se une a Jesús Eucaristía! ¿A qué se debe que use yo tan poco esta autoridad soberana?

El siglo que ha visto la fundación de mi familia religiosa es un siglo de rebelión; diviniza al hombre y niega los derechos de Dios. Por eso la Iglesia ha hecho de él el siglo de María y el siglo del Santísimo Sacramento; por eso he tomado por divisa *Adveniat regnum tuum* [Mateo 6, 10]. Proclamar los derechos de Dios, los derechos de Jesucristo en medio de sus anonadamientos eucarísticos, restaurar el culto al Santísimo Sacramento, gustar de la liturgia, propagar las Cuarenta Horas, las procesiones, en una palabra, todos los actos mediante los que el hombre afirma los derechos y el triunfo de Jesucristo en la Eucaristía, ésa es mi misión.

Sólo Jesús puede darme el comprender esta misión y la fuerza para cumplirla. Me atrae mediante su amor hacia el sagrario; desea unirse a mí cada día. Quiere por mi medio dar frutos de vida eterna: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo... Hic fert fructum multum* [Juan 6, 56; 15, 5].

¿Qué he hecho de esta fuerza?... ¿Soy un apóstol?... ¿Estoy unido a Nuestro Señor como un verdadero adorador?... ¿Le está consagrada toda mi vida de modo que mediante mi oración, mi conducta, mis sacrificios y mi palabra, pueda él restaurar los derechos de su Padre y multiplicar el número de los auténticos adoradores?

---

## OCTAVA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

### I. JESÚS PAN VIVO

*Ego sum panis vivus qui de  
coelo descendi* [Juan 6, 51].

Yo soy el pan vivo, bajado del cielo.

La Eucaristía es un pan vivo, un pan divino, un alimento completamente celestial y a este misterio, considerado el alimento del alma cristiana, ha de dirigirse toda nuestra atención. El catecismo da la siguiente definición de este adorable Sacramento: La Eucaristía es un Sacramento que contiene realmente y en verdad el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Vamos a meditar sobre el cuerpo de Nuestro Señor, principio de pureza; sobre su sangre, principio de vida; sobre su alma, principio de santidad; sobre su divinidad entera, principio de gloria.

**I. El cuerpo de Cristo, principio de pureza** En primer lugar, el Cuerpo adorable de Nuestro Señor Jesucristo es para nosotros el principio de toda pureza. Desde el pecado del primer hombre, toda carne ha corrompido su camino, y he ahí por qué nuestra carne, nuestro cuerpo, todas nuestras inclinaciones naturales no son sino corrupción. En efecto, siempre buscamos nuestra comodidad, adulamos constantemente a nuestro cuerpo, corremos tras las satisfacciones materiales que piden nuestros sentidos, y así es como nuestra vida se torna completamente terrestre, completamente sumergida en la materia, y así, cegados por las cosas de este mundo, ya no podemos entender nada de aque-

lla vida completamente pura y angélica que llevan en la tierra algunas almas que han comprendido el respeto que deben no sólo al cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, sino también a su propio cuerpo convertido en templo del Espíritu Santo. Para tanta corrupción extendida por el mundo se necesitaba una reparación, y para reparar la carne corrompida mediante una carne totalmente pura, Nuestro Señor Jesucristo ha tomado un cuerpo, y al darnos este cuerpo en la Eucaristía, quisiera comunicarnos su pureza; quisiera arrancarnos de la vida de los sentidos, arrancarnos de nuestra propia carne que no es sino corrupción, para que nuestras almas, hechas para él, puedan volar hacia las cosas eternas. ¡Oh!, ¿por qué nuestro cuerpo, que tan a menudo se convierte en la morada del Dios de toda pureza, ha de mancharse sin cesar por la búsqueda de mil satisfacciones vanas?... No son pecados, se me dirá: quizá no. Pero son lazos que retienen cautiva a nuestra alma y obstáculos que impiden a la vida divina extenderse en nosotros.

## **II. La sangre de Cristo, principio de vida**

Esta vida divina se nos comunica mediante la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Aunque en el hombre el cuerpo unido a la sangre constituye la vida, sin embargo en la sangre es donde reside principalmente. Y ésa es la razón por la cual en numerosos pasajes de la Sagrada Escritura se habla siempre de modo separado del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. *El que come mi carne y bebe mi sangre, tendrá vida en sí mismo* [Juan 6, 54], y así en muchos pasajes análogos. También se dice en otra parte: *Sacaréis agua con gozo de la fuente del Señor* [Isaías 12, 3]. ¿Cuáles son esas fuentes?... Son las llagas causadas por la corona de espinas en la cabeza sagrada de Nuestro Señor, son las llagas en sus pies, en sus manos, la herida de su costado. ¡He ahí las fuentes por las que brota esta

sangre adorable que se esparce luego por nuestras almas mediante la Eucaristía para vivificarlas, regarlas, transformarlas!... Considerad el efecto de esta sangre preciosa desde vuestro bautismo hasta vuestra última comunión y ved si la vida divina ha tomado en vosotros el lugar de la vida humana... Y si, tras tantas comuniones, seguimos siendo tibios y macilentos, entonces es que, por decirlo así, desviamos esas aguas vivificantes y les impedimos regar nuestra alma, inundarla para reanimar en ella aquella vida divina, que Nuestro Señor desea ardientemente expandir en nosotros.

**III. El alma de Cristo, principio de santidad**

¡Oh!, ¿quién pudiera decir o sencillamente comprender las maravillas de santidad encerradas en el alma humana de Nuestro Señor Jesucristo? Dios Padre ha dicho que ponía en él todas sus complacencias y el Padre celestial no puede complacerse en nada que esté manchado. Nuestro Señor, al entrar en nuestro corazón, quiere comunicarnos esta santidad, y si no somos santos es porque el amor de Nuestro Señor, al no encontrar un asidero en nuestro corazón, resbala sin dejar huella. Nuestra alma es como una piedra fría, o como un mármol pulido, e impedimos a Nuestro Señor operar el prodigio que realizó antiguamente el profeta Eliseo en el hijo de la Sunamita, cuando extendiéndose sobre el cuerpo inanimado del niño le comunicó una vida nueva. La santidad se nos ofrece en la sagrada Comunión, pero, ¡cómo van a comprender las almas tan ocupadas de sí mismas, tan enamoradas de las cosas de la tierra, aquel cántico de los Ángeles ante el Altísimo: *Sanctus, Sanctus, Sanctus!* [Isaías 6, 3]. ¿Por qué nos negamos a identificarnos con ese Dios tres veces santo?... Porque la santidad nos parece penosa y difícil y preferimos, en lugar de elevarnos hacia Dios, hundirnos de nuevo en una vida cómoda, agradable, pero opuesta a la vida divina.

#### IV. La divinidad de Cristo, principio de gloria

La divinidad de Nuestro Señor Jesucristo que recibimos entera en la sagrada Eucaristía es para nosotros principio de gloria como indican las palabras que pronuncia el sacerdote al dar la Comunión: *El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo te guarde para la vida eterna*. Nuestro Señor quiere grabar en nosotros su imagen y su vida como un sello de gloria eterna, ¡y nosotros nos negamos a dejarle actuar!... Quisiera, por decirlo así, hacer de nosotros *dioses* ¡y rechazamos esta sublime transformación! He ahí la condenación de todos nosotros, ya comulguemos a menudo, ya nos acerquemos a la Mesa santa rara vez. No soy lo suficientemente santo para comulgar a menudo, dicen algunos, y he ahí precisamente su crimen. ¡Así pues! Jesucristo nos ofrece la santidad en la Eucaristía ¿y nosotros rehusamos comulgar porque no queremos tomarnos la molestia de preparar nuestra alma?... Somos culpables si no comulgamos o si comulgamos sin fervor y, por lo tanto, sin fruto, y rechazamos la pureza que está en el cuerpo adorable de Jesucristo, la vida divina que está en su sangre, la santidad que está en su alma y finalmente el sello de su divinidad que quiere imprimir en nosotros para la eternidad.

Antes de abandonar esta capilla, Señoras, tomad a los pies de Nuestro Señor una sola resolución, la de dejarle actuar a él solo en vuestra alma y no volver a poner obstáculos a los efectos de su amor en la sagrada Comunión.

## II. JESÚS VÍCTIMA

Vi en medio del Trono y de los cuatro animales y en medio de los ancianos, un cordero como degollado [Apocalipsis 5, 6].

¿Cuál es ese cordero que vio el apóstol cuando le fue dado contemplar las maravillas del Cielo?... Este cordero, esta víctima que estaba en medio del trono, es Nuestro Señor Jesucristo y le contemplamos hoy en la Eucaristía como víctima inmolada para la salvación del mundo. ¿Qué veis cuando asistís a la misa?... Un sacerdote revestido de ornamentos simbólicos sube al altar; en el momento de la Consagración sus palabras hacen bajar a Jesucristo sobre este mismo altar. Tras haber tomado su parte de la víctima, la distribuye a los fieles que se acercan a la santa Mesa, y este augusto sacrificio en que Jesucristo es siempre la víctima, se renueva todos los días, un número infinito de veces, de Oriente a Occidente.

Vamos a considerar en primer lugar lo que es Nuestro Señor Jesucristo como víctima, lo que hace como víctima y finalmente lo que espera de nosotros tras haber sido víctima por nuestros pecados.

### **I. La Víctima ofrecida al Padre celestial**

Y ante todo, ¿quién es esta víctima ofrecida al Padre celestial? Es Nuestro Señor Jesucristo con su inteligencia humana, con su corazón de hombre, con su cuerpo unido a la divinidad, y toda su naturaleza humana unida a su naturaleza divina recibe de ella una perfección que no podemos imaginar. Esta víctima tan perfecta es la que viene a ofrecerse a su Padre, diciendo: *No has querido la sangre de machos cabríos y toros, y he dicho: heme aquí. Heme aquí para hacer tu voluntad* [Hebreos 10, 8-9]. Y entonces el Padre aceptando esta oblación ha tomado todas las iniquidades cometidas desde el comienzo del mundo y todas las que van a cometerse hasta el final de los siglos, ¡y las ha colocado sobre esta Víctima única! ¿Podremos algún día comprender todo lo que ha sufrido Nuestro Señor Jesucristo en su inteligencia humana, la más perfecta que haya existido nunca, al verse cargado

con todos estos crímenes? Esta inteligencia tan pura fue, por así decir, aplastada bajo el peso de tantas prevaricaciones. ¿Y qué decir de los sufrimientos de su corazón, de aquel corazón que amaba tanto a los hombres y que preveía lo poco que iba a ser amado?... ¿Le ha ahorrado acaso sufrimientos a su cuerpo, al que la unión con la Divinidad le comunicaba una delicadeza, una sensibilidad que nunca podremos comprender?... ¿Le ha ahorrado sufrimientos en el Huerto de los Olivos, en el Pretorio, en el Calvario? En la Eucaristía Nuestro Señor ya no puede ni sufrir, ni morir corporalmente, pero no deja por eso de ser víctima. En el momento en que las palabras del sacerdote le hacen bajar al altar, es ciertamente aquel cordero como degollado que vio el Apóstol. Cargado con todos los crímenes de los hombres, su inteligencia, su corazón, su cuerpo, su divinidad entera queda anonadada, y queda aún más velado, más escondido por todas estas prevaricaciones que expía, que bajo las especies sacramentales.

## **II. Víctima de expiación y propiciación**

¿Qué hace Nuestro Señor Jesucristo como víctima en la Eucaristía?... No solamente sufre, sino que además acepta, padece

todos los dolores que le imponen las continuas ingratitudes de los hombres. Abandonado por aquellos mismos por quienes se ha entregado a los abajamientos de la Eucaristía, nuestro divino Salvador, desde el fondo de los sagrarios, ve a hombres insensibles a su amor, arrastrados por las cosas del mundo, rechazando los tesoros que se les ofrece en la sagrada Comunión y poniendo a veces una vida entera de intervalo entre su Primera Comunión y el Viático. Hagámonos una idea, si es posible, de los tormentos impuestos a esta inteligencia sagrada, ante la contemplación de tanto olvido y, más que nada, ante el insulto hecho a su Padre celestial mediante los crímenes de los hombres. ¡Oh!, si pudiéramos comprender lo que su-

pone un solo pecado mortal para la inteligencia purísima y para el corazón perfectísimo de Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué no haríamos para disminuir su número?... ¡Pensemos al menos todas las mañanas al asistir a la misa, que Nuestro Señor se ofrece por todos los pecados cometidos sobre la faz de la tierra, que está anonadado bajo el peso de tantos crímenes, y sin hablar de los que se cometen en el mundo, pensemos que los pecados mortales cometidos en esta ciudad desde la víspera bastan para abatir a esta divina víctima!... Y él acepta todo eso, todos los días y varias veces cada día y nosotros no le prestamos atención porque nos hemos acostumbrado. Incluso aprovechamos la abundancia de sus gracias para olvidarlo.

¿Qué más hace Nuestro Señor en la Eucaristía? Mientras la multitud de los hombres le deja en la soledad más completa para correr tras una felicidad que no encontrarán, este divino Salvador no se cansa de rezar por ellos y detener mediante una continua expiación la mano de Dios dispuesta a caer sobre los ingratos. Pero Nuestro Señor no se cansa de tantos sufrimientos y de tantas humillaciones, cuando en medio de la multitud de las almas indiferentes y sordas a su voz, encuentra algunas almas generosas que consienten en hacerse víctimas con él.

### **III. Lo que esta víctima nos pide**

Aquí es, Señoras, donde hay que pensar en serio en todo lo que Nuestro Señor Jesucristo víctima os pide. Tras la institución de la Eucaristía y en el momento de entregarse a sus perseguidores, Jesucristo dijo a sus apóstoles: *Os he dado ejemplo para que, como yo he hecho, así hagáis también vosotros* [Juan, 13, 15]. Aunque estas palabras sólo se dirigían entonces a los Apóstoles y a sus sucesores, pueden aplicarse sin embargo a todas las almas que participan en el banquete divino de la Eucaristía, y por lo mismo han de sacrificarse como

Jesucristo se ha sacrificado. Él ha sido la víctima primera para que estas almas privilegiadas sean víctimas después de él. Cuando el sacerdote deposita sobre vuestra lengua la Hostia adorable, es Jesucristo mismo, cargado con los pecados del mundo, como lo indican aquellas palabras: *Ecce Agnus Dei*, etc. [Juan 1, 29], el que viene a pedirnos que expiéis, que sufráis, que seáis víctimas con él. No se puede fijar a cada una la medida y el género de sacrificios que debe a Nuestro Señor, pero sí se puede decir a todas que, sea cual sea la posición en que está, hay que sacrificarse, inmolarse y saber sufrir por Jesucristo que no ha evitado ningún sufrimiento por nosotros. Y cuanto más poseída está un alma del amor por Jesucristo, más desea sufrir por él. La llama necesita un alimento para poder seguir existiendo y el alimento de la llama del amor divino es el sufrimiento, porque al sufrir se mantiene, por decirlo así, el sacrificio de Jesucristo. Si tuviéramos un poco de fe, podríamos, al contemplar el Crucifijo, buscar luego todo lo que halaga a nuestros sentidos, todo lo que nos satisface, y sacrificarlo todo al mundo, ¡mientras sacrificamos tan poco a Dios!...

Un alma que comprende algo de la santa Comunión ha de comprender también que, cuanto más se une a Jesucristo en este Sacramento, tanto más ha de unirse a su sacrificio. Nuestro Señor, perseguido en la persona de su vicario, pide ahora muchos sacrificios para expiar todos los crímenes que se cometen sobre la tierra. Busca almas generosas que vengan a consumirse en este inmenso hogar del amor, encendido por el Espíritu Santo, para consumir la víctima divina, y de donde se elevan tales llamas que todas las llamas de la tierra reunidas no pueden dar una idea exacta. Estas llamas han de quemar y consumir todo cuanto hay de humano en nosotros para que, tras haber recibido a Nuestro Señor Jesucristo en la Comunión, podamos decir: tengo en mí a la divina víctima, debo unirme a su sacrificio durante toda mi vida para poder ir

luego con confianza a la vida eterna a gozar de los frutos de su inmolación.

### III. JESÚS SACERDOTE

*Convenía que tuviéramos semejante Pontífice [Hebreos 7, 26].*

Después de haber considerado ayer a Nuestro Señor como víctima en la Eucaristía, vamos a verle hoy como Sacerdote. Nuestro Señor no se contenta con ser víctima por nosotros: su amor se desdobra, por así decir, quiere ser a la vez Sacerdote que ofrece y víctima que es ofrecida. De este sacerdocio de Jesucristo hablaba el Profeta cuando decía: *Juravit Dominus et non poenitebit eum: tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech* [Salmo 110, 4]. Y también todos nosotros somos sacerdotes, ya que si Nuestro Señor quiere que seamos víctimas con él, también quiere que seamos sacerdotes con él. A toda alma regenerada mediante el bautismo se dirigen estas palabras: *tu es sacerdos in aeternum* [Hebreos 5, 6] y unidos a Jesucristo estamos también revestidos de su sacerdocio real. Examinando los diferentes caracteres del sacerdocio de Jesucristo podremos darnos cuenta de lo que exige de nosotros como sacerdotes. El sacerdocio de Jesucristo es eterno, todopoderoso, purísimo, y finalmente eficaz.

**I. Sacerdocio eterno** En primer lugar, es un sacerdocio eterno, como indican aquellas palabras ya citadas: *Tu es sacerdos in aeternum*. Penetremos un instante en los esplendores de los cielos, pasemos sucesivamente por entre los coros de los ángeles, lleguemos cerca de los Serafines cuyo amor es como una pura llama que arde sin cesar ante el Altísimo, veamos a

María elevada por encima de los Ángeles e intercediendo por nosotros. Todavía no es la oración del sacrificio. Hemos de perdernos en el seno mismo de la Divinidad y contemplar a Nuestro Señor Jesucristo revestido de su humanidad, de pie a la derecha del Padre, ofreciéndole sin cesar su sangre y sus sufrimientos para la salvación de los hombres y la reparación de su gloria ultrajada. En cada instante de nuestra vida podemos representarnos a Jesucristo como sacerdote ante el Altísimo, ofreciéndose a sí mismo con sus propias manos. Tras haberse ofrecido sobre el altar mediante las manos de un hombre, que no es más que su instrumento, pero a quien ha revestido especialmente con la gracia del sacerdocio, Jesucristo vuelve al cielo para presentar a su Padre su sacrificio, y regresa luego con las manos llenas de los tesoros de sus gracias; pero aquellos hacia los que viene rechazan aplicarse los frutos de su sacrificio. ¿Acaso no se trata aquí de un sacerdocio eterno, y Jesucristo no tiene el derecho a exigir que el sacerdocio con el que ha revestido a sus criaturas esté también marcado por el sello de la eternidad?... Es decir, ¿que nuestra vida sea un perpetuo sacrificio?... Nos reviste con un sacerdocio *regio*, que exige víctimas *regias*, es decir, grandes, magníficas, dignas de aquél a quien deben ser ofrecidas. Pero ¿de dónde tomaremos esas víctimas regias?... Jesucristo en persona quiere ser una víctima ofrecida por nuestras manos y, pese a que sólo los sacerdotes pueden subir al altar, toda alma cristiana debe también ella ofrecer esta víctima purísima. Luego, tomando en nuestras manos todas las manchas y todas las miserias de nuestra alma, y todos nuestros esfuerzos por purificarla, y poniéndolos sobre el altar del sacrificio, el fuego que consume a la divina víctima purificará estos holocaustos que se convertirán así en víctimas regias. Y he ahí cómo, cualquier cristiano en virtud del sacerdocio real del que está revestido, está obligado a sacrificar a Dios; y ha de sacrificarse a sí mismo. Hemos de ser como Jesucristo, al mismo tiempo

sacerdote y víctima: es necesario que la sangre del sacrificio y de la inmólación corra sobre el altar de nuestro corazón y si no nos sacrificamos, no sólo un momento, sino todos los instantes de nuestra vida, no somos cristianos.

## **II. Sacerdocio todopoderoso**

El sacerdocio de Jesucristo es un sacerdocio todopoderoso y esta omnipotencia reside en sus sufrimientos y en sus humillaciones. En medio de los tormentos de su Pasión y de los anonadamientos del Calvario, Jesucristo era todopoderoso, y eso mientras se cumplía esta profecía: *parecía un gusano y no un hombre* (Salmo 22, 7). Pero se ofrecía, expiaba y seguro de la omnipotencia de su ofrenda, sabía que su fuerza aumentaría en proporción de la intensidad de sus rebajamientos. También en los anonadamientos de la Eucaristía veo la fuerza y la omnipotencia del sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando es depositado en nuestra lengua y, escondido en la sagrada Hostia, se deja destruir en nosotros como un vulgar alimento, entonces es cuando su triunfo es completo, porque para anonadarse así se necesita la omnipotencia de un Dios. Así es como la fuerza de vuestro sacerdocio residirá en vuestras humillaciones y en vuestros rebajamientos, y así como Jesucristo cuando entra en nosotros mediante la sagrada Comunión se deja destruir, así trabajando en la destrucción de vosotras mismas y de cuánto hay de más íntimo en vosotras, os volveréis fuertes y poderosas para sacrificar a Dios todo cuanto os pida, porque si os destruíis a vosotras mismas, Jesucristo, el divino Pontífice, crecerá en vosotras.

## **III. Sacerdocio purísimo**

El sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo es un sacerdocio purísimo. ¿Qué vemos en la obra de la Redención?... Jesucristo, el Pontífice por excelen-

cia, se adelanta solo hacia el altar del sacrificio. Ninguna criatura humana viene a sostenerle. Sin padre, sin madre, como dice la Escritura hablando de Melquisedec. Y cuando su santa Madre a quien ha abandonado para ir a evangelizar y sus demás parientes, no pudiendo acercársele a causa de la multitud que le rodea, le hacen llegar la solicitud de una entrevista, responde: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Únicamente ocupado de los intereses y de la gloria de su Padre, no quiere que ningún afecto humano parezca aprisionarlo; quiere ir a ofrecerse solo, e incluso en el momento de consumir su sacrificio consiente en experimentar la pena más horrorosa para el alma: ser abandonado por Dios, y exclama en la Cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* [Mateo 27, 46].

¿Se puede pensar sin estremecimiento en esta soledad inmensa de la que Jesucristo se ha rodeado? Y considerando estos misterios de abandono y de desprendimiento pensad en toda la pureza de corazón con la que debéis acercaros al altar. Nuestro Señor Jesucristo es el Esposo de las almas puras y desligadas de todas las cosas humanas. Y sin pretender alcanzar el estado de algunas almas privilegiadas que logran un grado tan elevado de desprendimiento de los afectos humanos que el mundo no puede comprenderlo, hay que ser conscientes sin embargo de cuanto exige Nuestro Señor en cuanto a pureza en el sacrificio que toda alma debe ofrecerle. No somos Ángeles, pero hemos de trabajar sin cesar en purificar nuestro corazón, para que con las manos más puras podamos sacrificarnos al Padre celestial en unión con su divino Hijo.

**IV. Sacerdocio eficaz** Finalmente, el sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo es eficaz. Recordad aquel momento de la vida del divino

Salvador cuando, llamado junto a la tumba de un hombre a quien había amado, levantó los ojos al cielo y dijo: *Padre ya sé que siempre me escuchas* [Juan 11, 42]. El Padre celestial acepta siempre, en efecto, el sacrificio de su Hijo querido y le concede el perdón que le pide por su sangre. Y ningún otro sacerdocio podría ser eficaz como el de Jesucristo, ningún sacerdote y ninguna víctima podría obtener lo que Jesucristo, sacerdote y víctima, ha conseguido. Para hacer nuestro sacerdocio eficaz, para que nuestros dones sean aceptados, hemos de unirnos al Pontífice divino, ofrecerlo y ofrecernos en unión con él. Nuestro sacerdocio vuelto eficaz en el tiempo mediante esta unión con Jesucristo se prolongará por toda la eternidad, cuando transformados y glorificados por la resurrección, contemplaremos en el Cielo a la santa humanidad de Nuestro Señor y entonces comprenderemos aquella palabra: *Tu es sacerdos in aeternum!*... [Salmo 110, 4].

#### IV. JESÚS DOCTOR

*Señor; ¿dónde quién vamos a ir?  
Tú tienes palabras de vida eterna.* [Juan 6, 68]

Nuestro divino Salvador acababa de dejar entrever a los habitantes de Cafarnaúm el misterio de la Eucaristía, y aquellos hombres carnales habían respondido alejándose de él: *Estas palabras son duras, ¿quién puede escucharlas?* [Juan 6, 60]. Entonces Jesús volviéndose hacia sus Apóstoles les dice: *¿También vosotros queréis abandonarme?* [Juan 6, 67]. Pedro tomando la palabra respondió: *¿Dónde quién vamos a ir, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna.*

También nosotros podemos repetir estas palabras del príncipe de los apóstoles, porque es ciertamente en la Eucaristía donde Nuestro Señor Jesucristo nos enseña

las palabras de la vida eterna. En la sagrada Comunión es donde verdaderamente Jesucristo enseña sin ruido al alma cristiana tres ciencias que no forman más que una: la ciencia de Dios, la ciencia del hombre y la ciencia de la unión del hombre con Dios.

**I. La ciencia de Dios**    ¡La ciencia de Dios! Qué otro maestro distinto de Nuestro Señor Jesucristo podría hacernos entender la grandeza de Dios, puesto que para satisfacer su justicia se ha necesitado una tan grande inmolación; o la sabiduría de Dios, que no podríamos concebir si algunos rayos de su luz eterna no hubieran iluminado nuestra inteligencia; o el amor de Dios para con los hombres, aquel amor tan prodigioso que, según las Escrituras: *Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único* [Juan 3, 16].

Contemplemos un instante aquella inmensidad del amor de Dios por sus criaturas. Una sola inmolación de Jesucristo era necesaria para satisfacer a la justicia divina, pero no bastaba al Amor de un Dios, ¡y el Padre celestial consiente en que su Hijo único sea inmolado todavía todos los días! Consiente en que su Hijo amado obedezca todos los días y varias veces al día a la voz de un hombre y baje a unas manos, ¡quizá por desgracia, sacrílegas!... ¿Y por qué tantos sacrificios e inmolaciones?... Para dar a este Hijo amado a algunas almas privilegiadas, ¡que ni siquiera piensan en todas las ignominias por las que Nuestro Señor Jesucristo ha querido pasar antes de llegar a ellas! ¡Y Dios Padre acepta todos estos insultos y todas estas ingratitudes para con su Hijo! Para esas pocas almas privilegiadas que tienen la dicha de recibir a menudo a Nuestro Señor Jesucristo, Dios Padre consiente en renovar el misterio de la Creación en la transubstanciación, porque la Eucaristía es como un resumen de todos los misterios más insondables de la omnipotencia divina.

La Eucaristía renueva la Encarnación, ya que mediante la comunión Jesucristo se encarna en las almas, y si envidiamos a la Santísima Virgen que tenía a Jesucristo en ella, podemos decirnos, luego de haber comulgado, que tenemos la misma dicha. El misterio de la Redención se renueva también en la Eucaristía, y aquí es donde verdaderamente se pueden repetir las palabras del Rey-profeta: *Memoriam fecit mirabilium suorum*, etc. [Salmo 111, 4], porque la Eucaristía es verdaderamente el resumen, el memorial de todas las maravillas de Dios. He aquí la ciencia del amor que Jesucristo nos enseña en la Eucaristía, de ese amor cuyas llamas ardientes rodean al planeta entero. El amor de Dios en la Eucaristía es para nuestra alma lo que el aire para nuestro cuerpo: nos rodea, nos presiona por todas partes, y tras la ciencia del amor viene la del sacrificio, porque el amor se prueba mediante el sacrificio, y Jesucristo nos enseña esta ciencia totalmente divina de la entrega completa de sí mismo a Dios. ¿Qué alma cristiana no ha escuchado en una comunión ferviente la voz de Jesús, aquella voz que se deja oír sin ruido, revelarles cosas maravillosas y que ninguna otra voz podría enseñarle? Era un relámpago que brillaba ante sus ojos, y si las divinas inspiraciones de esta ciencia no han quedado gravadas en su alma, es porque ella las disipaba por su ligereza. ¿Qué alma no ha sentido el amor de Jesús urgirla a entregarse y a sacrificarse por él?... ¡Qué culpables somos si nuestra tibieza y nuestra ligereza ponen obstáculo a la efusión de esta ciencia divina en nuestras almas!... Jesucristo mismo, el Verbo de Dios, la ciencia por excelencia, quiere instruirnos, ¡pero somos sordos a su voz!...

## II. La ciencia del hombre

Nuestro Señor Jesucristo nos enseña en la Eucaristía la ciencia del hombre, la más útil para nosotros después de la de Dios. Iluminados por la luz

divina podemos medir la profundidad de nuestra debilidad y conocer mejor por eso mismo el inmenso amor de Dios por nosotros. ¡Cuántas buenas resoluciones tomadas y luego fácilmente olvidadas! Y sin embargo, Dios no se cansa nunca; es más perseverante en su perdón que nosotros en nuestra debilidad. Hay personas que creen deber dispensarse de la sagrada Comunión a causa de su debilidad, pero son culpables, ya que conociendo su incapacidad se niegan a ir a la verdadera fuerza que es Jesucristo. ¿Por qué dejarse paralizar por escrúpulos ridículos y preguntarse si se está preparado para comulgar o si no se está?... Hay que ir siempre a Jesucristo que nos llama y entregarse sin calcular, entregarse siempre y no decir: ¿Sacrificaré esto? ¿Daré aquello? Hay que estar dispuesto a sacrificarlo todo, a darlo todo, y un alma así dispuesta está siempre preparada para comulgar.

### **III. La ciencia de la unión del hombre con Dios**

En tercer lugar, Jesucristo nos enseña la ciencia de la unión del hombre con Dios, es decir, la ciencia de su mediación entre Dios y nosotros. Jesucristo, que es un solo y único Dios con su Padre, al unirse a la naturaleza humana la ha unido con la sustancia divina. Pero esta unión se consume de un modo aún más admirable en la Eucaristía, ya que mediante la sagrada Comunión no formamos ya más que uno con Jesucristo y por lo tanto ya no formamos más que uno también con el Padre celestial. ¡Admirable misterio esta unión divina que Nuestro Señor Jesucristo nos apremia a establecer con él! Y ¿no es en la Eucaristía y en la Comunión donde aprendemos esta ciencia divina?... También conocemos en ella la unión de todas las almas en Dios, porque así como en la Comunión el alma unida a Jesucristo ya no forma sino una sola cosa con él, así las almas unidas a este divino Salvador ya no forman sino una sola y misma cosa. La Eucaristía no es

como los alimentos ordinarios que se transforman en la sustancia de nuestro cuerpo, este divino alimento por el contrario transforma a las almas en su propia sustancia; Jesucristo nos absorbe enteramente, y ¿no es cierto que las almas así alimentadas con el Cuerpo de Jesucristo y así absorbidas en él, quedan admirablemente unidas?... Y esta unión tan maravillosa se consumirá más maravillosamente aún en la vida eterna, en que nuestro ser entero será absorbido en Dios. Ya que nuestro destino es así de glorioso, y puesto que la unión con Dios ha de ser un día nuestra eterna felicidad, ¿no es justo y razonable que todas las aspiraciones de nuestro ser estén dirigidas hacia Dios y que, esforzándonos ya en esta vida por unírnos a él, comencemos desde ahora la vida toda en Dios, que habrá de ser la nuestra durante toda la eternidad?...

## V. JESÚS JUEZ

*Examínese, pues, cada cual.*  
[1 Corintios 11, 28]

Estas palabras, dirigidas por San Pablo a los Corintios, tras haberles hablado de la institución de la Eucaristía, se dirigen también a cualquier cristiano que participa del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. *Que el hombre, pues, se examine a sí mismo y así coma de este pan y beba de este cáliz* [1 Corintios 11, 28]. Nuestro Señor se presenta al mundo en tres tronos: en su advenimiento se muestra en un trono de debilidad que es el pesebre de Belén. En su última venida, al fin del mundo, aparecerá en todo el esplendor de su gloria en un trono de majestad. Pero entre estos dos tronos hay uno en el que Nuestro Señor se nos presenta a nosotros, es en la Eucaristía, en el sagrario, en un trono de justicia.

En la Eucaristía, Nuestro Señor es verdaderamente un juez, y por eso San Pablo nos dice: Que cada uno se examine a sí mismo. Algunas personas escrupulosas dirán quizá: más vale entonces no comulgar ya que hay que examinarse y juzgarse a sí mismo, y por otra parte, temo el juicio de Dios. Pues que tales personas escuchen aún a San Pablo, que añade: *Y que así coma de este pan y beba de este cáliz*. Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía juzga a cuatro categorías de personas: a los sacrílegos, a los ingratos, a los tibios y a los santos.

No quiero detenerme aquí en la primera consideración. Existen los sacrílegos en el mundo, se trata por desgracia de una espantosa e incontestable verdad. Una de las mayores pruebas del amor de Nuestro Señor por nosotros es que consiente en bajar a los corazones sacrílegos porque espera encontrar a su lado corazones puros.

**1. Juzga a los ingratos** Nuestro Señor Jesucristo juzga a los ingratos. Aquí, ¿quién de entre vosotras puede responder que no es ingrata?... ¿Quién puede decir que ha rendido a Dios dignas acciones de gracias?... No quiero fijar aquí un tiempo determinado para la acción de gracias después de la comunión, porque no se trata de recitar ciertos actos, de hacer desfilar una a una todas las virtudes, para hacer una buena acción de gracias. San Francisco de Sales no le consagraba más allá de siete u ocho minutos. Un día fue a celebrar la misa en la capilla de uno de sus amigos, Monseñor Camus, y con gran asombro de éste y de las personas presentes, comenzó la misa nada más llegar y se fue inmediatamente después. Y sin embargo San Francisco de Sales dedicaba varias horas diarias a la oración, pero entendía que la acción de gracias no consiste solamente en unos instantes de recogimiento tras los cuales uno va a dispersarse fuera

como si no se hubiese comulgado. La acción de gracias debe durar todo el día, incluso toda la vida. ¿Sois de verdad agradecidas a Nuestro Señor cuando, tras haberle dedicado media hora, incluso una hora, salís de la iglesia y esa misma lengua que acaba de recibir al autor de toda santidad empieza a despellejar al prójimo, os impacientáis, no hacéis esfuerzo alguno y caéis en los mismos defectos? No, eso no es auténtico agradecimiento y siempre es preferible no recitar tantas fórmulas de acción de gracias, sino recordar durante todo el día y toda la vida que se ha recibido al Dios de toda santidad y decir con David: *Quid retribuam Domino?...* [Salmo 116, 12].

No podéis nunca devolver amor por amor a Nuestro Señor, pero hay que darle todo aquel del que sois capaces.

## 2. Juzga las almas tibias

Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía juzga a las almas tibias. No quiero hablar de aquella tibieza repelente que el apóstol San Juan reprochaba a un obispo de la Iglesia primitiva; hablo de esa flojera, de esa apatía, que permite a un alma decir: no iré más allá. ¡Pues, qué! ¿Nuestro Señor ha descendido tan bajo como sólo el amor de un Dios podía descender para darse a vosotras, y vosotras no vais a saber tomar vuestra resolución animosamente para ir tan lejos como él os lo pide por el sendero del sacrificio y de la inmolación?...

Me coloco en espíritu cerca del altar, y allí, en presencia de la Hostia adorable, os pregunto a todas: ¿Dais a Nuestro Señor Jesucristo todo cuanto os pide? Todas me responderéis que *no*. Pero algunas tienen deseos de llegar a la perfección que Dios exige de ellas, mientras otras, la mano sobre la conciencia, se ven for-

zadas a confesar que no tienen valor para salir de la apatía y de la flojera.

Nuestro Señor juzgará a estas almas tibias que creen que podrán evitar este juicio manteniéndose lejos de la santa mesa. Pero no, no lo evitaréis y cada vez que paséis delante de una iglesia, Jesucristo desde el fondo del Sagrario os juzga, y experimentaréis el terror del criminal que pasa ante quien debe condenarlo. Pobres de vosotras si sois insensibles a este temor, pero temblad también si os acercáis a menudo a la mesa santa y vuestra vida no cambia. Si no comulgáis seréis juzgadas severamente, porque no es un temor filial lo que os aleja de Jesucristo, es el temor de veros obligadas a realizar esfuerzos constantes, y sin embargo, hay que comulgar, pues de lo contrario ¡no tendréis la vida en vosotras! Y si os acercáis a la mesa santa, hay que ceder a este amor que os apremia y que pide siempre más. Temed, pues, no con el miedo del esclavo o del mercenario, que teme un castigo o la retención de su salario, sino temed como los niños que temen no satisfacer a su padre; ese es el temor de los Santos.

**3. Juzga a los santos** Finalmente, en la Eucaristía Nuestro Señor Jesucristo juzga también a los santos. De acuerdo con la expresión de las Sagradas Escrituras, los santos necesitan siempre lavar sus pies, es decir, que existe en la vida cristiana un trabajo de purificación y de santificación que las almas puras nunca deben interrumpir. Leemos en el Evangelio que antes de la Cena nuestro divino Salvador, sin retroceder ante ningún rebajamiento, quiso lavar él mismo los pies de sus apóstoles a quienes iba a alimentar con su carne sagrada. San Pedro, viendo a su divino Maestro disponerse a lavarle los pies, exclamó: ¡No, Señor, no me lavarás los pies!... Jesús le respondió: Si no te

lavo los pies, no tendrás parte conmigo. En ese caso, Señor, le respondió San Pedro, lávame no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza [Juan 13, 8-9]. Pero Nuestro Señor sólo le lavó los pies. Así las almas puras no necesitan lavarse las manos, porque sus acciones son puras, no necesitan lavarse la cabeza, porque sus pensamientos son puros; pero necesitan lavarse los pies, porque hay en su contacto con el mundo como un polvo que empaña las zonas de su alma que se comunican con las cosas externas, y hay que quitar sin cesar ese polvo. Y este admirable trabajo de purificación dura toda la vida, porque tras una imperfección descubren otra, y cuanto más se unen esas almas al Dios de toda pureza, más se dan cuenta de cuánto necesitan ser purificadas. Nuestro Señor juzgará a estos santos, sobre todo en la obra admirable de su glorificación en el cielo. Sed, pues, dignas de ser juzgadas en este mundo con los santos por el Dios de la Eucaristía, ya que tras haberle tenido como juez y como testigo de vuestros esfuerzos en esta vida, ya no temeréis comparecer en su presencia cuando os llame para entregarse al fin a vosotras en los gozos de la patria eterna.

## VI. JESÚS AMIGO

*Ya no os llamo siervos sino amigos.*

[Juan, 15, 15]

Estas palabras fueron dirigidas por el divino Maestro a sus apóstoles, después de la Cena, en el momento en que iba a morir por ellos. Y la seguridad tan consoladora de la amistad de Jesús no se dirige solamente a los Apóstoles, sino a todas las almas cristianas. Sí, Jesucristo quiere ser vuestro amigo, y en la Eucaristía ante todo es donde nos ofrece esta preciosa amistad que no podemos rechazar sin hacernos culpables de la más es-

pantosa ingratitud. ¿Cuáles son los rasgos de esta amistad divina?... Es desinteresada, atenta, paciente, llena de delicadeza.

**1. Amistad  
desinteresada**

¿Quién osaría decir que el amor que Jesucristo nos tiene, no es desinteresado? ¿Acaso nos necesita Dios?... ¿Nos necesita para ser feliz? Para nada, y sólo por un efecto incomprensible de su bondad se digna exigir nuestro amor. ¿No le bastaba haber salvado a sus criaturas a quienes no debía nada? Pero su amor no se detiene ahí y en la Eucaristía se ofrece a nosotros sin tener nada que ganar en sus comunicaciones con ingratas criaturas. Quizá digáis, Nuestro Señor a veces reposa en magníficos templos construidos por mano de hombres. Sin hablar ahora de los ultrajes que recibe a menudo Nuestro Señor en los lugares en que se despliegan al parecer las mayores magnificencias para honrarle, pensad, os lo ruego, que la mayoría de esos monumentos en que Nuestro Señor reposa han sido levantados no en su honor, sino en honor de su Madre o de algunos de sus Santos. Admirad hasta dónde llega el desprendimiento de este divino Salvador: se esconde, por así decir, en la casa de uno de los que él ha llamado sus amigos; admirad también otra forma de desprendimiento: Nuestro Señor reposa en vasos de oro y de plata, pero si sus hijos los pobres tienen necesidad de estos tesoros, ¡se deja despojar!...

¿Acaso no se ha visto a menudo en la Iglesia primitiva a algunos santos papas y santos obispos, adivinando las intenciones del divino Maestro, hacer fundir los vasos sagrados para distribuirlos a los pobres?... ¡Y he ahí al amigo que se entrega a nosotros!... ¿Qué pide a cambio? ¿No es justo que habiendo entregado a su criatura todos los tesoros encerrados en esta divina amistad, exija de ella un inmenso amor? Id a la Mesa santa, ya

que Jesucristo os ofrece ser vuestro amigo, y no seáis tan ingratas como para negaros a abrirle la puerta de ese corazón que, a fin de cuentas le pertenece desde el bautismo, y en el que tiene derecho a exigir una preparación adecuada.

**2. Amistad atenta** Nuestro Señor Jesucristo es atento en su amistad. Desde toda la eternidad Jesucristo nos ha amado, nos ha mirado a cada uno en particular, y aunque no hubiera habido más que una sola alma en la tierra, desde toda la eternidad, hubiera previsto que la salvaría y que le ofrecería su amistad. Jesucristo ha visto desde toda la eternidad el momento de nuestro nacimiento, de nuestra Primera Comunión. También ha visto todas nuestras infidelidades, todas nuestras resistencias y nada le ha impedido amarnos antes de que le amáramos. ¿Acaso este divino Salvador no es quien el día de nuestra Primera Comunión se ha revelado a nuestra alma como su amigo, que la ha llenado de atenciones y de las más preciosas gracias con el fin de forzarnos a ser sus amigos? *Amad, pues a Dios*, decía San Juan, *ya que él nos ha amado primero* [1 Juan 4, 19].

**3. Amistad paciente** No sólo Nuestro Señor Jesucristo es delicado en su amistad, sino también paciente; no se cansa de nuestras negligencias en el sacrificio completo que pide de nosotros. No quiero aquí afirmar que hayáis descargado golpes mortales sobre Nuestro Señor Jesucristo, pero daos cuenta, con toda la vivacidad de vuestro carácter meridional, de las pruebas a que habéis sometido la paciencia de Nuestro Señor. Todas las pequeñas impaciencias, todas las pequeñas debilidades, todas aquellas faltas a la caridad, en una palabra, todas esas pequeñas miserias de las que vuestra vida está llena, son como otros tantos alfilerazos

para Nuestro Señor, y así es como, si puedo decirlo, dais ocasión de practicar la virtud al corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Y sin embargo nunca se cansa de ofrecer su amistad a tales almas que no saben hacer un esfuerzo por ir a él un poco más rápidamente. También aquí podemos admirar el desinterés de Nuestro Señor; quiere que para reparar todas vuestras demoras en su servicio, seáis a vuestra vez pacientes con el prójimo, y considerará como hecho a él todo cuanto hagáis por su amor en favor de vuestros hermanos. Soportad, pues, en vuestros hermanos los defectos que ponen a prueba vuestra paciencia, vosotras que habéis puesto a prueba tantas veces la paciencia de Jesús, y tomad, por fin, la resolución de expulsar de vuestro corazón todas esas pequeñas miserias, todas esas pequeñas manchas, que ponen tantos obstáculos, pequeños quizá pero numerosos, a la divina amistad que Nuestro Señor quisiera sellar con vosotras.

#### **4. Amistad llena de delicadeza**

Nuestro Señor Jesucristo es plenamente delicado al ofrecernos su amistad; efectivamente, ¡cuántos medios emplea para penetrar en nuestro corazón! Se trata de una buena inspiración, a veces de un rayo de luz que nos llega en medio de una lectura, a veces una humillación, una alegría, una prueba, ¡qué sé yo!... ¿Quién podrá contar todas las invenciones del amor de Nuestro Señor para llegar hasta un alma?... ¿Qué pide a cambio de tanta delicadeza? Señoras, es necesario que en las reservas inagotables de vuestro corazón de mujer, encontréis también invenciones delicadas para responder a tanto amor del Dios de la Eucaristía. Tú que pasas por ser amable, que sabes decir una palabra agradable a todo el mundo, ¿habrás perdido para Nuestro Señor ese tacto del corazón que Dios ha puesto en ti?... No, no será así, y tras la santa comunión sabrás probar a Nuestro Señor por la santidad de tu vida que has comprendido todo cuanto

de consolador había en tenerle como *amigo*, y no le rehusarás la entrega de tu corazón, porque ése es el único sagrario que él ambiciona en la tierra, y si desde esta vida es tu amigo por encima de todos los demás, será todavía mucho más tu alegría en el cielo.

## VII. JESÚS REY

*Ecce rex vester* [Juan 19, 14]

Estas palabras, pronunciadas en Jerusalén por quien representaba al pueblo-rey, estaban dirigidas a los judíos y designaban a Jesús, entonces sujeto y maniatado y cercano a ser entregado a la muerte.

Estas son también las mismas palabras que os dirijo, hoy, mostrándoos a Jesús, ya sea en casa de Pilatos, sea en el Calvario o en nuestros altares; sí, he ahí a vuestro Rey, que lleva sobre sus hombros la marca de su realeza, a vuestro Rey clavado en el trono de la Cruz, que no puede ni siquiera apoyar sin dolores su cabeza coronada de espinas en el madero de su trono. De esta realeza divina quiero hablaros hoy, y considerar con vosotras en qué consiste y a qué nos obliga.

**Realeza universal** La realeza de Jesucristo se extiende a toda la tierra y a todas las naciones. *Todas las naciones le han sido dadas en herencia* [Salmo 2, 8], dice la Escritura; es su Rey y quien sostuviese lo contrario no sería católico. Es pues nuestro Rey porque el Padre le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y es muy importante que nos hagamos una idea justa y grande de este poder soberano, para saber y entender que nos debemos enteramente a él. Jesucristo es también nuestro rey por derecho de conquista, y por aquella realeza de amor, tiene derecho a dominar sobre

nuestros sentidos, sobre nuestra inteligencia, sobre nuestros pensamientos y sobre nuestro corazón.

**Sumisión: de nuestro cuerpo** Ya que todo poder ha sido dado a Nuestro Señor Jesucristo en el cielo y en la tierra, es evidente

que es el dueño de nuestro cuerpo, creado por él y rescatado al precio de su sangre. Por eso, Señoras, convertidas por el bautismo en súbditas de Jesucristo, habéis de someterle vuestros sentidos, de lo contrario es que habéis renunciado a tan gloriosa sujeción. Los sentidos son como el término medio entre Dios y nuestra alma, y precisamente es sobre este intermedio, sobre este intermediario que quiere dominar Jesucristo.

**de nuestros sentidos** Por los sentidos es por donde Satanás entra en un alma, son las puertas por donde llega a nuestro corazón, y si mediante la mortificación y la inmolación no hacéis reinar allí a Jesucristo, pronto seréis las esclavas de vuestro enemigo. Ya sé que los grados de mortificación no son los mismos para todo el mundo, pero la ley no deja de ser general y Jesucristo tiene derecho a exigir que le dejéis reinar sobre estas puertas de vuestro corazón.

**de nuestra inteligencia** Jesucristo es el rey de nuestra inteligencia, de la parte más noble de nuestro ser, y que necesita de la Verdad eterna como alimento. Ya que esta inteligencia regenerada con la sangre de Jesucristo sólo puede ser saciada con la Verdad, ¿acaso Jesucristo, el Verbo de Dios, la Verdad por esencia, no va a tener derecho a reinar en ella y exigir que se aplique únicamente a su fin que es conocer a Dios?... Al reinar sobre nuestra inteligencia, Jesucristo también tiene derecho

a reinar sobre nuestros pensamientos. ¿En qué pensáis, Señoras?... ¿Es Jesucristo el único objeto de vuestras preocupaciones? Cuando os reunís en un salón, ocupadas en hablar de mil futilidades, ¿qué diríais si Jesucristo, vuestro rey, apareciese en medio de vosotras y viniera a preguntaros si realmente sois sus súbditas? No renunciéis a este título glorioso y someted en fin vuestros pensamientos a este rey divino, único digno de cautivarlos todos.

**de nuestro corazón** Finalmente y ante todo, Jesucristo quiere reinar en vuestro corazón; quiere todos sus afectos y todos sus latidos, quiere ser realmente su rey. Examinad ahora en qué medida dividís en dos partes vuestra vida. Le dais una pequeña parte a Nuestro Señor diciéndole: Dios mío, te lo ruego, conténtate con esto, te amaré un poco, incluso bastante; pero luego la otra parte de mi corazón será para mi familia, para mis amigos, para mi fortuna, para mí mismo en una palabra. No es así como hemos de actuar, y Jesucristo nuestro rey no quiere tal reparto. Quiere que le amemos únicamente y que todos los demás afectos se pierdan en él, porque si nos reservamos algo, nuestro corazón pronto se liberará del dominio de tan divino Rey.

## VIII. JESÚS DIOS

Hablaremos en primer lugar de la divinidad de Jesucristo, probada mediante la Eucaristía misma.

**1. Omnipotencia divina** Jesucristo, segunda persona de la Santísima Trinidad, Dios hecho hombre, igual a su Padre, nos prueba su poder divino instituyendo la Eucaristía.

Dios Padre había mostrado el suyo creando el mundo y creando al hombre; más tarde, dándonos a su Hijo único, en el misterio de la Encarnación, había llevado más lejos aún su poder y su amor. Pero Dios Hijo va aún más lejos; esta naturaleza humana a la cual ha sido unido por su Padre, no satisface todavía su amor a los hombres. ¡Llevará este amor hasta reducirse a no parecer sino un trozo de pan! Se anonadará hasta estar contenido en esta materia muerta y sin vida que llamamos hostia. Dios Padre, creando al hombre, tenía en la mira a este hombre perfecto, que no es sino Jesucristo.

Pero Jesucristo, superando a su Padre, quiere convertirse, en cierto modo, en criatura del hombre. Da a algunas de sus criaturas, salidas de la nada con vistas a sí mismo, el poder creador y ellas lo ejercen sobre él mismo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Mediante las palabras de la Consagración, el hombre tendrá derecho de creación sobre Dios mismo; tendrá el poder de hacerle descender del cielo sobre la tierra a toda hora del día y en todos los puntos del globo y de multiplicarlo tantas veces como hostias consagre, porque en todas ellas se encuentra Jesucristo, Dios y hombre a la vez. ¡Oh, cómo supera este milagro a todos los que le han precedido! Mediante la Encarnación, el Hijo de Dios había descendido al seno de una Virgen; pero en el misterio de la Eucaristía, a la voz de un hombre, desciende sobre nuestros altares, para ponerse a la disposición de cuantos le quieran recibir, para ser su alimento y encarnarse en otros tantos corazones que visita.

**2. Amor infinito** Jesucristo nos demuestra tanto su amor como su poder quedándose en nosotros bajo los velos eucarísticos. En cuanto Dios, no podía darnos nada más querido a su corazón que él mismo, el objeto de todas las complacencias del Padre, y en cuanto hombre, tras habernos entregado su vida,

¡imagina darnos su carne divina como comida! Pese a la crudeza y a la rudeza de sus palabras, no temo emplearlas tal como las trae la Sagrada Escritura. ¿Podéis imaginar algo más fuerte? ¿Qué hombre ha dado jamás prueba de un tal exceso de amor? Pues bien, es Dios mismo quien llega hasta ahí; que se rebaja y se anonada por amor a nosotros, hasta hacerse nuestro alimento, para que no seamos más que uno con él, y hacernos como partícipes de su divinidad, ya que este pan es el Pan de vida que hace germinar para la eternidad. Si es él el pan de vida, también es el pan de muerte, y no nos hace morir sino para hacernos vivir eternamente con él... Todo esto requiere explicaciones que vendrán más tarde. Por hoy contentémonos con reconocer que un Dios no podía amarnos más, que trata de hacernos partícipes de su divinidad, que nos llama a ser como dioses, y que un día, en el cielo, nos dará parte de aquella felicidad de la que él disfruta.

### 3. Adoración

Por tanto amor, ¿qué debemos nosotros dar a Dios? La adoración, ese sentimiento mediante el cual damos a Dios todo cuanto somos, nuestros sentidos, nuestros corazones, nuestros cuerpos, nuestras inteligencias y nuestras almas. Cuán pocos adoran así y cuántos disputan a Dios aquellos mismos dones que nos ha dado, para ayudarnos a amarle únicamente y enteramente. Hemos de adorar a Dios bajo los velos eucarísticos con la ayuda de las tres virtudes teologales. La fe nos lo muestra anonadado, humillado, disminuido y limitado, a él, el Dios infinito, el Dios fuerte, el Dios poderoso; la esperanza nos lo muestra como el motivo de nuestra esperanza y el único con quien podemos y debemos contar, porque ¿quién nos ha amado jamás o nos amará como este amor increado? ¿Cómo separar la esperanza del amor? Se confunden. ¿Cómo no amar a este Dios que, a la voz del hombre, desciende sin cesar a nuestros altares, se encierra bajo las santas Es-

pecias y ahí se queda hasta que el hombre se una a él en la unión más íntima que podamos imaginar? ¿Cómo no amar a un Dios que para venir a nuestras almas se expone a obedecer a la voz de un hombre, a veces indigno del carácter del que está revestido, que se deja poner sobre labios culpables y sacrílegos, que acepta vivir en corazones impuros? ¡Oh! ¿Qué devolveremos a este Dios que no retrocede ante ningún sacrificio? Él nos da sin cesar y nosotros le rehusamos alguna cosa; ¿cuándo deja de fluir su sangre sobre nuestros altares? Y ¿cuándo su carne no está a nuestra disposición? Mediante la comunión nos da más que la vida, porque es el autor de la vida; más que la gracia, ya que es el autor de la gracia; nos da su divinidad, en una palabra. Consumámonos, pues, por él, durante nuestra vida aquí abajo; no busquemos el reposo; eso no es posible con Jesús en el sagrario. ¿Acaso se reposa Jesús en él? No cesa de entregarse; entreguémonos también nosotros, ante todo comulgando, pero luego viniendo a adorarlo en el sacramento de nuestros altares. Si entonces nos sentimos incapaces de ofrecer a Dios una adoración digna de él, armémonos mediante la fe con la adoración de este Hombre-Dios, convertido en pan por amor a nosotros, y ofrezcámosela, seguros de que será para él de agradable olor. Ofrezcámoslo a él mismo a su Padre; él suplirá a nuestras propias adoraciones.

*(Tomado de la Cuaresma de 1862)*

---

## PENSAMIENTOS SOBRE LA EUCARISTÍA

*Nimes, 3 de mayo de 1853*

Me dices que sólo tienes momentos de desfallecimiento cuando estás lejos del Santísimo Sacramento y que

prostrada a sus pies quieres pertenecerle totalmente... He ahí una puerta abierta para salir del círculo alrededor del cual pretendes girar: la voz de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. En tu lugar me dedicaría a pasar allí el mayor tiempo que pudiera y a alimentar allí mi corazón con pensamientos de sacrificio e inmolación, y me ejercitaría en disminuir mis repugnancias naturales y consentiría en vivir el día a día hasta que plazca a Nuestro Señor ensanchar mi horizonte. Todo lo que te digo aquí es para mí cuestión de experiencia.

*24 de agosto de 1855*

En nuestra unión con el Cuerpo glorioso y siempre inmolado del Salvador en el Sacramento de su amor es donde encontraremos la fuerza de morir lo suficientemente a nosotros mismos para trabajar por su gloria y por el desarrollo de su Cuerpo místico.

*Lamalou, 28 de septiembre de 1856*

No puedo expresar, querida hija, la alegría que me causa la disposición de corazón en que estás respecto a Nuestro Señor. Tu devoción al Santísimo Sacramento es la mía, ya lo sabes, si finalmente tengo alguna. Sumérgete en este abismo de amor y pide ser la gota de agua que el sacerdote mezcla con el vino del cáliz, símbolo de la unión de la Iglesia y de cada santo en particular con la sustancia divina.

*Lavagnac, 9 de octubre de 1856*

Toma cada vez más la comunión como el centro de tu vida. Hazte pequeña, nada, silenciosa, paciente, obediente como Jesús y según el espíritu de Jesús, en la sagrada Hostia. Hazte como él, toda para todos, según la medida de tus fuerzas y de tus deberes y sin medida en cuanto



a los deseos, en unión con el corazón de nuestro buen Maestro. Si entras en esta senda, pronto serás una santa.

*Finales de abril de 1857*

No te abandones. Haz esfuerzos continuados: esfuerzos de presencia de Dios, esfuerzos de humildad, esfuerzos de buena presencia. Que tu vida sea una lucha. Prepara cada mañana el pan de los fuertes: que se note que te alimentas con él.

*13 de enero de 1859*

Al acordarte que es necesario que el grano muera para dar fruto, recuerda también que ese grano más tarde ha de ser molido para producir pan y que el grano de tu alma está más especialmente destinado a hacerse pan eucarístico. En efecto, todo tu ser ha de tender a eso. Tu vida es Jesucristo, y si se entrega a ti en la sagrada Hostia, es para enseñarte a convertirte en ese pan misterioso que él ofrece a su Padre y que prolonga en los suyos su sacrificio y su inmolación...

*Nimes, 25 de junio de 1859*

Nuestro Señor, divina víctima en el santo Altar, se presenta allí a nosotros con toda la perfección de su sacrificio, y desde el primer momento su sacrificio ha sido perfecto porque era el sacrificio de un Dios. Pero este mismo sacrificio, reproducido por nuestra parte, requiere que lo intentemos repetidamente, porque nuestra debilidad no puede alcanzarlo del primer salto, pese a todo el empuje y a toda la generosidad a que podamos llegar mediante una serie de esfuerzos. Lo que se te pide es muy duro, pero verás cómo poco a poco lo conseguirás por poco que se desarrolle tu ternura por Nuestro Señor.



7 de julio de 1860

Insisto absolutamente en que superes tu miedo a la comunión y que te acerques lo más a menudo posible a la santa Mesa... Una vez que estés bien convencida de que la comunión ha de ser tu vida, agruparás todas tus acciones en torno a esta acción principal, harás de ella el hogar de todos los buenos sentimientos del día, te prepararás a la comunión siendo muy dulce y muy paciente, darás gracias al Señor por sus visitas siendo muy caritativa y tan trabajadora como tu estado te lo permita.

26 de marzo de 1862

(Para mantener una comunidad en calidad de Superior), se necesita una entrega continua de sí. Nuestro Señor quiere que recomencemos a darnos sin cesar como se da él mismo en las miles y miles de hostias. ¡Qué bueno sería imitar a nuestro buen Maestro en esta señal inefable de su amor!

4 de octubre de 1864

Al Padre Victorin Galabert

... He aquí una idea. La herejía de los iconoclastas ha traído en Oriente la reacción del culto a las imágenes. La herejía protestante ha traído en Occidente la reacción del culto a la Eucaristía. Pero Oriente es muy culpable para con Nuestro Señor: el Oriente cismático a causa de sus sacrilegios; el Oriente católico a causa del escaso homenaje que rinde a la Eucaristía. La vida debe retornar en Oriente haciéndole tomar parte en la reacción occidental. La unidad volverá cuando podamos decir: *Unum corpus multi sumus omnes, qui de uno pane participamus* [1 Corintios 10, 17]. Cuanto más participemos del cuerpo de Jesucristo, tanto más se hará la unidad. Creo que hay que desarrollar el amor a Nuestro Señor en la Eucaristía, y si fundas la Adoración Perpetua en vuestra capilla

cuando tengáis al Santísimo Sacramento, estoy seguro de que atraerás muchas gracias. No digo que haga falta que el Santísimo Sacramento esté expuesto, lo que digo es que haría falta que siempre algunos de vuestros niños más juiciosos estuviesen ante el Santísimo. Piénsalo. Me parece que la herida vital está ahí. Cuando sintamos la felicidad de estar unidos a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, querremos pertenecer a la Iglesia que más hace participar en él...

*15 de mayo de 1865*

Cuando vas a misa, sube al Calvario y pide a la Santísima Virgen que te mantenga, aunque indigno, cerca de ella y de San Juan, bajo la sangre de Jesucristo.

*19 de enero de 1867*

Urge mucho a tus hermanas al amor de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Desearía mucho que esta devoción tomara un gran desarrollo: me parece que es la del tiempo actual.

*1º de abril de 1867*

¿Qué es una obra buena sin sufrimiento? ¿Dónde quedarían los dolores de parto? ¡Jesucristo ha dado a luz a la Iglesia en la Cruz y a ti te gustaría hacer la obra de Santa Teresa (de las niñas protestantes), acostada sobre rosas! Hay que sufrir mucho. Sufrir en primer lugar para expiar tus pecados, luego para mostrar a Nuestro Señor que eres su esposa. ¿Por qué Nuestro Señor ha querido que el símbolo y el sacramento de su amor fuese el pan transformado en su cuerpo? Es que para ser santo hay que ser primero amasado y luego transformado. Eso no se hace sin dolor.

*6 de septiembre de 1867*

...A cada momento puede dejarse sentir la abnegación. Pero para impregnarse de su espíritu hay que saborearla por adelantado en la comunión en que recibimos a un Dios que se ha negado a sí mismo de un modo tan terrible. Ahí es donde podemos sumergirnos completamente en un amor sin límites, en ese amor del que Nuestro Señor da testimonio y que nos hará comprender el grado de agradecimiento que estamos obligados a manifestarle.

*8 de octubre de 1878*

Deja que Picard (el cajero del colegio) chille y no vayas a pensar que la salvación de la Asunción está escondida en el fondo de su caja; está en el Sagrario, mi querido hijo; vete allí a buscarla.

---

### III. Amor a la Santísima Virgen

*El mes de María, incluido en las Méditations sur la Perfection religieuse, tomo 1º (reeditado en 1954 en los Cahiers d'Alzon) es presentado por el P. d'Alzon al P. Picard como el comentario sobre nuestra devoción a la Santísima Virgen. No lo reproducimos aquí, pero recogemos algunas instrucciones o fervorines sobre los principales misterios de la Santísima Virgen dirigidos a diversos auditorios. La Anunciación, como ya se ha señalado, y la Compasión han sido más particularmente los temas de las predicaciones marianas del P. d'Alzon.*

“Tengo una inmensa devoción a la Compasión de la Santísima Virgen”, decía; sabía por experiencia que a ejemplo de la Madre de los dolores, “aquí abajo el sufrimiento es la condición de toda fecundidad”.

---

## INMACULADA CONCEPCIÓN

*Inimicitias ponam inter te et mulierem,  
et semen tuum et semen eius:  
ipsa conteret caput tuum, et tu  
insidiaberis calcaneo ejus.  
[Génesis 3, 15]*

Asombrosa sentencia que se cumple todos los días. El demonio bajo la figura de la serpiente viene a tentar a la primera mujer. Ella sucumbe y arrastra en su caída al padre del género humano. Y la posteridad de Adán es condenada a la maldición de sus obras, al trabajo, a la muerte. La mujer también recibe su castigo. Satanás, ya castigado, recibe un suplemento de torturas. Pero Dios, en el mismo castigo, quiere depositar un germen de esperanza y he aquí lo que dice: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo illius* [Génesis 3, 15]. Estudiemos los personajes que abren la lucha, los caracteres de las dos razas, los resultados definitivos de esta guerra que debe prolongarse a través de los siglos.

### I. Satanás y su raza

**Satanás: Su condena** La primera figura que contemplo es la serpiente. Satanás ha tomado la figura de este horrendo animal. El ángel, el serafín, Lucifer se ha rebajado a cubrirse con la máscara de una bestia. Hele aquí a este ángel caído; ¿qué hace? Desde que ha emitido el grito de revuelta contra Dios, ¿de qué es capaz sino de proseguir su rebelión? Y así como ha arrastrado a una parte de los ángeles, así quiere arrastrar al género humano. Quien ha conseguido tener semejante ventaja en el cielo, ¿por qué no la tendría también en la tierra? Es un orgulloso y a pesar de todo se arras-

tra. El Señor le obliga a esta vil condición: *super pectus tuum gradieris* [Génesis 3, 14]. ¡Oh, degradación de la naturaleza angélica! Dotado de las más admirables cualidades, ya no le sirven más que para mayor sufrimiento y para hacer el mal con mayor extensión. Irá, pues, este astro caído, este Lucifer que se levantaba por la mañana con tanto esplendor y que ha arrastrado en su caída a la tercera parte del cielo; irá y se arrastrará: *Super pectum tuum gradieris*. ¡Oh, situación humillante! El infierno no le ha sido suficiente; ha salido de él, ha necesitado la tierra, ahora trata de devorar a sus habitantes. Y he aquí a este ángel, comerá tierra todos los días de su vida: *Terram comedes cunctis diebus vitae tuae* [Génesis 3, 14]. ¿Qué es comer tierra para un ángel? No será suficiente, queda maldito una vez más. Había sido maldito entre todos los ángeles. Todavía le quedaba algo de qué estar orgulloso; incluso en su orgullo podía gloriarse de ser lo más grande que había, a causa de la magnitud misma de su caída. Este consuelo no se le permitirá. Será maldito entre todos los animales de la tierra. ¿Se trata de la serpiente, se trata de Satanás? La maldición es sobre la serpiente, porque el demonio la ha convertido en el instrumento de su trampa. Pero, ¿quién puede dudar de que el espíritu de las tinieblas recibe aquí un nuevo suplicio? Buscará los actos más viles y rastreros; estará presente en todo mal; persuadirá del mal a todos; *Maledictus inter omnia animantia terrae* [Génesis 3, 14]. ¡Qué destino! *Super pectus tuum gradieris*. Según San Agustín, se dice esto para la confusión del orgullo. El demonio se ha sublevado; llevará a todas partes la huella de su orgullo. Dios no le interroga y esto ya es una prueba del desprecio que le tiene. Su condena está ya pronunciada desde su primera caída; pero el solo hecho de no ser interrogado comporta una nueva maldición: *Super pectus tuum gradieris*. En efecto, no tiene ninguna excusa. Aunque esté ya condenado, lo será de nuevo por cada crimen al que arrastre a los hombres. Nada le impedirá incitar al mal; pero dada

la manera como amó la condena del género humano, seguirá adelante y su sufrimiento se acrecentará con el de todos aquellos a quienes habrá hecho caer mediante sus seducciones; porque, dice San Agustín, uno de sus suplicios es haber tenido en su poder a quienes desprecian los preceptos divinos, *pœna enim ejus est, ut in potestate habeat eos qui Dei præcepta contemnunt*. ¿Y por qué? Porque han de ser castigados y su castigo se repercute sobre quien es la causa mediante sus seducciones. Multiplicad por cada condenado el suplicio de los demonios que los han seducido; multiplicad por cada víctima el suplicio de quienes han renovado en sus compañeros las seducciones de Satanás; id, y si podéis, según la medida de la justicia de Dios, daos cuenta del suplicio que espera en el fondo del infierno a aquellos desdichados que se hacen los proveedores de Satanás y los seductores de sus hermanos. Satanás es en adelante, bajo la forma de la serpiente, el enemigo del hombre; ¿pero cuál es su meta? No os la escondáis a vosotros mismos: la disminución de la gloria de Dios y el homicidio de su criatura.

### Sus metas

La disminución de la gloria de Dios, su rebelión lo prueba suficientemente. Por envidia, detestaba a Dios en la majestad del cielo; ¿qué será cuando su odio habrá crecido con el sufrimiento? ¡Cómo deben sus torturas inexpresables empujarle a las blasfemias! ¡Y cómo sus blasfemias incessantes deben traer nuevas torturas! Ahí está su desesperación. Quiere quitar a Dios su gloria, pero por su suplicio mismo, hele ahí obligado a confesar la justicia divina y el poder infinito de este Dios, en adelante su enemigo o más bien su juez eterno. ¿Qué saldrá de todo esto? Helo aquí: los proyectos más espantosos del ángel rebelde para siempre. Y como no puede realizarlos contra Dios, en cuanto de él dependa los realizará contra sus criaturas. Y así es como desde el comienzo de la creación, perseguirá

al género humano con su rabia y cumplirá la palabra del Salvador, cuando decía: *Ille homicida erat ab initio* [Juan 8, 44]. Es por excelencia el gran asesino de hombres. Mirad, en efecto, esas largas generaciones de hombres plegados bajo su yugo. ¿Por quién ha entrado la muerte en el mundo? Por el pecado. ¿Y quién ha sido el gran instigador del pecado, sino Satanás? He ahí al gran asesino de la raza de Adán. *Ille homicida erat ab initio*.

**La raza de Satanás** Pero no es solamente un ángel, aunque sea el jefe de los ángeles, el que combatirá contra la mujer y su linaje; se trata del linaje de la serpiente. ¿Qué es, pues, este linaje? Se puede decir que en primer lugar se trata de la raza de los ángeles rebeldes caídos con Satán, aquellos de los que se dijo a los condenados que, siendo malditos, irán al fuego eterno, preparado para Satanás y sus ángeles: *Ite, maledicti, in ignem aeternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus* [Mateo 25, 41]. Pero quiero hablar de otra raza y quiero, como he dicho, estudiar sus caracteres.

**Triple carácter:** 1° *Raza de rebeldes* como Satán. ¿Dónde no se han rebelado contra Dios? Corren, según la expresión de la Escritura, tras sus deseos: deseos de ambición, deseos de riquezas, deseos de impureza, deseos de rebelión. ¿Qué salen ganando? Lo mismo que ha sacado Satanás, el castigo. ¡Poco importa! Se rebelarán. Dirán a Dios: Retírate de nosotros; *qui dixerunt Deo: Recede a nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus* [Job 21, 14]. No, no quieren obedecer; se glorían de estar en rebelión perpetua. ¿Y no es eso lo que se ve por todas partes? ¿Cuál es el mal del mundo sino la rebelión contra Dios y el reino del hombre? La filosofía, la política, las costumbres, todo se ha coaligado y todos dicen a Dios: “Vete, no queremos conocer ni tus caminos ni tus leyes”:

*qui dixerunt Deo: recede a nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus.*

¿De dónde no ha sido expulsado Dios bajo el paganismo? ¿De dónde no ha sido expulsado Dios desde hace trescientos años sobre todo? Al principio se guardaron las formas externas, ¿pero luego? ¿Dónde está el respeto social de Dios? Sois demasiado jóvenes para verlo. Pues bien, ¿dónde está en ciertas familias? ¿Dónde está en varios de vuestros camaradas? Todo se juzga, todo se critica, sobre todo los dogmas de la fe, sobre todo la enseñanza de la Iglesia, y pequeños incrédulos en ciernes empujan a sus camaradas a la incredulidad. Tampoco ellos quieren nada con Dios ni con sus mandamientos: *Qui dixerunt Deo: recede a nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus.*

¿Es suficientemente monstruoso? Parece que no; ya que, pese a las medidas más severas, prosiguen mezclando la corrupción con la impiedad y esforzándose por ser los asesinos de la inocencia de los cuerpos, como han sido los asesinos de la pureza de las almas, y se les puede aplicar aquella palabra de Nuestro Señor a los judíos: “Vosotros sois hijos del diablo, vuestro padre: *vos ex patre diabolo estis*” [Juan 8, 44]. ¡Oh!, si hay algunos entre vosotros, sólo tienen que hacer una cosa, borrar el sello impreso en sus frentes por el bautismo y poner en su lugar la señal de Satanás, ya que son de su linaje, *vos ex patre diabolo estis.*

Y esto ha ocurrido con cierta perversidad desde Caín hasta aquellos hijos de los hombres, aquellos gigantes que fueron engullidos por el diluvio; todo ocurrió con cierta ignorancia de corrupción desde el paganismo hasta Moisés, desde los profetas hasta Jesucristo. Y a partir de Jesucristo, en el mundo cristiano, lo vemos aún en los herejes y en algunos Estados. Era siempre Satanás y su raza, *vos ex patre diabolo estis.*

#### **El asesinato**

2º Pero además, como su padre,  
*la raza de Satanás es una raza asesina.* Quiere cadáveres, le gusta el olor a sangre; y

como ciertos pájaros fúnebres vienen a lanzar sus graznidos lúgubres, atraídos por el olor de los cadáveres, así la raza de Satanás busca las almas muertas y se sacia de su fetidez: *laetantur in rebus pessimis, et exultant cum invenerint sepulcrum...* ¿Y qué no intentan para conseguir cadáveres de almas? ¿A qué maquinaciones tortuosas como los anillos de la serpiente tentadora no recurren? También ellos tientan mediante sus provocaciones, sus miradas, sus conversaciones, sus escándalos. Algunas veces la conspiración contra las almas bautizadas es organizada en gran escala, otras veces atacan una a una a sus víctimas. Con tal de conseguir muchas, emplean su tiempo; el olor a muerto excita su apetito. Poseen su propaganda infernal y están dispuestos a todo. No les digáis que está mal; precisamente el mal es lo que quieren hacer: el mal, y mucho mal, he ahí su alegría. Hacer daño a la autoridad social que rechazan, daño a la autoridad de la familia cuyos lazos sagrados rompen; hacer daño sobre todo a la autoridad religiosa, porque detrás de ella, es a Dios mismo a quien quieren golpear. Todo les sirve para esta sacrílega conspiración, en que juntan los esfuerzos del infierno con los del mundo de los rebeldes. ¡Ah!, ¡si para colmo de homicidio pudieran dar muerte a Dios, como un día en el Calvario se la dieron a su Hijo encarnado! ¡Si, no pudiendo alcanzar a Dios, pudieran alcanzarlo en su culto, de manera que ya no tuvieran que ocuparse más de él! No pudiendo hacerlo desaparecer, ¡si al menos se pudiera rechazar el entrar en relación con él! ¿Acaso no hace tres mil años que el profeta, repitiendo el lenguaje de estos hombres, decía: *Quiescere faciamus dies festos Dei a terra, et non memoretur nomen eius amplius* [Salmo 74, 8 y Jeremías 11, 19]. Actuaremos como si Dios no existiera. Mirad si la civilización moderna no ha suprimido bastantes fiestas, si no ha estimulado, pese a las leyes siempre incumplidas, la violación del domingo: *Quiescere faciamus dies festos Dei a terra et non memoretur nomen eius amplius*. ¿Dónde está Dios

en los códigos modernos? El derecho de Dios ha sido abolido. La ciencia dice que Dios es una hipótesis inútil para explicar los fenómenos de la tierra, *et non memoretur nomen ejus amplius*.

La serpiente tras haber expulsado a nuestros primeros padres del paraíso de delicias, parece a punto de expulsar a Dios de la tierra. Todos los esfuerzos de su raza están ahí. Por cierto que se han servido del arma por excelencia, porque a tantos otros caracteres Satanás ha añadido un tercero.

#### La mentira

3º *Et in veritate non stetit* [y no se mantuvo en la verdad] [Juan 8, 44], dice de él el Salvador de los hombres. Comenzó por una mentira cuando dijo: “Subiré al cielo y seré semejante al Altísimo: *In coelum conscendam, et similis ero Altissimo*” [Isaías 14, 13-14]. Y continúa con una mentira cuando engañó a nuestros primeros padres, cuando les dijo: “Seréis como dioses: *et eritis sicut dii*” [Génesis 3, 5]. Y desde entonces siempre está la mentira. Y en cuanto a su raza, se la reconoce por este sello, la mentira. Miente. Voltaire ha dicho a sus discípulos: “Mentid, mentid, siempre queda algo”. Y desde entonces la mentira está a la orden del día entre los enemigos de Dios: mentira impúdica, mentira hipócrita, mentira del idólatra, mentira de los políticos, mentira de los diplomáticos, mentira de los ambiciosos, mentira de los sabios, mentira de los filósofos, mentira de los disolutos, mentira de los hipócritas. Siempre la mentira. Lo mismo que su padre, la raza de Satanás no puede permanecer en la verdad; los pies le queman en el camino de la franqueza y de la lealtad. Se dice de ella lo que se dice de su padre, el padre de la mentira, *In veritate non stetit*.

Así se prosigue este triple carácter de la horrible posteridad de la serpiente entre los hombres: la rebelión, el

asesinato, la mentira. Abrevio, pero ¡cuántas cosas habría que decir todavía de esta raza sacrílega, satánica! Pero he de mostraros a la gran enemiga de Satanás y los combates de su estirpe.

## 2. La Inmaculada y su estirpe

*Inimicitias ponam inter te et mulierem* [Génesis 3, 15], había dicho Dios a Satanás. ¿Quién es esta mujer? ¿Es Eva? Sin duda, pero Eva es la gran vencida arrastrando en su derrota al padre de los hombres. Eva puede tener una profunda enemistad con Satanás, su vencedor y el verdugo de sus hijos e hijas. En cuanto a la lucha, fruto de estas enemistades, la busco y no la encuentro. Satanás dio un golpe terrible a Eva en el paraíso terrestre, y le asestó un segundo golpe más terrible aún para su corazón materno, cuando Caín mató a Abel y Adán y Eva encontraron a su paso al primer hombre muerto que era su hijo. El demonio parecía no haber querido que la primera víctima muriera de muerte natural, a la que Dios nos había condenado. Era necesario que hubiera sangre, la sangre del justo, pero que se contentaba con reclamar venganza desde el fondo de la tierra que la había absorbido, sin tener ninguna eficacia. Se necesitaba otra mujer, otro hijo muerto, otra sangre derramada; se necesitaba a la purísima María.

**La Inmaculada** 1° Y mirad el admirable plan providencial. La mujer ha sido la primera en ser atacada; una mujer será, mediante una gracia incomparable, la primera preservada de toda mancha; será la única elevada al privilegio de una belleza inmaculada. *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te* [Cantar de los Cantares 4, 7]: “Toda hermosa eres, amada mía, exclama el esposo celestial de las vírgenes, y en ti no se encuentra mancha alguna”.

Destrucción absoluta del pecado, nada de mancha, ninguna sombra en María; todo es belleza, perfección, luz. Y con esta belleza ella se avanzará, como su Hijo, *specie tua et pulchritudine tua, intende, prospere procede, et regna* [Salmo 45, 4]. Será la reina por excelencia, será la reina de las vírgenes, *adducentur regi virgines post eam* [Salmo 45, 15]. Y esta belleza es su humildad: su humildad que expulsa al orgullo, principio de toda mancha: *quia respexit humilitatem ancillae suae; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes* [Lucas 1, 48]. Satanás ha encontrado atroces y eternos dolores como fruto y castigo de su orgullo; María encuentra en su humildad alegrías eternas e inefables, que desde aquí abajo todas las generaciones proclamarán bendiciéndola e invocándola: *Quia respexit...*

La humildad y la pureza son dos hermanas que caminan al paso. A veces, después de la caída, la humildad camina sola en la humillación; pero la pureza sin la humildad prepara, como ya se ha dicho, demonios en cuerpos mortales, y esta pureza no dura mucho tiempo. Será pura y humilde, será muy obediente: *Ecce ancilla Domini*. Satanás había creído indigno de un ángel servir a Dios; María, la Reina de los ángeles, sólo aspira a servirle. Madre de Aquél que se hará obediente hasta la muerte, quiere introducirlo en sus castas entrañas mediante un acto supremo de obediencia: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum* [Lucas 1, 38].

**Madre de los hombres** 2º Satanás sólo sueña con la muerte de los hombres al no poder matar a Dios. María será la auténtica madre de la vida. Jesús es la resurrección y la vida, María es la madre suya. Y María, mediante el acto de amor más incomparable, dará a su hijo para la vida del género humano, que será salvado en la muerte de su Hijo. ¡Qué maravilloso contraste! Satanás aporta el odio al mundo, María aporta el amor y el amor más eficaz. ¡Oh, sí, comprendo la ene-

mistad de la mujer por excelencia contra Satanás! ¿Qué puede el odio del enemigo del género humano contra un amor tan grande? ¿No es la madre del más bello de todos los amores, ya que no sólo lo posee sino que además lo comunica: *Ego Mater pulchrae dilectionis* [Eclesiástico 24, 18], y que ella devuelve al corazón de sus hijos la esperanza: *Et timoris, et agnitionis, et sanctae spei* [ib.]? Hela aquí, la verdadera madre, con un amor como sólo entre las criaturas una madre es capaz de tener por sus hijos. María ama a Dios, ama a su Hijo, ama a todos los hombres. Teme por ellos, le gusta conocerlos y darse a conocer de ellos y darles la esperanza del cielo: *Ego mater*. Sí, ella es madre y ama mucho, verdadera y divina madre, y su amor salvaría a todos los hombres, si consintieran en ser salvados.

**Madre del Verbo eterno**

3º María, madre del Verbo eterno, de la Verdad infinita que se hizo hombre, ella ama la verdad como su Hijo y como su Dios que viene a habitar en sus castas entrañas. María ama la Verdad como ninguna criatura puede amarla, y en eso persigue al padre de la mentira, y tal es la razón profunda por la que la Iglesia le dirige las siguientes palabras: *Gaude, Maria Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*. Esa es la causa del amor de los apóstoles de la verdad por ella. La Iglesia la llama Reina de los apóstoles. Ella los instruía en el Cenáculo, les animaba en sus trabajos; sostiene a los misioneros. *Regina apostolorum*. ¿Dónde está la fuente de la sabiduría y de todas las verdades, de las que la Sabiduría da el amor y la inteligencia? En el trono divino que es el corazón de María: *Sedes sapientiae*. Buscad un amor más grande que el de María por su hijo, y su hijo es la Verdad; *ego sum veritas* [Juan 14, 6], ha dicho él de sí mismo; haceos, si podéis, una idea del amor de María por la Verdad que es su Hijo Jesús.

**La estirpe de la mujer** ¿Qué diré ahora de la lucha entre la raza de la serpiente y la estirpe de la mujer? Mirad a esta mujer, reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes; esta reina cuya posteridad se compone de todos los santos. ¡Quién contará la obediencia de los santos, su caridad, su pureza: *o quam pulchra est casta generatio cum claritate* [ver Vulgata: Sabiduría 4, 1]! Recoged si podéis, la idea de todas las perfecciones humanas aumentadas con la ayuda de Dios; buscad toda invención de desarrollo moral; después de Jesús y de María, encontraréis todo lo que podáis exigir de más admirable en algún miembro de la estirpe de María; ella lo ha tocado con su mirada, con su soplo, con su bendición, con su amor. No me siento con ánimo de contar las maravillas de esta hermosa, pura y gloriosa estirpe, *o quam pulchra est casta generatio cum claritate!* El mundo no la comprende, pero María la estimula, y ella camina apoyada en María, su madre, y ella va en la obediencia, el amor y la verdad prosiguiendo su obra aquí abajo, condenación viva de la raza de la serpiente; y por eso Satanás la persigue con un odio tan profundo. Por eso la destruiría mediante la rebelión, el asesinato, la mentira, por todos los medios dignos del infierno. Pero no lo conseguirá; el pie de la mujer está ahí para aplastarle la cabeza y, pese a todas sus emboscadas, es necesario que a la serpiente se le aplaste la cabeza: *Ipsa conteret caput tuum* [Génesis 3, 15].

### 3. Conclusiones prácticas

Hijos míos, cuando os considero con el afecto que la santísima Virgen me ha dado por vosotros, me pregunto angustiado: ¿Son todos verdaderos hijos de la mujer, madre de Dios? ¿Por ella son dignos de ser hermanos de Jesús? Colmados de gracias incomparables que no han sido

concedidas a otros, ¿dan todos aquellos resultados que se deberían esperar de la estirpe de María? ¿No tienen ellos también ese espíritu de independencia y de rebelión que ha precipitado a los ángeles desde el cielo? ¿No tienen ese espíritu de orgullo curioso que, con el afán de conocer el bien y sobre todo el mal, ha expulsado a nuestros primeros padres del paraíso terrenal? ¿No dicen, como el rey de los infiernos: no obedeceré, *non serviam*? ¿Ninguno ha dado aún muerte a sus hermanos mediante malos ejemplos, malas conversaciones, mediante la provocación al mal? ¿No hay alguno a quien Dios dice como a Caín, el primero de la raza maldita: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra [Génesis 4, 10]; no la sangre de su cuerpo, sino la sangre de su alma matada por el pecado mortal? ¿No hay alguno entre vosotros que mediante las mentiras, los errores, las blasfemias, haya causado la pérdida de la fe en alguna joven inteligencia? ¿Algunos de vosotros merecen que se les diga, como Jesucristo a los judíos: “*Vos ex patre diabolo estis* [Juan 8, 44], vosotros tenéis al diablo por padre, y os complacéis en la mentira, por huir de la verdad que os acusa?” ¿Qué terrible futuro os prepararíais? Comprended con qué cuidado celoso apartamos a todos los camaradas apestados, aquellos camaradas en quienes estamos condenados a ver la raza de la serpiente, para conservar pura la estirpe de esta mujer, llena de todas las gracias para ella y para todos sus hijos, y que, Madre de Dios, es la Madre de los hombres para dárselos a Dios. ¡Oh, sed vosotros también humildes en la obediencia, impregnados de una caridad activa; francos y leales, llevad en todas vuestras palabras, en vuestras acciones, en vuestra sencilla mirada la sinceridad, hija de la verdad! ¡Que vuestras almas sean puras y vuestros cuerpos lo sean también! Entonces podréis disponeros al gran combate. Hijos de María, hombres de su estirpe, podréis combatir a la raza de la serpiente. Quién sabe si Dios no está permitiendo que en estos bancos, a vuestro lado, vengan a sentarse algunos miembros de esa

raza maldita, con el fin de ejercitar vuestra entereza y enseñaros en estos primeros ensayos de las armas espirituales el modo como se triunfa de los enemigos de Dios, de los esclavos del infierno. Seréis, cada vez que lo queráis, los más fuertes. Para ello hay que abrazar fuertemente la causa tan bella de María.

Rezad hoy por la Iglesia, por el Papa, su jefe, por Francia expuesta a tantos peligros. Vendrá un día en que las emboscadas de la serpiente se dispersarán y serán confundidas; en que el talón de María aplastando su cabeza, le precipitará al abismo. ¡Oh, poneos del lado de esta María divina y triunfad con ella en el campo de batalla para la gloria de Dios!

*A los colegiales de Nimes, 1877.*

---

## LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA

*Roma, 29 de marzo de 1870*

A Mons. Dupanloup,  
obispo de Orleans

Me han hecho notar en su reciente respuesta al Ilustre Arzobispo de Malinas las palabras siguientes: “Por mi parte, mis observaciones no me han venido sino después de las provocaciones lanzadas desde lo alto del púlpito por Vicarios generales, en la catedral misma”. Quizá las personas que vigilan, de parte suya, las provocaciones de los Vicarios generales, en la catedral misma, han descubierto a varios culpables. Yo soy uno de ellos, quizá el único; no importa. Ya que usted también me provoca, Monseñor, permítame participarle una convicción ya muy vieja. Reposa sobre una teoría muy católica, cuya sustancia es la siguiente.

La verdad es la luz, el alimento de nuestra inteligencia, y cuanto más verdad recibe nuestra inteligencia más se desarrolla y fortifica, más luminosa llega a ser. En la Iglesia las verdades, trasunto de la Verdad suprema, se dividen en dos categorías: aquellas que su autoridad divina impone bajo la sanción de anatema y las verdades que enseña, sin excluir todavía de su seno a los rebeldes que no las aceptan. Para algunas personas la libertad de sus conciencias consiste en no aceptar más que los dogmas rigurosamente definidos, como si en materia de fe no hubiera más pecado que el de la herejía formal. La mayoría de los católicos, celosos por cumplir plenamente con su deber, se anticipan a la enseñanza de la Iglesia, con tal de que sea de la Iglesia. Dejando a otros su rígida independencia, estos católicos, precisamente ellos, necesitan conocer mejor creyendo más, para amar más.

¿Quiénes son más felices? La Iglesia tolera, sin aprobarla, la peligrosa libertad de unos, pero a la plenitud de su enseñanza sólo responde la perfecta docilidad de los otros. Tal es la teoría de varios grandes teólogos, de Suárez en particular. Ahora bien, para aplicarla a las actuales circunstancias, hace ya más de veinticinco años que se ha dicho que si se quisiera estudiar el futuro de la doctrina católica era fácil prever que la primera flor salida de su tallo sería la definición de la Inmaculada Concepción y la segunda la infalibilidad del Papa. Pues bien, cuando la Inmaculada Concepción fue definida, numerosos cristianos, incluso Vicarios generales, se han permitido decir que la infalibilidad no tardaría en serlo.

En efecto, aparte de muchos otros motivos, hay en la relación de estas dos verdades una razón de conveniencia que parecía reclamarla imperiosamente. Jesucristo ha tratado siempre en un pie casi de igualdad, a María, su madre, y a la Iglesia, su esposa. Ambas son madres, ambas son vírgenes, anota San Agustín: *Ecclesia quoque*

*et virgo et mater est.* Si María es la más pura de las vírgenes, la Iglesia no lo es menos: una ha engendrado a la Verdad, la otra tiene el depósito de la verdad. Ahora bien, parecería admirablemente conveniente que el Pontífice, que ha colocado la más pura de las coronas sobre la frente inmaculada de María, viese proclamar en su persona lo que se puede llamar el triunfo de la virginidad de la Iglesia. El doctor de Hipona nos muestra a los obispos urgidos a velar por la virginidad de la esposa de Cristo: *Quomodo virgo non est, cujus integritate consulimur?* Ahora bien, ¿dónde reside esta virginidad en todo su esplendor? No está en la Iglesia discente. ¿Podemos decir de manera absoluta que está en el episcopado, cuando se han visto y se ven aún a tantos obispos heréticos? Reside, como en su depósito, en la cabeza y en el corazón del Soberano Pontífice, desde donde se extiende sobre el episcopado unido a Pedro. Y será un gran concilio aquél que, mediante la Infalibilidad del Papa, haya proclamado aquí abajo el principio de la virginidad de la Iglesia...

---

## PUREZA

*Ego flos campi et lilium convallium*

[Cantar de los Cantares 2, 1]

Tal es la palabra del Cantar de los Cantares que la Iglesia aplica a la Santísima Virgen María; sencilla criatura, pero la más pura de todas, se nos propone como modelo de pureza y de virginidad. Por eso San Ambrosio dirigiéndose a vírgenes les dice: *Sit vobis tamquam in imagine descripta virginitas vitaeque beatae Mariae, de qua velut in speculo refulget species castitatis, et forma virtutis.* Pero esta castidad, esta virginidad, tan hermosa en María fluye de otro sitio y quisiera, antes de mostrársela

en la reina de las vírgenes, dárosela a conocer en su principio, en su fuente, que es Dios mismo, y en su canal más magnífico que es Nuestro Señor Jesucristo. Así, remon-temos a Dios, que es virgen por encima de toda criatura; vayamos a Jesucristo, descendamos hasta María, la reina de las Vírgenes, y contemplémosla luego en todas las vírgenes que siguen al Cordero.

### 1º En Dios

La característica de la virginidad es la separación; y el ser puro entre todos es Dios en su divina soledad. Está allí solo, y porque es infinitamente puro e infinitamente perfecto es feliz sin mezcla alguna. La pureza de su ser es una condición de su perfección; y en esta pureza infinita, saca su perfección infinita; y la contemplación de su perfección produce la delectación y esta delectación es su felicidad eterna. Quiere ser puro porque si dejara de serlo, cesaría de ser perfecto y cesaría de ser feliz. Quiere su pureza con la misma fuerza que quiere su felicidad y, lo repito, siendo esta felicidad infinita como su gloria, no dará a nadie esta felicidad, lo mismo que su gloria no quiere cederla a nadie: *et gloriam meam alteri non dabo* [Isaías 42, 8].

Si, pues, queréis buscar la fuente de toda pureza, remon- taos hasta la esencia divina misma. El paganismo, con sus ideas limitadas por la debilidad de la razón, no ha sabido ir más allá y ha visto en la creación una decadencia de la divinidad. Los sabios de las religiones antiguas no han podido comprender a un Dios que produce la materia sin mancharse, y muchas religiones antiguas están basadas en esta noción. Noción errónea, ya que hay en Dios dos especies de emanación: la emanación por generación, y Dios engendra a su Hijo en la unidad de la sustancia, infinito, perfecto, simple, puro como él; y la emanación por inspiración, de la que procede el Espíritu Santo, infinito, simple, puro como el Padre y el Hijo, de los que procede. Al lado

de esta emanación interior en la substancia divina, hay que poner la emanación por creación, y ésta no mancha a Dios, porque está enteramente separada de él. Dios está tan por encima de las criaturas que ninguna de sus imperfecciones podría alcanzarlo, ya que lo que tienen de perfectas, lo han recibido de él y lo que tienen de imperfectas, viene de la nada de la que han sido sacadas.

**2º En Nuestro Señor** Pero en el orden sobrenatural todo nos viene de Dios por Nuestro Señor Jesucristo, en quien están escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia; que hemos contemplado lleno de las gracias que venía a traer al mundo. Por él es como debemos recibir todo lo que nos viene de Dios, y por lo tanto la pureza. Porque si la pureza está en él como en su fuente, en cuanto que es Dios, está en él como en un canal muy perfecto en cuanto que es hombre. Nuestras almas no pueden recibir en ellas la inmensidad de las perfecciones de Dios; se necesitaría que fueran inmensas como Dios mismo. Por eso estas perfecciones en Nuestro Señor se acompañan a los límites de nuestro ser. Pero ¿quién dirá la belleza, la grandeza y el esplendor que conservan en este Hijo, en quien Dios ha puesto sus complacencias?

Y ya que hablamos de la pureza, ¡qué diremos de quien ha querido ser llamado por el Espíritu Santo el Cordero de Dios, a causa de su inocencia! Ha querido tomar una carne semejante a la nuestra, con el fin de purificar en nosotros esta carne de pecado. ¡Pero seguidle paso a paso del pesebre a la cruz, qué pureza admirable! Y convenía que así fuese en quien venía a borrar los pecados del mundo, en quien llevaba en sí, como Dios, el esplendor de la gloria y la imagen de la sustancia del Padre.

Seguidle paso a paso, ¿qué sombra de imperfección, qué apariencia de mancha encontráis en él? He ahí vuestro modelo por excelencia. Sondead, escrutad, nada en-

contraréis de más puro, de más casto, de más virginal que Jesucristo en su santa humanidad.

### 3º En María

Pero si el Salvador del mundo, por su divinidad está en el seno del Padre, Dios con él, por su humanidad ha querido recibir un cuerpo de la más pura de todas las criaturas. La ha tomado aparte, la ha hecho salir en cierto modo de la boca del Altísimo, según la expresión de la Escritura: *Ego ex ore Altissimi prodivi* [Eclesiástico 24, 3]. Sin duda, por efecto de la creación, todos los seres tienen un origen parecido; pero hay una elección especial en María, engendrada antes que las colinas, es decir, en el pensamiento de Dios antes que las criaturas imperfectas, representadas por esas masas que se levantan por encima del suelo de la tierra.

Estudad la virginidad de María, ved las expresiones que el creador emplea para pintar su perfección. “Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles: *Ego flos campi et lilium convallium*” [Cantar de los Cantares 2, 1]. Vive retirada en la soledad de los campos, su esplendor no queda ajado por el polvo de los caminos del mundo, y cuando el esposo tome la palabra, dirá: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias* [Cantar de los Cantares 2, 2]. Tal es la superioridad de María por encima de las criaturas que no participan de su pureza, un lirio y espinas. Comparad. Por eso el esposo del *Cantar* continúa: “Eres completamente hermosa, oh mi bien amada; eres totalmente bella” [Cantar de los Cantares 1, 15]. ¡Qué expresiones! Habría que pintar aquí todas las perfecciones de María, lo que es imposible. Lo que podemos decir es que desde siempre la Iglesia, que también ella, según la expresión de San Agustín, es virgen y madre a la vez, le ha saludado con el título de virgen por excelencia. Virgen antes del nacimiento del Salvador, virgen después del nacimiento del divino Cordero de su seno purísimo, virgen hasta la muerte, virgen eternamente en los cielos.

En Dios tenemos el modelo inimitable; en Jesús, un modelo en cierto modo accesible, porque en él se encuentra el elemento humano; en María sólo contemplamos a una criatura, pero la más pura de todas: una criatura que, según la expresión de San Bernardo, ha complacido de entre sus perfecciones por su humildad y ha engendrado por su virginidad: *humilitate placuit, virginitate concepit*.

**4º En nosotros**      ¿Qué diremos ahora de la manera como esta pureza se derrama de Dios en Jesucristo, de Jesucristo en María y en nosotros? ¡Oh! sin duda, María es un canal mediante el cual la gracia llega hasta nosotros; pero, hay que repetirlo, llega a nosotros sobre todo y esencialmente por Jesucristo. María, si puedo decirlo así, es un mar inmenso de pureza que nos comunica de su sobreabundancia; pero la fuente es Dios; y aquel por quien esta fuente llega a nosotros es ante todo Nuestro Señor Jesucristo. No quitamos nada a la madre, a quien el Hijo ha dado según su amor. Pero no nos está permitido quitar nada al privilegio del hijo, por quien toda pureza ha bajado del cielo mismo a María. Ahora, si colocándonos entre Jesús y María contemplamos la pureza del hijo y de la madre, ¡qué maravillas no se nos presentarían!

Pues bien, en la tierra hay almas llamadas a tomar parte en ella. Que sean vírgenes como Jesús y María, he ahí su privilegio. Vosotras recitáis varias veces al día: “Santa María, Madre de Dios”... y este privilegio es en cierto sentido el privilegio de María. Y sin embargo es doctrina de los santos Padres que toda virgen es la madre y la esposa de Jesucristo. ¡Oh!, el sacerdote, por el privilegio del sacerdocio, engendra a Jesucristo cada día sobre el altar; pero que sea un santo o un miserable, este privilegio le pertenece, es un privilegio de carácter sacramental. Por el contrario, la maternidad en la virgen es un privilegio de virtud que crece a medida que se hace más virgen me-

diante los esfuerzos de pureza que hace, y ello en parte se explica.

La pureza infinita brota del seno de Dios; se dilata en Jesucristo para recaer sobre la humanidad. Cada cristiano que la recibe la conserva o la destruye. Pero cuanto más estos cristianos se aplican a conservarla en su limpidez, en su transparencia, tanto más esta admirable virtud se parece a la perfección de Dios mismo. Ese es el trabajo de los santos, y este trabajo que no tuvo en María ningún sufrimiento, sí lo tiene en las demás criaturas bautizadas; y es lo que San Pablo explica cuando dice: “Toda criatura gime y da a luz” [Romanos 8, 22]. ¿Qué engendra? A Jesucristo. Pero las almas que más puramente lo engendran, que lo reproducen más perfectamente, son las almas que San Agustín llama las vírgenes de Jesucristo y a las que promete en el cielo una gracia completamente especial.

Pero, me diréis, ¿sólo las vírgenes tendrán parte en ello? San Agustín responde: habrá una gloria común, pero dentro de esta gloria común habrá una particular para las vírgenes, porque los demás pertenecen a Jesucristo pero no son sus vírgenes.

¿Qué decir sin embargo de tantos santos que han sido grandes pecadores? ¿No tendrán una recompensa proporcional a su penitencia? Evidentemente la tendrán; y si me puedo servir de una comparación: he aquí un agua muy pura que se vierte en un depósito, donde se la ensucia. Se necesita que la suciedad se escurra con el agua para que otra agua pura pueda remplazarla; pero si se renueva hay que saber conservarla. Así hizo Agustín penitente, cuyo amor y penitencia renovaron la vida de sus primeros años.

¿Qué diremos de los frutos de la pureza? Es una ga-

rantía de salvación. Es un acercamiento a la semejanza divina. Es una mayor facilidad para la contemplación. Es una disposición más particular para el don de sí. No insistamos, pero pidamos a María que nos consiga tan bella virtud. Pidámosela a Jesús, el esposo de las almas castas, y merezcamos poder perdernos un día en el océano de la pureza de Dios.

---

## COMPASIÓN

*Stabat juxta crucem Jesu  
Maria mater ejus*  
[Juan 19, 25].

Jesús está suspendido en el árbol de la cruz, todos los Apóstoles, excepto uno, han huido. Juan ha permanecido fiel y silencioso, la amistad de Jesús le ha retenido con su divino encanto. ¡Qué de temas de contemplación! Detengámonos un instante en el amor de María y estudiemos sus principales rasgos.

1º La compasión; 2º su respeto; 3º su valor; 4º su obediencia.

**1º Compasión**      ¡Qué no sufre viendo a Jesús reducido a semejante estado! Es una madre, lo más amante que existe en la naturaleza. Esta madre está condenada por amor a ver expirar a su hijo. Quiere permanecer ahí hasta que haya exhalado su último suspiro. No quisiera ser arrancada de semejante espectáculo y este espectáculo es su suplicio. ¿Dónde sufriría más, alejándose o quedándose? Todo es dolor para este corazón de Madre. Es una Madre, la más perfecta de las criaturas, porque de todas es la más delicada en sus

sentimientos. Nadie aquí abajo es capaz como María de disfrutar de su título de Madre, nadie es más capaz de sufrir; se trata de aquellas circunstancias dolorosas en que la perfección misma se convierte en un aumento del dolor. Nadie ha sufrido las angustias de Jesús, nadie ha experimentado sus tristezas, sus desgarros; su propio cuerpo, templo de su alma, ha tomado parte en ellos. Ahora bien, he aquí a la mujer bendita entre todas las mujeres, condenada a enfrentar el suplicio más horroroso en su más grande privilegio. María es una madre, la más santa de las madres, y al pie de la cruz el fruto admirable que está colgado es el más bello de los hijos de los hombres, el Hombre-Dios. Sola entre todas las criaturas, María ve a su Dios en su hijo, y le está no solamente permitido sino mandado amar a su hijo como a su Dios. He ahí a lo que se había ejercitado con el más grande corazón de madre, con el corazón más puro de Virgen, desde el primer instante de la Anunciación. ¡Cuánto había crecido este amor en las disposiciones de esta naturaleza exquisita, en los hábitos de la maternidad y bajo la acción de un Dios que había escogido a esta criatura para amarla más que a cualquier otro ser salido de sus manos creadoras! Amor de madre, amor de la más perfecta de las madres, amor de la madre de un Dios, amor de madre multiplicado por todas las gracias que un Dios es capaz de derramar en el corazón de aquella que él ha escogido para ser su madre: tal era el corazón de María, y tal era su verdugo en el momento de la muerte de Jesús. Cuanto más perfecta era María, tanto más sufría; cuanto más inefable era el objeto de su amor, tanto más hacía sufrir a María.

Sobre el Calvario me represento al corazón de Jesús y al corazón de María como dos hogares que se reenvían el sufrimiento, así como en la ciencia se coloca uno frente al otro dos hogares que se reenvían la luz. El dolor que partía del corazón de uno para ir al corazón del otro tomaba, por efecto del amor, inexpressables proporciones.

Adoro a Jesús que aumenta silenciosamente sus dolores con todos los dolores que hace sufrir a su madre; admiro a María que acepta estos dolores que vienen a sumarse a los suyos, puesto que piensa que ella es un aumento de sufrimiento para Jesús, y la admiro porque acepta ser la criatura por la que Jesús más sufre ya que es la más amada. Me pierdo en las profundidades de estos sufrimientos y en los abismos de estos amores. Pero después de todo, ¿por qué, ¡oh Jesús!, ¡oh María!, sufrís así por mí? ¿Cuándo, pues, a mi vez, al pie de la cruz, junto a María, aprenderé a sufrir cada vez más ejercitándome en amar más?

**Respeto de María a la Cruz**      ¡Qué oprobios no acepta María sobre la montaña del Calvario!

Aunque no hubiera habido más que los clamores de los fariseos contra Jesús, ya hubiera sido suficiente; a ellos se mezclan los de los soldados, el populacho continúa con sus gritos, y ella, hela ahí, madre del ajusticiado cerca del instrumento del suplicio. El resto de los parientes y conocidos se mantienen lejos. *Noti a longe stabant* [Lucas 23, 49]. Era un grupo de prudentes y de temerosos. ¡Oh María!, tu valentía materna no conoce esos temores; cuanto más insultado es tu hijo, tanto más te reafirmas en reconocerle como tu Dios, y tus sufrimientos por mí se explican por la gran misión que cumples en este momento. ¡Adoras y estás ahí! De estos dos sentimientos se forma el culto de honor, de alabanza, de respeto que tú le rindes a él; tu silencio se reviste de respeto, pero la fe, que me muestra que ninguna criatura ha amado y adorado como tú, me enseña con qué clase de culto de respeto compensas a Jesús por todos los oprobios de los viene cubierto. ¡Oh, María!, enséñame a ofrecerle un culto semejante, para reparar las irreverencias pasadas y poder así compensar las que otros le hacen padecer.

**Valor***Noti autem respiciebant a longe*

[Lucas 23, 49]. Sus conocidos

miraban desde lejos. ¿Qué está sucediendo, pues? La más amante, la más respetuosa de las criaturas es aquí la más valiente. No teme ir a Jesús, pese a todo cuanto hubiera podido retenerla; esta tribulación no es para ella sino un estímulo más. ¡Oh María!, ante este valor maternal quiero plantearme esta pregunta: ¿No me he ruborizado nunca de Jesús? Quiero que tú seas testigo de mis resoluciones de valentía al servicio de tu hijo. Tu actitud al pie de la cruz será mi modelo; tú no te abandonas a los ímpetus de un dolor que sería, después de todo, totalmente normal. Tú estás de pie y silenciosa, tu dolor se hace cada vez más grande a medida que se hace más concentrado; pero si tu hijo te lo ha hecho más profundo, te lo ha hecho también más generoso. ¡Oh María!, que en mis pruebas pueda yo mostrar tu valor y tu generosidad.

**Obediencia de María**

Jesús es su Dios y su hijo. Como hijo debe cuidar de su Madre, y

en el testamento de Jesús encuentro la prueba de su ternura para con el discípulo amado: ¡le confía a su madre! ¡Oh, Jesús, enséñame a hacerme cargo de los intereses de María! ¡Oh, María, enséñame a obedecer como tú has obedecido a Jesús, que ha dispuesto con una palabra de todo el resto de tu vida! Jesús ha dicho a Juan: *Ecce mater tua* [Juan 19, 27], y desde aquel día Juan recibe a María en su casa. Pero Jesús dice a María: He ahí a tu hijo, y la Iglesia entera considera a Juan como el representante de la humanidad. ¡Oh hombres! ¡He ahí a vuestra madre! Vosotros me dais la muerte, y después de haberme entregado por vosotros os ofrezco el corazón más amante, el corazón de mi Madre, y María obedece, y su obediencia va a aceptar como hijos a los auténticos verdugos de su hijo; porque los soldados romanos no han sido sino instrumentos. Los verdaderos verdugos son los pecadores. Oh María, en un inmenso esfuerzo de amor obediente,

tú nos aceptas; con ternura maternal, tú nos adoptas; que a partir de este día mi corazón acepte como hermanos a todos cuantos quiera Jesús y que mi obediencia para vencer lo que me repugna tome como modelo tu obediencia a Jesús que te llevó a adoptar a los que le dieron muerte.

---

## SERMÓN SOBRE LA COMPASIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

*Nimes, 31 de marzo de 1871*

La fiesta de la Compasión de la Santísima Virgen se nos presenta con una doble característica. Veo en los sufrimientos de la Madre de un Dios el tipo de los dolores de la madre de familia; veo en ellos también, en el martirio de la más pura de las Vírgenes, la fiesta de todas las almas llamadas mediante una elección divina a enterrar y a transformar su perfección en el sufrimiento. En una palabra, María al pie de la Cruz, Madre y Virgen, he aquí las dos consideraciones que quiero abordar hoy al estudiar en el misterio de la fiesta de la Compasión la grandeza y la fecundidad de los sufrimientos de la madre cristiana y de la Virgen, esposa de Jesucristo.

### I. Modelo de las madres

**Dolores de las madres** Consideraré en primer lugar a la madre de familia. Señoras, cuando toco esta cuestión, siento que tengo a la vez mucho y poco que decir. ¿Qué madre no ha sufrido y mucho? ¿Y qué puedo enseñaros al respecto? ¡Cuántas preocupaciones en su corazón! ¡Cuántas responsabilida-

des en su espíritu! Sus afectos son una cruz, sus deberes la arrastran; lleva como una pesada carga el peso que la rodea: su marido, a quien ama y que la ama, sus hijos, sus familiares; todo el peso de la casa finalmente. Todo cuanto rodea a esta madre de familia activa su solicitud y sus angustias. Y además está ese círculo que se va extendiendo alrededor de ella, sea en la familia, sea en la esfera de la amistad y que, aunque sea más amplio, no deja de abrazarla dolorosamente. Sí, debe sufrir la mujer que ha unido su destino al de su esposo; la madre que vela sobre su hijo desde la cuna hasta la hora cruel de la separación. Llevará paso a paso las preocupaciones de su infancia y las tareas de la educación, y luego, cuando haya dado una ternura inmensa, verá a veces volverse contra ella aquel corazón que ella ha calentado con su amor y, sin hablar de este dolor punzante de la ingratitud, llegará la hora en que el hijo abandonará la casa paterna para ir a sentarse en otro hogar y a derramar sobre otra criatura el afecto que había dedicado en exclusiva a su madre. Sí, he ahí vuestro destino, madres cristianas, sin hablar de los otros dolores que brotan de la mina inagotable de vuestro corazón. Donde quiera que vuestro afecto descansa aquí abajo, siempre choca, se hiere, y durante toda vuestra vida habéis de ir a abrir vuestro surco ensangrentado en el sufrimiento, desgarrándoos con las espinas del camino. Y todo eso, Señoras, porque sois cristianas y toda alma cristiana tiene que entregarse, y lo sabéis, entregarse es sufrir. Si no os donáis no sois cristianas y no alcanzaréis la perfección del cristianismo hasta que os hayáis dado en medio de los dolores, de las lágrimas, de las angustias de vuestra vida. ¿Esto os faltará? Por desgracia, Señoras, no. Reíd en ciertos momentos, os lo concedo; disfrutad de tiempo en tiempo de los encantos de la familia y de las alegrías del corazón; eso os será a veces dado. Es un hecho que a la salida de estas fiestas, caéis en el duelo, que vuestras

sonrisas más alegres terminan en una lágrima. Mirad a vuestro alrededor y ved cuál es el recorrido de todo viajero de este mundo, ¿acaso no es una peregrinación de dolores?

**Dolores fecundos** Pero si esto es así, ¿habéis pensado en todos los méritos que podéis acumular, la fecundidad que podéis dar a vuestros dolores, en vez de dejarlos allí estériles y vanos? Aquí no hablo de aquellas personas que rechazan el sufrimiento o que se lanzan al abismo de la desesperación; quiero hablar de las almas que por una inconcebible negligencia convierten en inútiles sus sufrimientos. Pues bien, Señoras, todas vosotras que sufrís y deseáis hacer fecundos vuestros sufrimientos tenéis en esta fiesta de los Siete Dolores un modelo incomparable. La santísima Virgen, al pie de la cruz, es por excelencia la Madre de las madres; es el tipo de la madre de dolores, vasto como las olas del mar es el océano de amargura que vino a sumergir su alma: “¡Oh, vosotros todos que pasáis, venid y ved si hay dolor como mi dolor!” [Lamentaciones 1, 12]. Ninguno hay semejante, Señoras, y no pretendo confrontarlo con los vuestros. Pero no por ello deja de quedaros un deber: ¡debéis hacer provechosos vuestros sufrimientos, sean cuales sean, en primer lugar para vosotras mismas, luego para vuestras familias, vuestros amigos y para la Iglesia de Dios! Por lo tanto, nada de quejas, nada de murmuraciones, ¡mirad a María! ¿De qué os vais a quejar, Dios mío, frente a semejante dolor? ¿Sufrís, os pregunto, la milésima parte de los dolores que se precipitaron en el corazón de la Santísima Virgen? ¿Habéis ni siquiera tocado con los labios el cáliz que ella tuvo que beber entero? Si no sois cristianas, nada tengo que deciros aquí, huid del dolor y de su influencia divina, rechazadlo; desesperaos, endureced vuestro corazón para sentir menos fatalmente sus

golpes, lo podéis hacer. Pero si pertenecéis a Jesucristo, si habéis decidido caminar en pos de él, sabed sufrir como María, no temáis, no tratéis de encallecer la delicadeza de vuestra alma; sin duda, cuanto más delicada sea vuestra alma, más sufrirá. ¿Hay que lamentarlo? No, os pareceréis más a la Santísima Virgen.

Os he dicho, en otra circunstancia, que al pie de la cruz bañada en la sangre de Jesucristo, la santísima Madre del Salvador todavía cantaba su *Magnificat*; estaba allí, de pie, el silencio de la adoración y del amor absorbía su dolor, redactaba el himno de su exultación y de su humildad. Si esto es así, ¿por qué no escaparía también de vuestros labios un cántico de alabanza en el sufrimiento? ¿Por qué no se vería a vuestros corazones humillados plegarse bajo la mano de Dios? ¿Es pedir demasiado? La aceptación de los sufrimientos, no de los sufrimientos extraordinarios, fuera de toda proporción, que han aplastado el corazón de María, sino la parte de dolor tal como el Señor os la da de acuerdo con el destino de todo ser creado.

**Dolores apostólicos** Así, pues, Señoras, en primer lugar estáis obligadas, rigurosamente obligadas, a entrar en esta aceptación total de las voluntades de Dios sobre vuestra vida: esto resulta de vuestra condición de cristianas: es un deber indispensable. Pero no es suficiente; si quiero, puedo salvar almas, puedo engendrar almas a Jesucristo. Soy madre, como María era madre y a doble título al pie de la cruz. El Sr. de Maistre ha dicho: El gran título de la mujer es hacer hombres. Os ofrezco algo más grande todavía: ¡hacer almas! ¿Por qué no entraríais en este misterio de la maternidad dolorosa de la Santísima Virgen? ¿Por qué no aceptaríais la conversión, mediante vuestros sufrimientos, de las almas que conocéis y de las que no

conocéis? Quizá fue dado a la Santísima Virgen descubrir con una mirada profética, a través de los siglos, las generaciones que la llamarían dichosa; quizá vio las almas que serían rescatadas por la sangre de su Hijo y encontró, en este momento supremo de angustia, una inmensa consolación en este espectáculo. Es posible: no deja de ser cierto que ha sufrido, que ha unido sus dolores a la Pasión de su Hijo y que por la pasión de su alma ha sido la cooperadora, la colaboradora de la salvación del género humano. Y vosotras, Señoras, ¿no podríais hacer nada mediante vuestros sufrimientos, no tendríais vuestra parte en la obra de la salvación de vuestros hermanos? No hay mujer cristiana que no pueda llevar a su hogar doméstico el tesoro de sus dolores aceptados y que no pueda convertirse también ella, a ejemplo de la Santísima Virgen, en una distribuidora de grandísimas gracias en el mundo. He ahí, Señoras, la obra de vuestra maternidad dolorosa.

## II. Reina de las Vírgenes

Pero, en este misterio de la Compasión, quiero sobre todo considerar el papel de María, Reina de las Vírgenes. Estamos en la última hora de la vida mortal de Jesucristo. En el momento en que el Hijo de María iba a expirar, en que la muerte se iba a apoderar de aquel cuerpo santo formado en las castas entrañas de la Santísima Virgen, se puede decir que la obra materna de María había terminado. Sin duda todavía es la madre, al pie de la cruz; pero es ante todo la Virgen, y en este misterio de dolor, aparece en toda su belleza esta maternidad virginal absolutamente desconocida del mundo.

**Dolores de la Virgen** Sí, era una Virgen la que estaba allí, de pie en el Calvario; había conservado sin mancha su corona de rosas blancas, quizá teñidas con algunas gotas de sangre que caían del cuerpo de su Hijo; porque, para hacer de su Madre la Reina de los mártires, como le canta la Iglesia, *Regina Martyrum*, podemos creer que Jesucristo le devolvía, al morir, un poco de la sangre purísima que ella le había dado para formar su adorable cuerpo humano. María es, pues, el modelo de aquellas que siguen al Cordero: *Sequuntur Agnum quocumque ierit... laverunt stolas suas in sanguine Agni* [Apocalipsis 14, 4 y 7, 14]. Son vírgenes, han lavado sus almas en la sangre de Jesucristo y, como el Cordero, traen la salvación al mundo.

Quiero considerar a esta alma que se ha entregado a Dios sin reservas, que se ha abandonado a las justicias de Dios y que dice: “Señor, golpeadme a mí; estoy entregada por amor a vuestros divinos golpes”. Señoras, a las vírgenes pertenece decir tal cosa; entender la castidad sin el sacrificio de todo su ser, es caer en las tinieblas. Las cosas se relacionan misteriosamente: para comprender a la Virgen sufriente, se necesita comprender también el amor que le tiene al que ha tomado como esposo. ¿Quién es? *Virum dolorum et scientem infirmitatem* [Isaías 53, 3]. Es el hombre de dolores por excelencia, habiendo acumulado todos los sufrimientos humanos en la persona de un Dios, para darles un valor infinito. Esta alma, pues, que se ha entregado perdidamente al Esposo hecho cordero para la salvación del mundo e inmolado desde el principio: *Agnus qui occisus est ab origine mundi* [Apocalipsis 13, 8]; esta alma, digo, debe tomar los sentimientos del Esposo, debe entrar en la perfección de los sacrificios mediante la cual ha salvado al mundo: la gran ciencia de esta Virgen pasa a ser el conocimiento del misterio de la cruz, del misterio que ha rescatado a las almas. Su amor le enseña que esto es para ella un gran honor, una

gran gloria y una gran alegría el sufrir porque Nuestro Señor ha sufrido. ¿Qué ha querido Jesús inmolado en el sufrimiento? ¿Cuál ha sido el fin de su Pasión? ¡Sin duda rescatar al mundo, pero también santificar a su Madre en el dolor, enriquecerla con las gracias del martirio! Desde lo alto de la cruz parece decirle: Mira cómo te amo, no solamente sufro por ti, sino que te hago partícipe de mis sufrimientos; mira cómo te he embellecido por haber conservado tu castidad purísima. Y María responde: “Yo que era tu Madre, quiero unir a las angustias de mi maternidad los dolores que tú reservas a las almas vírgenes y esposas; para parecerme más a ti, quiero sufrir contigo y... habrá delicias en parecerme a ti sufriendo”.

Colocaos, Señoras, en medio de estos dos combatientes en el sufrimiento, si puedo hablar así; colocaos en el Calvario entre los sufrimientos de Jesús y los sufrimientos de María; tomad conciencia de esa necesidad de sufrir que siente Nuestro Señor para embellecer el alma de su Madre y de esa felicidad dolorosa y llena de angustia que inunda el corazón de María para hacerla más y más pura en el sufrimiento y más semejante al Salvador del mundo.

**A ejemplo de la Virgen** Si Nuestro Señor os llama a ese rango de esposa, mirad cómo el sufrimiento se convierte en el signo inseparable del amor. Dejadme suponer por un instante que no haya más que Jesús y vosotras en el mundo: Jesucristo, Dios de los sufrimientos, embriagado de sufrimientos a fuerza de amar y un alma virginal que se ha entregado a él. ¡Pues bien! He aquí a Jesús sobre el Calvario y vosotras estáis a sus pies recogiendo las gotas de su sangre. Señoras, de lo alto de esta cruz chorreante de sangre y de amor, no cae otra palabra sobre esta alma sino ésta: hay que sufrir, hay que entrar en este camino real para transformarse en la per-

fección del sufrimiento. Ved, pues, ¡qué vida totalmente nueva la virgen cristiana bebe al pie de la Cruz! De qué tenéis derecho a quejaros cuando sufrís: Jesucristo os da su sangre, vosotras dais vuestros dolores, os unís al sacrificio de Jesús para participar en las maravillas de su salvación. Daos cuenta, pues, de esta vida interior de la cruz en la que entraréis mediante las humillaciones de Jesús y de la Virgen. Comprended lo que debe ser vuestro crucifijo; es la imagen de vuestro Dios expirando; es el resumen de una vida de oprobios y de dolores. Ahí aprenderéis, Señoras, lo que debe ser vuestra vida y cómo hasta vuestro último suspiro debéis ir al sufrimiento constantemente, generosamente y con amor.

**En la santa misa** Luego, Señoras, vosotras que tenéis la dicha de asistir frecuentemente a la Santa Misa, comprended también lo que este misterio debe decir a vuestras almas. La misa, el sacrificio de un Dios inmolado de un modo no sangriento, es vuestra imagen. ¡Señoras!, vosotras no tendréis probablemente el honor de verter vuestra sangre, el martirio no os aguarda, aunque en nuestros días no se puede saber lo que el futuro nos prepara, pero vosotras tenéis un martirio secreto que sufrir, una larga inmolación no cruenta pero no menos real, y cuando vais en la comunión a uniros al Hombre de dolores, lo hacéis para formar en vuestras almas la ciencia del dolor.

Cuando, pues, asistís al sacrificio del Calvario renovado en nuestros altares, id también a la Cruz, contemplad ese prodigio de un Dios que está allí atado por nosotros, mirad esos clavos que retienen sus miembros sagrados fijados al instrumento del suplicio y preguntaros qué podéis hacer, también vosotras, para clavaros en una cruz. Se tratará de despojarse de cierta libertad de acción, aceptando la santa esclavitud del sufrimiento y haciendo,

Señoras, todo lo que os convertirá a su vez en esclavas voluntarias de la Cruz.

**Dolores fecundos:** Pero no debo hablaros solamente de cuanto habréis de sufrir,  
**a) en la oración**

Señoras mías, hay más aún para las perfectas imitadoras de la Virgen María. Después de haberos dicho que la Virgen, esposa de Jesucristo, debía sufrir, debo mostraros su fecundidad mediante el sufrimiento. Lo que Nuestro Señor quiere en la cruz son las almas; tiene sed de las almas. ¿Qué podéis hacer al respecto? Está el trabajo de los apóstoles, ése no puede ser el vuestro; dejando de lado la predicación según la palabra del Apóstol: *Mulieres taceant in ecclesiis* [1 Corintios 14, 34]; dejando también de lado las buenas obras reservadas a los diáconos, y que también os pertenecen, sólo me detendré hoy en la carrera apostólica que os está reservada, el apostolado de la oración. Es el de Jesucristo en la cruz, cuando en un gran silencio su oración salva al mundo. De su boca divina unas palabras llenas de fecundidad descienden sobre los pocos amigos fieles, los pocos guardias que velan en torno al crucificado; pero son escasas, y es en el silencio de la oración y de la adoración muda como Jesucristo reconcilia al mundo con su Padre. Ahí está, el gran intercesor, el gran mediador invitando a toda alma que mediante la castidad adquiere el derecho de acercarse a él, invitándolas, digo, a unirse a esta grande y única mediación.

Entrad, pues, Señoras, en este misterio con una gran fe y un gran valor. ¿Dónde iréis vosotras, una vez sumergidas en estos abismos sobrenaturales?, es algo que nadie sabrá decir, y ¿cuándo podréis hacer mejor estas cosas, Señoras mías? ¡En el momento de la comunión! Jamás vuestro poder de intercesión será más grande. Daos cuenta de todo lo que una virgen cristiana puede pedir a Dios

en su oración de adoración cuando le dice: Tú eres mi primer amor, he renunciado por ti a todos los afectos de este mundo; ya que sufriendo puedo engendrarte almas, acepto todo sufrimiento que te plazca enviarme. Heme aquí, Señor, en mi soledad, en mi silencio, sólo te pertenezco a ti, sólo vivo para ti, estoy unida a ti con el corazón y el alma, no pido más que añadir mi parte de sufrimientos a los inenarrables sufrimientos de tu Santa Humanidad; vierte, pues, los tesoros de tus dolores en mi corazón, en mi alma; que puedan adquirir méritos y participar en los de tu divinidad y transferirlos a las almas que quieras elegir para salvarlas. Señoras mías, ¿no encontráis en estos pensamientos un aguijón para vuestro valor? ¿Será posible no amar los sufrimientos cuando se ha meditado sobre los sufrimientos de un Dios? ¿Será posible quedarse en una cobarde inacción cuando nos es dado poder derramar sobre las almas tibias, enfermas, quizá muertas, los beneficios, la vida divina, el amor maravilloso de Jesucristo?

**b) en las buenas obras**    ¿Qué diré ahora de vuestra acción? No os pediré que la extendáis mucho: no es ésa vuestra misión, al menos en lo externo. Pero tenéis obras que emprender y para consolación de quienes entre vosotras se ocupan de ellas especialmente, os recordaré que el primer mártir fue un diácono, un hombre de buenas obras. También vosotras podéis dar a vuestra caridad un rasgo más elevado que el de una limosna material; podéis transformarla en apostolado. Cuando os ponéis en camino, Señoras, para visitar al pobre o al enfermo, os pido que vayáis también en espíritu al pie de la cruz y que allí, contemplando a Jesús y a su madre, os hagáis esta pregunta: ¿“Qué almas puedo salvar”? Examinad seriamente, Señoras, si no ha llegado el momento para vosotras de comenzar esta misión apostólica. ¿Cuándo os entregaréis a esta acción

sobre las almas? ¿Cuándo uniréis por ellas la oración y el sufrimiento?

**c) en la inmolación** Pero subamos todavía más alto; por encima del apóstol está el sacerdote. No hablo aquí del sacerdote como vestido del carácter sacerdotal, sino del sacerdote considerado como sacrificador. En este sentido dice San Pablo: *Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech* [Salmo 110, 4]. La virgen cristiana no está llamada a serlo en el sentido del sacerdocio, pero toda alma que ama el sufrimiento puede ser sacrificadora. He aquí el rol de la virgen: es sacrificadora. ¿Quién será la víctima? ¡Ella misma, sobre el altar de su propio corazón, teniendo en mano la espada del sacrificio, ella se inmola! Se ofrece a sí misma a Dios, sacerdote y víctima a la vez, como Jesús ofreciendo el sacrificio del Calvario. Entrando en estos sentimientos con un poco de generosidad, un inmenso campo se le abre y la virgen esposa de Cristo llega al sacrificio supremo. El instrumento del sacrificio es su amor; la víctima, es ella misma. Si deseáis saber hasta dónde se puede ir en esta vía dolorosa, mirad a la Santísima Virgen en la fiesta de la Compasión; y para vosotras, Señoras, hasta dónde iréis en la imitación de un modelo tan perfecto, lo ignoro, pero en la medida en que queráis avanzar en él habrá que suprimir todas vuestras quejas. No importa que la prueba venga en vuestra fortuna, en vuestra salud, en vuestros afectos: es un holocausto que debe ser ofrecido a Dios. “El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el Nombre del Señor” [Job 1, 21]. Habrá, pues, que abandonarse totalmente uno mismo y abandonar cuanto uno posee y todo lo que se ama, entre las manos de Dios. Sí, abandonarse hasta la muerte, este último y supremo sacrificio de dolor. Pero si obráis así, Señoras, la muerte no será solamente un dolor; si

bien es un castigo, el salario del pecado, también es para el alma casta y pura la consumación de su unión con su Dios.

**Conclusión** Tal es el término de todo sufrimiento llevado con Jesús en esta vida, tal es la recompensa prometida a la virgen cristiana que ha emprendido seguir al Cordero por el camino del Calvario. Rogad, pues, a la Santísima Virgen que sea vuestra doctora, vuestra maestra; que os enseñe algo del precio, de la fecundidad del sufrimiento. Cuando estéis completamente convencidas de estas verdades admirables, ya no os quejaréis de nada, y besando los pies de vuestro crucifijo, esas llagas sagradas de donde ha brotado la salvación del mundo, pediréis a Nuestro Señor que haga brotar de vuestros sufrimientos, de las llagas de vuestro corazón, la virtud fecunda que salva a las almas; os quedaréis con María en la cruz, y así como Jesucristo ha vertido su sangre en el amor, vosotras verteréis vuestro amor en el sufrimiento para que os sea devuelto purificado, renovado, transformado en el cielo.

*Amén.*

*En el Priorato de las Religiosas de la Asunción.*

---

## MISTERIO DE LA ASUNCIÓN

*Veni de Libano, veni, coronaberis*  
[Cantar de los Cantares 4, 8].

Al término de este retiro y de las disposiciones en las que estoy convencido os encontráis, nada me parece más oportuno que hablaros del misterio bajo la idea del cual nuestra Congregación está colocada. No lo hemos elegido nosotros, por decir así se ha impuesto por sí mismo.

La piedra colocada sobre la puerta de entrada de nuestra casa ya estaba grabada varios años antes de que viniéramos a tomar posesión de la cuna de nuestra familia religiosa. Podemos decir que no somos nosotros quienes hemos elegido a María triunfante en los cielos como nuestra protectora; es María quien, desde lo alto de los cielos, parece haber dicho: Esta casa me ha sido dada y yo, a mi vez, os la doy. Creced en los pensamientos que mi gloria debe inspiraros y sed auténticos hijos de mis victorias, de mi triunfo, de mi coronación.

Por eso, hermanos míos, vengo a exhortaros a que os impregnéis cada día más de las grandes y fecundas lecciones que María en su Asunción nos da. ¿Qué veis, en efecto, como religiosos en este favor especial concedido a una criatura, madre de Dios, constituida reina de los ángeles y de los santos? Nada más útil y más estimulante para nuestro estudio.

**Finas atenciones de la gracia**

Ante todo, démonos cuenta de lo que Dios puede hacer por su humilde sierva. La ha liberado de la ley universal, la ha establecido pura entre todos los hijos de Adán y Eva. “Eres toda bella, mi bien amada, y en ti no hay mancha alguna: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*” [Cantar de los Cantares 4, 7]. Privilegio excepcional, lo reconozco, pero privilegio compartido por nuestros primeros padres, al que respondieron con una caída tanto más espantosa. María ha sido inundada de bienes, a los que ella ha correspondido.

¿A qué perfección no puedo yo elevarme si, a partir de este momento, entro en un auténtico trabajo de perfección? Son cuestiones en las que el pensamiento se pierde. ¿Cuál es en este momento el estado de mi alma? ¿Qué puede llegar a ser si yo quiero? ¿Tengo un auténtico

tico deseo de lanzarme hacia las alturas de las virtudes cristianas? ¿Cuál es la sinceridad de mi deseo? Percibo horizontes inmensos y siento que mis fuerzas no bastarán nunca para alcanzar su profundidad. Pero ahí está Dios que dará, si yo lo quiero, el vigor a mis pies; ¿qué digo?, me dará alas, y entonces no caminaré, volaré. *Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam* [Salmo 55, 7]. Pero no me detendré en este vuelo, poderoso, rápido, hasta que haya encontrado el lugar de reposo que Dios me prepara y, mientras tanto, iré como los verdaderos servidores de quienes se ha dicho: *ibunt de virtute in virtutem* [Salmo 84, 8]. Las virtudes se acrecentarán sin cesar en mí. Con los ojos fijos en mi reina en su gloria, veré bien la distancia que me separa de ella, y sin escuchar las tristes tentaciones del desaliento, diré a María: “¡Oh, cuán lejos estás de mí! Pero no te pido que te inclinéis sobre mis miserias, te pido que me atraigas a ti”.

¡Oh!, ¿quién dirá hasta dónde llegaré, si mi oración es sincera, si mis esfuerzos son generosos? Porque, a medida que mi carrera se prosiga y que las distancias disminuyan, veré mejor lo que Dios me pide y lo que debo darle; veré mejor qué perfecciones han sido realizadas en María y cómo debo imitarlas. Quizá me deslumbren al primer momento, pero no importa. Iré a María y María me dará el secreto de los encantos tan enternecedores de su alma virginal.

#### **Nacimiento de Cristo en mí**

Ahora bien, comprenderé mejor mis deberes y mis relaciones con Dios, a medida que vaya compenetrándome mejor con los prodigios realizados en María. María, elegida desde toda eternidad, recibe en sus castas entrañas a un Dios que quiere tomar en ellas nuestra naturaleza. Pero, ¿no he recibido yo en el santo bautismo un germen divino que debo desarrollar en mí? ¿No

soy yo mismo hijo de Dios? ¿No he recibido, acogido a Jesucristo? El evangelista dice: *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis filios Dei fieri* [Juan 1, 12]. Pero así como el niño crece sin cesar, ¿mediante qué espíritu de fe y de amor debo desarrollar a Jesucristo en mí y hacerle crecer? ¿De qué modo debo crecer con él?

María ha llevado a Jesús en sus castas entrañas durante nueve meses. ¿Cómo debo yo llevar a Jesús en mi corazón cuando ha bajado allí en el Eucaristía? ¿Qué transformación se operaba en la Virgen por excelencia, en esta concentración de su ser en torno al Niño-Dios, el cual, perfecto sin duda desde el primer instante de su concepción, vertía en el seno de su madre las gracias más abundantes y la nutría con los dones espirituales más exquisitos, mientras recibía de ella lo más puro de su sangre materna para formarse un cuerpo semejante al nuestro? ¿Cómo debo hacer yo también un intercambio de todo mi ser con el ser de Jesús? *Vivo jam non ego, vivit vero in me Christus* [Gálatas 2, 20]. ¿Quién me hará comprender esta sustitución, mediante la cual un Dios toma mi vida y me da la suya?

**Vida de Cristo  
manifestada en mí**

Y no se trata solamente de una vida secreta, íntima; se trata de una vida que el mundo deberá conocer, aunque acarrearla la condena de los esclavos del mundo. Y María, dando a luz a Jesús, trae el juicio de este mundo. *Nunc judicium est mundi* [Juan 12, 31]. El cristiano, también él, debe manifestar a Jesucristo mediante toda su vida.

A partir de su nacimiento hasta los treinta años, la vida de María y la de Jesús no forman sino una sola, y ahí es donde debo ir a buscar las lecciones, debo hacerme instruir por María sobre las perfecciones de Jesús en su vida oculta. ¡Oh, enseñanza admirable! ¡Y qué modelo para un noviciado, en que la maestra de novicios es María y

el novicio es Jesús! Escucharé sin duda las lecciones de mis directores; ¡pero cómo sería facilitada su acción si yo tomara ante todo las lecciones de María para hacerme más parecido a Jesús!

¿No puedo yo seguir a María hasta la cruz, donde termina la vida apostólica de su Hijo? Si durante toda mi vida la cruz es la meta de mis trabajos; si trabajo, actúo, predico, evangelizo, sufro para prepararme a ser yo mismo un digno discípulo de la Cruz, ¿no tendría derecho a ir algunas veces a colocarme entre María y Jesús, a los pies del divino crucificado, para aprender a sacrificarme y a morir?

Finalmente, cuando haya aprendido así de María a vivir de la vida de Jesús, imitando en cuanto de mí dependa sus perfecciones y sus virtudes, ¿no podría esperar que María, mi esperanza, *spes nostra*, me haga participar de su corona y de la gloria de su Hijo, de quien habré sido fiel servidor?

*Sermón de clausura de un retiro a los  
Religiosos de la Asunción.*

---

#### IV. Amor a la Iglesia

*En su entrega a la Iglesia es como el P. d'Alzon ha dado la medida de su amor a Nuestro Señor, Fundador y Jefe de la Iglesia, y a la Santísima Virgen, su modelo ideal. La Iglesia ha sido el tema de numerosas predicaciones y conferencias de actualidad, de las que desgraciadamente sólo nos quedan ecos. Las daba con una vehemencia muy meridional que electrizaba al auditorio; uno se hubiera sentado en un tendedor, se decía, para escuchar a un tal predicador.*

*Ya se ha mencionado a menudo a la Iglesia en esta recopilación. He aquí algunos textos más para recordarnos nuestros deberes respecto de la Iglesia que combate en la tierra, que sufre en el Purgatorio y que triunfa en el cielo.*

---

## AMOR A LA IGLESIA

### I. La Revolución, enemiga de la Iglesia

Mis queridas hijas, vamos a comenzar hoy a estudiar la tercera característica distintiva que hemos tratado de dar a la Asunción, que es el amor a la Iglesia.

Repitamos lo que ya hemos dicho a menudo, la Asunción es un pequeño regimiento de la Iglesia. Tenemos que enfrentarnos a un enemigo implacable, que triunfa por todos los medios: triunfa mediante la democracia, mediante la aristocracia, mediante los reyes y los emperadores. Se trata de la Revolución. Esta Revolución, múltiple en sus efectos, se resume en una sola palabra: *Non serviam*, palabra pronunciada antes de la creación del hombre. Esta palabra, la bandera de toda rebelión, ha llevado el desorden en el cielo; ha turbado la paz en el paraíso terrenal, ha trastornado las sociedades humanas, lleva la herejía al seno de la Iglesia; a veces se introduce en los claustros, allí donde la santidad debería refugiarse como en un santuario. Cuando la religiosa, en la ofuscación de su orgullo, también dice: “no obedeceré”, entonces la revolución se forma en su alma. En este sentido es miembro de aquella inmensa sociedad revolucionaria que nació en el cielo en el origen de los tiempos, que se perpetúa en la tierra bajo diversas formas, todas igualmente impías, y que, ya castigada desde sus inicios, tendrá su término eterno el día del juicio definitivo, en los suplicios del infierno.

Esta Revolución, que crece hoy como una marea invasora, comienza por negar toda verdad. *Ille homicida erat ab initio, et in veritate non stetit, quia non est veritas in eo* (Juan 8, 44). Por eso Satanás es llamado padre de la mentira, padre del error. Es contraria a la ley de Dios, ya

que su divisa es el grito de la desobediencia: *Non serviam*. Frente al amor de Dios que se resume en estas palabras de Nuestro Señor: *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret* (Juan 3, 16), sólo respira odio, tiene por jefe a quien fue homicida desde el principio, dice Jesucristo.

Por estas tres características infernales, la Revolución es la gran enemiga de la Iglesia. Se presenta en el orden de las ideas mediante el libre-pensamiento; en el orden social mediante la anarquía; en el orden de la vida práctica mediante la inmoralidad, el culto al placer y al bienestar material; en las relaciones humanas, mediante el egoísmo personal llevado hasta la apoteosis de la humanidad.

¿Qué queda cuando la Revolución ha tomado estas proporciones espantosas? Sólo Dios lo sabe. Pero lo cierto es que hay hombres que siguen los mandatos de su jefe, Satanás, y que han reconocido su imperio. Se podría realmente creer que el poder ha sido dado en nuestros días a la Revolución, y que esta palabra terrible pronunciada por Nuestro Señor la noche de la Pasión, sigue aún realizándose: *Sed haec est hora vestra, et potestas tenebrarum* (Lucas 22, 53).

...Por una parte, la Revolución, aquella mujer que se nos muestra en el Apocalipsis sentada sobre un dragón, teniendo en sus manos una copa llena de la sangre de los mártires y en cuya frente estaba escrito: Misterio (Apocalipsis 17, 4ss); porque en efecto, se trata de misterios de iniquidad, de mentira, los que se encuentran en su pensamiento. Por otra parte, el campo de Jesucristo. La Revolución frente a la Iglesia: Satanás de una parte; Jesucristo de la otra.

Pero esta situación así definida, así expuesta, implica deberes muy especiales, y debemos bendecir a Dios de que nuestra pequeña Congregación de la Asunción haya

llegado en estos tiempos tempestuosos, porque hay nuevos deberes que cumplir. Es siempre el mismo enemigo, la misma guerra que combatir. Satanás prosigue la lucha comenzada al pie del árbol del paraíso terrenal; pero según las distintas fases del combate, se necesitan armas diferentes. Dios nos las pone entre las manos, y pese a que los hijos del siglo son más hábiles que los hijos de la luz, podemos abrigar la esperanza del éxito. Para ello, ¿qué hacer? Combatir la Revolución y defender a la Iglesia tan ardientemente como podamos. ¿Y cómo? Tomando los medios que la Iglesia nos da. Ahora bien, Hermanas mías, la Iglesia presenta tres características principales. Tiene como suyas, la verdad, la ley de Dios y los consejos evangélicos, la gracia concedida a su debilidad humana para poder creer y practicar la ley de Dios y sus consejos de perfección.

## II. La Iglesia, custodia de la verdad

En cuanto a la verdad, es incontestable que ésta lleva en sí misma una imposibilidad en cuanto a sus relaciones con la inteligencia del hombre. Por sí mismo, el hombre no se elevará al conocimiento de la verdad sobrenatural; necesita de la gracia. Además, hay en el corazón del hombre algo que se opone a la verdad, es el punto en que la verdad se encuentra con nuestro orgullo para condenarlo. El espíritu humano la ha rechazado porque no quiere abdicar de sus derechos y porque en todo acto de fe hay un acto de humildad. Respecto de esto, San Agustín hace notar que propiamente hablando había encontrado en Platón una cierta noción de la Santísima Trinidad, pero que el Hijo de Dios se haya hecho hombre, eso no lo había encontrado. Se puede, en efecto, encontrar en ciertos autores paganos ideas confusas sobre ciertas nociones superiores como la naturaleza divina y los atributos de Dios; pero de que Jesucristo haya sido crucificado, que

haya muerto por la salvación del hombre, no se encuentra rastro en ellos.

Y es que los atributos de Dios son cosas magníficas, pero que no implican relaciones directas con la vida del hombre; no imponen ningún esfuerzo por reparar sus ruinas. Pero cuando Dios le presenta a su Hijo que nace en un pesebre, que camina toda su vida en medio de los desprecios y de la pobreza, que muere sobre una cruz, nuestra pobre naturaleza humillada comienza a gritar. Los Protestantes se las arreglan diciendo que la fe sin las obras basta para la salvación, pero la Iglesia católica declara que Cristo ha padecido por nosotros, dejándonos un ejemplo que imitar: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia eius* (1 Pedro 2, 21). Las huellas que nos ha dejado son huellas sangrientas de sufrimientos y de sacrificios. Esto parece ser demasiado duro y el hombre prefiere no creer antes que seguir a un doctor así. He ahí el nudo de la guerra.

La Revolución dice: “Bebamos, comamos, embriaguémonos con la copa de los placeres, coronémonos de rosas y disfrutemos, que mañana moriremos” (Sabiduría 2, 6-9). Es la filosofía practicada en nuestros días (Universidad; Jules Simon; prohibición de hablar de Dios en las escuelas; libertinajes). Es lógico. Puesto que niegan el alma, la vida eterna, Dios y su Iglesia, la tierra es el final de la vida, el placer es su única meta; no hay nada más allá.

Hemos de luchar contra este desbordamiento del materialismo con el arma de Jesucristo, el arma de la cruz. Ved la belleza de la verdad: penetra en las almas mediante la cruz, se fundamenta en la cruz.

### III. La Iglesia, custodia de la ley divina

Además, la Iglesia posee el depósito de la ley de Dios, es decir, todo cuanto hay de más desconocido en nuestros días. Os respeto demasiado como para expresaros hasta

qué punto ella es violada. Aquellas de entre vosotras que frecuentan el locutorio en Auteuil, pueden hacerse una cierta idea. Existen abominaciones, desde la blasfemia hasta el trabajo del domingo, el robo bajo todas sus formas, y tantos otros crímenes que no puedo ni nombrar ante vosotras. Y queréis que, si Dios ha tenido a bien dar mandamientos a los hombres, y que los hombres insensatos le responden: *Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus a nobis jugum ipsorum* (Salmo 2, 3), queréis, digo, ¡que la cólera de Dios no se encienda contra ellos! Está dicho en la Escritura: *Et terra infecta est ab habitatoribus suis, quia transgressi sunt leges, mutaverunt jus, dissipaverunt foedus sempiternum* (Isaías 24, 5); y más aún: han cambiado la noción del derecho, han querido sacudirse el yugo de la ley: *Vae qui dicitis malum bonum, et bonum malum: ponentes tenebras lucem, et lucem tenebras; ponentes amarum in dulce, et dulce in amarum* (Isaías 5, 20). Ahí estamos hoy, y es el triunfo de la Revolución.

Dios viene y da su ley, y no sólo esta ley sino también la de la Iglesia; porque si la ley de Dios ha sido promulgada en el monte Sinaí, quiere que algunas aplicaciones de moral práctica sean encerradas en las leyes de su Iglesia. Hay más aún. Para llevar al hombre a la perfección, establecerá los Consejos, y ahí reside precisamente la meta de la vida religiosa. Y porque la práctica de los Consejos os es impuesta, los conventos son detestados por el mundo. ¿Cómo, los que no quieren ni siquiera la ley estricta y rigurosa de los mandamientos, tolerarían la práctica de los consejos de perfección? La vida religiosa es la condena de los apetitos humanos y sensuales. Ahora bien, la Iglesia tiene el depósito de la verdad y la misión de predicar la ley de Dios, y tiene los tesoros de los socorros necesarios al hombre para creer en la verdad, recibir la ley divina, practicarla y llegar a la perfección.

Estos tesoros son la gracia, los sacramentos, la predicación y las gracias íntimas. Después de esta primera gracia que llamaré social, que introduce al hombre en la Iglesia mediante el bautismo, existe un flujo de gracias interiores que no cesan de manar de esta fuente abierta del bautismo. La Iglesia posee todo eso. ¡Y queréis que los enemigos de Dios, los que dicen: “No serviré”, los que tienen una inteligencia y rechazan creer, un corazón y rechazan obedecer, no tengan contra la Iglesia un odio profundo, un odio tanto más encarnizado y terrible, cuanto más grande es su inteligencia del mal que la Iglesia les hace!

#### IV. Deberes para con la Iglesia

Y vengo a las tres categorías de deberes propuestos a todos los cristianos, a todas las religiosas, pero en particular a las hijas de la Asunción. Los tres grandes deberes de los miembros de la Congregación para con la Iglesia respecto de la verdad son: el estudio, la enseñanza, la predicación mediante la palabra evangélica.

**El estudio**                      Que tengáis mucha inteligencia o que tengáis poca, Hermanas mías, estáis obligadas a darle todo el desarrollo que es capaz de adquirir, para que podáis ser soldados de la verdad, trompetas de la verdad. *Nemo dat quod non habet*. No podéis dar a las almas la verdad, si no la poseéis vosotras mismas. Es un crimen pretender enseñar, como ciertos conventos lo han hecho, sin un conocimiento completo de la verdad. De ahí han venido un montón de ideas falsas que han preparado la ruina de la fe, dando lugar a los ataques de nuestros enemigos. No tenían razón al sacar consecuencias contra la fe, pero tenían razón al emprenderla contra las ideas que parecían salir del ca-

tolicismo, porque eran ideas falsas. ¡Ay de la religiosa que pretende dar instrucción sin los conocimientos suficientes! Muchas religiosas lo hacen y se trata aquí de un verdadero crimen.

Lo repito, hoy las necesidades son grandes. La Iglesia os llama al combate, tenéis una misión muy particular para con las inteligencias. El gran mal de nuestra época es el debilitamiento de la verdad. Sois culpables si no dais a vuestra inteligencia todo el alcance que pueda tener, si no le dais todas las armas que necesita para combatir y vencer. Por lo tanto, estudiar, desarrollar su inteligencia es un deber riguroso para con la Iglesia de toda hija de la Asunción. Tendréis cuidado por supuesto de no dejaros envanecer por la ciencia, según la recomendación del Apóstol, pero quiero que seáis instrumentos de la verdad.

Sobre todo hoy, hay necesidad de ser perfectamente consolidadas y fundadas en la verdad, como dice San Pablo: *In fide fundati, et stabiles, et immobiles a spe evangelii* (Colosenses 1, 23). Si queréis llevar a cabo la obra de la Asunción, hay que estudiar. Os hago de ello una obligación en vuestra calidad de soldados de la Iglesia. Hago aquí una salvedad con aquellas que, por una u otra razón, serían empleadas fuera de la obra de la instrucción y reservadas para las pequeñas tareas; también hay que contar con momentos de fatiga, de enfermedad, que piden interrupción del trabajo. Pero fuera de eso, recordad esta palabra: “El reino de los cielos es semejante a un doctor que saca de su espíritu cosas antiguas y nuevas” (Mateo 13, 52); lo cual se refiere al Antiguo Testamento y al Nuevo. Tenéis una tarea análoga que cumplir. Es necesario, para un trabajo constante de vuestro espíritu, que busquéis la enseñanza que conviene y que se aplique a las necesidades de los tiempos actuales.

Antiguamente, durante cien o ciento cincuenta años, cuando un predicador de cierto talento moría, se metían sus sermones en una caja y de allí se sacaba para predicarlos de nuevo. ¿Cuál es el resultado? La Revolución. Eran sermones sin valor que habían perdido su savia. Hay que hacer y rehacer sin cesar el trabajo de la distribución de la verdad. Una maestra modifica su enseñanza según a quiénes habla. Las conferencias del Sr. de Frayssinous hicieron mucho bien, hoy ya no lo harían: las necesidades son otras, el campo de batalla se ha desplazado. Lacordaire lo mismo, pese a su talento prodigioso. La estrategia cambia. Fuera de algunos Padres de la Iglesia, inmortales como San Agustín, San Juan Crisóstomo, Bossuet, es ley universal. Incluso allí encontramos cosas que ya no van con nuestro tiempo.

Estáis, pues, obligadas a estudiar la antigüedad. Debéis sacar vuestros conocimientos de un tesoro que os hayáis formado; hay que haberlos colocado en vuestro espíritu, haberlos reestudiado, reflexionado mediante un trabajo no sólo de memoria, sino de inteligencia. Luego, a este fondo de ciencia de las cosas antiguas le daréis una nueva forma; se tratará de un vestido nuevo dado a las cosas antiguas: *Non nova sed nove*. Si cambiáramos el fondo de la enseñanza, ya no sería la eterna verdad; nos contentamos con ponerla al alcance de las inteligencias. Y no ha sido dado más que a la palabra de Nuestro Señor ser de todos los tiempos y de todas las situaciones. El Evangelio tendrá siempre respuestas sublimes para todas las necesidades del alma.

**El apostolado** Finalmente, Hermanas mías, estáis obligadas a la palabra evangélica, debéis hacer penetrar la verdad en vuestras conversaciones, debéis ser apóstoles en las relaciones exteriores. En cuanto a la ley de Dios, hay distintas explicaciones, diversos comentarios a esta palabra vieja como

el paraíso terrenal y como el monte Sinaí. Pero estáis obligadas ante todo a predicar la obediencia a la fe, la observación inteligente de la ley de Dios. Detrás de la ley de Dios hay una gran noción de la que vuestra vida entera debe hablar, es la noción del deber, y este deber se sigue de los derechos de Dios. Desde el momento en que Dios tiene derecho a mandar a los hombres, éstos tienen el deber de obedecer.

Hay que sentar este gran principio que se sigue de la ley divina, frente a la teoría independiente que quiere plantear el deber por el deber, como Víctor Hugo quería hacer el arte por el arte. El deber por la sola satisfacción de la conciencia es sencillamente absurdo. ¿Qué es la conciencia sin sanción? ¿Qué es una sanción sin autoridad y qué otra autoridad puede haber, si no la autoridad todopoderosa de Dios? ¿Qué olvidado tenemos todo eso! Es indispensable que demos a conocer la obligación exacta y rigurosa del deber mediante la predicación de nuestra vida. Aquí toco al orden sobrenatural. *Sine me nihil potestis facere* (Juan 15, 5). Y en otro sitio: *Deus est enim qui operatur in vobis et velle et perficere pro bona voluntate* (Filipenses 2, 13). No podéis practicar la ley sin el auxilio de la gracia.

Tenéis todavía más que hacer, y llego a una obligación muy especial de las hijas de la Asunción. Daos cuenta cómo hoy la noción de la perfección se va perdiendo en muchas almas. Por poco que tengáis alguna relación con personas del mundo, incluso las mejores, habréis visto cómo el sentido católico es anulado. No os ocultaré que se dicen de vosotras cosas poco agradables; a veces me las han dicho a mí mismo. El mundo os juzga severamente. Hay dos maneras de comportaros frente a esos ataques: una que no es cristiana y que consiste en justificarse agriamente; la otra que es obligatoria para vosotras y que consiste en tomar la resolución de llegar a la perfección

de la santidad, de hacer amar, comprender, apreciar la santidad mediante vuestros ejemplos, mediante vuestras virtudes. Creedme, es la más fecunda de las predicaciones. *Verba movent, exempla trahunt*. Haced eso en vuestras relaciones con vuestras Hermanas, con los niños y con las personas de mundo. El ejemplo de vuestras virtudes será vuestro gran medio de servir a la Iglesia y de demostrarle vuestro amor.

Finalmente, tenéis una parte de la distribución de las gracias de Dios. Los frutos de los sacramentos están a disposición de las religiosas. La confesión hace bien. ¿Quién la continúa? Vosotras. Se predica un retiro, la palabra del predicador conmueve a las almas: perfecto. Pero ¿quién dará la interpretación de los sermones, quién iluminará los pensamientos demasiado oscuros, quién hará resaltar el lado práctico? Vosotras, y en ello debéis poner el sentimiento profundo de lo que hacéis. ¿Quién inspirará la piedad? Vosotras, una vez más, y como la piedad es útil para todo, si inspiráis una verdadera piedad, esclarecida y no como la gente del mundo la entiende, la haréis pasar a toda la vida de los niños.

### Conclusión

He aquí, pues, los tres grandes servicios que estáis obligadas a prestar a la Iglesia: 1° el estudio de la verdad, la enseñanza de la verdad, la palabra apostólica en ciertas circunstancias; 2° el ejemplo de obediencia a la ley de Dios y con una obediencia inteligente, el sentimiento profundo del deber, las virtudes cristianas, la noción de perfección; 3° en fin, el empleo de los medios sobrenaturales que están a vuestra disposición.

Si queréis alcanzar las metas que os proponéis como soldados de la Iglesia, es necesario que trabajéis en vencer a la Revolución mediante los medios antirrevolucionarios. La Revolución está basada en el orgullo: oponedle

vuestra humildad; está basada en la independencia: sed obedientes. Estáis obligadas, frente a Satanás que quiere destruir el reino de Jesucristo, a restablecer el orden sobrenatural (Peligro de la escuela naturalista: buenas intenciones, soplo apestado). Debéis luchar contra esa corriente de naturalismo, construir sobre la noción divina, buscar el orden divino en la verdad. Debéis levantar el nivel de las costumbres. Ahí está vuestro gran trabajo de predicación en la Iglesia mediante los catecismos, la enseñanza, las asociaciones de jóvenes y las relaciones externas. Tender a levantar el nivel de las costumbres debe ser vuestro esfuerzo constante mediante vuestras conversaciones, mediante vuestra influencia. Mirad, hay que levantar los corazones. Se van, disminuyen cada día. Se van rodando como una piedra desprendida de la montaña y tirada al torrente, que se rompe y se pule y ya no es más que una arena movediza cuando llega al mar.

*XXVI<sup>a</sup> Conferencia de Nimes, 11 de diciembre de 1870.*

## SUFRIR CON LA IGLESIA

A las Religiosas de la Asunción

Os presento una idea fundamental, la noción de lo que debéis a la Iglesia, el sentimiento con que debéis amarla. No os hablaré de las desgracias actuales de la Iglesia; y por cierto, para una hija digna de una madre semejante, habría con qué alimentar su fervor, pero con una condición, que se olvide de sí misma.

En medio de estos grandes acontecimientos, de estas angustias del jefe de la Iglesia, de esta marea de revoluciones que sube cada día, cuando encuentro almas que se preocupan tanto de sí mismas, que gimen bajo sus

sufrimientos: –una superiora que no las comprende; un confesor demasiado rudo; no se las toma suficientemente en cuenta–; ¿queréis que os diga sencillamente mi parecer? Son triples pequeñas necias. Os lo digo con todo el respeto que os tengo, pero también con el sentimiento de verdad que brota del corazón. Si tenemos un resto de fe en el corazón, todos los quebrantos deben borrarse ante los quebrantos de la Iglesia. Cuando me suceden naderías, –porque yo también tengo las mías, como vosotras las vuestras–, os lo digo sencillamente que, en ese momento me siento feliz de poder ofrecérselas a Nuestro Señor crucificado. Entre lo infinitamente pequeño y lo más grande, hay sin embargo una relación. El vicario de Jesucristo sufre; es justo que yo sufra. Es una alegría para mí, porque eso me muestra que soy católico. El siervo no está por encima de su amo, el discípulo por encima de quien le enseña.

*Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis* (Santiago 1, 2). Son palabras textuales de Santiago a sus fieles. Nada tenéis que replicar a eso. Si estuvierais dispuestas a poner en práctica este consejo, ¡cuánta paz daríais a vuestras Superiores! ¡Cuánto abreviaríais vuestras confesiones! Encontraríais materia de meditación, no tendríais tiempo de pensar en vosotras mismas: tanto pensaríais en la Iglesia. Os sentiríais felices de poder padecer algo por Jesucristo. Y por su esposa, la santa Iglesia. Llevad esto como consecuencia de vuestro retiro espiritual: será el medio más excelente de barrer de vuestras almas un montón de pequeñas miserias.

“Todo eso va a convertirse para mí, –perdón por la expresión–, en pan bendito. Si una Hermana me contraría, si no tiene atenciones para conmigo, no será nunca para mí lo que Garibaldi es para el rey de Nápoles<sup>1)</sup>. Mi superiora me da una orden rigurosa, imperiosa: no será tanto como la peregrinación del Papa Pío IX a Gaeta, ni la que

<sup>1)</sup> Garibaldi invadía en ese momento el reino de Nápoles.

tenga que hacer quizá algún día a otra parte". Abrazaréis todas vuestras diversas situaciones con gran gozo: *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis* [Santiago 1, 2].

Encontraréis la felicidad en la tentación, en el sufrimiento, en las pruebas. Si este pensamiento os anima, si tenéis el sentimiento de hijas de la Iglesia, cualquier pena se transformará en alegría, estaréis alegremente tristes de poder testimoniarle a la Iglesia vuestro amor y sufrir con ella. Iréis, pues, al encuentro de las penas, de las contradicciones, del sufrimiento, para pareceros más a la Iglesia, esposa de vuestro Salvador. Dejadme esperar que me separe de vosotras con esta resolución.

Bien mirado, no es más que puro catecismo la doctrina que os predico. ¿Qué es el bautismo? Es un sacramento por el cual somos hechos hijos de Dios y de la Iglesia. Tened, pues, los sentimientos de vuestro padre y de vuestra madre. Vuestra madre sufre, sufrid con ella. No se trata más que del comentario del primer sacramento, mediante el que sois regeneradas y hechas ciudadanas del cielo. Esta comunidad será, pues, la más alegre, la más jubilosa, la más santamente jubilosa de las comunidades. Los sufrimientos de la Iglesia le causarán una alegría interior y podréis decir con Isaías: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima* (Isaías 38, 17). Entre los inconvenientes posibles: aburrimiento en la oración, cansancio en la observancia del reglamento, susceptibilidades con mis compañeras, órdenes injustas, fracasos con las niñas, observaciones infundadas, etc. Dios mío, estaré contenta de tener algo que ofrecerte. Bien mirado, es la mejor manera de pasar la vida. ¿Qué es la vida? Muy poca cosa. Santiago dice: *Vapor est ad modicum parens, et deinceps exterminabitur* (Santiago 4, 14); y los Libros Santos están plagados de apreciaciones por el estilo. Lo sabéis, de los ferrocarriles sale un humo que se extiende por los campos y parece besar la tierra, y en ese beso encuentra la muerte. Para mí es una imagen de la vida. Algunos tienen alegría

otros tienen pena, todo dura poco. Debéis, en estos días, unir vuestros pequeños esfuerzos a los combates de los grandes santos por la Iglesia. Importa que haya hombres sobre las murallas de Jerusalén para defender a la Iglesia exteriormente; pero se necesita también una defensa interior mediante las lágrimas que apaciguan al cielo. Comparando lo que sufre la Iglesia con lo que vosotras sufrís, estad alegres. ¿Os estoy deseando muchos sufrimientos, muchas pruebas, etc.? No, sólo deseo a cada una de vosotras aquellos que será capaz de soportar, según la medida de su amor y de su inteligencia espiritual de los caminos y de los designios de Dios, con el fin de que purificadas *quasi per ignem*, un día hagáis parte de la más hermosa porción de la Iglesia triunfante en el cielo. ¡Así sea!

*Último sermón de retiro, 24 de agosto de 1860.*

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA

### **Su interés para los jóvenes**

Esta obra<sup>1)</sup> nos parece dirigirse especialmente a los jóvenes católicos llegados al final de los estudios clásicos. Fuera de los grandes centros en que se espera encontrar guías seguros, en este momento de la vida, cuando una inteligencia de dieciocho o veinte años comienza a tomar plena posesión de sí misma, ¿acaso no vemos a jóvenes, devorados por el deseo de saber, perder un tiempo precioso por carecer de alguien que los dirija en sus trabajos? Faltan en su entorno verdaderos sabios, y sus facultades no están suficientemente desarrolladas

<sup>1)</sup> Se trata de la *Histoire de l'Eglise*, del abate Darras.

para bastarse a sí mismas. Supongamos a un joven lleno de fe, dotado de una bella inteligencia y de un corazón animado por un gran amor a la Iglesia; quiere hacer algo por la causa tan atacada de las verdades divinas; quiere al menos estar preparado para refutar los errores de cada día, quizá incluso hacer una propaganda como los laicos cristianos pueden hacerlo hoy día. Pues bien, no conozco mejor arsenal para este joven que el libro del Sr. Darras. Además, encontrará ahí una iniciación preciosa a todo un conjunto de trabajos. Es un magnífico plan de estudios, y quizá el más útil de todos y el más fecundo. *Filia temporis veritas*, la verdad se forma a lo largo de los siglos; y a medida que la historia desarrolla los anales de la Iglesia, aparecen no sé qué horizontes, siempre nuevos, siempre más amplios. La historia de la Iglesia es la historia de esta porción de humanidad que ha conservado siempre la verdad, para la que han sido hechos todos los tiempos, para quien la ciencia reserva la solución verdadera de sus problemas.

A la edad en que se siente, junto con una exuberancia de vida en las venas, una exuberancia de curiosidad en la inteligencia, y si la pureza del alma se ha conservado en medio de los inevitables peligros, es imposible no experimentar el deseo de dar una dirección superior a este ardor devorante, que necesita un alimento y que se precipitará en las profundidades del mal si no se lanza hacia las cumbres del bien, de lo bello y de lo verdadero.

Porque no basta haber leído veinte o treinta volúmenes para haber sacado de la historia de la Iglesia todo cuando se puede obtener de ella; es necesario además detenerse ante los problemas suscitados a cada instante, a cada paso, en esta marcha a través de la vida de los pueblos. No es con una mirada rápida como hay que devorar estas páginas cargadas de hechos, de afirmaciones, de refutaciones más o menos desarrolladas. Pluma en mano

es como hay que hurgar en estos filones y agotarlos en cierto modo. Allí donde la verdad aparece a pleno día, allí hay que tomar como punto de apoyo las verdades incontestables; allí donde la luz parece faltar, hay que volver una y otra vez con paciencia y obstinación y no avanzar sino con prudencia; hay que sacar muchos extractos, y también poner muchos puntos de interrogación. Se dice que las biblias de Bossuet y sus ejemplares de San Agustín estaban acribillados de notas; yo quisiera que el joven a quien me dirijo, condenado a estos estudios solitarios, como hace el genio y que hacen a los genios, como dice el Sr. de Bonald, quisiera que también él maltratara de esa manera su ejemplar de historia eclesiástica y que lo tomara, si la expresión es justa, cuerpo a cuerpo, y que tras haberlo leído una vez, lo volviera a leer, aunque encontrara manchas, lagunas, soluciones incompletas. Siendo el fondo admirable, el resultado sería un crecimiento de tesoros en su memoria, de vigor en el juicio y también de aquella llama por la causa de Dios, que parece faltar tanto en nuestros días.

Desde este punto de vista, la obra del Sr. abate Darras me parece la guía más preciosa recomendable a los jóvenes católicos condenados a completar sus estudios en el aislamiento y resueltos sin embargo a completarlos.

**Ventaja del método  
histórico**

En efecto, la ciencia real no se adquiere solamente mediante una exposición más o menos bien hilvanada de las verdades que se desarrollan sucesivamente y se encadenan entre ellas. Cuando Dios ha querido revelarse a los hombres, lo ha hecho, por así decir, mediante el método histórico, como el más asequible a todas las inteligencias. Mirad más bien qué lugar ocupan los relatos históricos en los libros sagrados. El Antiguo y el Nuevo Testamento están llenos de ellos. La historia es

el medio más seguro de fijar, en el espíritu del hombre, la verdad en la exposición de los hechos.

Y es que la verdad misma es un hecho; la revelación es un hecho; la creación, la caída del hombre, la reparación son hechos; la misión de Jesucristo es el mayor de todos los hechos, de los que la Iglesia es el testigo perpetuo. Y el hombre, por naturaleza, capta más fácilmente los hechos históricos que los sistemas teológicos y sus más profundas investigaciones. Dios me libre de querer rebajar la ciencia de las ciencias, la teología, en provecho de la historia; lo que digo es solamente que el joven abandonado a sí mismo podrá prescindir más fácilmente de un maestro, en caso de que no lo tenga, en los estudios de historia, que en los estudios más bellos de los teólogos antiguos o modernos.

¿Pero no podríamos decir que los estudios del joven a quien me estoy dirigiendo encontrarán un plan muy real, incluso cuando en sus estudios y sus trabajos parece no seguir más que el curso de los tiempos? Belarmino, en el discurso que pone a la cabecera de sus controversias, si no me equivoco, ¿no hace observar el encadenamiento lógico de las herejías, fuente del encadenamiento muy lógico de las verdades católicas, promulgadas sucesivamente por los Concilios y por los Soberanos Pontífices?

Mirad más bien. En primer lugar es la unidad de Dios lo que se afirma frente al paganismo y la Gnosis; luego la Trinidad contra los Arrianos y los Macedonianos. Pareciera que Nestorio no aparece sino para fijar junto con Eutiques, mediante los anatemas de que ambos son objeto, desde un doble punto de vista, el dogma de la Encarnación. Donato inaugura, por así decir, la cuestión de la Iglesia; Pelagio, la de la gracia. Más tarde, sus errores desarrollados debían ser retomados en subcontrata por los Protestantes. Hoy volvemos a la negación absoluta de lo sobrenatural. Se diría que Dios, tras haber tomado un momento posesión del mundo mediante Jesucristo, deba

de nuevo ser expulsado de él mediante la rebelión radical del hombre excitado por la rebelión de Satanás.

---

## FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

*A los colegiales de Nimes, 1878.*

*Ut sit Deus omnia in omnibus*  
[1 Corintios 15, 28].

Esta es la recompensa de los santos: Dios es todo en ellos, de acuerdo con todos sus deseos y, tras algunos días de combate, son llamados a la eterna recompensa. Estudiemos su dicha y tratemos de darnos cuenta de cómo la eterna Trinidad lo es todo en todos los santos: *Ut sit Deus omnia in omnibus*. El Padre derrama en ellos un ser más perfecto; el Hijo les comunica los rayos de su luz infinita; el Espíritu Santo los colma con los efluvios de su amor y les une a la divinidad mediante un lazo inexpresable: *ut sit Deus omnia in omnibus*.

### I. El Padre comunica a los santos una perfección incomparable del ser

Al Padre se le atribuye más particularmente la creación, y en el Apocalipsis, mientras el Hijo se nos muestra bajo la figura del cordero, el Padre es especialmente representado en su trono, rodeado de millones de ángeles y de santos; y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí que hago nuevas todas las cosas, *et dixit qui sedebat in throno: ecce nova facio omnia* [Apocalipsis 21, 5]. Esta renovación de todas las cosas no se aplica a los ángeles; se aplica a los elegidos que son renovados, ¿y

cómo? Escuchad a San Pablo: *seminatur corpus animale, surget corpus spiritale* [1 Corintios 15, 44]. Este cuerpo debía ser incorruptible, el pecado lo había condenado a la corrupción, pero por la gracia de Dios ha sido el cuerpo de un santo: *seminatur in corruptione, surget in incorruptione; seminatur in ignobilitate, surget in gloria* [1 Corintios 15, 43]. ¿Y eso cómo? Porque aquél que estaba sentado en el trono dijo: He aquí que hago nuevas todas las cosas, *et dixit: ecce nova facio omnia*.

Pero si esto acontece con el cuerpo, ¿qué diremos para el alma? El alma por el pecado había caído al nivel más bajo de enfermedad, de debilidad, de ignominia. *Seminatur in infirmitate, surget in virtute*. ¿Qué poder? El del ser perfeccionado. ¿Acaso no sentís en vosotros mismos los días de buena salud y los días de enfermedad? Lo propio pasa en el alma: tiene sus días de languidez y sus días de energía. Pero en el cielo esta misma alma recibirá de Dios un poder de ser completamente nueva, un poder de vida divina; sus facultades quedarán agrandadas, perfeccionadas, divinizadas. ¿Quién hará ese prodigio? El Creador de todas las cosas que por sus elegidos hace una nueva creación y renueva todas las cosas en ellos. *Ecce nova facio omnia*, él que es todo para todos.

Pero recordad sin embargo que este prodigio es para los elegidos solamente. Si hay santos a quienes están reservadas estas magnificencias de la liberalidad divina, también están los réprobos a quienes están reservados maravillosos tormentos, según la expresión de los libros santos. Mirad arriba para contemplar la felicidad de los elegidos, pero mirad abajo para haceros una idea de los suplicios de los condenados, y elegid.

## II. El Verbo da a los elegidos su luz

El Verbo que existía desde el principio, por quien fueron creadas todas las cosas, eterno como el Padre, era la luz que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo.

Ahora bien, esta luz aquí abajo se comunica de acuerdo con la debilidad de nuestros ojos. A nosotros se nos comunica mediante la fe. Esta luz se acrecienta sin cesar, como después de la noche los primeros rayos de la aurora. Pero el sol no brillará jamás plenamente aquí abajo para los ojos de nuestra alma. En la tierra sólo tenemos un comienzo de gloria, *inchoatio quaedam gloriae*; hay que saber contentarse con ello. Se trata de la palabra de Dios puesta a nuestro alcance por la revelación y la enseñanza de la Iglesia. Pero en la patria será totalmente distinto.

El que es Dios, que procede de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, es también para los santos la luz que los deslumbra. Dios Padre les ha dado ojos más perfectos para ver, y ven, y contemplan aquella luz de verdad más abundante. Porque para el alma, la luz es la verdad comprendida. El Verbo, la palabra eterna, se presenta a ellos y, en la luz eterna, ven la luz que les conviene. *Signasti super nos lumen vultus tui, Domine, dedisti laetitiam in corde meo* [Salmo 4, 7]. ¿Y qué ven? Ven la felicidad de los santos y admiran la sociedad a la que han sido elevados, admiran los adornos de los que sus almas están como investidas, admiran sobre todo la gloria de Dios y todo cuanto esta gloria les aporta de embriaguez, de arrebatos y de recogimiento. ¡Oh, quedan saciados! *Satiabor, cum apparuerit gloria tua* [Salmo 17, 15].

Ver a Dios, contemplar a Dios, ésa es la alegría de los elegidos. Nosotros encontramos admirables un cuadro, una estatua, una figura, un horizonte. ¿Qué es todo eso en comparación con Dios, con su esencia, con sus atributos, su poder, su justicia, su bondad? Y le veremos tal como él es: *Videbimus eum sicuti est* [1 Juan 3, 2]. Sin nubes, sin enigmas, sin oscuridades. Le veremos en su misma luz: *Videbimus eum sicuti est*. Oh verdad eterna, la alegría de contemplaros será la eterna felicidad de vuestros santos. Pero no os contemplaremos de lejos, estaréis en nosotros:

*Ut sit Deus omnia in omnibus* [1 Corintios 15, 28]. ¿Y eso cómo? Escuchad aún.

### III. El Espíritu Santo nos comunica la perfección del amor

¿Qué hacéis cuando abrazáis a vuestra madre? Desearíais tanto amarla, vosotros, fundiros en ella; pero eso es imposible, vuestros cuerpos mismos se oponen. Pero Dios es espíritu puro y podéis adheriros a él mediante el alma y no hacer más que un espíritu con él: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est* [1 Corintios 6, 17]. Eso se inicia ya aquí abajo mediante la gracia de Nuestro Señor, pero la plenitud de tal unión sólo puede realizarse plenamente en la patria, en el cielo. Allí nuestro ser será renovado, fortificado, agrandado por el Padre todopoderoso. Allí los rayos del sol de verdad nos iluminarán con sus esplendores divinos. El Cordero se habrá convertido en nuestra luz, y seremos capaces de actuar, de conocer, de amar; veremos mejor la belleza de Dios y querremos lanzarnos hacia ella en un esfuerzo supremo. Ahora bien, seríamos incapaces de esta unión mediante el amor. Pero lo que se realiza ya aquí abajo mediante el amor de Dios, que nos es dado por el Espíritu Santo, se realizará mucho más perfectamente aún, cuando Dios lo sea todo en todos: *Ut sit Deus omnia in omnibus*. ¡Oh!, dicen los santos: ¡Dios mío, cuán admirable eres! ¡Quién expresará lo que tu luz nos muestra de tus perfecciones! ¿Pero cómo ir hasta ti?

Algo de este misterio se realiza ya aquí abajo cuando, siendo incapaces de amar, Dios nos comunica su amor mediante el Espíritu Santo, que nos es dado: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis* [Romanos 5, 5]. Pero allá arriba ya no hay más barreras que la distinción entre Creador y criatura. Dios viene a nosotros; está en nosotros, un ser

engrandecido, luz inundando nuestro ojo, amor abrasando nuestra alma; en una palabra, es todas las cosas en todos los santos. Queréis amar, he ahí el amor de Dios. Queréis arder de amor, he ahí las llamas del Espíritu Santo. Queréis, en vuestros arrebatos, no formar más que uno con Dios, no descenderéis nunca tan profundamente en vuestro corazón que Dios no pueda descender en él más profundamente aún, tanto para amaros como para enseñaros a uniros a él: *Ut sit Deus omnia in omnibus*.

Y este Espíritu divino da a cada uno su recompensa, además de la dicha común. Pero existen tres recompensas más particulares, llamadas aureolas: para los doctores, para los mártires y para las vírgenes, porque, dice Santo Tomás, éstos han sostenido los mayores y más continuos combates.

¿Y por cuánto tiempo? Para siempre. He ahí por qué Jesucristo, anunciando la pobreza, las lágrimas, las persecuciones a sus discípulos, añadía: *Gaudete et exultate* [Mateo 5, 12]: alegraos y saltad de gozo, he aquí que vuestra recompensa es grande en los cielos.

He aquí. Esta expresión en el estilo de las Escrituras es una certeza, hace notar Bourdaloue. He aquí una recompensa cierta, —las del mundo nunca lo serán—; recompensa abundante, —las del mundo no son sino fuente de descontento, a causa de lo poco a que se reducen—; recompensa eterna, ya que os espera allí donde reina la eternidad. Id, pues, a Dios, pedidle que sea todo en vosotros y, en la esperanza que no será decepcionada, despreciad la tierra y trabajad por merecer en el cielo la posesión de quien será todo en vosotros.

---

### LA VIDA DE LOS SANTOS<sup>1)</sup>

Que los santos sean hoy una molestia considerable para numerosos espíritus, ¿quién lo va a negar? Molestan a los amigos de los placeres con su moral severa; molestan a los enemigos de la Iglesia, de la que son tan hermoso ornato; molestan sobre todo a los librepensadores, que no quieren oír hablar del mundo sobrenatural. ¡Qué inmensas legiones se levantan contra los santos!

Sin embargo, hay que tomar partido, los santos son un hecho, y al mismo tiempo son una excelente gloria para la humanidad caída, una inmensa fuerza para la Iglesia, una manifestación irrefutable de lo sobrenatural, para que los cristianos jamás deban consentir en abandonarlos al odio de los malos, incapaces de imitarlos.

Estimo que más que nunca debemos ponerlos en honor, y que la *“Vida de los santos”* es una de las mayores y más pacíficas enseñanzas que se pueden ofrecer a una masa de lectores incapaces o demasiado propensos a las vacilaciones funestas que resultan de ciertas obras.

#### **Evitar las malas lecturas**

¿No sería ya un gran logro si mediante la lectura de la vida de los santos se suspendieran las oleadas de malas lecturas que a cada momento se lanzan sobre las imaginaciones para estimularlas de manera malsana? ¡Cuántas infelices lectoras son ya incapaces de cualquier lectura seria porque las novelas las han agotado!...

Hay que reaccionar contra este hundimiento de las almas causado por lecturas muy a menudo inmundas; tras estos desvaríos de la imaginación, después de esas horas de perezosa ensoñación, sólo queda el aburrimiento de

<sup>1)</sup> El Padre d'Alzon presenta en la revista *La Croix* una nueva colección: la *“Vida de los Santos”*.

los deberes más simples, la incapacidad para cualquier esfuerzo generoso, la imposibilidad de cualquier lucha ante los peligros y los combates más importantes de la vida.

**Llevar al mundo  
sobrenatural**

El conocimiento de los santos transporta a un mundo nuevo, el mundo de la bondad. “¡Dios mío, exclamaba San Vicente de Paúl, qué bueno debes ser cuando el Sr. de Genève lo es tanto!”. Con muy pocas excepciones, este reflejo de la bondad divina ilumina a casi todas las fisonomías de los santos; ya salía de Jesucristo durante su vida mortal una fuerza atractiva: *Ningún hombre, decían, ha hablado nunca como éste* [Juan 7, 46].

A una distancia muy grande, sin duda, pasa lo mismo con los santos. El Hijo del hombre fue crucificado y mediante la cruz, símbolo supremo de su bondad, atrajo todo a sí. Los mártires eran a menudo víctimas de la rabia popular, y sin embargo, desde lo alto de la hoguera, en medio de la arena de los anfiteatros, bajo la espada de los verdugos, ¿a cuántos cristianos no atrajeron? Se ha visto a centenares pedir el suplico, viendo el espectáculo de un mártir que espiraba. Dios daba a sus testigos el poder de hacerse querer e imitar, haciéndoles muy buenos frente a esos hombres acostumbrados a la dureza de sus amos, al odio de sus semejantes y al egoísmo incapaz de creer en la abnegación.

La bondad es la que conquista las almas, la bondad es lo que las impulsa al bien después de haberlas arrancado del mal. Mirad a esos santos que eran buenos, incluso con los animales, y que mandaban a seres desprovistos de razón mediante una fascinación que no tenía más secreto que el poder sobrenatural de su bondad.

Hablo de los efectos de la bondad, pero ¿dónde hay que buscar el principio si no en los sentimientos de hu-

mildad que experimentan los santos pensando en sus pecados y que les hace misericordiosos para con los demás, y también en el sentimiento de la bondad paciente con la que Jesucristo les ha tratado? Su corazón, aun cuando no hubiera sido hecho bueno por los primeros favores del cielo, lo habría sido a causa del agradecimiento por la mansedumbre del Salvador para con ellos...

**Proponer modelos** Uno de los más hermosos triunfos de la Iglesia consiste en mostrar el ideal de lo grande, de lo hermoso, de lo justo en las maravillosas figuras de aquellos de sus hijos que propone a la admiración de los pueblos y a su invocación. Se trata de un secreto que sólo la esposa de Cristo posee. ¿Dónde habéis encontrado, fuera de la Iglesia, la memoria de hombres desaparecidos hace siglos y a quienes se ama aún con un piadoso y tierno afecto? Su recuerdo prosigue y se conserva a través de las generaciones como un perfume imperecedero. Se les invoca, se les reza en el cielo a donde llegaron y desde donde nos envían las gracias obtenidas de Dios para nosotros, nos obligan a levantar la cabeza y a atraer a nosotros la esperanza. Su auxilio se deja sentir según las disposiciones de aquella providencia sobrenatural que vela sobre los cristianos, como la otra providencia vela sobre los hombres y sobre el universo.

Ahora bien, es imposible penetrar en este mundo superior sin sentirse poseído de no sé qué impresión de alegría, de entusiasmo, de respeto, viendo lo que Dios ha hecho con el fango humano, manchado por el pecado, pero remodelado para una nueva creación con la sangre de su Hijo. Este Hijo es el hombre perfecto; plugo a su Padre hacer habitar en este objeto de todas sus complacencias la plenitud de todas las perfecciones, *omnem plenitudinem*, y cuando Jesucristo las ha resumido todas en un grado inimitable en su persona divina, se diría que las toma en su corazón y las lanza dispersándolas sobre la

pobreza de los hombres, de tal manera que cada uno recibiera una partícula que bastará para hacer de él un santo, y cada santo habiendo recibido una partícula diferente, todos serán perfectos, pero reproducirán, en grados y bajo aspectos diferentes, la perfección del modelo común y, según la expresión de Bossuet, de este hombre universal que es Jesucristo.

Estudid todo lo que queráis, quedaréis obligados a constatar este prodigio: no hay un santo que se parezca totalmente a otro, y todos se parecen sin embargo a Jesucristo. Todos tienen algo del jefe divino de esta familia desconocida hasta entonces: todos reproducen los rasgos humildes, fuertes, llenos de dulzura, de amor, de ardor, de desinterés, expresando el don de sí mismos en el sacrificio, el desafío sin orgullo lanzado al dolor y a la muerte, todos llevan un reflejo de la perfección ideal del único modelo...

#### **Suscitar santos**

Sería una tentación muy peligrosa dejarse llevar por el pensamiento de que los santos disminuyen y que la sangre que les hace germinar desde la cruz se ha empobrecido y que resulta inútil trabajar en preparar nuevas generaciones. Sin duda se dan épocas tristes en que el santo parece escasear, *deficit sanctus*, épocas en que hay que suplicar al cielo con mayor energía. Así hacía el salmista. Pero que Dios se reserve siempre valientes servidores que no consienten jamás en plegar las rodillas ante Baal, eso se veía bajo la antigua ley, eso se ve y se verá siempre bajo la ley nueva...

Si cada época ha tenido santos con sus características particulares, conforme a los tiempos que corrían, a los errores que había que combatir, al alivio de las miserias, al ideal por alcanzar, no temo decir que la Iglesia, muy quebrantada sin duda, se prepara para engendrar nuevos santos. Después de la Revolución será como después de la Reforma. La Reforma no está completamente muerta,

pero nuestros santos sobrevivirán a su último estertor. La Revolución también tendrá su decadencia; dad lugar a los santos que se preparan, que quizá ya han nacido. La Iglesia, siempre la misma, pasa por diferentes fases. La persiguen hoy, mañana engendrará, estad seguros.

Pero un esfuerzo común puede preparar este nuevo estado de cosas; es el esfuerzo por imitar a los santos. Ahora bien, para imitarlos, hay que conocerlos; ésta es la razón de la publicación de nuestras vidas de santos. ¡Ojalá inspiren muchos buenos deseos de seguir el camino recorrido por estos admirables precursores! ¡Que Dios bendiga nuestros intentos! Otros, después de estos ensayos tan imperfectos, excavarán en las minas inagotables de nuestros anales. ¡Que un mayor amor a los santos produzca un mayor ardor por la santidad, y la esperanza de alcanzar una cumbre tan alta que, con la ayuda de Dios, no es imposible para los cristianos!

---

## CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS

*A los colegiales de Nimes, 1878.*

Una de las pruebas más conmovedoras de la divina misión de la Iglesia es la conmemoración de los difuntos. Mirad cómo se extiende a todo. Mientras el hombre de los placeres y de la corrupción aparta el pensamiento de la muerte, la Iglesia reunía el despojo de sus hijos en sus templos o en torno a sus iglesias; el pensamiento de la muerte es un buen pensamiento. Hoy se relegan los cementerios lo más lejos posible. No se quieren tan importunos recuerdos. Por nuestra parte, pensemos en los muertos:

- 1° para rezar por ellos,
- 2° para rezarles,
- 3° para hacer una saludable reflexión sobre nosotros mismos.

## 1. Recemos por los difuntos

¿Quiénes son esos muertos por los que debemos rezar? Las almas de aquellos que hemos conocido, amado, a quienes quizá hemos arrastrado al mal. ¿Qué persona, llegada a una edad incluso poco avanzada, no recuerda a personas que ha conocido y que ya no están? ¿Dónde están? Están o en el infierno, o en el purgatorio o en el cielo. La caridad no permite detenerse a considerar su condenación; el pensamiento de que ya están en el cielo les puede resultar perjudicial, ya que nos dispensaríamos de ese modo de la obligación de rezar por ellas. ¿No es mejor pensar piadosamente que están en el purgatorio? Pues de inmediato surge el pensamiento de aliviarlas. Y ciertamente es un pensamiento consolador este poder dado al cristiano y que se extiende más allá de la tumba. Puedo resultar útil y no lo soy. Por cierto he ahí algo que derriba las pretensiones de mi corazón a una cierta delicadeza. ¡Ved qué egoísmo! Sólo pienso en mis asuntos, en mis placeres, en mis conveniencias. Dejo sufrir a tantas almas, a las que he prodigado tantas engañosas protestas de amistad, de afecto, de ternura. ¿A dónde han ido a parar todos esos vanos discursos? Al olvido y nada más.

¿Y sin embargo, quiénes eran esas personas? Ante todo mis padres a quienes he conservado cierto tiempo: mi padre, mi madre, sus padres y sus madres. No es necesario remontarse a generaciones muy lejanas para verlos con el pensamiento recostados en su tumba. ¡Qué digo! ¿Dónde están las cenizas de la cuarta y quinta generación de quienes me dieron la vida? Excepto algunos pocos privilegiados, ¡qué cambios en las tumbas! ¿Qué sepulcros han guardado los huesos que les fueron confiados? Y después de todo, no es más que un poco de polvo; unas cenizas y nada más. Elevémonos un poco más. Esos antepasados tenían un alma. ¿Dónde está? ¿Dónde están las almas de tantos cristianos a quienes me han unido

los lazos familiares? ¿Quién piensa en rezar por ellas? ¿Dónde están las almas de mi padre, de mi madre, de mis parientes más cercanos? No lo sé. Finalmente, si han sido virtuosos, ¿existe una razón para creer que hayan volado directamente al cielo? Extraña excusa de la pereza, de la cobardía, para querer colocar tan rápidamente a los suyos en la morada de la felicidad para deshacerse de la preocupación de rezar por ellos. Sí, necesitan oraciones, expiaciones, precisamente porque ignoramos su estado. He ahí a esa persona que tanto me amó. Ella sufre, quizá mucho más de lo que la mente humana puede concebir, y yo no me preocupo por ella; me remito a sus virtudes que exagero para calmar mis alarmas ya tan frágiles, porque mi fe es también ella misma muy frágil.

Pero si esta alma está en el purgatorio por mi culpa, por mis incitaciones, mis escándalos, por una comunidad de faltas cometidas de concierto por ella y por mí, ¿qué interés no tengo en rezar por ella, para impedir que sea mi acusadora un día ante el tribunal de Dios! Ella ya ha comparecido ante ese tribunal; su condena no es eterna; pero está en las llamas del purgatorio. Ella está allí porque yo he sido culpable y ¡no haré todos los esfuerzos posibles para mitigar su pena! Pero llegará el día en que me toque a mí, ¿acaso no se levantará de su lecho de llamas para pedir que yo sea extendido en él en proporción a los sufrimientos que mis impulsos le hacen sufrir? Si echo una mirada a mi alrededor y con el pensamiento evoco a todos cuantos he conocido o que me han amado, a todos aquellos a los que hubiera podido hacer el bien y he hecho el mal, ¿qué horrorosa responsabilidad y qué reparación debo hacer! ¡Cuánto no debo llamar en mi auxilio a la sangre de Jesucristo para extinguir las llamas que quizá yo contribuí a encender!

## 2. Hay que rezar a los difuntos

Pero todas las almas conocidas mías no están en el purgatorio. Las hay que están ya en el reposo eterno. Unas y otras pueden serme útiles. Los habitantes del cielo pueden interceder por mí desde allí, sobre todo si mediante mis oraciones he contribuido a adelantar su liberación. ¿Quién puede decir cuánto es su agradecimiento? Es proporcional a su dicha, y en el cielo la dicha no hace a nadie ni olvidadizo ni ingrato. Aunque todavía estuvieran condenadas a sufrir, pueden serme de gran utilidad; porque Dios ya no les permite merecer por ellas, pero en su misericordia les permite interceder por los demás de una manera eficaz. Ahora bien, ¡cuánta ventaja hay en tomar como protectoras a estas almas, poderosas para mí, si yo quiero! ¡Y qué amigos no tengo a mi disposición, si les doy todo lo que depende de mí para introducirlos en la patria, en el seno de Dios! He ahí el verdadero poder del cristiano: rezar por las almas del purgatorio y forzarlas a que recen por mí.

No había pensado en ello. A partir de este momento, daré mucho a las almas del purgatorio e invocaré a esos amigos desconocidos, pero que me conocen, ya que asumo su interés, y por consiguiente su agradecimiento es seguro. ¡Feliz y fecundo comercio cuyos beneficios son incalculables! ¡Oh!, ¡cuándo mi corazón será lo bastante amplio para despoblar el purgatorio y aumentar sin medida el número de los habitantes del cielo!

## 3. Los difuntos deben hacernos pensar en nuestro futuro

Cada día, veo sucumbir a derecha e izquierda a personas conocidas. Las llevan a su tumba y hélas allí hasta el último día. Pero si bien no sé mi día, sé que llegará infaliblemente como ha llegado el de tantos otros. ¡Oh, gene-

razones pasadas!, ¿dónde estáis, pues, y cuál es vuestro destino? Una vez más, ¿estáis en el cielo, en el purgatorio, en el infierno? Esta triple alternativa me espera a mí también. Y si puedo esperar que evitaré el suplicio eterno, no puedo ciertamente contar con que iré directamente al cielo. ¿Qué haré? ¿Qué amigos puedo implorar, cuando veo un olvido tan general de los difuntos? ¡Oh!, tengo, si quiero, un medio seguro de hacerme con protectores para ese día terrible, ¡tendré una tierna devoción a las almas del purgatorio! Que los vivos me olviden: por desgracia es una costumbre común; pero los difuntos, si he pensado en ellos, si he rezado y sufrido por ellos, ¡ciertamente no me olvidarán!

Almas santas, he aquí el tratado que os propongo. Vosotras sufrís en las llamas del purgatorio. Pues bien, por intercesión de María, yo ofrezco a Dios lo poco que le puedo ofrecer de expiación hasta mi último día; me despojo a favor vuestro, que todo lo que pueda hacer de bien se vuelva para vosotras en alivio. Por vuestra parte, cuando llegue mi hora, desde lo alto del cielo y desde el fondo del purgatorio, en caso de que todavía estéis allí, rezaréis, intercederéis por mí; me obtendréis perdón y misericordia, como voy a intentar obtenerlo para vosotras; y, mientras tanto, meditaré sobre vuestro estado doloroso, para corregir mi vida, disminuir mi castigo y merecer que la misericordia divina me introduzca cuanto antes allí donde pido que me precedáis.

Así sea.

---